



LA
ANATOMÍA
DE LOS
SUEÑOS

CHLOE

BENJAMIN

Lectulandia

NOVELA GANADORA DEL PREMIO EDNA FERBER

SELECCIONADA PARA EL PREMIO FLAHERTY-DUNNAN A LA MEJOR NOVELA DEBUT

En 1998 Sylvie Patterson, estudiante de un internado en California, se enamora de su compañero de salón, Gabe, un chico tan vivaz como misterioso. Él es el protegido de su carismático director, el doctor Adrian Keller, un científico que ha basado su carrera en el estudio del potencial terapéutico de los sueños lúcidos: sus pacientes pueden superar sus traumas aprendiendo a seguir conscientes mientras sueñan. Años después, Sylvie decide seguir a Gabe, que se ha convertido en un devoto de Keller y su causa.

Pero cuando la oportunidad de conseguir financiamiento para su investigación los lleva a una ciudad del medio oeste, sus vidas se ven afectadas por la llegada de unos enigmáticos vecinos. Sylvie empieza a dudar de la ética del trabajo de Keller, reconociendo que el progreso científico también puede causar mucho daño. En la neblinosa y permeable frontera que separa lo real de lo que no lo es, Sylvie tiene que afrontar sorprendentes cambios en sí misma: una pasión imprevista, una creciente paranoia y una alarmante rebeldía.

Lectulandia

Chloe Benjamin

Anatomía de los sueños

ePub r1.0

Titivillus 28.01.2018

Título original: *The Anatomy of Dreams*

Chloe Benjamin, 2014

Traducción: Graciela Romero

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARTE UNO

Anocheecer

1

EUREKA, CALIFORNIA, 1998

Cuando Gabriel volvió a mí, yo tenía veintiuno y estaba en medio del largo verano previo a mi último año en la universidad. En ese momento, era una realista. Era la número uno en mi clase y no creía que existiera algo que yo no pudiera descubrir por mí misma. Coincidencias, accidentes: creía en ellos; sin embargo, requería mucho esfuerzo para abrirme a otras posibilidades. Para mí era como ser un abanico cuyos pliegues se extendían para revelar mundos paralelos.

Mi primer recuerdo claro de Gabe es de nuestro tercer año de preparatoria, aunque yo ya lo había visto antes. Al estar en un internado, especialmente en uno tan pequeño como Mills, nos conocíamos todos. Él era parte de un revoltoso grupo de chicos que siempre se estaban metiendo en problemas. No hacían bromas ni se peleaban, solo eran demasiado inquisitivos para su propio bien. Generalmente estaban descifrando alguna conspiración: de qué estaba hecho en realidad el picadillo de la cafetería o qué estaba cultivando el director Keller en el jardín trasero de su casa. No le puse mucha atención a Gabe en esos primeros años. Estaba ocupada con mis clases, especialmente Inglés; las ciencias exactas eran fáciles para mí, pero no podía pensar en metáforas. Quizá por eso me molestaban Gabe y sus amigos, para quienes una cosa siempre implicaba otra: la res del picadillo era carne de perro, y entre las fresas, el apio y la menta que yo había visto con mis propios ojos, el señor Keller estaba cultivando adelfa para hacer veneno.

Pero en nuestro tercer año un eclipse de luna nos unió.

El señor Cooke, nuestro maestro de Física, había estado hablando de eso todo el semestre y nuestra clase tenía permiso de verlo. Sería a las 6:51 p. m., la hora de la cena, pero esa noche comimos afuera. Hacía frío, aunque no nevaba: en el norte de California, enero traía una niebla vaporosa que le otorgaba a cada tarde una sensación de oscura importancia. Llevamos nuestras cobijas y bandejas y nos acomodamos apretadamente en la parte alta de la colina del observatorio, donde una vez el señor Cooke nos enseñó a hacer gráficas de las fases lunares. Yo estaba con Hannah McGowan, mi compañera de cuarto y mejor amiga, quien me contaba una historia en voz baja y apresurada; en una parte dijo «Sylvie, Sylvie...», pero yo apenas podía

escucharla. Su voz se perdió en el aire como niebla mientras esperábamos a que la luna cambiara.

El señor Cooke nos había dicho que un eclipse lunar solo podía ocurrir cuando la luna llena estaba perfectamente alineada con la tierra y el sol. Durante unos pocos minutos, dijo, nuestro planeta proyectaría dos sombras y la luna pasaría entre ellas. La luz del sol, al atravesar la atmósfera de la tierra, se doblaría hacia la luna, y nuestra roca se transformaría: teñida por los amaneceres y atardeceres del planeta, los inicios de los días y sus finales, se volvería roja.

Yo sabía todo esto, pero aun así no estaba lista para el sentimiento que nos sobrecogió cuando ocurrió. Lentamente, la sombra de la tierra se puso frente a la luna, cubriéndola casi por completo. Pero la luna luchó; como un fénix, se quitó las cenizas y se incendió. Nosotros observamos boquiabiertos su cambio de disfraz: ahí estaba ella, una naranja sanguina en la oscuridad. Los árboles y el cielo e incluso la colina desaparecieron, y solo nos teníamos a nosotros.

Y luego, claro, se acabó. La luna se tornó gris de nuevo, y todos reímos de manera dispersa y nerviosa, como si nos estuviéramos sacudiendo los residuos del miedo. Para las 9:00 se habían formado pequeños grupos que abandonaron la colina. Yo me quedé junto con unos pocos. Gabe era uno de ellos. Cuando comenzamos a platicar, él preguntó:

—¿Quién quiere ver algo que descubrí?

Había algo intenso y vulnerable en él, parado sobre una roca a la izquierda del grupo. Lo veíamos con una leve mezcla de interés y diversión, como un confundido pero apreciado miembro de nuestro pequeño pueblo. No medía más de uno sesenta y siete y era delgado entonces, aunque se volvió más fornido conforme fue creciendo. Tenía el rostro cuadrado y densamente resuelto de un pitbull, ojos miel y una gruesa franja de cabello café que se movía con el viento como un halo salvaje. Algunas veces las chicas de mi piso hablaban de él, diciendo que tenía complejo de Napoleón. Ahora otro chico le gritaba para que se bajara de la roca. Pero Gabe se quedó; sus ojos se lanzaron de un rostro a otro como un pájaro en vuelo bajo antes de aterrizar en el mío.

Yo me estremecí. ¿Era temor, lástima? O quizá, en parte, la emoción de ser elegida.

—Yo lo veré —dije.

Hubo porras y abucheos mientras nos alejábamos colina abajo, pero Gabe se internó silenciosamente entre las secuoyas. Esos árboles rodeaban el condado Humboldt y su pequeña bahía, llenando nuestro campus con un dulce y antiguo aroma. Pensé en volver; nunca había desobedecido las normas, y si nos encontraban en el bosque nos podrían suspender a ambos, pero decidí seguir. Tal como conocía la reputación de Gabe, conocía la mía: una ñoña apretada, no una temeraria como él y sus amigos. Claro que me parecían irritantes, pero cuando los veía reír de forma estridente a la hora de la comida o jugar fútbol antes de la cena, cayendo de cuerpo

completo al lodo, a veces deseaba no ser siempre una espectadora.

Salimos al claro detrás de la casa del señor Keller. Irrumpir ahí era mucho peor que ser atrapado en el bosque. El señor Keller tenía cuarenta y cinco años, era un hombre calvo, de cuerpo firme y duros rasgos germánicos. Además de ser director, daba clases en los últimos semestres en un curso de psicología al que la gente prácticamente peleaba para entrar. Dinámico, creativo y pícaramente elogioso, exigía más de nosotros que ningún otro maestro; era el más duro.

—¡Por Dios, Gabe! —dije molesta.

—No te espantes. No haré nada impropio —respondió.

Dijo la última palabra, una de las favoritas del señor Keller, con especial énfasis. La casa del director era una construcción de ladrillo de dos pisos con pequeños cuartos en forma de torrecilla que se levantaban como áticos puntiagudos. Gabe me guio alrededor de ella, hacia el jardín, un recuadro dentro de una reja gris plata. Dos pisos por encima de nosotros, en las altas ventanas brillaba la luz. Gabe apenas las miró antes de entrar, silenciosamente, por la puerta entreabierta.

Yo crucé lentamente la puerta y seguí sus pasos; él se movió entre las plantas con tal precisión de bailarín que sospeché que no era su primera vez ahí. No quedaban rastros del sol. Bajo la luz de la luna, las flores y los vegetales que Keller cuidaba brillaban con una iridiscencia como de otro mundo, propia de las criaturas de las profundidades marinas.

—Probablemente todos están en los dormitorios —susurré—. Así que encuentra lo que me vas a enseñar o ya no lo hagas.

—Baja la voz. —Gabe me sostuvo la mirada—. Ven.

Estaba en la esquina del jardín, señalando un pequeño espacio dentro del ángulo de noventa grados de la cerca. Debajo de su dedo había una flor grande, de un fucsia tan vibrante que la podía ver en la oscuridad. Cuando me incliné para acercarme, vi que no era una flor sino dos, o una y media. La flor tenía dos caras, bordeadas con delgados pétalos rosas, que compartían el mismo centro y tallo. Lo que destacaba del centro, un ojo saturado color mostaza, era que se veía como el símbolo del infinito, como si alguien lo hubiera apretado por la mitad. Lo toqué y, cuando retire la mano, tenía un fino polvo dorado en mis dedos.

—¿Esto es lo que querías enseñarme? —pregunté.

Los ojos de Gabe brillaron como dos pequeñas lunas.

—¿Para esto estamos violando el toque de queda? Irrumpimos en la propiedad del señor Keller, ¿te das cuenta de que nos podrían suspender?

Gabe cerró su quijada de golpe. Sus ojos recorrieron mi rostro rápidamente como lo habían hecho con nuestro grupo en la colina. Luego un brillo distinto y acerado se posó sobre ellos; fue como si alguien hubiera cerrado las cortinas.

—Olvídalo —dijo saltando la cerca.

Comenzó a caminar con prisa hacia los dormitorios. Yo también salté y corrí para alcanzarlo. Yo medía casi uno setenta, era más alta que él, pero me sentía como un

niño balanceándome a su lado.

—¿Era un chiste? —pregunté—. ¿Presionar a la ñoñita para ver qué se atreve a hacer? ¿Ver si puedes meterla en problemas?

Gabe lanzó un bufido molesto y siguió caminando. Me di cuenta de que lo había decepcionado, pero un resentimiento más profundo de lo que yo podía controlar comenzaba a subir a la superficie.

—De verdad pensé que te gustaría —dijo, manteniéndose a uno o dos pasos de distancia de mí.

—¿Cómo sabes qué es lo que me gusta? —pregunté—. ¡Casi no nos hablamos!

Para entonces, habíamos llegado a los dormitorios. A la izquierda estaban los cuartos de los chicos y a la derecha los de las chicas. Pero él siguió avanzando hacia la puerta, como si yo fuera la que lo había molestado.

—¡Le contaré a la gente! —dije, con las palabras que se agolpaban dentro de mí—. ¡Se lo contaré a las chicas de mi dormitorio!

Era lo único que podía decir para distraerlo de su molestia. Para ese momento ya me había dado cuenta de que su descubrimiento no era broma, que significaba algo para él y, por alguna razón, había elegido compartirlo específicamente conmigo.

Gabe se dio la vuelta; su cara parecía llena de resignación. Luego cruzó la puerta a los dormitorios de los chicos, dejándome sola en la entrada.

Claro que no le dije a nadie. Ya me sentía culpable por la forma en la que había reaccionado contra él; o quizá era algo más lo que me detenía, los retorcidos bordes de la fe. Mientras nos limpiábamos en el baño, las otras chicas me molestaban, preguntándome cómo se había sentido besar a Napoleón. Les dije que se sintió bien.



Durante el resto de ese año apenas hablé con Gabe. El incidente de la flor había terminado tan mal que estábamos nerviosos cuando el otro estaba cerca, llenos de orgullo y vergüenza. Pero algo incómodo y magnético brillaba entre nosotros. Cuando estábamos demasiado cerca y sin escapatoria, como en la fila del comedor o sentados en una de las temidas mesas para dos personas en el salón de Keller, nuestro silencio era tan incómodo como el que hay entre dos extraños.

Finalmente, uno de los dos cedería: «Disculpa», diría yo cruzándolo para tomar la leche semidescremada, o Gabe se aclararía la garganta y preguntaría: «¿Lápiz?», con su cuerpo apenas perceptiblemente inclinado hacia el mío, hasta que yo metiera la mano en mi estuche y le pasara uno sin decir palabra.

Si el eclipse nos unió la primera vez, nuestro siguiente encuentro real fue igualmente fortuito, orquestado por fuerzas que parecían tan predestinadas como las fases lunares. El verano había pasado en un húmedo y borroso instante, y ahora era

finales de agosto: el inicio del último año escolar. Mi vuelo de Nueva Jersey se había retrasado y era casi medianoche en el aeropuerto de Arcata/Eureka. El transporte de estudiantes terminaba a las 9 p. m., así que yo estaba apoyada sin ánimos en el escritorio de Delta de la zona para recoger el equipaje, marcando al teléfono del dormitorio sin éxito. Colgué y arrastré mis maletas, dos bolsas enormes y una mochila de veinte kilos demasiado llena, hacia la banca más cercana. Afuera estaba frío y con rocío. Gotas de humedad colgaban de los parquímetros y de los resbaladizos uniformes amarillos de los oficiales de tráfico. En diez años o incluso cinco, la mayoría de los estudiantes de Mills tendrían una tarjeta de crédito o un celular, y estar varados en el aeropuerto sería fácil de solucionar. Sin ninguno de los dos, yo me sentía como una maleta olvidada.

—¿Patterson? —dijo una voz.

Me di la vuelta, Gabe estaba afuera de las puertas corredizas de la zona 3 de recolección de equipaje; el viento despeinaba su cabello mientras las puertas se cerraban, casi silenciosamente, detrás de él. Ahí estaba, con sus piernas anchas en un par de chancletas demasiado pequeñas y un *short* cargo desgastado; llevaba una bolsa sobre cada uno de sus hombros, haciendo que su camiseta se levantara hasta la cintura. Una pelusa oscura avanzaba hasta su ombligo, y su piel estaba tostada por el Sol. Gabe tomó la parte baja de su playera y la jaló.

—Lennox —dije.

—Vas tarde. Tarde para tu último año.

—Tú también.

Nos observamos uno al otro con cautela. Después me recorrí en la banca y él se sentó con torpeza, dejando sus bolsas en la banqueta con un involuntario suspiro de molestia.

—Bueno —dijo—, supongo que estamos varados.

—Naufragados.

—Abandonados.

Sonreímos el uno al otro, por nuestro chiste sobre el último año, por la extraña noche de agosto que era tan húmeda como el inicio de la primavera en la costa este. Miré la camiseta de Gabe. Tenía pequeños agujeros alrededor del cuello y estaba delgada por el desgaste, con una imagen destruida de Darth Vader al frente. Debajo decía con letras gruesas y mayúsculas «¿QUIÉN ES TU PAPI?».

—Linda camiseta —dije.

—Igual.

Bajé la vista. Me había olvidado de que estaba usando una vieja camiseta de mi papá, un consuelo en los vuelos de regreso a la escuela. «MUEVE TU TRASERO», decía; «CAMINA 5K POR EL CÁNCER DE COLON».

—*Touché*.

Nos quedamos ahí por un momento, había un silencio ligeramente tímido, ambos intentábamos tranquilizarnos. Sin fijarse, como si lo hubiera hecho cientos de veces,

Gabe metió su pulgar por uno de los agujeros del cuello. Yo había escuchado que tenía una beca; había rumores de que su familia estaba en bancarrota, que su papá se había muerto sin un centavo, aunque otros aseguraban que su papá solo era un vividor que se negaba a pagar su manutención.

—¿De dónde vienes, de Jersey? —preguntó Gabe.

—¿Cómo lo sabes?

Tenía curiosidad genuina. Nunca había hablado de mi familia con Gabe. Aunque claro, tampoco habíamos hablado sobre la suya y aun así yo sabía que vivía en California con su madre. También que ella era obesa mórbida como consecuencia de una condición médica, aunque nadie sabía exactamente cuál era.

Gabe se encogió de hombros.

—Escucho —dijo.

—¿Y tú? ¿De dónde vienes?

—Michigan, estaba de visita con mi abue. Vive en Lake Superior.

—¿También se retrasó tu vuelo?

—¿Qué? —Gabe pareció confundido, luego negó con la cabeza.

—Ah, nop. Solo se me olvidó que el transporte para estudiantes se termina a las nueve.

—Típico de ti —dije, pero no sonó como una burla; resultó simplemente cariñoso, mucho más de lo que quería, y Gabe se rio sorprendido.

Mis mejillas se sonrojaron y jugueteé con el cierre de mi maleta. Nos quedamos de nuevo en silencio, pero esta vez estábamos relajados. Quizá era la hora o las circunstancias inusuales; ninguno de los dos sabía si nuestra nueva concordia continuaría una vez que el reloj marcara la medianoche y llegáramos al viejo y conocido Mills, donde la jerarquía social estaba tan firmemente establecida como los cimientos de piedra. Pero justo en ese momento no importaba mucho. Teníamos un entendimiento frágil, una conexión como la tela de una araña, y lo manejábamos con seriedad y torpe emoción. Se sentía como estar afuera después del toque de queda: una hora extra agregada al día, maravillosa y extraña.

—Y ¿cómo ves? ¿Vamos a dormir aquí? —dijo Gabe.

—Uf, espero que no. —Respondí, pero la verdad es que estaba llena de emoción. Nos imagine haciendo un nido de sudaderas, una almohada de camisetas viejas, buscando café por el aeropuerto y *muffins* esponjosos la mañana siguiente. Al regresar a la escuela tendríamos un chiste privado, una ceja levantada, un «¿Recuerdas la noche que pasamos en la zona de equipaje en Arcata/Eureka?». Soltaríamos un quejido para darle dramatismo, haciéndolo parecer mucho peor de lo que en realidad fue. Así que mi corazón se apachurró cuando vimos el ancho transporte marrón para los estudiantes de Mills dando vuelta a toda velocidad por la esquina. Llegó frente a nosotros y se detuvo de golpe.

La puerta se abrió y salió torpemente Sandy, el exageradamente entusiasta prefecto. Su cabello rojo y rizado estaba recogido en una coleta baja, y jadeaba como

si hubiera llegado al aeropuerto corriendo en vez de manejando.

—Bueno, bueno, están salvados —dijo, mientras tomaba nuestras bolsas y nos daba a cada uno una amable palmada en el hombro—. Métenlas y vámonos.

—¿Cómo nos encontró? —preguntó Gabe mientras subíamos al interior alfombrado del transporte, que siempre olía ligeramente a Cheetos. ¿Era posible que detectara un dejo de decepción en su voz, la misma que yo sentía?

—El vigilante de pasillo se dio cuenta de que ustedes, par de mocosos, no estaban —dijo Sandy echándole un vistazo al retrovisor y saliendo a la carretera entre traqueteos—. Revisamos el teléfono del dormitorio de las chicas, pues sabíamos que tú no serías quien hablara, Lennox, y qué tal, cinco llamadas perdidas. El número nos llevó directo al aeropuerto.

—¿Cinco? —Gabe volteó a verme, sonriendo maliciosamente.

—Bueno... —dije a manera de protesta.

—Como sea —siguió Sandy—, no pasa nada. Solo un poco de emoción en una noche de domingo. Ya debería estar acostumbrado a eso.

Con Sandy en el carro, Gabe y yo volvimos a quedarnos mudos; observábamos fijamente por nuestras respectivas ventanas. Pero había una presencia entre nosotros, un espacio lleno, y las moléculas en la camioneta parecían moverse para hacerle lugar. El camino hacia el campus era de solo veinte minutos, pero pareció durar horas. En un punto Gabe movió su gran pie de chico y su pantorrilla, tibia y peluda, rozó la mía. Yo temblé ligeramente y el músculo de su pantorrilla se tensó. Pero luego el temblor pasó y su pierna se relajó, y nos quedamos de esa forma: unidos por el contacto desnudo mientras avanzábamos serpenteando hacia la escuela, con las estrellas guiñando en las ventanas.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, en mi litera de arriba con Hannah roncando enérgicamente debajo de mí, la noche anterior me pareció un sueño. Pero cuando vi a Gabe al otro lado del comedor en el desayuno, sentado en una mesa redonda con David Horikawa y Michael Fritz, él levantó su mano al aire e hizo un movimiento para llamarme con el entusiasmo exagerado de un controlador de tráfico aéreo.

—¡Hey! —gritó—. ¡Patterson!

Unos cuantos estudiantes de último año giraron sus cabezas con sorpresa; Hannah y yo normalmente nos sentábamos con las chicas en nuestro pasillo, pero la tomé de la muñeca y avancé simulando seguridad. Los adolescentes pueden oler la inseguridad, y probablemente por eso perdonábamos frecuentemente a Gabe: todo lo que hacía tenía un fuerte aplomo que nos mandaba a olisquear a otra parte.

—Patterson y yo tuvimos una pequeña aventura anoche —dijo Gabe mientras Hannah y yo nos sentábamos.

—¿De qué hab...? —preguntó Hannah, quien no había escuchado nada de esto, antes de que la pellizcara en el muslo debajo de la mesa.

Pronto los cinco estábamos desayunando juntos casi cada día. Para finales de

septiembre, Hannah había entrado en una pasional y malhadada relación con David Horikawa, pero Gabe y yo aún no nos habíamos besado. Tuvimos muchas oportunidades: encuentros nocturnos en el salón multiusos, cuando nos delizábamos sobre bandejas de la cafetería en la colina del observatorio y terminábamos en un embrollo de piernas y plástico. Pero siempre que se detenía la risa, solo podíamos mirarnos fijamente el uno al otro con las caras rojas.

—Ustedes siempre andan juntos. Simplemente no entiendo qué están haciendo — dijo Hannah.

En su cuerpo habían comenzado a aparecer chupetones con manchas color mora en lugares inesperados como la clavícula y la parte interior de su codo, y una vez — me lo mostró sonriendo con malicia— en la parte interior de su muslo; estaba desconcertada por nuestro control, aunque no era intencional.

—Estamos hablando —respondí sin que sirviera de nada, y era verdad: nos habíamos vuelto expertos en el tipo de conversación tranquila y agradable que normalmente solo comienza a funcionar después de años de amistad. Metidos entre las secuoyas en el bosque detrás de la escuela, intercambiábamos historias y nuestros planes secretos: «ser física», susurré con las mejillas sonrojadas; nuestros miedos de la infancia: «cochinillas», dijo Gabe; nuestras familias: lo que había escuchado de Gabe era parcialmente cierto; vivía con su madre en Tracy, California, un húmedo pueblo en el Valle de San Joaquín, «más conocido», dijo Gabe, «como donde la gente se detiene para orinar en su camino hacia Tahoe». Su madre trabajaba desde casa para una compañía de telecomunicaciones y estaba fuertemente medicada por un problema de dolor crónico que la hacía gritar, decía él, o dormir. Su papá no estaba muerto, pero «no estaba presente», una frase que Gabe decía con tan rápido automatismo que sonaba como algo para lo que lo habían entrenado a decir.

Yo no lo presionaba. En vez de eso, le conté sobre mi familia. Quizá éramos unidos, pero no melosos. Mis papás apreciaban sus intelectos y promovían lo mismo en mi hermano, Rodney, y en mí. Rodney era cinco años menor que yo, tenía trece; durante mi último año en la escuela, era el más suave de nosotros: inusualmente amable para tener trece años, tenía una salamandra como mascota y escribía cuentos en la *laptop* heredada de mi papá. Vivían en New Jersey, a diez estados y seis horas de distancia, y la mayor parte del tiempo los mantenía en un compartimento de mi mente, uno que abría cuando iba a casa, pero en cualquier otro caso mantenía firmemente cerrado.

Un canal estrecho se había abierto entre Gabe y yo y nosotros nos arrastrábamos y retorcíamos para pasar por él. Lo que teníamos era una similitud, un entendimiento de la forma en la que la gente solitaria podía y debía andar junta. Aunque Gabe a menudo estaba rodeado de una tropa de chicos, era más huraño de lo que la mayoría de la gente sabía. Tomaba largas y enredadas caminatas solo los fines de semana; regresaba a los dormitorios con las uñas sucias y los brazos arañosos por las zarzas. Hacía su tarea en el ático de la biblioteca, una torre que uno de los directores en 1960

había nombrado como el lugar para la reflexión silenciosa; decía que no podía pensar si alguien más estaba cerca. Tras pasar los últimos tres años en Mills, «este raro universo alterno», decía, «donde todos tienen dieciséis años», ambos estábamos configurados para ser independientes y expertos en adoptar amigos y en dejarlos ir. Tan sólido como Mills se sentía mientras estuvimos ahí, sabíamos que tendríamos que renunciar a ello al final del último año, tal como lo habíamos hecho con nuestras familias. En contra del sentido común, desafiando a nuestra transitoriedad y al paso del tiempo, construimos una balsa y nos aferramos a ella.

Cuando estaba con él, anhelaba besarlo, pero estaba comenzando a perder las esperanzas. «No podemos hacerlo ahora», le decía a Hannah, rodando en mi litera; «Ya somos amigos. Sería muy raro». En Halloween, Hannah, harta de mis lamentos y ya en tercera base con David Horikawa, entró a nuestro cuarto armada con un bonche de maquillaje y un minivestido que compró en la tienda de segunda mano en Eureka.

—Esta es la noche —dijo—. Intuición femenina.

Tenía razón. En medio de la fiesta anual de Halloween, una reunión vigilada por maestros en el salón de usos múltiples, con una mesa de aperitivos épica para bajarnos el alcohol que los de último año habíamos echado en el ponche, Gabe me empujó al baño de hombres y tomó mi cara entre sus manos. Él era una hamburguesa con papas hechas de flotadores de espuma; yo, una chica de cómic de Roy Lichtenstein. Nos besamos presionados contra los compartimentos hasta que entró a orinar uno de los consejeros escolares, con los ojos saltones; entonces corrimos, histéricos por la adrenalina, con nuestras manos fuertemente entrelazadas como nudos marinos. Tomamos las escaleras de emergencia hasta el primer piso y salimos corriendo. Estaba lloviendo un poco; habían abierto las ventanas del salón multiusos para liberar el calor colectivo y el aliento a galletas de queso de doscientos cuerpos adolescentes. Sus voces llegaban flotando hasta nosotros, libres y agudas como globos sueltos.

—Y bueno —dijo Gabe.

—Y bueno.

Apenas podía pronunciar palabra. Me sentía como si me hubiera tragado la lengua.

Algo, no el amor sino lo que le precede, el embrión del amor, se extendía entre nosotros. Me moví hacia él, y esta vez nuestro beso fue vacilante, de investigación. Cubrimos más terreno, moviéndonos de la boca a la oreja y al borde de la mejilla como para memorizar la topografía del rostro del otro. Esa noche nos quedamos dormidos afuera, y aunque nos metimos en problemas después por eso —Sandy, con el ceño fruncido, avanzaba torpemente hacia nosotros entre los árboles, con su coleta roja golpeteando su espalda—, aún recuerdo los primeros instantes de esa mañana: el sol ruborizaba las colinas mientras los gorriones trinaban la primera canción del día, sus notas se elevaban por el aire como serpentinas.

No podía creer que lo habíamos hecho, que uno de los chicos más queridos de

nuestra clase había besado mis mejillas, mi barbilla y mis pestañas hasta que los puntos rojos que Hannah había aplicado tan meticulosamente, recargada sobre nuestro libro de historia del arte, con el delineador de labios en manos, se embarraron por toda mi cara volviéndola borrosa. Si Gabe fuera un pitbull, yo tendría los rasgos finos y estrechos de un dachshund: ojos café alerta, una pequeña boca fruncida. Una nariz respingada, salpicada de pecas. Era un rostro funcional: atento, discreto, agradable a la vista, pero nada que hiciera que la mayoría de las personas mirara dos veces. Yo era delgada y ágil como Rodney, incluso a los dieciséis; mantenía mi cabello avellana en una apretada coletita, con mi pico de viuda como un espacio oscuro. A veces envidiaba a las chicas con rasgos voluptuosos, labios gruesos, abundante cabello como de estrella de televisión, pero la misma cantidad de veces estaba agradecida por mi discreción. No hay nada más peligroso que una adolescente que parece una bibliotecaria, porque puede salirse con la suya en todo. El día de la fiesta de Halloween, un grupo de nosotros nos escapamos a la tienda más cercana que vendía alcohol, y yo fui quien lo compró. Nunca me pedían identificación; me veía tan pura, tan seria, que el dueño barrigón me dio el beneficio de la duda. Que Gabe me deseara era tan emocionante como comprar una botella de *whiskey* a los dieciocho: de alguna manera ambos significaban que yo había superado la prueba.

Gabe y yo comenzamos a sentarnos juntos en las clases, garabateando notas en viejas tareas cada que el maestro se volteaba hacia el pizarrón. Él me guardaba un lugar a la hora del almuerzo, protegiendo mi asiento con su desgastada mochila. Aún recuerdo cómo se sentía entrar al comedor y verla ahí. Mi estómago daba un salto, como si lo hubieran jalado; no avanzaba caminando, sino flotando. Lo más sorprendente era lo poco que me resistí. Algunas de mis amigas tenían novios, y yo siempre me burlé de lo distraídas que se volvían, lo fácil que renunciaban a lo que eran, y ahí estaba yo, distanciándome a pasos agigantados, dejando atrás las pulcras filas de mi independencia.

Nos tomó semanas descubrir cómo colarnos en el cuarto del otro por la noche sin que los consejeros académicos se enteraran. El truco era salir entre una revisión de pasillos y otra, pasar despreocupadamente por la cabina del vigilante como si solo fueras al baño, luego bajar por la escalera de emergencia hasta la planta baja. El dormitorio de los chicos estaba separado del de las chicas por un camino estrecho, pero si te colabas por la parte trasera de los edificios al estilo James Bond, podías evitar la mirada de cíclope de la cámara de seguridad. Esas primeras noches fueron deliciosamente ilícitas; nos aferrábamos al otro aún más intensamente por haber logrado hacer el viaje exitosamente. Pero una mañana, desperté y vi que Gabe ya no estaba. Esa vez se lo achaqué a la incomodidad de que dos personas durmieran en el pequeño colchón de una litera individual. Pero cuando pasó por segunda vez y luego por tercera, me lastimó.

—A personas diferentes les gusta de formas diferentes —dijo Hannah, a quien no le molestaba la presencia de Gabe en la noche. Dormía tan profundamente que

nuestros amigos habían comenzado a llamarla Hannah Van Winkle; lo único que la despertaba era la alarma de nuestro CD tocando a todo volumen «Signed, Sealed, Delivered» de Stevie Wonder.

—Puede ser que está intentando mandarte un mensaje subliminal, que no le gusta quedarse a dormir después de todo.

Hannah era la bebé en una brillante alineación de hermanas, hermanas que sabían hacer trenzas, que aplastaban cajas de cartón y se deslizaban con ellas por las colinas que rodeaban la granja de su padre. Ellas le heredaron una complicada mitología sobre los chicos, además de viejas sudaderas y abrigos de invierno y bicicletas. Pero Gabe no parecía del tipo que mandaba mensajes subliminales. Su cara era abierta y fácil de leer como la de un perro. Cuando hablábamos, yo podía saber si lo había ofendido o agrado solo viendo qué tan apretados estaban sus labios.

Un jueves de noviembre lo vi saliendo del jardín del señor Keller. Me había despertado a las 4:30 y no había logrado volverme a dormir, así que puse mi almohada sobre la ventana que tenía vista hacia el campo y comencé a leer con una linterna. Pronto noté un movimiento con el rabillo de mi ojo, y cuando miré hacia afuera, vi que era Gabe. Mi dormitorio daba al frente de la casa de Keller, pero Gabe parecía venir de la parte trasera, donde estaba el jardín.

Mi primer pensamiento fue que aún seguía obsesionado con las flores del señor Keller, y el miedo creció en mi pecho. Ninguno de nosotros había mencionado la flor doble desde la noche del eclipse. Me sentía apenada por él, por su interés en ella, por sus sospechas sobre toda la escuela, que lo hacían parecer un paranoico. Así que cuando lo vi en el comedor esa mañana, me propuse sacarlo a colación. Pero tenía la piel pálida, los ojos hundidos y los párpados inferiores bordeados por medias lunas cenicientas. Me asustó, me pregunté si algo mucho peor estaba pasando. Le serví un plato y comimos juntos al lado de las ventanas del observatorio con vista a la colina, donde habíamos visto el eclipse casi un año atrás. Para cuando terminamos la comida pareció animarse, el color de sus mejillas se volvió más *beige* que blanco, y en ese momento, eso me hizo sentir satisfecha.

MADISON, WISCONSIN, 2004

Seis años después, mientras Gabe y yo manejábamos un camión de mudanza desde Fort Bragg, California, hacia Madison, Wisconsin, me descubrí buscando obsesivamente entre mis recuerdos de Mills y los años después de que me fuera. Teníamos mucho tiempo en nuestro viaje, y más espacio: primero los bosques de secuoyas de California, luego las curiosas formaciones rocosas en las colinas de Sierra Nevada y Utah. En Colorado vimos ríos tan brillantes y transparentes que reflejaban el paisaje sobre ellos, de manera que dejaban de ser un río por completo y en vez de eso se convertían en un doble del cielo.

Miramos todo esto sin hablar; nos sentíamos como si no nos perteneciera a nosotros sino a los nativos y los viajeros que escalaron esos cañones de día y se fueron a dormir con el sol. Habíamos renunciado a nuestro derecho al día aceptando una oferta distinta. Y aunque yo la había aceptado, solo lo hice bajo presión, y aún había momentos en que la insurrección brillaba inesperadamente dentro de mí. Era como si hubiera cientos de soldaditos en mi estómago, la mayoría de los cuales estaban alineados con la causa, pero algunos luchaban por libre y disparaban contra ella. Una cosa era decir que participaríamos en el trabajo de Keller; otra, convertirlo en nuestra vida. O quizá yo me aferraba a ese escepticismo porque sugería que la posibilidad de elegir no se había perdido, o al menos, no estaba irreversiblemente enturbiada, desde el comienzo.

Nuestra nueva casa en Madison era rentada; estaba en la Calle East Main, en un vecindario llamado Atwood. Históricamente era un distrito obrero que había experimentado una especie de gentrificación a medias: el viejo burdel se había convertido en un cine que proyectaba cintas de autor, y había una pequeña chocolatería entre la iglesia de la Trinidad luterana y la iglesia católica de San Bernardo. Pero también había amplios terrenos cercados por vallas metálicas, llenos de bodegas bajas o vacíos. Madison es conocido por los dos lagos a los lados de su istmo, y Atwood se sentía como una isla, acorralada por cuerpos de agua.

La casa era cuadrada, pintada de un desteñido amarillo trigo, con un agudo techo triangular; los habitantes anteriores habían dejado un sofá en el porche frontal. La

casa combinaba el desaliño y la dulzura como era típico de Madison. A menos que fueras al lado oeste, donde vivían los profesores de la universidad, o a Maple Bluff, el vecindario del gobernador, la mayoría de los departamentos se veían un poco entelarañados. Al interior de nuestra casa, los pisos de madera estaban desteñidos y los cajones de la cocina atorados. Constantemente, la puerta del refrigerador se quedaba atascada y abría solo cuando ponía un pie contra el congelador y la jalaba con toda mi fuerza. La aldaba metálica se había oxidado hasta alcanzar el color del té, y las lámparas, hermosas lámparas hechas de metal decorativo y cristal, colgaban precariamente de sus cables.

En Fort Bragg habíamos vivido en un departamento con jardines, en realidad semisótano, que Keller pagaba a cuenta de lo que nos debía por nuestro trabajo; comparada con nuestra casa en Madison, esta era enorme. Arriba estaba el cuarto, el baño, y, sobre eso, un ático. En la planta baja estaban la sala, la cocina y la oficina. Gabe prefería trabajar en el campus, así que me quedé con la oficina: un cuarto con grandes ventanas y un techo abovedado. Me encantaba la claridad de su forma, la sensación de estar metida en un huevo, y cuando la dejaba en las tardes, abrumada por el trabajo, se sentía como si acabara de salir del cascarón, vulnerable y desorientada.

Había otra casa en nuestra cuadra, separada por nuestros dos caminos de entrada y jardines irregulares. Estructuralmente era casi idéntica a la nuestra, pero había sido pintada de violeta con molduras rosas. El porche estaba encordado con luces multicolores y campanas de viento colgadas que podía escuchar desde la oficina. Y durante la mayor parte de agosto, ese sonido, junto con el de los dos reclinables en el porche, era la única evidencia de que estaba habitada. La mayoría de las brillantes y floreadas persianas estaban cerradas, pero las cortinas de la ventana de arriba se habían abierto de par en par y yo podía ver la orilla de una mesita de noche y una almohada color salmón.

Esperaba con emoción ver a otras personas porque nuestra casa estaba muy aislada. Estaba en el centro de una cuadra casi desierta: a la derecha estaba la casa de los vecinos, y a la izquierda las vías de trenes de carga, que eran claramente la razón de lo módico de nuestra renta. Estábamos separados de las vías por una cerca de malla de gallinero, que se elevaba a poco más de un metro y estaba tomada por hierbas salvajes: descuidados y verdes árboles se recargaban ligeramente sobre ella de cada lado. Los trenes llegaban casi siempre entrada la noche, emitiendo bramidos bajos que nos mantenían despiertos. Era casi una bendición que gran parte de nuestro trabajo con Keller lo realizáramos en la noche.

Usualmente íbamos al laboratorio alrededor de las siete, un par de horas antes de que el participante se fuera a dormir. Nuestro trabajo era explicarle el procedimiento, tranquilizarlo —te sorprenderías de cuántos parecían tratar los experimentos como terapia—, darles agua si la pedían, pero no comida. Muchas veces los que eran ansiosos pedían que fuera Gabe y no yo. Yo era más formal para explicarles el

procedimiento tal como era, pero él no hablaba sobre el estudio. En vez de eso, hacía que los participantes hablaran de sus hijos, sus parejas, sus padres enfermos. Una vez que se quedaban dormidos, yo monitoreaba el polisomnograma en un cuarto adyacente mientras que Gabe se quedaba junto a la cama, observando de cerca signos de movimiento o habla e interviniendo según fuera necesario.

En los días en que no teníamos un procedimiento agendado, trabajábamos con Keller en la clínica del sueño de la universidad, donde nuestras tareas eran más de rutina. Algunos de los altos mandos en la clínica sabían sobre nuestro proyecto, que había sido comisionado por el Centro de Neurociencia, pero la mayoría no estaba al tanto. No parecían encontrar extraña nuestra cautela, pues no era poco común que los investigadores mantuvieran en secreto su trabajo, pero ahora comprendo que nos impidió sentirnos en casa en la comunidad de la universidad. El interés del departamento en el trabajo de Keller había sido una sorpresa: su investigación era tan experimental que conseguir validación masiva siempre era una batalla cuesta arriba, y sentíamos como si estuviéramos trabajando con tiempo prestado. Pasábamos en el laboratorio cerca de cuatro noches a la semana, y en esos días dormíamos desde el momento en que llegábamos a casa hasta el inicio del mediodía. Habíamos llevado nuestras cortinas de Fort Bragg, hechas de una tela de tejido apretado que bloqueaba la luz completamente. Era parte de nuestro trabajo estar interesados en los sueños, y siempre escuchábamos con atención las historias del otro, aunque yo no tenía muchas. Casi nunca podía recordarlas; no importaba qué tan vívidos se sintieran mis sueños en el momento, se me iban de las manos en la mañana. Todo lo que tenía era una ligera sensación espacial y residuos emocionales que permanecían, como un mal sabor en la boca. Gabe soñaba, la mayoría de las veces, con transportes: helicópteros y aviones, trenes urbanos y barcos que cruzaban amplias masas de agua a una velocidad imposible.

Cuando me contaba sobre ellos, no me veía a mí sino al techo, o hacia la ventana de la casa vecina, con un brazo doblado detrás de su cuello. Él tenía mi estatura, un metro setenta, y para entonces era fornido y musculoso, con una cabeza que casi se veía demasiado grande para su cuerpo. Conmigo su rostro se suavizaba: su boca perdía la tensión y los ojos cafés separados, que se acercaban cuando trabajaba, se volvían más amables y abiertos.

Parecía que otras mujeres lo encontraban atractivo, aunque yo sospechaba que tenía menos que ver con su apariencia que con su seguridad. Era decidido y convincente al hablar, pero también usaba un tono bajo e íntimo que era, especialmente para los participantes de Keller, profundamente reconfortante.

Trabajábamos en el antiguo edificio de neurociencia, a menos de dos kilómetros del patio interior de los salones de los estudiantes y de los dormitorios cerca de State Street. Era una estructura plana y apagada del color de los huevos cafés. La mayor parte de las operaciones del área había sido transferida a un edificio de varios pisos de reciente construcción, más cercano al corazón del campus, pero en este aún se

realizaban experimentos, y Keller tenía un complejo de cinco cuartos en su ala norte. Solo uno tenía ventanas, así que el ala se sentía como una serie de celdas.

Una pequeña mujer pelirroja y un húngaro mayor realizaban experimentos en otras partes del edificio. Nunca supe qué hacían exactamente, pero siempre me detenía a platicar un poco con ellos cuando los veía. De hecho, yo casi nunca era la que terminaba la conversación con nadie; me volví tan amiga de dos de los cajeros de la tienda cercana a casa que Gabe me acusó de coquetear. Lo negué en ese momento, pero quizá lo estaba haciendo; coqueteaba no con ellos, sino con la idea de otra vida. Con horarios tan irregulares ninguno de los dos tenía mucha oportunidad de construir amistades externas.

Esa fue la forma en que transcurrieron nuestras vidas ese primer agosto: días húmedos y estáticos llenos de fatiga, con las pequeñas pastillas de cafeína que Gabe compró en línea, así que me sentí agradecida por el cambio en nuestra rutina que vino en forma de Thomas y Janna.

Recuerdo la tarde en que llegaron porque había una terrible tormenta eléctrica, y de un tipo que aprendí que era común en los veranos del medio oeste. La lluvia era tibia y tranquila, pero los sonidos eran violentos: enormes y desgarradores crujidos, el firme cielo se abría de golpe. Truenos como estos solían aterrar a Bo, el perro de mi familia; siempre he hablado en sueños y mi hermano me decía que muchas veces tranquilizaba a Bo en ese estado. Estaba empacando la cena para comerla en el laboratorio con Gabe, pensando en Bo encogido de miedo en el clóset, cuando escuchamos la puerta del garaje de al lado abrirse. Instintivamente, nos reunimos en la ventana de la cocina para ver. Nos habíamos estado preguntando sobre los vecinos. Gabe pensaba que eran una banda familiar, cantantes de folk que viajaban hasta que los niños debían volver a la escuela. Hacer hipótesis sobre ellos nos daba un pequeño y secreto placer, como leer una revista barata, y cuando escuchamos la puerta del garaje pensé que era mejor dejarlos en el anonimato. Quien fuera que saliera del carro definitivamente sería más ordinario de lo que esperábamos. Era un pequeño Honda azul con una abolladura en la defensa. Antes de que llegara al garaje, el carro se detuvo de golpe y la puerta del copiloto se abrió. Un par de zapatos tocaron el pavimento, y esa fue la primera vez que vi a Janna. Era una mujer alta, prácticamente al nivel de la ventana de nuestra cocina; estaba a unos tres metros de nosotros, pero no nos veía. Primero golpeó el suelo con los pies varias veces, luego tomó la falda de su largo y suelto vestido y la movió con fuerza, como si estuviera sacudiéndole moronas. Llevaba unas gruesas botas de motocicleta, con agujetas y hebillas hasta las rodillas. La combinación de las botas negras con el vestido blanco la hacían ver téticamente espectral. De cerca, pude ver que su piel era muy pálida, con ríos de venas tan visibles que parecía que le faltaba una capa que los demás teníamos. Su cabello claro estaba atravesado con rojo y negro; en la lluvia, las partes rubias eran casi traslúcidas. Se dio la vuelta y se metió a su casa antes de que pudiera ver su cara.

Después apareció Thom, saliendo del garaje mientras la ancha puerta descendía

detrás de él. Era aún más alto que ella y delgado, con su cabello rubio rojizo apelmazado como pasto. Detrás de él jaló dos maletas, con los hombros encogidos. Llevaba una camiseta blanca, encima una camisa de rayas azules y mocasines cafés maltratados. Justo antes de que llegara al porche, se quitó sus lentes redondos y los sostuvo bajo la lluvia. Luego se lanzó a cruzar la puerta de mosquitero y los frotó con la parte interior de su camiseta, dejó las maletas afuera y acabaron todas salpicadas. Cuando terminó, se puso los lentes de nuevo, cargó las maletas hasta el porche y entró a la casa. Las luces de adentro se encendieron justo cuando él se perdió de vista.

—Mal viaje —comentó Gabe en broma, alejándose de la ventana.

—Quizá ella se sentía mal —dije yo.

Yo aún seguía mirando; pensaba que uno de ellos podría abrir las persianas, y me sentí tonta. Era de noche, ¿quién abriría las persianas en la noche?

—Pude al menos haberlo ayudado con las bolsas —dijo Gabe.

Él envolvió nuestros sándwiches en papel de aluminio y los puso en la hielera. Yo estaba llenando botellas con agua de la llave. El agua estaba turbia y tenía un sabor ligeramente metálico, pero el dueño de la casa dijo que eso era normal.

—¿Cuántos años crees que tienen? —pregunté—. ¿Nuestra edad?

—Probablemente —respondió Gabe—. Yo diría que están a finales de sus veinte.

Nosotros teníamos veinticuatro. La mayoría de los neurocientíficos con quienes trabajábamos estaban en los cincuenta y los sesenta; el mismo Keller tenía más de cincuenta.

Una luz se encendió en el segundo piso de la casa vecina. Gabe y yo nos inclinamos hacia la ventana de la cocina.

—¿Qué hace la gente de por aquí cuando alguien se muda al vecindario? —preguntó—. ¿No le llevan un guisado?

—¿Un guisado? —dije—. Eso es muy anticuado, ¿no crees?

Pero los dos albergábamos la esperanza de que nos entregarían el guisado en nuestro porche la mañana siguiente, que lo comeríamos todos juntos en la tenue luz que daba el único foco del comedor. Esperábamos la llegada del Comité de Bienvenida del que habíamos escuchado hablar a nuestros padres, como si fuera a cruzar directo de su generación a la nuestra. Pero las semanas pasaron y no supimos nada de los vecinos, aunque los veíamos algunas veces. En las tardes veía a la mujer saliendo del Honda, con sus brazos cubiertos con una capa gris de polvo. Otras veces estaba en el porche, usando *shorts* rosa satinados y una delgada blusa sin mangas, como si estuviera descansando en la privacidad de su cuarto. Ella también tenía una selección de pequeños vestidos que usaba con las botas negras, prendas miniatura con holanes en tonos coral y lima, o escuetos vestidos rectos en blanco y negro con hombreras puntiagudas. Pero no parecía ir a ningún lado con ellos: siempre que la observaba yéndose o llegando, llevaba *shorts* y una playera, con su cuerpo cubierto por esa fina capa de polvo.

En cada aparición me parecía hermosa, aunque no podía decir exactamente por

qué. Dado que ella nunca miraba hacia nuestra casa, yo tenía mucho tiempo para observarla sin miedo al contacto visual. Tenía un rostro delgado con huesos angulosos que se elevaban prominentemente debajo de la piel: altos y afilados pómulos, ojos separados, una larga nariz que apuntaba hacia la línea de su boca. Su labio inferior estaba perforado con un arete y tenía otro en la ceja izquierda. Tuve una reacción visceral cuando lo vi por primera vez, una leve contracción como imaginé que ella tuvo cuando la aguja la penetró. Le daba a esa ceja una apariencia arqueada y amable que no concordaba con lo velado de su mirada.

Ella caminaba con un rebotar delicado que venía de sus rodillas, no de sus pies, y le daba una apariencia de rareza juvenil. Pero su cuerpo era el de una mujer. Tenía grandes pies, largas y delgadas piernas, caderas anchas y un suave pellizco por ombligo. Un gran tatuaje trepaba por su antebrazo izquierdo, aunque yo estaba demasiado lejos para distinguir qué era. Sabía que yo podía pasar por alguien de aspecto decente: tenía una complexión estrecha, rasgos pequeños y cabello del color del café con leche, con el mismo corte casi toda mi vida. Pero estaba fascinada con las formas de la vecina, con sus senos. Eran más redondos que los míos y brotaban de sus camisetitas en cuevas firmes, como islas emergiendo del agua.

EUREKA, CALIFORNIA, 1998

Janna me recordaba a Nina, una chica ucraniana que fue transferida a Mills cuando comenzábamos la escuela. Ella y Gabe tuvieron una relación intermitente ese año. Nina era una morena alta, con grandes ojos grises y un botón fruncido por boca. Tenía la expresión de leve despreocupación e inesperada vigilancia que noté en Janna tiempo después. Era como si hubiera enviado una cantidad de sondas extrasensoriales a cualquier parte para recabar información mientras se sentaba en el porche y fingía desinterés.

La mamá de Nina era una célebre matemática, y ella era mi mayor competencia en estadística. Una vez el señor Lee nos llamó a las dos al frente y escribió un problema de lógica entre nosotras. Se suponía era una competencia amigable, pero yo empecé a sudar mientras comenzaba a resolverlo. Nina terminó antes de que yo hubiera dibujado siquiera mi tabla de valores de verdad. Mientras caminábamos de vuelta a nuestros escritorios, dijo: «No deberías enfocarte tanto en los pequeños detalles, Sylvie. Te perderás lo que viene».

Me enfurecí, pero sabía que tenía razón. Tenía la costumbre de centrarme en lo específico hasta excluir el todo, y no era muy buena para la previsión. Esa noche en noviembre, por ejemplo, cuando vi a Gabe saliendo del jardín del señor Keller; a pesar de lo mucho que me desconcertaba, o quizá por eso, intenté olvidarlo cuando él pareció volver a la normalidad. Hubo varias semanas en que lo encontré junto a mí en la cama cada mañana, y me convencí de que debió haber estado caminando dormido, como yo hacía cuando era niña. ¿Cómo podía aquel tibio y pacífico cuerpo, esa persona que se había vuelto más preciada para mí que nadie más en la escuela, haber hecho algo tan extraño a propósito?

Ese año ambos decidimos quedarnos en Mills para el día de Acción de Gracias. Estábamos adorablemente atontados por el enamoramiento; después de un duro y amargo rompimiento con David Horikawa, Hannah nos había comenzado a llamar «Los Sectarios», y la idea de comer pavo y arándonos enlatados con nuestras familias era salvajemente indeseable. Le dije a mis padres que el viaje de seis horas en avión era demasiado largo para estar tres días en casa, con los finales tan cerca. Gabe llamó

a su mamá y recibió un inmediato y sorprendente permiso para quedarse.

Pasamos la mayor parte de ese fin de semana explorando el bosque que rodeaba el campus, las pequeñas colinas y arroyos; nos besábamos en la colina del observatorio y nuestros *jeans* terminaban con manchas de pasto. Encontramos un montón de polvosos juegos de mesa en uno de los salones comunes y jugamos hasta muy entrada la noche, apostamos y luchamos por las mejores piezas. En las cocinas de los dormitorios, cocinábamos con ambición: relleno con nuez y tomillo, jalea de arándano real que no salía de una lata. Manejamos el Honda chatarra de Hannah hasta el supermercado más cercano y conseguimos un pavo entero: lo asamos y lo sacamos demasiado rápido del horno, un jugo rosa corría por sus piernas. Incluso eso nos hizo reír.

Una tarde caminamos hasta la parte alta de la colina de Skinner, donde estaba el Refugio Rocosó. Era una piedra inmensa, hueca por la erosión y abierta por dentro como una cueva. Nos tendimos en el suelo frío. Comenzó a lloviznar y luego llovió a cántaros. Yo me trepé sobre él. Podía sentir su erección debajo de sus *jeans* y la hebilla de su cinturón enterrándose en mi estómago.

—Hola —dije.

—Hola —dijo Gabe.

Nos quitamos nuestros pantalones mojados, los suéteres, los calcetines. Mi cuerpo parecía vibrar de hambre y de terror; solo había besado a un chico antes. Jugué con el elástico de su bóxer, luego metí mi mano para tocarlo. Su cuerpo estaba tenso y duro: los músculos cableaban su espalda, y los tendones en su cuello se levantaban como una escultura con relieves. Él me siguió con los ojos mientras yo me quitaba la camiseta y bajaba mi ropa interior, luego la suya. Nos movimos con torpeza y nos aferramos al rompecabezas del sexo y los ángulos extraños; Gabe ahogó un grito, con la boca abierta, cuando se vino; para mí, solo hubo un latido incómodo, que se diluyó en un leve palpitar. Al día siguiente, en su cuarto, sostuve su pecho mientras él se sacudía y se mecía de atrás hacia adelante sobre mí; y luego fui yo la que estaba sacudiéndose y meciéndose, vacilante al principio y luego con una voracidad que no sabía que tenía. Nos movimos juntos brutalmente; nuestra necesidad adolescente era tan agresiva como famélica, empujando hasta que parecía que estábamos presionando para salir de nuestra piel más que teniendo sexo. Era como si hubiera algo más allá del sexo y estuviéramos persiguiéndolo, entrelazados, pero de alguna forma compitiendo. No significa que no se sintiera como algo compartido; estábamos juntos en esos momentos, éramos los únicos que sabíamos cómo se sentía.

Por ese tiempo, comencé a tener sueños que apenas podía recordar y que me dejaban físicamente exhausta, como si en ellos corriera grandes distancias. Una vez desperté con un raspón sangrante en mi rodilla izquierda. Se lo mostré a Gabe: brillaba rojo debajo de la lámpara de mi escritorio, como si fuera una joya que me habían dado. Le atribuí los sueños al sexo, tanto a sus manifestaciones físicas como a sus características psicológicas. Estaba explorando un espacio totalmente nuevo,

caminaba por un cuarto vacío o por un bosque desconocido. Nunca aparecían otras personas, pero a veces había animales. En el bosque veía ardillas cuyos ruidos me sobresaltaban, pero estaba más asustada por un gato en el cuarto desconocido. Era una criatura pequeña, sedosa, color mostaza y no abiertamente intimidante, pero sentía aversión cuando la veía. Muchas veces el gato caminaba en círculos a mi alrededor o presionaba su cabeza contra mí. Ahora pienso que mi aversión tenía más que ver con el resentimiento de estar sola en un cuarto que con el gato mismo, que probablemente podía sentir mi miedo e intentaba tranquilizarme. Pero yo sentía con fuerza que había algo malo en haberme dejado ahí, y dirigía este resentimiento a la única criatura que podía.

En la última noche del descanso de Acción de Gracias, Gabe y yo nos quedamos dormidos juntos: nuestras piernas entrelazadas, los pechos como cucharas pegadas. Pero a la mañana siguiente desperté sola. No estoy segura de cómo supe que él no había regresado a su cuarto, llámenlo instinto o intuición, el último aviso del subconsciente. Antes de que pudiera convencerme de lo contrario, me puse los tenis y una vieja sudadera y tomé una linterna en mi camino hacia la salida del dormitorio.

Hacía frío afuera, el viento suspiraba entre los árboles. La niebla había llenado el cielo de algodón, así que era difícil ver la casa de Keller, solo la mancha borrosa de su silueta, desteñida como la corona solar, frente a un telón de árboles. Conforme me acercaba a la casa, podía escuchar al arroyo que corría detrás de ella, con sonidos como pequeñas lengüetadas. Planeaba ir directo hasta el jardín, aunque no tenía idea de qué haría cuando llegara ahí. Pero no tuve tiempo para decidir, porque Gabe salió de la puerta principal.

—Sylvie —dijo.

Yo estaba sorprendida. Aunque temía encontrarlo ahí, no lo había esperado realmente. Aún atontada por la hora tan temprana, casi me sentía como si estuviera soñando. Me acerqué a él.

—No, no lo hagas. —Él se hizo hacia atrás—. No deberías estar aquí.

—¿No debería estar aquí? —Ambos estábamos susurrando, aunque mi voz comenzaba a subir de tono—. Tú acabas de salir de la casa de Keller. Te vi... salir de la casa de Keller. ¿Y yo soy la que no debería estar aquí?

—Es parte del... —Gabe volteó la cabeza y sus ojos se movieron rápidamente hacia la izquierda, como si estuviera buscando a alguien—. Recuerda lo que te dije, Sylvie. Es parte...

Su boca se quedó abierta por unos segundos, luego se cerró. Pero antes de que pudiera decirle que no me había dicho nada, otra voz vino desde la puerta.

—Gabriel.

El señor Keller estaba en el arco que conducía a su casa. Keller no siempre estaba entre nosotros, los estudiantes, cuando no estaba dando clases, pero cuando lo hacía, su presencia estaba cargada de energía.

Si él alguna vez estaba en la fila del comedor, toda la hilera de estudiantes se

quedaba sucesivamente en silencio. Él tenía una ligera y encantadora manera de interactuar con nosotros, pero su poder e influencia siempre corría debajo de ella. Nadie quería decepcionarlo en caso de que su amabilidad se abriera y algo más saliera de ahí.

Pero era más que eso. Él demostraba empatía hacia nosotros, tenía consciencia de nuestras inclinaciones y deseos; eso era inusual en un maestro mayor. Una vez, se acercó a un grupo que estaba de pie en el vestíbulo de la biblioteca con un chico llamado Will Washburn; propenso a los resfriados y dramáticas y exclamatorias caídas en gimnasia, estaba particularmente distanciado de nosotros ese día: otro chico se había burlado de él por su falta de habilidades atléticas, y Will le había gritado insultos hasta que uno de los vigilantes del pasillo adelantó la salida de toda la clase esa semana. Keller pudo haber continuado avanzando por la biblioteca, pero en vez de eso se detuvo.

—William Washburn —dijo—. Justo a quien esperaba ver.

El cuerpo de Keller estaba dirigido hacia Will, pero no tanto como para excluir al resto de nosotros por completo. Will levantó la vista nerviosamente.

—¿Yo?

—Así es. Quería preguntarte sobre esos papeles que te di. ¿Asumo que no has tenido tiempo de revisarlos?

Aquello capturó nuestro interés. Había un rumor persistente de que Keller estaba trabajando en un proyecto y que había seleccionado a ciertos estudiantes para hacer de asistentes de investigación. Algunas personas decían que te daban dinero por hacerlo, como una especie de beca de trabajo. Otros decían que era más por el honor, el prestigio, que si te escogía tenías prácticamente garantizada la entrada a la universidad de tu elección. Todos nos preguntamos si era eso a lo que Keller se refería.

—No, aún no —dijo Will. Su cara parecía estrujada, como si estuviera intentando contener algo, sorpresa o quizá orgullo.

—Pues me da gusto escuchar eso —dijo Keller—. He hecho ajustes, así que tendremos que descartarlos. Tráemelos cuando puedas y te hablaré de lo que ha cambiado.

—Sí, está bien —dijo Will.

—Bien, de acuerdo —dijo Keller antes de voltear, por primera vez, hacia el resto de nosotros—. Buenas tardes.

Todos hicimos nuestros débiles saludos y él movió la cabeza amablemente antes de desaparecer en el patio de la biblioteca. Ya sea que Keller realmente le hubiera dado a Will algo para trabajar o no, sus problemas desaparecieron poco después. Así que en ese día al final del descanso del día de Acción de Gracias, cuando Keller siguió a Gabe, yo casi estaba aliviada; esperaba que pudiera diagnosticar lo que fuera que le pasaba con él y lo llevara a su fin.

Él caminó hacia Gabe y puso una mano sobre su hombro. Una expresión de

nerviosismo y una nueva claridad cayeron sobre él, como si ahora entendiera que podría meterse realmente en problemas.

—El señor Lennox y yo solo estábamos teniendo una conversación —dijo Keller suavemente, pero con un tono insidioso—. Una conversación sobre límites.

—No podía dormir, así que salí a caminar —dijo Gabe inexpresivamente—. Salí del dormitorio y crucé el campo. Planeaba ir al bosque, pero cuando llegué a su casa sentí curiosidad por el jardín y me detuve. Entré y miré las plantas. Solo iba a quedarme por un minuto o dos; sé que estuvo mal, no debí hacerlo.

Todo el discurso de disculpa fue tan continuo que parecía programado. Quizá era algo que él ya había decidido que diría si lo atrapaban. Sin embargo, si ese era el caso, no podía entender porqué me lo decía a mí.

—También conocido como invasión de la propiedad escolar —dijo Keller—. Pero es un jardín muy lindo, no lo negaré; he pasado años cultivando mi pequeña colección, y no eres el primer joven botánico que muestra interés en él. Eres perfectamente bienvenido a pasar por aquí durante el día y echarle un vistazo, con mi permiso. Pero no de esta forma.

Caminó hacia el otro lado de Gabe, con sus manos unidas detrás de él. Mi corazón latía con fuerza. Lo único que quería era que Keller llegara al final de su discurso para que Gabe y yo supiéramos cuáles serían las consecuencias.

—Secretos —dijo Keller—, el señor Lennox y yo estábamos teniendo una plática sobre secretos. Lo invité a pasar; no vi ninguna razón para dejarlo afuera en el frío. Así que nos sentamos en mi comedor y tuvimos una charla muy franca sobre secretos y lo que resulta de ellos.

Miré a la casa. Las persianas del primer piso estaban cerradas y bordeadas por luz. Alcancé a ver un poco de la sala, aunque no vi ningún mueble.

—Consecuencia número uno —dijo Keller—: reducción de privilegios nocturnos. Espero que el señor Lennox esté en su cuarto sin visitas a partir de las ocho treinta de la noche; los vigilantes se encargarán de eso.

Eso era de esperarse. Continuamos en silencio, a la expectativa de lo que seguía.

—Número dos: un ensayo de al menos mil palabras sobre el tema de lo que significa ser un ciudadano respetuoso en una comunidad académica. A máquina, cuidadosamente revisado, tendrá puntos menos por cada palabra mal escrita.

El señor Keller estaba de pie al lado de Gabe. En vez de su uniforme de siempre, pantalones de vestir negros y camisa azul marino, llevaba una bata y un suéter verde con los bordes desgastados. Era perturbador verlo vestido así, tan casual, aunque claro que tenía sentido: probablemente estaba en la cama. La expresión de Gabe era neutral. Pero de vez en vez me miraba y algún músculo parecía sacudirse.

—Número tres —dijo Keller—: él ha aceptado transmitirle estas reglas a sus compañeros. Ahora es responsabilidad de Gabriel asegurarse de que otros no repitan su error. Me apoyo en él para que sirva como un ejemplo, y si encuentro a alguien más fuera de los límites, digamos, en mi jardín, Gabriel será la primera persona por la

que vaya.

El señor Keller se quedó en silencio. El único sonido que se escuchaba era el viento a través los árboles, y yo me sentí aún más sola. Pero no solo estaba intranquila por Gabe; entre más me quedaba ahí, más parecía recordar algo sobre el lugar en el que estábamos, como los márgenes de un *déjà vu*.

Gabe y yo caminamos de vuelta a los dormitorios sin hablar. Tenía una brillante bola de furia en mi pecho, y sabía que explotaría si abría la boca. Pero había algo más profundo que el enojo que me hacía apresurar el paso hasta que Gabe, que avanzaba a prisa detrás de mí, se rindió y se quedó atrás. Me sentí traicionada. Nos habíamos elegido el uno al otro: nos habíamos tendido en mi litera de arriba entrelazados en la conversación, nos contamos nuestros secretos que se desataban en la noche como nudos corredizos. Él me conocía tan bien como Hannah, quizá mejor. Pero me había mentido sobre adónde iba en la noche, y por ninguna razón mejor que su propia necesidad patológica de meter la nariz donde no debía. Su terco interés en el jardín del señor Keller era tan peculiar que me hacía sentir humillada por creer que él era diferente de otros chicos, por creer que había madurado.

Las clases se reanudaron al día siguiente, y yo lo evité. Cuando lo veía, sentado al otro lado del salón de física o caminando hacia el comedor lentamente, detrás de sus amigos e intentando tontamente atraer mi atención, mi estómago daba un vuelco y yo miraba a otro lado. Pasé la mayor parte de mi tiempo libre con Hannah en el taller, una bodega de techos altos a la orilla del campus. Durante el día era el recinto de las clases de arte, pero en las horas en que no había clases estaba libre para los estudiantes. En nuestro primer año en Mills, Hannah y yo nos inscribimos a Introducción a la Pintura. Pensamos que sería fácil: dos periodos a la semana para jugar con el color, en los que no tendríamos que usar nuestras mentes. Pero fue la clase más dura que tomé. Física requería lógica; pero la lógica necesaria para pintar era diferente: venía de un lugar debajo del cuello en vez de por encima de él y requería horas de experimentación.

—Quiero que mezclen un color —dijo la señora Mildanovich, abriéndose paso entre las mesas—. Un color que solo ustedes conozcan.

Yo elegí el polvoriento gris azulado de mi vieja cobija de bebé. Y aunque podía imaginar su color exacto en mi mente, todo lo que mezclaba se veía mal y demasiado potente en el papel. La cobija era etérea y difusa, de un tono que podría describir mejor con sensaciones que con colores: era crepuscular, suave y sombría; tenía volumen, como la lana de una oveja. Más tarde, ese semestre, encontré una vieja esponja detrás del lavabo del taller y puse capas de pintura hasta que obtuve el color correcto. Ahí fue cuando me di cuenta de que los colores, al igual que tonos, tenían formas. Para encontrarlos, tenía que usar el tacto tanto como la vista, la creatividad tanto como la memoria.

Entonces abandoné los objetos de pintura, los tazones curvados, las manos cerradas, las pequeñas y duras manzanas, y estudié *Nocturno en negro y oro*, una

página arrugada en la sección «Abstracto» de nuestro libro de arte: sus manchas de fuego y luz, su luminosa oscuridad. El atractivo de la obra era psicológico, porque podía pintar una pieza cuyo verdadero tema solo yo conocía. Podía esconder cosas en ella: los ángulos que tomaba en la cama el cuerpo de Gabe o la manera en la que me sentía cuando despertaba de mis sueños sobre él. Sentada en el pálido suelo del taller, hice más que contar historias: las encripté. Detrás de las capas de óleo, en una caja dentro de una caja, había formas que solo yo podía leer.

Ahora que sabía lo que Gabe había estado haciendo en sus noches, o al menos adónde iba, para mí su imagen estaba mancillada. Parecía haber algo vergonzoso en él, algo sórdido en lo que yo me había envuelto sin querer. Pero me importaba demasiado para dejarlo ir. Tenía una curiosidad insaciable, estaba histérica con una segunda niñez tardía. ¿Qué estaba haciendo? ¿Tenía a alguien más? Me lo imaginaba entrelazado en el bosque con Diana Gonzalez, la chica con más curvas en nuestro salón, o explorando el jardín con Nina; una vez soñé con sus ojos de perla gris, iridiscentes como barniz de uñas y su cuerpo desnudo apretado contra el de él.

Tenía la extraña sensación de tener que protegerlo. Nadie más sabía adónde iba en las noches, y después de la advertencia de Keller, quería asegurarme de que no sacrificara su frágil libertad condicional. Me despertaba cada mañana alrededor de las cinco, cuando las montañas apenas estaban delineadas por la luz, y me sentaba en la ventana. Por tres noches no lo vi. Pero el jueves a las cinco treinta, salió de la parte trasera de la casa y caminó con rapidez hacia los dormitorios. Tenía que haber algún patrón, pensé. Y tenía razón: él desaparecía el fin de semana, pero volvía los martes y jueves. Ese plan continuó por dos semanas, durante las cuales los sueños que había estado teniendo, y sus extrañamente correlacionadas heridas físicas, estuvieron ausentes, lo que me convencía aún más que algo de mi relación con Gabe los había inspirado.

Diciembre no trajo nieve: en el condado de Humboldt, el invierno era frío y lluvioso. A siete grados podías andar con un suéter, aunque la humedad en el aire se impregnaba en él como lo hacía con la suave y brillante corteza de las secuoyas.

Entre nosotros, los estudiantes, había una atmósfera febril. Habíamos tenido una probada de las vacaciones en Acción de Gracias, y diciembre estaba a un loco instante del descanso de invierno, atascado de exámenes finales. Durante el de historia, la lluvia salpicaba las ventanas y se podían escuchar los furiosos rasguños de treinta lápices en papel; Gabe estuvo ausente. Yo me apresuré con mi ensayo sobre la colonia española y lo puse de golpe sobre el escritorio de la señora Callaghan; Hannah me miraba intrigada. Luego pasé por el dormitorio para tomar mi impermeable y salí a buscarlo.

Lo encontré en el ático de la biblioteca. Estaba recargado contra una de las paredes octogonales con un libro de física en las manos.

—Así que botaste nuestro final de Historia y ahora estás estudiando Física —dije—. Pérdida de tiempo. Al paso que vas, dudo que llegues siquiera al final del

semestre.

Gabe levantó la vista. Sus rodillas estaban pegadas contra su pecho y había libretas esparcidas a su alrededor. Una tenue luz brillaba por las ventanas de la torre, y sus ojos se veían vacíos y entrecerrados, como en la mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Te he visto —dije—. Martes y jueves, como un reloj. Tienes suerte si Keller aún no te ha visto de nuevo, pero lo hará. Lo que no puedo entender es por qué lo sigues haciendo.

Gabe bajó su libro de física y estiró las piernas.

—No era yo —dijo.

—Por favor, Gabe.

—No era yo. —Levantó las cejas—. ¿Cómo puedes estar segura? Está oscuro afuera a esa hora de la mañana. ¿Alguna vez viste mi cara?

—Suenas muy a la defensiva para ser alguien que supuestamente no estaba ahí.

—Difícilmente. —Los rasgos de Gabe se relajaron como si hubieran recibido una orden.

—¡Ay, por favor! —dije—. ¿Quién más podría ser?

—David Horikawa. Michael Fritz. Fue Mike quien me dijo sobre las flores de Keller, ya sabes, esas con los centros dobles. Ha estado convencido por meses de que Keller está conduciendo experimentos en ese jardín. No soy el único que tiene curiosidad respecto a eso.

—¿Esperas que crea que hay toda una banda de chicos corriendo por la casa de Keller en la noche?

—Solo estoy diciendo que no era yo.

—Pero te conozco —dije. Era lo único a lo que podía aferrarme, lo único que me convencía que no estaba delirando—. Conozco la forma de tu cuerpo, cómo se ve cuando caminas.

Estaba casi llorando. Después de los meses que habíamos pasado juntos, esa fría confrontación era insoportable. Me hincué frente a él, poniendo mis palmas en su rodilla.

—Gabe —dije.

Pero solo miró hacia la ventana, poniendo sus manos sobre sus ojos como un visor. Cuando volteó hacia mí, su cara tenía la misma expresión vacía que le había visto esa noche en la casa de Keller.

—Lo siento —dijo—. Tengo que trabajar.

Levantó su libro de física de nuevo. Lo abrió y comenzó a leer, subrayando de vez en vez; era como si yo ni siquiera estuviera ahí.



Esa noche me desplomé en mi litera. Hannah había salido, y estar sola me hacía llorar aún con más fuerza; me soné la nariz tan ruidosamente que alguien en el cuarto de al lado golpeó la pared y gritó: «¡Por Dios, callen a ese trombón!». Me quedé dormida con ropa, mis ojos hinchados hasta cerrarse. Cuando la puerta se abrió, pensé que era Hannah volviendo del salón común después de que se apagaron las luces. Pero cuando alguien trepó a mi litera, con la escalera de madera crujiendo más de lo que nunca lo hacía bajo los cuarenta y tres kilos de Hannah, me di cuenta de que debía de ser Gabe.

Estaba desaliñado, con el cabello grasoso y los ojos inyectados de sangre.

Se detuvo frente a mí y se hincó.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, incorporándome hasta quedar sentada.

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero necesitaba verte. Tengo que decirte algo.

Exhaló, mirando hacia el techo. Cuando me miró de nuevo, su quijada estaba rígida.

—Lo siento —dijo.

—Okey. —Mi cabeza estaba martilleando—. ¿Por qué, exactamente?

—Por portarme raro. Por ignorarte en la biblioteca. Por... por no ser honesto. —Puso una mano en mi rodilla—. La verdad es, Sylvie, que no estoy tan bien. Mi cabeza no está bien. Pero no te quiero perder.

—Entonces no lo hagas —dije.

—No es tan fácil.

—¿Qué pasa? ¿Es tu mamá? ¿O tus calificaciones? ¿Hablaste con tu papá?

—No, no. —Gabe negó con la cabeza.

—Entonces ¿qué?

Parecía más impenetrable que nunca, y yo estaba exhausta. Apenada también, de que él me hubiera visto de esa manera. La cintura de mis *jeans* se había subido, marcando surcos en mi estómago; un calcetín se había caído y de alguna forma había terminado en mi almohada. No me había molestado en soltarme el chongo y ahora estaba apelmazado al lado de mi cabeza, meciéndose sobre una oreja cuando hablaba.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Quiero hacerlo.

—Bueno, ¿puedes intentar?

—He estado intentando.

Podía sentir que mis ojos se llenaban de nuevo. «Basta», me dije a mí misma. «Te estás portando como una niña muy, muy tonta».

—Oye —susurró Gabe—, no llores. —Y sus pulgares estaban debajo de mis ojos, recogiendo la humedad de mis mejillas y limpiándosela en sus *jeans*. Se notaba frustado; cuando reanudamos la conversación, le costaba trabajo hablar.

—Lo único que necesito son unos días. Una semana máximo para resolverlo todo. Luego podemos volver a la normalidad, a como era antes. Hablo en serio esta vez.

Lo contemplé, intentando entender. Por un momento casi acepto, pero aún estaba enojada: por su osadía y su aprensión, la petición de que confiara en él cuando él no me decía nada. Lo empujé por los hombros, jalando mis rodillas hacia mi pecho para que no pudiera acercarse más. Pero él volvió a acercarse y luchamos uno contra el otro: él intentaba tranquilizarme mientras yo luchaba con más fuerza. Le encajé la rodilla en el estómago, y él hizo un sonido grave de dolor, pero no se alejó. Gruesas y descuidadas lágrimas rodaron hasta mi mentón y hacia el pecho de su camiseta.

Gabe sorbía, sonidos que pensé que eran de cansancio antes de que me diera cuenta de que también estaba llorando. Su cabeza estaba blanda, colgando de su cuello hacia el frente como la de un espantapájaros, pero me sostenía con la misma fuerza.

Nunca antes le había visto llorar. A mi pesar, mi resistencia se suavizó. ¿Qué sabía yo de sus secretos y qué derecho tenía a conocerlos? Gabe recargó su frente en mi pecho, envolviéndome con sus piernas y sus brazos hasta que me calmé. No sé cuánto tiempo nos quedamos así; lo siguiente que recuerdo, en mitad de la noche, es que la Luna era el destello de una uña en la ventana. Estábamos acostados, Gabe respiraba tranquilamente en su sueño. Sus rodillas estaban acomodadas detrás de las mías y uno de sus brazos estaba alrededor de mi cintura. Debí de haberme movido ligeramente, porque él se reacomodó y me miró. Me di la vuelta para verlo de frente. Había diez centímetros, quizá menos, entre nosotros.

—¿Estás seguro de que no quieres que terminemos? —le pregunté, manteniendo mi voz baja para no despertar a Hannah.

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—¿Por qué estoy seguro de que no quiero?

Él me sonrió de lado.

—Sí —dije—. Porque parece que no sabes lo que quieres.

—Sylvie —susurró Gabe. Acomodó su frente en el hueco de mi hombro; podía sentir su respiración contra mi oreja—. Eres mi persona.

Las palabras vibraron en mi interior, y sonreí aunque no quería. «Eres mi persona»; él era la mía y yo, la suya. Pero cuando desperté a la mañana siguiente, me pregunté si lo había soñado. La luz estaba pálida y azulada como el agua, Hannah roncaba ligeramente debajo de mí, y Gabe se había ido.

• • •

Ese día él no apareció en el comedor durante el desayuno. Pensé que me estaba evitando pero también estuvo ausente en la comida, y luego en la cena. Gabe podía devorar tres hamburguesas antes de eructar sonoramente y declararse satisfecho; no

había forma de que hubiera subsistido todo el día a base de barras de granola de las máquinas expendedoras de los dormitorios. Esa noche me quedé frente a la ventanilla de postres, contemplando el especial de esa noche, gelatina con crema batida en moldes plásticos, mientras sentía cada vez más náuseas. Hubo un olorcillo a perfume y luego Nina, la ex de Gabe, se apareció a mi lado. Me tomó del brazo.

—Sylvie —dijo. Su largo cabello negro caía hacia adelante en una capa, y sus ojos plateados estaban abiertos de par en par por la urgencia—. ¿Ya te enteraste?

—¿Enterarme de qué? —pregunté, pero mi estómago ya se estaba retorciendo.

—Se fue —dijo Nina.

Se extendió por el comedor en unos minutos. El rumor era que a Gabe le habían pedido que se fuera después de botar nuestro examen de historia; pero eso no tenía sentido, Mills nunca expulsaría a alguien por una transgresión menor como esa. Todos me preguntaban qué había pasado en realidad, y el hecho de que yo no tenía ni idea como todos los demás me hacía arder en resentimiento. ¿Cómo pudo no haberme dicho nada? Estaba convencida de que su partida tenía que ver con Keller, pero no lo compartí con nadie y no podía probármelo ni siquiera a mí misma. Después de la cena, corrí al cuarto de Gabe, pero cuando entré de golpe, estaba vacío: su litera de abajo no tenía sábanas y su cómoda estaba vacía. Debajo de una ventana, un cajón abierto golpeteaba con el viento.

Hannah era la única que no estaba consternada por la desaparición de Gabe. El resto de nuestro grupo elegía entre los rumores del comedor, bajando la voz comprensivamente cuando yo me sentaba. Pero ella estaba silenciosa y evasiva. Una noche, mientras hacíamos la tarea, Hannah estaba sentada en la silla junto a la ventana y yo en su litera de abajo, recargada contra su enorme almohada con forma de rana; ella se giró de pronto frente a mí.

—Me da gusto que se haya ido —dijo—. Ya, lo dije. Todos se comportan como si todo esto fuera una tragedia shakespeariana, pero él no era exactamente una gran compañía.

—No es verdad —dije—. Ni siquiera lo conocías.

—¡Tú tampoco! —gritó Hannah.

Su cabello rizado del color de los pelos del elote estaba envuelto en una toalla, sus mejillas eran del de las fresas.

—Nadie más te lo dirá, pero te estaba usando, Sylvie. ¿Crees que era una coincidencia que solo viniera de noche? ¿Qué te dejara antes de que despertaras a la mañana siguiente?

—Hablábamos esas noches —dije, pero Hannah solo levantó las cejas—. ¿Qué? ¿Crees que me estaba usando por el sexo?

—No sería el primer chico que lo hace.

—Ese es un comentario muy desagradable, Hannah.

—No lo estoy diciendo para lastimarte. Solo no quiero que mires al pasado a través de unos lentes de color rosa.

Era uno de nuestros chistes locales, la frase preferida de nuestro maestro de Inglés. «Es la nostalgia de Gatsby la que le da vida, pero también lo que la destruye, no puede evitar mirar al pasado a través de unos lentes de color rosa». Pero no me reí.

—No estoy lastimada —dije.

Volví a mis ejercicios de matemáticas y los miré con fijeza. Podía sentir los ojos de Hannah sobre mí.

—No estabas enamorada de él, ¿o sí? —preguntó.

Una ola de calor recorrió mi cuerpo. Mi pijama de algodón se sintió como lana, y la cobija de Hannah era sofocante. Me observó, pero no pude contestarle; abandoné la cama y corrí al baño sin zapatos; fui más lento mientras pasaba la oficina del vigilante de pasillo. En el lavabo, salpiqué agua fría en mi cara hasta que pasó el calor. Nunca antes había estado enamorada y no podía explicarle a Hannah cómo sabía que ahora lo estaba. Pero mi amor por Gabe era tan identificable como cualquier cosa que hubiera visto con mis propios ojos. El jardín del señor Keller, por ejemplo: su puerta sin cerrar, su oscuridad llena de formas, y esa extraña flor doble, de un color tan vívido que podía ser vista sin luz.

Durante meses, estaba segura de que recibiría noticias de él. Pero no habló ni escribió, y mis llamadas a la casa de su madre no fueron respondidas; solo se escuchaba su voz monótona en la contestadora, el frío bip y luego mi voz, críptica, indecisa, «Gabe, soy yo...». Hubiera sido más fácil seguir adelante si pensara que nuestra relación había sido una aventura; pero sabía que eso no era verdad. Nuestra conversación en la cama, esa noche final, era un gancho dentro de mí; regresaba a ella una y otra vez, buscando el significado que no había encontrado antes, intentando sacarle información a la fuerza.

Hannah y yo regresamos a nuestro antiguo grupo de amigas, pero las chicas en nuestro pasillo ahora parecían descoloridas y poco interesantes y sus pláticas irrelevantes. A la hora de la comida, movía mi tenedor en círculos hasta que Hannah me preguntaba si estaba hipnotizada. Cuando fui a casa para las vacaciones de invierno, no podía dormir. Estaba adormilada durante el día, propensa a cometer errores que sorprendían a mi familia: ponía tijeras en el refrigerador, cátsup en el congelador, jabón para el lavatrastes en la lavadora...

—Es un rompimiento, Syl —decía Rodney—, no el apocalipsis zombi.

Pero yo no podía zafarme. Cuando volví a la escuela en enero, dejé mi bolsa en el suelo y trepé a mi litera de arriba, extendí brazos y piernas como una estrella de mar. Ahora que Gabe se había ido, había demasiado espacio. Estaba lloviendo afuera; cuando Hannah entró, su cabello estaba embarrado en sus mejillas. Se paró en la puerta, jadeando por haber subido las escaleras; un charco de agua se formaba a sus pies. Me miró con las cejas levantadas. Luego dejó sus bolsas.

—Okey —dijo—. No.

—¿No qué?

—No —repitió, trepando la escalera hacia mi litera.

—No vas a hacer esto todo el semestre.

—Estás mojando todo —protesté.

—Intenta detenerme —dijo Hannah, y luego empezó a hacerme cosquillas mientras yo pedía su misericordia entre gritos; ambas nos reíamos tan fuerte que la cama se estremeció—. Vamos, Sylvie. No quieres pasar tu último semestre de prepa como una miserable plasta de añoranza.

Durante la cena, planeamos un programa de automejoramiento. Corríamos gélidas carreras antes de Física; salíamos de nuestras camas a las seis treinta, y corríamos tan rápido colina abajo que prácticamente íbamos en picada.

Pasábamos aún más tiempo en el taller, usando carboncillo para dibujar nuestras manos abiertas, cerradas, entrelazadas. Durante las vacaciones de primavera, manejamos hasta la granja de su familia en el valle de Sacramento. Recorrimos a toda velocidad la ruta 101 con el radio a todo volumen, aullándole a las secuoyas, frenéticas por el azúcar de los Blizzards del Dairy Queen de Petaluma. Todas las hermanas de Hannah se habían ido de casa, así que tuvimos que escoger nuestras habitaciones. Durante el día ayudábamos a su mamá, Ingrid, en el huerto de nogales. Yo prefería los árboles de almendras: sus vainas peludas y verdes como duraznos inmaduros, su delicada ecología. Necesitaban seis años de polinización para dar frutos. Nuestro trabajo era encontrar y pelar las semillas, golpeando cada cascarón con un martillo hasta que se partían en dos por los bordes. En la noche, salíamos a recorrer el granero en desuso con nuestros carboncillos y trabajábamos en un silencio tranquilo y amigable. Ahí me sentía en paz, no eufórica o desesperada como me había sentido con Gabe, pero bien. Incluso contenta. Son las sensaciones físicas las que más recuerdo, el sol cerca como una mano presionándose contra mi cuello, el alivio de una grieta en el cascarón de piedra de la almendra. Cada nuez era un pequeño adversario, un logro de un minuto. Para cuando nos fuimos de Sacramento, casi me había convencido de que era posible superar a Gabe. Podía vivir sola, pensé, o en una granja con Hannah; quizá no necesitaba los altos y los bajos que venían con el amor. Quizá esa quietud, aquellos pequeños placeres diarios, podían ser suficientes.

• • •

Ese abril me aceptaron en la Universidad de California en Berkeley y comencé a trazar el rumbo y camino de mi nueva vida. Extrañaba a Gabe especialmente en los momentos de camaradería del último año, leyendo junto al lago a principio de junio o reuniéndonos alrededor de la computadora de alguien para ver fotografías de una visita a la universidad. Pero intentaba no sufrir por su ausencia, y cada mes se volvía un poco más fácil dejarlo atrás.

Para cuando llegó la graduación, ya casi lo había logrado. Después de la

ceremonia, todos se congregaron en el jardín frente a la casa de Keller, comían cubos de queso y bebían, en vasos de plástico, champaña para los adultos y sidra espumosa para nosotros. Yo estaba con mis padres y Rodney en la mesa central, hablando con el señor Keller, cuando sentí algo suave rozar mi pierna.

Moví mi pie, pensando que era el mantel. Pero luego lo sentí en mi otra pierna, y cuando me agaché, encontré un cuerpo aterciopelado en movimiento, sus músculos ondeaban contra mi pantorrilla. Era un gato pequeño, del color de un león, con manchas color óxido en su frente y sus patas. Pero lo que más me llamó la atención fue la presión de su cabeza en mi pierna; lo hacía con firmeza, como si quisiera empujarme bajo la mesa.

Quitó mi mano y me erguí como si hubiera tocado algo sucio. Debí de golpear la mesa con el codo al subir, porque el vaso de Rodney comenzó a temblar. El señor Keller estiró la mano para detenerlo, pero no fue lo suficientemente rápido, y cayó con ligereza sobre el pasto, donde la sidra espumosa estuvo a punto de caer en la cola del gato.

—¿Es su gato? —pregunté.

—Así es. Lucy —respondió Keller.

Había estado hablando con mi mamá, con un vaso de champaña en una mano. Noté que ella quería continuar la conversación y deseaba que no la hubiera interrumpido, pero yo no podía fingir que estaba bien.

—Soñé con ella —dije.

El rostro de Keller apenas se movió.

—No serías la primera. Lucy siempre anda al acecho en el comedor y la biblioteca. Cuando llegan los finales, todos están soñando con gatos.

Hubo una pausa mientras mi familia me miró. Luego mi padre comenzó a reírse, y Keller sonrió brevemente antes de volver a voltearse hacia mi madre. Pero yo aún sentía como si cada nervio en mi cuerpo hubiera sido encendido con un cerillo, y no pude concentrarme en la recepción. Todo el evento le daba al fin de mi tiempo en Mills una sensación inquietante. Pronto comenzaría a evitar pensar en la escuela por completo. Se volvió más y más fácil hasta el verano antes de mi último año en la universidad, cuando Gabe volvió.

MADISON, WISCONSIN, 2004

Un miércoles a finales de septiembre, cuando el calor apenas comenzaba a levantar, fui a la casa de nuestros vecinos por primera vez. Estaba parada frente al lavabo de nuestra cocina, lavando los vasos de cristal con la ventana abierta, cuando escuché que alguien me llamaba.

—¿Quieres limonada?

Levanté la vista. Era la mujer de al lado, asomándose por una ventana del segundo piso que daba de frente a nuestra casa y a las vías del tren. Estaba inclinada por la cintura, de manera que la parte de arriba de su cuerpo salía del marco, su cabello rayaba el cielo.

—¿Disculpa?

—Dije que si quieres limonada. Te vi que mirabas hacia mi porche. A veces me siento ahí con una bebida, pero hoy estoy adentro. Hace un calor endemoniado, así que pensé en invitarte.

Había planeado ir a la oficina para registrar los datos de la sesión de la noche anterior. Nuestro participante se había zafado de las correas de las piernas y había caminado por el pasillo del edificio hasta la salida de emergencia. Cuando Keller lo trajo de regreso al laboratorio, no tenía recuerdos de haber estado ahí antes; finalmente, se puso tan inquieto que Gabe lo tuvo que sedar. Lo despertamos varias horas después.

No habíamos perdido el control de esta forma desde el paciente 222, una mujer llamada Anne March. Era la primera persona con la que yo trabajaba y dejó nuestro estudio abruptamente, aunque yo intenté no mezclar esos dos hechos. Aún me preguntaba si la habíamos ayudado en algo; a veces pensaba que en realidad habíamos empeorado las cosas. De vez en cuando me olvidaba de ella, pero entonces, como una quisquillosa herida crónica, un tirón muscular o un tobillo torcido, se hacía notar de nuevo. Pero no quería pasar el día pensando en Anne y tenía demasiada curiosidad respecto a la mujer de al lado para rechazar la oportunidad de conocerla.

—¡Okey! ¡Gracias! —grité.

Puse mi último vaso boca abajo sobre una toalla y crucé el camino que separaba

nuestras casas; la puerta de mosquitero se cerró con un silbido detrás de mí.

La mujer, que había dejado su puerta principal entreabierta, estaba parada junto al refrigerador, con sus enormes pies arreglados; llevaba un vestido blanco con holanes y de cerca sus piernas se veían más como las de un becerro, con espinillas más largas que los muslos y bultos hiperextendidos en vez de rodillas. Cuando entré a la cocina, fue a saludarme con una jarra en una mano. El líquido de adentro era amarillo brillante, con pequeños trozos de pepino, fresa y menta desmenuzados arriba.

—Soy Janna —dijo; pronunció la J como una Y: Yanna.

—Sylvie.

Extendí mi mano. Sus dedos eran largos y delgados, fríos por el refrigerador.

—Sylvie. Qué fascinante. ¿Te gusta?

El arete sobre su ojo se elevó junto con su ceja. Sus ojos eran del iridiscente gris azulado de las conchas de abulón.

—¿Que si me gusta? Supongo que sí —le dije.

—A mí me gusta mucho —contestó.

Caminó hacia un gran armario pintado de amarillo y descarapelado, y sacó dos vasos de cerámica. La disposición de la cocina era idéntica a la nuestra, pero las dos habitaciones no se parecían en nada.

Aquí había una mezcla de ollas y sartenes que colgaban de ganchos multicolores, y la mesa de madera de la cocina, con marcas circulares de agua y una pata mala envuelta en cinta aislante, tenía un centro de mesa de matrioskas. Las muñecas encajadas me recordaban a mis pinturas: las brillantes figuras descansaban unas dentro de otras como secretos, y crecían en detalles conforme decrecían en tamaño.

—Janna no es un nombre que escuches muy seguido. ¿Eres de Estados Unidos? —pregunté.

—Nop. Finlandia. Pero el nombre es hebreo. Mi madre comenzó como luterana, pero papá es judío y ella se convirtió. La familia de él es de Israel, pero conoció a mi madre en Helsinki, donde él nació. Hay poco más de cien judíos en Finlandia, ¿sabes? Y ahí es donde vive la mayoría.

—No lo sabía. ¿Eres practicante?

—Ah, no. —Negó con la cabeza y los mechones negros y rojos se mezclaron—. Dejé muchas cosas atrás. Pero aprecio el ritual; el ritual, la ceremonia, las canciones, las hierbas amargas y las cosas dulces también. El *jaroset* es dulce. ¿Lo has probado?

Acomodó los dos vasos, uno azul y uno verde, y sirvió la limonada velozmente. Algunas gotas salpicaron la mesa.

—No lo he probado —contesté.

—¿Eres religiosa?

Puso la taza de limonada en mi lugar y se sentó frente a mí, esperando a que bebiera. Pero yo intentaba seguir el ritmo de la conversación: como un ave salvaje se mantenía saltando inesperadamente, luego se volvía a posar sobre sus delicadas garras.

—No. —Respondí—. Tampoco mis padres. Mi mamá es microbióloga y mi papá es un historiador antiguo, o sea, estudia historia antigua, los sumerios. Él es muy moderno.

Janna sonrió, distante.

—Qué gracioso —comentó.

—Como sea, supongo que de ahí es de donde saqué el ateísmo. Yo también estoy en la academia.

—¿Qué estudias? —preguntó Janna. Pero observaba los dedos de su mano izquierda, con sus nudillos doblados; miraba algo. Se llevó el cuarto dedo a los dientes y jaló la piel que sobresalía alrededor del blanco de su uña.

—Ay, es muy complicado.

Pude notar que esto la molestó. Su cara y su cuello se ruborizaron y me volví más consciente de las venas azules debajo de su piel. ¿Es terrible decir que estaba encantada? Era un pequeño momento de ventaja, mi pie se acomodó en una grieta rocosa, mi cuerpo se movió con fuerza sobre el de ella.

—No estoy segura de que pueda decir mucho sobre eso, honestamente —dije.

Gabe y yo podíamos hablar de nuestro trabajo dentro de los límites: Keller nos había pedido que fuéramos vagos y que nunca compartiéramos información sobre pacientes en específico; nunca lo habíamos hecho. Ambos temíamos que fuéramos vistos como charlatanes o, peor aún, interrogados, puestos en duda y criticados. Era más seguro mantener la verdad entre nosotros.

—Ya veo —dijo Janna. Tomó un trago de limonada y miró por la ventana hacia la calle, como si esperara a que alguien se nos uniera.

—¿Tú qué haces? A veces te veo llegar por la noche —pregunté.

Tan pronto como lo dije, me ruboricé. No quería que Janna supiera que la observaba tan de cerca como de hecho lo hacía, pero si le sorprendió, no lo dijo.

—Me pagan por hacer jardinería. Paisajista es el término, supongo, pero prefiero jardinera. Por ahora trabajo para una pareja que tiene una gran extensión de tierras, varias hectáreas. Es como tener a un montón de bebés necesitados llorando para que los ayude. Eso es lo que Thomas dice: estoy criando a mis hijos.

—Thomas. ¿Es el hombre que vive aquí? —pregunté.

Janna asintió. Puso sus delgados dedos a cada lado de la taza y comenzó a rotarla.

—Mi esposo. Está en la academia, como tú, en el departamento de Inglés. Es un romántico, estudia un doctorado —respondió.

No estaba segura de si él estudiaba a los románticos o si ella quiso decir que su trabajo en la universidad era un gesto romántico en sí; un comentario que debía estar dirigido en parte para mí. Entonces, e incluso muchos meses después, me era difícil medir la malicia de Janna, separarla de lo que era sincero.

—¿Y tú? He visto a alguien más saliendo de tu casa. ¿Es tu esposo? ¿El chico bajito? —preguntó.

—Mi novio —contesté.

Para entonces yo ya estaba molesta. Me terminé la limonada, lista para inventar una excusa sobre el trabajo, pero Janna se inclinó hacia adelante en su silla y comenzó a contarme sobre su noviazgo con Thomas, cómo se conocieron en la universidad cuando él estudiaba poesía y ella botánica. En ese tiempo, dijo, pensó que podría ser una investigadora de campo. Algo delicado en el brillante aspecto de sus ojos, sus ágiles y pálidas manos, me impidieron enojarme con ella. El tatuaje de su brazo era una planta en blanco y negro, con flores sesgadas y hojas puntiagudas; subía de la palma de la mano al codo. Su piel parecía demasiado delgada para soportar tanta tinta. Pero lo más perturbador era el *piercing* en la parte posterior de su cuello, que solo vi cuando ella se dio la vuelta: dos bolas espaciadas unos dos centímetros y medio sin una barra. No podía descubrir cómo habían sido insertadas y eso me desconcertaba. Keller había sacudido mis nociones de privacidad y aunque ahora estaba atada a su trabajo, me hacía salvajemente protectora de mi centro. Había algo en el *piercing* en el cuello de Janna que parecía invasivo, aun si ella lo había elegido. Eso era lo que me impactaba, que permitiera la invasión, que la deseara.

• • •

Resultó que Gabe habló con Thomas al día siguiente. Me lo dijo esa noche mientras hacíamos nuestros ejercicios. En Fort Bragg habíamos comenzado a sentir los daños físicos de nuestro estilo de vida, en el que dormíamos u observábamos el sueño de otros. Nuestras espaldas bajas dolían y las rodillas tronaban. Debido a que nuestros horarios de trabajo eran tan irregulares, no tenía sentido meternos a un gimnasio, así que Gabe sugirió que usáramos DVD's. Rentamos montones de ellos en la biblioteca, nuestros morrales repiqueteaban en el camino de regreso a casa. Aquel día vimos los de abdominales en ocho minutos y pompas en ocho minutos.

—Fui a la casa de los vecinos ayer. La mujer me invitó... Janna —comenté.

Gabe gruñó. Cuando terminamos las sentadillas, nos pusimos de pie y tomamos agua.

—Qué curioso. Yo conocí al chico esta mañana en la lavandería —dijo.

Comenzamos a hacer abdominales.

—No mencionaste eso —dije.

—Fue un poco raro, la verdad. Se sentó junto a mí en las secadoras. Pensé que me había reconocido, pero no dijo nada. Sacó un montón de libros. Y luego, cuando me iba, me preguntó si podía esperarlo, para que pudiéramos caminar juntos. —Nos pusimos de pie para hacer flexiones de piernas.

—Entonces ¿hablaste con él?

—No mucho. Mencionó el clima... preguntó si me parecía que estaba húmedo. Dije que sí. Él comenzó a mirar alrededor así...

Gabe bajó los hombros para que su cuello se alargara y su barbilla se levantara, como un perrito de la pradera. Movi6 su cabeza de un lado a otro, como si estuviera buscando a alguien en una multitud.

—Bueno, la mujer no es menos rara, aunque me pareció que «rara» no era la palabra correcta. Era algo más, como que me hacía sentir intranquila, como si no entendiera cómo tener una charla casual o no estuviera siguiendo las reglas.

—Lo más extraño fue que cuando llegó aquí, sugirió que fuéramos los cuatro a cenar. Me contó que había sido idea de su esposa —dijo Gabe mientras hacía sentadillas.

—¿En serio? No creo que yo le haya caído muy bien.

—¿Por qué no?

La grabación terminó. Gabe apagó la televisión y nos dejamos caer sobre el suelo, con nuestros estómagos subiendo y bajando al unísono.

—Es solo una sensación que tuve.

Pero entre más lo pensaba, no podía estar segura de tener razón. A la mañana siguiente deslicé una nota debajo de su puerta invitándolos a cenar con nosotros esa noche y, a pesar de lo que Gabe me había dicho, me sorprendí cuando aceptaron.



Macarrones de Kraft, sopa de tomate, crema de champiñones al horno; esas eran todas las cosas que mi mamá había hecho cuando yo crecía y parecían dolorosamente inadecuadas ahora. Gabe cocinaba más frecuentemente que yo, en parte porque lo disfrutaba, pero sobre todo porque yo no había heredado ciertas cualidades femeninas de mi madre, quien no las tenía para transmitírmelas. Yo nunca había sabido cómo hornear bizcochos ni cómo mecer a un bebé para evitar que llorara. Cuando Gabe se acercó a mí en la universidad, me volvió fuertemente consciente de las diferencias entre las otras chicas y yo, y la idea del trabajo de Keller, tan divorciado de la típica vida de géneros, incluso divorciado de la típica vida humana, parecía un bendito universo alterno.

Ahora, por primera vez en años, sentía ansiedad social real. Quería probar que podía hacerla de anfitriona, así que le dije a Gabe que cocinaría; encontré una receta de brochetas de pollo, las pechugas resbalaban como la seda en mis manos. Puse la mesa con el mantel rojo de mi abuela y un pequeño florero que Gabe llenó con margaritas que recogió por las vías del tren.

Janna había hablado para decir que llegarían a las 7:30. Pero eran las ocho cuando nuestro timbre sonó; el pollo casi se había enfriado. Gabe y yo nos habíamos arreglado. Él llevaba una camisa formal y *jeans*. Yo llevaba una falda azul marino hasta la rodilla, pero Janna y Thomas parecían aves exóticas en nuestra entrada. Ella

llevaba un vestido corto, amarillo canario; él, un traje de tres piezas de tela espiga que se veía demasiado caliente para el clima de finales de verano.

—Soy Janna —dijo, dándose la vuelta hacia Gabe—. Y este es Thomas.

Después de que comencé a llamarlo Thom, me pareció extraño que ella nunca lo hiciera. Aún recuerdo la forma en la que lo presentó ese día, como si fuera su deber conservar algo a la antigua y noble en él.

—Encantado de conocerte —dijo Thomas. Sacudió mi mano; su apretón tenía un entusiasmo infantil. Sacudía la cabeza al mismo tiempo, el crespo cabello rubio fresa rebotaba de arriba abajo sobre su frente. Llevaba una corbata de moño al cuello y eso, combinado con sus pecas y lentes, lo hacía verse como personaje de un cómic de periódico. Pero detrás de los lentes, los ojos eran de un café profundamente concentrado. Detenían su energía, como un ancla lanzada en aguas revueltas.

—Para ti —dijo Janna y mostró un plato de porcelana fucsia con una envoltura de plástico encima—. Sopa de mora azul para el postre, algo que mi madre solía hacer, *mustikkakeitto* en finés.

Las palabras tenían una belleza de *staccato*, en su alta y cantarina voz sonaban agudas y delicadas como esquirlas de vidrio.

—Gracias —dije mientras tomaba el tazón. El líquido adentro era una mancha magenta profundo. Gabe se estiró para tomar la mano de Janna.

—Gabe —dijo. Su sonrisa se abrió de par en par tan fácilmente como lo hacía con los pacientes de Keller; sostuvo la mano de Janna con un fuerte apretón, luego la de Thomas.

—Es muy amable de su parte invitarnos —dijo Thomas, que se acomodaba la parte frontal del chaleco con sus palmas y miraba alrededor a nuestras paredes, que estaban vacías—. Se nos ocurrió demasiado tarde que nosotros debimos invitarlos. Pero aquí estamos y trajimos la sopa de Janna. Aunque ahora quisiera que hubiéramos traído algo mejor. Una planta de bienvenida o algo, ¿no? Está un poco vacío aquí, a menos que así sea como les gusta.

—No seas grosero —dijo Janna—. Thomas dice lo primero que se le viene a la mente y normalmente lo primero no es lo mejor. Se acaban de mudar, aún no han tenido tiempo para decorar el lugar. Así fue para nosotros también; al principio, todo estaba en cajas y cajas.

Más tarde, me maravillaría por el cambio en Janna. Sola no había parecido preocuparse por tener una plática casual y con propiedad, pero con Thomas se portaba como una encargada moral. Conforme pasaba el tiempo, comencé a notar que él hacía lo mismo con ella, aunque más sutilmente. Parecían existir en un constante estado de revisiones y balances, uno atrapaba al otro cuando había ido demasiado lejos.

Pero no tuve tiempo de entender eso entonces, estaba muy ocupada sintiéndome apenada por el estado de nuestras paredes, aunque la verdad era que no teníamos nada en cajas. Gabe había querido colgar algunas de mis pinturas, pero yo no quería verlas

todos los días. Cada pieza se sentía como un exorcismo menor, una obra de recolección de todas las hendiduras y el fango que se acumulaba alrededor de mi conciencia. Cuando terminaba una, me sentía realizada, pero nunca pensé que fueran bellas.

Mientras nos sentábamos a la mesa, un tren se aproximaba. Nos detuvimos para escucharlo silbar, luego aullar.

—Es un sonido adorable. Siempre me ha gustado escuchar cómo pasan —dijo Janna, con su espalda recta.

Yo también lo encontraba embriagador, como una misiva de otro mundo. Los trenes pasaban de forma irregular ese año; nunca sabíamos qué transportaban ni cuándo vendría el siguiente, pero si era de noche y estábamos dormidos, siempre me despertaban.

Puse el pollo de nuevo en el horno para mantenerlo caliente; ya se había secado, pero Janna dijo que le encantaba. Yo me sentía demasiado nerviosa para comer mucho, así que hacía preguntas: ¿Cuánto tiempo habían vivido ahí? ¿Qué hacía Thomas? Era un estudiante graduado en el departamento de Inglés, nos dijo; estudiaba a los poetas románticos del siglo XIX.

—Es mi tercer año aquí, pero intentamos salir en los veranos. Este año fuimos a Carolina del Sur a ver a mi madre, no volvimos hasta agosto —dijo Thom.

—Thomas está estudiando para su examen preliminar, ha leído doscientos libros y luego escribió ocho ensayos en ocho horas. ¿No suena terrible? —comentó Janna.

—Debía leer doscientos libros, pero leí ciento cincuenta; no, más bien cuarenta. No debería mentirme a mí mismo, leí por encima los últimos diez. ¿Cómo puedes leer por encima a Lord Byron? El caso es que no puedes —dijo Thomas con un bocado de pollo.

—Parece una labor titánica —dijo Gabe, inclinándose hacia adelante.

—¿Y qué hay de ti, Janna? ¿Estás metida en la universidad?

—Nop —dijo y tomó un trago de vino—. Hago jardinería.

—Solía estudiar botánica. Antes de eso era biología. Le gusta la forma en que todas las pequeñas partes de una cosa encajan —comentó Thomas.

—No, si me gustara me hubiera quedado —dijo Janna, con una mirada mordaz hacia Thom—. Me salí durante el último año. Prefería tocar las cosas, ya saben, en vez de leer sobre ellas. Pero hablemos de ustedes dos, ¿dónde se conocieron?

Aunque había sido efusiva al hablar sobre el pollo, no había comido mucho. Ahora picaba los trozos de la brocheta con sus dedos y los agrupaba a un lado del plato. Gabe y yo nos miramos el uno al otro.

—Fue en la prepa —dije.

—¡En la prepa! ¡Fantástico! —exclamó Thomas.

—A Thomas le enloquecen las buenas historias de amor —dijo Janna.

—¿Eran novios en ese tiempo?

—Salimos un tiempo, pero luego tomamos caminos separados. Nos

reencontramos de nuevo a mitad de la universidad, antes del último año de Sylvie — dijo Gabe.

Él me sonrió y puso la mano sobre la mía encima de la mesa. Me reconfortaba su calor, pero deseé que hubiera tomado mi mano derecha, la que estaba debajo de la mesa, más cerca de él.

—Esas son las mejores relaciones, las que tienen una larga historia. Thomas y yo somos iguales. Nos conocimos en nuestro primer año de universidad, en la única clase de Poesía que yo tomé: Keats.

—«A pesar de todo, una sombra de belleza...» —dijo Thomas.

Su voz cambió mientras recitaba el poema, estabilizándose y bajando un tono. Había algo imponente en su presencia ahora. Pero Janna sacudió una mano, interrumpiéndolo.

—Basta, no quieren escucharlo. Yo no quiero definitivamente. Este verano lo oí hablar sin parar sobre Keats, Blake y Coleridge. No me veas así, cariño, sabes que es verdad, y Wordsworth y Goethe, y ¿quién es ese hombre insoportablemente emocional que siempre habla de las enfermedades sociales?

—Shelley —contestó Thomas y soltó una carcajada—. «¡Oh! ¡Elévame como una ola, una hoja o una nube! ¡Caigo sobre las espinas de la vida! ¡Sangro!».

—Además, ni siquiera les hemos preguntado qué hacen —dijo Janna—. ¿Ven de lo que hablo? Comenzamos a hablar sobre poesía y entonces la vida real sale por completo de la conversación. Gabe, dinos.

Me pregunté si recordaría mi comportamiento esquivo en su casa unos días antes y pensó que quizá recibiría una respuesta más directa de Gabe. De cualquier manera, me alegraba dejar que él diera nuestra respuesta. Era mejor que yo para eso; yo me enredaba intentando decir la verdad.

—No es muy emocionante —dijo Gabe—. Somos investigadores del sueño en el Centro de Neurociencia. Principalmente estudiamos la conciencia y los ciclos REM. Observamos el punto en el que los sueños comienzan y durante cuánto tiempo cada soñador está consciente de ese desplazamiento.

—¿Cómo pueden saberlo? —preguntó Janna.

—Bueno, hay diferentes formas. Usamos un polisomnograma para medir las etapas del sueño a través de la actividad cerebral, el tono muscular, los movimientos del ojo y demás; esto nos dice cuándo el sujeto está en sueño REM. Es ahí cuando se producen los sueños. Nuestro siguiente trabajo es descubrir si están conscientes de ello o no.

Thomas se recargó de nuevo en su silla y dejó caer su tenedor sobre el plato con un tintineo.

—Supongo que no les preguntas: «Disculpe, no lo quiero molestar, pero ¿ya está soñando? ¿No? Ups, siga entonces, solo haga como que no estoy aquí».

—No, usamos una máscara —dije sonriente—. Está equipada con dos leds, o diodos emisores de luz, que prendemos y apagamos un cierto número de veces una

vez que el sujeto está en REM. Se supone que deben responder a los *flashes* haciendo una señal con un movimiento del ojo: dos pares de movimientos oculares horizontales, izquierda-derecha, izquierda-derecha, si están dormidos y conscientes de ello. Si no hay señales, podemos asumir que no están conscientes.

—Como les dijimos, no es muy interesante —agregó Gabe encogiéndose de hombros.

—No es para nada aburrido. Me gustaría intentarlo alguna vez. No necesitan un nuevo sujeto, ¿o sí? Conéctenme a la máquina, les diré si estoy despierta —dijo Janna.

Estaba inclinada hacia adelante, con su brazo tatuado extendido sobre la mesa. Yo estaba paralizada por su combinación de rudeza y delicadeza y su cuerpo pálido como un espejismo.

Thomas se rio contemplando a Janna con sus cejas levantadas. Y Gabe lo siguió.

—Te pondré en la lista. Hay muchas personas que intentan entrar en este tipo de estudio, ¿sabes? —dijo Gabe.

—Compitiendo por la oportunidad de ser atravesados por la luz y volverse conscientes. ¡Oh, volver a nacer! —dijo Thomas.

Gabe frotó mi mano. Estaba aliviada por haberlo superado sin mucho interrogatorio. Aquella era la explicación que les dábamos a nuestros amigos más antiguos, a las enfermeras en la clínica del sueño e incluso a nuestros padres. No era falsa, exactamente; nuestros estudios comenzaron midiendo la conciencia de esta forma, pero solo era una pequeña parte de lo que hacíamos. Gabe estaba a favor de decir que estudiábamos medicinas para el sueño, pero mentir tan descaradamente me hacía sentir intranquila. Y más que eso, quería que me conocieran; quería desesperadamente, aun entonces, que me descubrieran.

Limpiamos la mesa con la ayuda de Thomas y Janna. Cuando Thomas se excusó para ir al baño, Gabe comenzó a lavar los platos y Janna se ofreció a secarlos. Ya casi habían terminado, y Thomas aún no había regresado.

Subí a buscarlo. El baño estaba vacío, la puerta crujía abierta. La luz de nuestro cuarto estaba prendida, y cuando asomé mi cabeza por el marco de la puerta, lo encontré sentado en nuestra cama.

Estaba apoyado en la orilla y sostenía bajo la luz un relicario que me dio mi madre. Normalmente lo dejaba en mi buró, pero Thomas tenía enredada la cadena alrededor de su dedo índice. El relicario estaba abierto y revelaba dos fotos: una de mi madre y una mía. Él le daba toquecitos en la orilla con su otro dedo índice, así que daba vueltas y vueltas, colgando de la cadena.

Cuando me vio, sonrió brillante y avergonzado.

—Lo siento. No quería sobrepasar los límites. Usé el baño y luego entré aquí. Me senté para ver los trenes. Bueno, el lugar donde estarían los trenes. Ese vacío y sin trenes. —Me explicó Thomas.

El relicario aún estaba en su dedo. Estiré mi mano y me lo regresó.

—Tiendo a no poder quedarme quieto. Solo lo tomé para tener algo que hacer con mis manos —dijo.

—Está bien —dije, aunque estaba asustada. Quería llevarlo de nuevo abajo, pero él habló antes de que pudiera sugerirlo.

—Estás invitada a llamarme Thom.

—Muy bien.

—Si quieres.

—Intentaré.

—Muy bien —repitió mis palabras y sonrió.

La ventana junto a la cama estaba abierta; afuera un grupo de moscas, las últimas sobrevivientes de los nacimientos del verano, chillaban ligeramente. Thom se dio la vuelta, giró sobre sus piernas para quedar de frente a mí en vez de a las vías del tren.

—¿Qué estudian realmente? ¿Qué aspectos del sueño? —preguntó.

—Conciencia y ciclos REM, como dijo Gabe. Hacemos grabaciones fisiológicas...

—Recuerdo lo que Gabe dijo. —Tomó el encaje de mi cobertor por un momento, luego lo soltó—. Solo pareció un poco simplista. Primero que nada, hay una palabra para lo que están estudiando, es lucidez o sueños lúcidos, cuando una persona está consciente de lo que está soñando. ¿Tengo razón?

—Así es.

—Y es por eso que me cuesta trabajo creer que es todo lo que están midiendo —dijo Thomas—. Ya se ha hecho. He aprendido sobre sueños y lucidez en un par de clases de introducción a la física, mucho antes de que ustedes se metieran en este tipo de investigación, supongo. Incluso algunos de los románticos sabían sobre eso: Thomas de Quincey, Coleridge, Keats.

—Tienes razón, no somos los primeros en estudiar los sueños lúcidos, pero estamos haciendo algo diferente.

Hice una pausa y Thomas me miró expectante. No estoy segura de cuándo tomé la decisión de contarle más de lo que le había contado a nadie, pero sé que fue antes de ese momento. Quizá cuando lo seguí al segundo piso, dejando a Gabe y Janna en la cocina, o quizá fue aun antes, la primera vez que los vi, cuando volvían a casa en la tormenta.

—Los registros de sueños lúcidos han circulado desde el siglo v. San Agustín fue el primero en escribir sobre ellos y los budistas tibetanos registraron sus experiencias en un texto funerario. En ese tiempo era usado para alcanzar un plano espiritual superior, incluso para liberar estrés y resolver problemas. Se tomaba como un escape, pero nosotros pensamos en ello como un regreso —dije.

—¿Adónde?

—A uno mismo. Soñamos en metáforas. Si tienes problemas automovilísticos, te sientes impotente. ¿Reprobar un examen? Eres inseguro y estás poco preparado. ¿Atrapado? Bueno, ese es obvio. El cerebro es como un excelente escritor de ficción: cada parte de un sueño está cargado con un significado que puede ser desbloqueado,

analizado y comprendido. Escondemos nuestras más grandes esperanzas ahí, nuestros más profundos miedos. Y cuando aprendemos a leer nuestros sueños, por así decirlo, no en retrospectiva cuando despertamos, sino ahí mismo, en el momento, estamos leyendo la historia de quiénes somos realmente. —Respondí.

—¿Eso no es simplemente Freud? —preguntó Thom.

—En parte. —Me senté junto a él, con mis palmas sobre mis muslos—. Las ideas de Freud consituyen la base de la interpretación de los sueños, así que sería imposible para nosotros evitar su influencia, aunque tampoco lo intentamos. Freud fue el primero en sugerir que los sueños nos dan acceso a la mente inconsciente. Él lo llamaba el camino real, la carretera del rey. Los sueños son casi enteramente visuales, pero él nos dio un lenguaje con el que hablar sobre ellos y aún se mantiene. El análisis es esencialmente un acto de traducción.

—Entonces eres de la vieja escuela. ¿No es cierto que en estos días la mayoría de la gente cree que los sueños no tienen significado? El cerebro se deshace simplemente de la tensión nerviosa —dijo Thom.

—Es cierto. Nuestras ideas no son populares, pero los sueños involucran un montón de mecanismos cerebrales, son tan ricos en actividad neurológica como muchos procesos conscientes. Hay demasiado ahí para que lo expliquemos simplemente como disparos nerviosos al azar.

Thom sonrió.

—Entonces ¿crees en las otras teorías de Freud? ¿Los complejos sexuales? ¿La idea de que todos los sueños son realizaciones de nuestros deseos?

Negué con la cabeza.

—Ahí es donde estamos más alineados con Jung. Él pensaba que los soñadores podían acceder a fuentes de creatividad e ingenuidad, imaginación y aventura; también de sanación. Además, Freud nunca estudió los sueños lúcidos. Él confiaba en la remembranza de los sueños, lo que significa que sus pacientes reportaban sus sueños después de que despertaban. Pero la memoria es falible, es lo que hace los reportes de los testigos notablemente poco creíbles, pues significa que la mente consciente no es de fiar. Los sueños lúcidos permiten a los pacientes experimentar sus sueños en tiempo real. Les da una vista panorámica.

—Una sensación de narrativa —dijo Thom.

—Exacto. Los sueños lúcidos también mejoran enormemente el recuerdo de los sueños, lo que significa que los pacientes pueden trabajar en sus problemas al momento y volver con un recuerdo más completo de lo que pasó. No es suficiente ir a buscar símbolos como quien recoge cerezas. Freud buscaba las metáforas, pero él no las unía, no veía la historia completa.

Era difícil respirar. Pero si Thomas estaba comenzando a juzgarme no lo demostraba; cuando hablaba, su tono era ligero.

—¿Y por qué alguien querría hacer todo ese trabajo mientras está durmiendo? ¿No se supone que el sueño debe ser reparador?

Me reí.

—Nuestros pacientes no tienen opción. La gente que acude a nosotros tiene desórdenes del sueño que los hacen hablar dormidos y levantarse de la cama.

Thomas cruzó las piernas. Noté en él un interés infantil que me hizo pensar en cómo habría sido de chico, con el flexible cabello rojizo, los lentes redondos, y las largas extremidades en miniatura.

—Aun así. ¿Por qué tienen que interferir en sus sueños? ¿No pueden mandarlos a terapia cuando están despiertos? —dijo.

—Estos no son los problemas típicos de sueño, apnea o insomnio. Los pacientes que vemos tienen trastornos de parasomnias superpuestas y desórdenes del comportamiento REM, disfunciones que los hacen actuar sus sueños. La mayoría de nosotros estamos físicamente paralizados durante el sueño REM, pero estos pacientes no, y no hay nada más peligroso que un soñador fuera de la cama. Pueden atacar a sus compañeros, combatir intrusos que no están ahí. Algunos incluso han saltado por la ventana. Estas personas están perturbadas a un nivel subconsciente y para ayudarlas tenemos que actuar ahí. La lucidez les permite darse cuenta de que están soñando. Les permite intervenir.

—Así que ustedes se meten a piratearlos.

Su cara era suficientemente agradable, pero su voz tenía un nuevo tono.

—¿Qué quieres decir?

Él se inclinó de nuevo sobre la cama, con los codos apoyados detrás de él y ladeó la cabeza.

—Son intrusos que roban el banco del subconsciente.

—Nos colamos, sí, pero ayudamos que ellos se cuelen también. A los pacientes les damos la oportunidad de ver quién son realmente y cómo llegaron a ser así. Es empoderador.

—Ver algo y cambiarlo. Tus pacientes tienen desórdenes, de acuerdo. Pero aún estás abriendo una parte del cerebro que el mismo cerebro ha intentado ocultar desesperadamente. Debe de haber una razón evolutiva por la que no recordamos la mayoría de nuestros sueños. Algunas cosas están mejor guardadas, ¿me entiendes? Algunos libros no deben ser leídos —dijo Thom.

—Pero ¿por qué?

—Porque... —Tenía las cejas fruncidas como si pensara en la solución de un problema matemático particularmente difícil, pero la voz neutral—. ¿Lo que comienza como un ejercicio de autoconocimiento no podría revelar de hecho nuestros impulsos más oscuros? Una vez que no experimentamos nuestros sueños a través del recuerdo, sino justo ahí, en el momento, ¿cuánto falta para que comencemos a creer que esto es lo que somos realmente, lo que queremos realmente, como nos sentimos realmente? Le estás dando a la gente acceso a sus sueños mientras están ocurriendo, lo que debe de hacer que sus sueños se sientan más reales, más creíbles. ¿No podrías perder la noción de lo que es real y lo que no? ¿No comienza a borrarse la línea? —

respondió Thom.

Se sentó de nuevo y me miró:

—¿Cuándo nuestro sueño consciente se vuelve nuestra consciencia? Quizá los sueños no son peligrosos en sí. Quizá lo peligroso es poner a la gente en contacto con ellos.

Levantó las cejas. Mi cuerpo estaba tenso. Era exactamente lo que yo quería, alguien que nos pusiera en duda, hurgando por ahí y revolviendo la tesis que habíamos armado tan meticulosamente. Sentí que una parte de mí comenzaba a cerrarse, como una persona que corriera a proteger una puerta a medio abrir. Pero también me pareció aún más importante persuadirlo.

—Okey. Hace dos años vimos a un paciente con desorden conductual del sueño REM, RBD. Tenía treinta y cinco años y era madre soltera de dos niños. Diez años antes, su casa fue asaltada mientras ella dormía; entonces comenzaron sus síntomas. Vivía sola. Cuando conoció a su esposo, los síntomas disminuyeron, pero cinco años después, se divorciaron y el RBD volvió. Una noche creyó ver a un hombre en un rincón del cuarto. Saltó sobre él y entonces se despertó, sola y ensangrentada. Se había lanzado sobre el buró, perdió cuatro dientes y se rompió una costilla.

—¡Jesús! —exclamó Thom.

—Con nuestro entrenamiento fue capaz de volverse lúcida. Una vez que se daba cuenta de que estaba soñando, podía reconocer a los intrusos como lo que eran, productos de su imaginación, ecos del pasado. No ha tenido un incidente desde entonces.

Esa mujer era una de nuestros grandes y mejores éxitos; sin ella, dudaba de que el trabajo de Keller hubiera sido aceptado por la universidad.

—¿Entonces esa es la finalidad? ¿Sanar las almas atormentadas de los soñadores con desórdenes? ¿No hay otro motivo?

—¿Qué quieres decir?

Thom se encogió de hombros. Levantó la vista y sus lentes atraparon el brillo de la lámpara.

—Estás observando la capacidad humana e intentando ver qué tanto puede ampliarse. Pero ¿quién se beneficia más? ¿Los individuos que estás estudiando o la ciencia?

—Pues esperamos beneficiar a ambos —contesté.

—Está bien.

—¿Por qué me estás viendo así?

—Es solo que las investigaciones experimentales normalmente no son tan caritativas.

—Oye. Me encantan las preguntas, el debate amigable, como lo quieras llamar, pero realmente no sabes mucho sobre nosotros. Hemos refinado este procedimiento por años, intentamos asegurarnos de que funcione con tanta fluidez y ética como sea posible.

—Pero fluidez y ética son dos cosas muy distintas y algunas veces, me imagino, son completamente opuestas —dijo Thom.

Debí de hacer algún gesto de enojo, porque él pareció darse cuenta de que estaba cruzando un límite. Sonrió, más cálidamente esta vez, con sus ojos muy abiertos como disculpa.

—Mira, no quería molestar. Suelo hacer un montón de preguntas. Eso es algo que aprenderás sobre mí, si llegamos a conocernos mejor. Es, en parte, un mecanismo nervioso. —Frotó sus manos—. Además, soy un académico. Me gustan este tipo de ejercicios. Para mí es un debate teórico, no es personal.

—Está bien. Definitivamente tienes el derecho a hacer preguntas —dije.

—Gracias —dijo Thom.

Sabía que él intentaba sacarme de la estrecha caja en la que yo misma me había metido, pero necesitaba una forma de confiar en él. No confiaba en aquel Thom travieso y juguetón, pero recordaba la forma en la que había recitado el poema de Keats en la cena, o había comenzado a hacerlo, con su voz dura como la piedra.

—¿Qué dice el resto del poema? El poema de Keats que mencionaste en la cena —pregunté.

En su cara había placer y sorpresa a la vez; se veía como un niño que no siempre sabía las respuestas en clase, pero que esta vez al ser llamado, solo tenía que abrir la boca.

—«A pesar de todo, una sombra de belleza quita el palio mortuario que cubre nuestros oscuros espíritus» —dijo.

—Pensé que sería más positivo —dije.

—Lo es —dijo Thom.

Desde abajo llegó el sonido de risas: la ronca y gutural de Gabe y la de Janna, una octava más alta. Cuando bajamos, Gabe inclinaba su cabeza hacia atrás, con sus hombros sacudiéndose.

—Janna me estaba diciendo... me estaba diciendo... —Era un tipo de risa que casi nunca veía en él, que estaba al borde del colapso y tomaba todo su cuerpo.

—Fue un chiste horrible...

Estaban sentados a la mesa, con tazones de sopa de mora azul a medio comer frente a ellos. Janna cruzó sus manos frente a ella, intentando tranquilizarlo. Luego volteó hacia Thom y yo.

—Tres niños entran al bosque, pero solo uno regresa con una bolsa de huesos. La madre del niño pregunta: «¿De quién son esos huesos, cariño?»; él la mira con una enorme sonrisa y dice: «De los que caminaron demasiado lento».

Janna sonrió. Las puntas de sus dientes caninos me recordaban a las de un gato. Thom negó con la cabeza.

—Es terrible —dijo Gabe. Pero le tomó minutos calmarse e incluso, cuando lo hizo, se le escaparon pequeños ataques de risa durante la noche.

BERKELEY, CALIFORNIA, 1999

En agosto de 1999 llegué al campus de la Universidad de California en Berkeley junto con otros quinientos alumnos nuevos. Llevaba conmigo las viejas maletas de tela azul de mi papá y una mochila de cuero con una cerradura magnética que mi madre me había comprado para reemplazar la mochila de pana que llevaba a Mills. Aún puedo recordar la suave tela azul, que había perdido su estructura tras años de cargar mis carpetas de colores y mis gastados y pesados libros; no llevé ninguno de ellos a Berkeley, pues creía que sus lecciones habían quedado atrás.

Había una sensación tangible de abismo ese otoño. Para 1999, las teorías del cambio climático habían llegado hasta Rutgers Newark, donde mis padres daban clases. A principios de ese año, algunos de sus colegas habían asistido al Panel intergubernamental sobre cambio climático, y en el verano, la ola de calor que recorrió el noreste de Estados Unidos mató a cuarenta personas solo en Philadelphia. Ahora se quejaban del clima en Berkeley, decían que hacía demasiado frío para el verano en California, que quince grados no era algo natural. Yo les recordaba que el invierno más frío que vivió Mark Twain fue el verano que pasó en San Francisco, aunque era del siglo XIX, pero ellos apenas veían el campus con los ojos entrecerrados, incómodos.

Era algo más que simplemente el clima, claro. Conforme nos acercábamos al año 2000, incluso los más escépticos nos preguntábamos qué traería el milenio. En nuestra clase de psicología estudiamos las predicciones del milenio; la Tribulación, la segunda venida de Cristo, la guerra del Armagedón. Otros estudiantes se quejaban de tener pesadillas. Pero yo me sentía atraída por las predicciones, por el Arrebatado, especialmente: todos los vivos y los muertos volverían a nacer y se elevarían hacia el cielo como lámparas de papel, con sus cuerpos iluminados desde adentro y traslúcidos como sábanas blancas.

Aun así, había momentos en que todo esto se olvidaba, cuando nos reuníamos cerca del radiador en el cuarto de alguien y contábamos historias sobre nuestras vidas pasadas. Mis años en el internado me dieron un nuevo exotismo. Incluso los detalles mundanos —los vigilantes de pasillo, los toques de queda, los privilegios nocturnos

que llegaban con el último año— tomaban una nueva vida narrativa ante una audiencia que solo había vivido con sus padres. Mis compañeras de cuarto, Donna, una atleta de salto con garrocha de Texas, y una importación del sur de California llamada Mallory, querían saber cómo terminé en un internado, para empezar. Pero cuando les dije que fui a Mills no porque fuera excepcionalmente prometedora, como los reclutados, sino porque mi padre había ido ahí y tuvieron un descuento considerable en mi colegiatura, parecieron decepcionadas.

—Oh —dijo Mallory desde la litera encima de la de Donna, volviendo a su revista de San Francisco. Había ordenado que le fuera enviada al correo de la universidad a pesar de que vivíamos en Berkeley, a una hora en tren—. Así que fuiste un legado.

Había escuchado el término antes, pero nunca había pensado realmente que aplicara para mí. Reconocía en mí poco del legado de mi padre, delgado y con una barba espesa, que estudiaba escritura cuneiforme y tenía por *hobby* construir diminutos barcos de madera en botellas de cristal. Cuando era pequeña, pensaba que era un milagro y él no me corregía; me las mostraba cuando estaban terminadas, resplandeciendo de orgullo. Y yo contemplaba boquiabierta el tamaño del barco al interior, mucho más grande que el cuello de la botella.

Años después, en una de las computadoras compartidas de Mills, busqué en internet cómo se hacían. En casa usábamos un ruidoso módem que requería el uso de la línea telefónica, así que mi hermano y yo estábamos limitados a media hora cada noche. Además, trabajaba tan lenta y melodramáticamente que era más que nada un chiste familiar. Rodney y yo nos habíamos aprendido la tonta canción de su proceso de conexión y la repetíamos como pericos mientras poníamos la mesa o nos preparábamos para acostarnos. Así que cuando llegué a Mills, donde podíamos usar internet de alta velocidad en la biblioteca, no podía creer de lo que me había estado perdiendo. Era tan fácil encontrar información, tan fácil resolver cualquier problema, que casi me daba miedo confiar en ello. La estructura jerárquica del internado me había enseñado que la información debe ser comprobada por un libro, por un instructor, por un alto mando administrativo, antes de aceptarla como verdadera. Pero también estaba emocionada con el internet, sus textos gratuitos y sin comprobar. Significaba que el aprendizaje también podía fluir de abajo para arriba; significaba, de manera modesta, la insurrección. Cuando volví a casa para Acción de Gracias de ese año, le dije a mi padre que lo había descubierto, que, como el barco totalmente formado nunca podría pasar por la entrada, el truco era construirlo afuera de la botella con sus velas y mástiles doblados. Una vez que lo introducías con cuidado, jalabas una cuerda que levantaba los mástiles y todo el barco se desdoblaba y se levantaba.

Pensé que estaría impresionado, pero parecía sorprendido y ligeramente herido, como si yo hubiera roto un acuerdo que habíamos establecido años antes. No podía culparme, pensé; la técnica del despliegue ahora parecía tan obvia que no podía creer que no la hubiera descubierto antes. Pero estaba molesta por algo más: parecía injusto

que nuestra relación descansara en algo tan frágil y diminuto como un barco hecho a mano. Y si así era, no creía que fuera mi culpa.

Crecí con la expectativa de que cuando llegara a la preparatoria, iría a la escuela donde mi padre había ido. Sabía que mis padres pensaban que mi educación era el regalo más importante que podían darme, pero también tenía consecuencias. Mi cuarto había comenzado a sentirse más como una reliquia de la infancia, con su inventario como de museo de intereses pasados y proyectos de arte. Mis padres intentaban planear actividades especiales cuando yo estaba en casa, pero eso me hacía sentir aún más como una invitada. Otras personas sabían lo que sus padres desayunaban y cómo pelear con sus hermanos menores. Rodney y yo nos veíamos tan poco que apenas sabíamos con qué molestarnos, qué cosas ya no funcionaban como antes. Vivíamos juntos como osos criados en cautiverio, con su lado salvaje latente y confundido, que temen atacar por miedo de que sus garras solo arañen el aire.



En la víspera de Año Nuevo nos reunimos en el salón común de los dormitorios con una botella de Jack Daniels para ver el especial de Times Square. El dormitorio estaba decorado con brillantes serpentinas metálicas, como si los colores mate hubieran dejado de estar de moda junto al *grunge* y los *floppy disks*. Habíamos escuchado rumores de un problema conocido como el Y2K o el efecto 2000, un colapso tecnológico que lo paralizaría todo, desde el control de tráfico aéreo hasta los elevadores, ya que los sistemas computacionales solo habían sido programados para funcionar con un año de dos dígitos. En la televisión, la esfera de Times Square colgaba a más de veintitrés metros sobre el suelo. Nos preguntábamos si también fallaría y se quedaría suspendida en la parte alta del mástil cuando pasara la medianoche.

Pasamos de mano en mano un artículo arrugado que alguien había encontrado en línea y lo había pegado al tablón de anuncios del salón común. Era un texto de la edición de diciembre de 1900 del *Ladies' Home Journal*, escrito por John Elfreth Watkins Jr., que se titulaba «Qué podría pasar en los próximos cien años».

«Estas profecías parecerán extrañas...», escribió el señor Watkins, «... casi imposibles. Pero aun así, han salido de las mentes más sabias y conservadoras de América». Y después de un siglo, todos estábamos muy impresionados de lo mucho que las mentes sabias del señor Watkins atinaron. Claro, las fresas no eran tan grandes como las manzanas, como alguien había predicho, y las moscas, de hecho, seguían existiendo. Pero era verdad que los automóviles habían sustituido a los caballos, que las armas podían destruir ciudades enteras, que las fotografías podrían ser tomadas a cualquier distancia y replicaban todos los colores de la naturaleza.

También era cierto que había aeronaves que transportaban personas y productos, pero también funcionaban como embarcaciones de guerra y para observar la Tierra desde gran altura. El hombre también podía echar un vistazo alrededor del mundo a través de lo que sería la televisión: «El instrumento que llevará esas escenas distantes hasta las personas estará conectado con un aparato telefónico gigante», escribió, «transmitirá cada sonido relacionado en el momento apropiado. Por consiguiente, las armas de una batalla distante se escucharán rugir cuando se les vea abrir fuego, y se oirán la palabras que pronuncian los labios de un actor o cantante lejano cuando se vean en movimiento».

«Se escucharán rugir cuando se les vea abrir fuego», estas palabras dieron vueltas en mi cabeza esa noche, con su ritmo antiguo y su poesía. Había algo cautivador en Watkins y la capacidad humana de predecir el futuro, que tanto parecía eludirnos. Y las predicciones que no se habían cumplido, ¿aún estaban por venir? ¿El invierno podría convertirse en verano y la noche en día? ¿Qué pasaba con la predicción número veintiocho, su pronóstico sobre los animales?

No habrá animales salvajes salvo en colecciones privadas. Las ratas y los ratones habrán sido exterminados. El caballo estará prácticamente extinto. Las reses y los borregos no tendrán cuernos. Los animales para consumo serán criados para que gasten prácticamente toda su energía vital produciendo carne, leche, lana y otros derivados. Los cuernos, huesos, músculos y pulmones quedarán en el olvido.

Eso me perturbó más que nada: los animales destrozados, vueltos impotentes, despojados de su dignidad y sus defensas. Cuando comenzó la cuenta regresiva, mi respiración se atoró en mi garganta. Me burlaba de los rumores de la Tribulación, incluso del colapso tecnológico, pero ¿qué pasaría si me equivocaba? ¿Y si los humanos desaparecían y con ello nuestra consciencia del mundo, nuestros inventarios de plantas e insectos y aves en peligro de extinción, nuestra habilidad de predecir los patrones del clima y medir poblaciones? ¿El planeta seguiría conociéndose? ¿O estaría mejor sin nuestras predicciones y las formas en las que las hicimos verdad?

Pero a la medianoche, la esfera se deslizó con facilidad hacia el suelo cuando la cuenta llegó a «uno» en Times Square. Los elevadores del dormitorio ascendieron y bajaron igual que antes. Esa noche, antes de dormir, presioné mi cara contra el trozo de ventana que estaba junto a mi litera y observé un avión pasar volando, parpadeando tenuemente en la oscuridad.



Para el segundo año, había perdido mi antiguo interés en la física y había decidido convertirme en estudiante de psicología. Quizá las clases de Keller en Mills me habían arruinado o quizá simplemente dejó de interesarme la coherencia de los números. De cualquier forma, las leyes del movimiento ya no podían competir con la emoción de estudiar a otras personas. Las leyes de los seres humanos eran contrarias al sentido común y absurdas, se rompían tanto como se seguían.

En primavera, mi tutora sugirió una clase en el departamento de cine. Pintura 201 se empataba con mi materia obligatoria de psicología anormal y había escuchado cosas buenas sobre Introducción a la videografía.

—Al menos te dará buen material —dijo, inclinándose hacia adelante—. Es vigilancia autorizada de personas. ¡Voyeurismo legal! Algunos de mis chicos quedaron muy contentos.

Su cabello era café con excepción de un mechón plateado de dos centímetros y medio, como si lo hubiera pintado así a propósito. Usaba un chal con varios pompones colgantes que se movían cuando hablaba enfáticamente. Las paredes de su oficina estaban cubiertas con tapices peruanos, diplomas enmarcados y siniestros retratos de humanos en varios estados de dolor psicológico. Aunque se veía demasiado vieja para tener hijos jóvenes, recientemente había adoptado a unos gemelos de cuatro años, de Indonesia. Cuando la vi por el campus, me contempló con la cabeza ladeada, como si estuviera preguntándose si yo era otra persona.

Ella me maravillaba tanto como me aterraba. Al día siguiente me inscribí en videografía. Renuncié a la pintura con solo un ligero dolor de pena, pues nunca me había dejado de recordar a Gabe.

Cine era un alivio; no tenía que crear el material, solo capturarlo. Esa primavera conseguí un trabajo como técnica audiovisual en la universidad, grababa cursos de oratoria y presentaciones orales. A veces los profesores me saludaban, pero normalmente seguían hablando mientras yo me acomodaba al fondo del salón. Me sentía como un fantasma profesional. En mi tiempo libre rentaba una cámara del centro multimedia y me la llevaba tan lejos como podía. Grabé a las chicas punk en la avenida Telegraph, los postres con yemas de huevo de la panadería rusa, las parejas entrelazadas frente a la torre Sather.

En el agosto previo a mi penúltimo año, me mudé a un departamento de una habitación con David, un estudiante con el que había estado saliendo desde el semestre anterior. Mis padres no estaban completamente complacidos, pero yo me estaba muriendo por salir de los dormitorios; había pasado cuatro años en ellos durante la prepa, y mi trabajo audiovisual me permitía pagar parte de la renta. Era un edificio robusto de doce pisos con pintura *beige* descarapelada y un florido espacio por jardín. Nuestra cocineta era tan estrecha que solo podía abrir un poco la puerta del refrigerador antes de golpear con ella el cajón de enfrente. Muchas veces pedimos comida a domicilio del restaurante de *dim sum* de la esquina, llenábamos los platos de Ikea de David con camarones empanizados y bollos al vapor, *lo mai gai* envuelto en

hojas de loto. Yo hacía la tarea para mis clases de psicología o editaba videos; comencé a leer ficción, algo que nunca antes había disfrutado, pero ahora me daba una sensación de aventura.

David trabajaba en la fuente que había creado, la piedra angular de su tesis de diseño gráfico. Me gustaba su carácter tranquilo y su realismo. Nuestras semejanzas eran reconfortantes, o quizá me reconfortaba pensar que éramos similares. David no preguntaba sobre Mills. Parecía asumir que la prepa era historia antigua para mí tanto como lo era para él. En la noche, dormíamos en su cama doble y él siempre estaba ahí en la mañana, con sus manos cruzadas sobre su pecho como un cadáver.

De vez en cuando recibía un *e-mail* de Hannah, que estaba estudiando ciencia ambiental en la Universidad de Colorado: «¡Feliz A-N! ¿Cómo estuvo tu nvdd? Yo estuve en la cima de una montaña, bebí champaña, hice ángeles borrachos en la nieve. El cielo». Hablábamos esporádicamente por teléfono, pero para el último año habíamos perdido contacto casi por completo. Ella estaba feliz de enterarse sobre David; una vez dijo: «Uf, ¿te acuerdas de Gabe?». Su tono conspiratorio e incrédulo, como si fuera un líder que alguna vez fue amado o una celebridad que tuvo un fin poco respetable. No pude decirle que había comenzado a soñar con Gabe, sus piernas duras y elásticas y la manera en que sus cejas saltaban cuando se reía. A veces los sueños seguían una historia conocida, algo que había pasado en Mills, Gabe y yo hurtando bandejas de la cafetería, luego escapándonos a la colina del observatorio para deslizarnos sobre nuestras espaldas. Pero había algo ligeramente extraño: la cabeza de Gabe estaba rasurada, mientras que en la vida real tenía un cabello espeso color café que caía hasta su barbilla; o el cielo era de un negro opaco, como de pizarrón, y no podía ver estrellas.

Era la sensación de los sueños lo que siempre recordaba más. Estaba totalmente en paz en una forma en la que nunca estaba en la vigilia. Pero era diferente de la sensación de autodomínio que tenía cuando manejaba una cámara y diferente de la forma plana y sin chiste en la que David dormía. Era una especie de comodidad profundamente arraigada, una sensación de absoluta pertinencia. Ahí era donde pertenecía: a esa colina, debajo de ese cielo tan desprovisto de estrellas como estaba, y junto a ese chico, que era, para entonces, un hombre y que, por lo que yo sabía, podía estar en cualquier parte.

Una tibia noche de mayo soñé de nuevo con él, pero esta vez mis ojos estaban abiertos. Podía ver todos los detalles del cuarto de David, su lámpara ajustable, su ordenado buró, su póster de una mujer de caricatura rogando a los pies de su jefe con un globo de diálogo que decía: «Por favor, señor..., ¡no me haga usar Comic Sans!». Y yo veía, afuera de la ventana, a un hombre que era exactamente igual a Gabe.

Abrí mis párpados lo más que pude, pero la escena no cambió. El hombre estaba parado al pie de un farol al final de la cuadra, mirando un trozo de papel. Echó un vistazo por la calle en la otra dirección, y luego miró hacia nuestro departamento.

Yo me salí torpemente de la cama y me puse mis zapatos. Llevaba una vieja

playera de David y un par de *shorts* desgastados de la prepa que, gracias a mis caderas estrechas, aún me quedaban. Las piernas que me llevaron a la salida del departamento no se sentían como mías, eran solo piernas soñadas, pensé, y nada de lo que hiciera con ellas tendría consecuencias cuando me despertara. Así que fui valiente, no me detuve para tomar mis llaves y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí. Bajo el resplandor rosado del inicio de la mañana, las calles se veían suaves y vacías. No fue hasta que caminé colina arriba, hacia el farol, que vi un cuerpo parado junto a ella.

Al principio el hombre no se parecía mucho a Gabe. Su cabello era corto y estaba más fornido de lo que Gabe había estado en la prepa. Pero entonces noté su mentón afilado, su diente de abajo despostillado y sus hombros anchos, los mismos a los que me había aferrado en la noche y que había seguido esa mañana de noviembre a la casa de Keller. Aun así era difícil estar segura. Como un holograma se enfocaba y se desenfocaba, aplanándose extrañamente en el fondo antes de volver a cobrar vida.

—¿Puedes verme? —preguntó.

Yo asentí. Me estaba contemplando con fijeza.

—Creo que estoy soñando —dije.

—¿Es un sueño si sabes que estás soñando? —preguntó el chico.

—Pero no sé si lo estoy.

Detrás de mí se escuchó un rápido golpeteo de pasos en el pavimento y me di la vuelta.

—¡Sylvie!

Era David. Estaba descalzo y en bóxer, ni siquiera se había puesto una playera. Era la cosa más espontánea que había hecho por mí. Caminé hacia él y me recogió en sus brazos como a un conejo salvaje, acariciando mi cabeza y mis brazos.

Ahora mis ojos estaban cerrados y veía estrellas o algo similar, brillantes, explosiones plateadas más allá de mis párpados, como si me fuera a desmayar.

Pero el brillo se despejó y ahí estaba David, jadeando mientras me sostenía en sus brazos. Eché mi cabeza hacia atrás. El cielo sobre nosotros era del cálido índigo de un par de *jeans* azules nuevos, salpicado con luces blancas.

—Mira. Ahí está Venus —dije.

—¿Venus? Sylvie, ¿qué fue eso? —David sacudió la cabeza.

Me acordé y me di la vuelta, pero el hombre del farol se había ido y toda la cuadra estaba vacía.

—Vi a alguien que conocía.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué diablos...?

—Lo juro, David, había un hombre ahí. Más delgado de lo que solía ser, con el cabello más corto.

David bajó la voz.

—¿Habías visto antes a ese hombre en el vecindario? ¿Un hombre delgado con cabello corto?

—No. Solo esta vez.

Estaba mareada, me recargué contra el poste del farol, tallándome los ojos con mis palmas.

—¿De qué hablas? Dijiste que lo conocías de...

—Antes. Lo conozco de antes. Vamos a echar un vistazo por el vecindario, ¿sí? A ver si sigue aquí.

—No traigo zapatos, ni siquiera traigo camiseta. Salí porque tenía miedo de que te hubieras vuelto loca, Sylvie. Sentí que te levantaste de la cama y luego te vi caminando hacia la calle en tus malditos *shorts* y no sabía si habías sido... forzada por alguien... —dijo David.

—Estaba caminando dormida —dije más tranquilamente, porque de pronto fue claro para mí—. Soñé que vi a alguien y me levanté de la cama. Solía hacerlo cuando era niña.

David negó con la cabeza, parpadeando. Nos miramos uno al otro por un momento. Finalmente, él se acercó a mí y yo me hundí en su pecho.

—Me asustaste, Sylvie. Tenía mucho miedo. —Hizo una pausa, levantó su barbilla de mi cabeza y revisó la cuadra—. Debes de haberlo soñado. Si alguien hubiera estado aquí, lo habríamos visto.

Era verdad. Gabe no podría haberse ido muy lejos. El farol estaba colina arriba desde nuestro departamento, que estaba más alto que la mayor parte del vecindario y podíamos ver las calles que se extendían debajo. A excepción de un camión de basura haciendo su ronda matutina temprano, estaban vacías.

Esa tarde preparamos un pícnic para llevar a la playa Stinson, llenamos la hielera de David con botellas de agua y las toronjas que le gustaba comer sin azúcar. Se había graduado hacía menos de un mes y aunque habíamos hablado a la ligera sobre si deberíamos o no seguir juntos, no habíamos tomado ninguna decisión: ambos éramos instigadores reacios, expertos en la evasión. Yo esperaba que el viaje a la playa fuera romántico, pero la extrañeza de la noche anterior aún estaba con nosotros. Mientras manejábamos por la autopista 1, ambos estábamos de nervios. Un Corolla verde giró bruscamente detrás de nosotros y aceleró hacia el siguiente carril.

—Maldito Corolla —dijo David, y bajó la velocidad para dejarlo pasar—. Nos ha estado siguiendo desde que salimos de Berkeley.

Me hice hacia adelante y observé el coche. Una mujer de hombros anchos y cabello rojo iba en el asiento del conductor, alejándose de nosotros. Me volví a recargar.

—Todos están intentando llegar a la playa —dije. Y cuando llegamos, se sentía igual. Pequeños campamentos de personas se extendían por la playa: familias acomodando sombrillas de playa y doblando sillas, estudiantes universitarios con cervezas hundidas en la arena. Nosotros extendimos nuestras toallas cerca de la orilla. David sacó una botella de bloqueador solar y comenzó a untarse las piernas.

—Hay algo un poco desagradable en las playas, ¿no crees? —comentó mientras

yo acomodaba el tripié y la cámara—. Todos nadando en esta... tina comunitaria.

Estaba sonriendo. A veces decía cosas que sabía que yo debatiría, solo para provocarme.

—Mantente seco, entonces. Yo me voy a bañar. Pero primero voy a grabarlo — dije levantando el tripié y la cámara con ambas manos.

—¿No crees que deberías pedir permiso? —gritó David—. Estas personas aparecerán en un documental que ganará el Óscar algún día, ¿no crees que deberías asegurarte de que no les molesta? Percibo un olor podrido, Sylvie, y podría ser una demanda.

Pero yo ya estaba caminando hacia el agua, riéndome, con el sol calentando mi espalda. Llevaba un bikini amarillo que había comprado en la avenida Telegraph esa semana; me hacía sentir atrevida y no muy yo.

Enterré las tres patas de tripié en la arena y quité la tapa del lente de la cámara. Era un día tan brillante que tuve que ajustar mucho el diafragma iris. Me estaba enfocando en la cámara, con los ojos entrecerrados hacia el horizonte, cuando vi a un cuerpo deslizándose ágilmente entre las olas.

No lo habría notado si no hubiera estado mucho más lejos que todos los demás. Los primeros tres metros de agua estaban llenos de niños y padres. Después de eso, había adolescentes jugando a atrapar la pelota y algunos solitarios nadando. Pero nadie estaba tan lejos como la persona en la que se había enfocado mi cámara, un hombre con la elegante y compacta musculatura de un delfín.

Su cuerpo me parecía conocido, aun desde tan lejos. Solo lo había visto nadar una vez, cuando nos salimos de Mills para ir a la alberca en la casa de Michael Fritz. Gabe y yo estábamos juntos desde hacía cerca de un mes para entonces, y yo estaba emocionada por la forma en que él se abría paso en el agua y daba volteretas desde el trampolín. Era como si no hubiera crecido en Tracy, sino en San Diego. Los papás de Diana Gonzalez vivían ahí y ella decía que podía ir caminando a la playa desde su casa.

—¿Dónde aprendiste a nadar? —le pregunté cuando fue a sentarse junto a mí debajo de la sombra del porche. Me incliné y le di un beso pegajoso, con mi boca mojada por la sandía y el ponche que había hecho la mamá de Mike.

—Mi papá vive en Florida —dijo Gabe, sacudiendo su cabeza con la energía de un perro mojado. Pequeñas gotas salpicaron mi mejilla. Él me frotó con su nariz, me besó de nuevo y cuando se despegó había una pequeña mancha negra con forma de lágrima en su lengua.

—Semilla.

Intenté seguir el avance del hombre en el agua, pero lo perdía. Por espacios de tiempo que parecían imposiblemente largos, no podía ver nada. Luego emergía del agua en una parte distinta del océano, a seis metros de distancia de la dirección de mi cámara.

En mi primera clase de psicología en Berkeley aprendí que una aguda reacción de

estrés provoca cerca de catorce mil cambios en el cuerpo. El flujo sanguíneo se incrementa en un trescientos por ciento y se dirige hacia los músculos. Reservas de grasa y azúcar se liberan. Nuestras pupilas se dilatan, nuestro oído se vuelve más agudo y los procesos normales del cuerpo, como la digestión, se apagan, pues ya no son importantes. Me quedé pegada al suelo detrás de la cámara por lo que parecieron minutos, aunque pudieron ser solo segundos. Parte de mí quería saltar al agua y dejar la cámara atrás, pero sabía que no podía hacer eso, le pertenecía a la escuela y valía miles de dólares. Así que levanté el tripié y lo arrastré por la playa tan rápido como pude.

—¿Nada interesante? —preguntó David, tendido sobre su espalda, con sus extremidades desplegadas como las de una estrella de mar. Sostuvo un brazo sobre sus ojos como una visera.

—David. —Yo ya estaba sudando—. Necesito que me cuides la cámara. Vi a alguien en el agua.

—¿Alguien en el agua? —Se incorporó—. ¿Necesita ayuda?

—No, no —dije. David había sido salvavidas en la preparatoria—. Era alguien conocido. Tengo que ir. Solo necesito que me cuides...

—¿Era la persona de anoche? —Estaba contemplándome con atención, su voz era como un susurro conspiratorio—. El hombre del vecindario es él, ¿verdad?

Yo estaba tan aturdida que debió de ser fácil de adivinar.

—Déjame ir —dijo David—. Tú eres una pésima nadadora, Sylvie. Nunca lo alcanzarás. Señálamelo.

Tenía razón, yo no podía nadar más de unos metros e, incluso con los beneficios de la adrenalina, dudaba de que pudiera ir mucho más lejos. Quería ser quien encontrara a Gabe, pero David tenía muchas más posibilidades de traerlo a la orilla.

—Nos quedaremos sin tiempo —dijo David, poniéndose de pie. Su pecho era pálido y estrecho; el esternón, cóncavo. Entre sus pezones había un oscuro montón de vello del tamaño de un pequeño girasol—. Solo señálamelo, ¿sí?

Señalé hacia el hombre. Aún estaba más lejos que todos los otros, nadando con certeza hacia la izquierda. David siguió mi mano, respirando con rapidez. Luego se lanzó hacia la orilla corriendo. Lo vi meterse al agua baja y navegar incómodamente por los estrechos canales que había entre los niños. Una vez que los pasó, se soltó en un rápido y suave estilo libre. Gabe, o el hombre que se parecía a él, volteaba la cabeza de vez en vez mientras se movía al oeste, aunque yo no podía detectar si estaba viendo a David o intentando respirar.

David solo estaba a tres o seis metros de él cuando se detuvo y golpeó la superficie del agua. No supe por qué hasta que vi una flota de veleros avanzando hacia él, probablemente estudiantes universitarios que rentaban barcos después de tomar un breve curso de capacitación. Los barcos iban a pasar justo en medio de David y el otro hombre, quien se acercaba nadando al horizonte con creciente velocidad. David intentó acelerar también. Yo me había acercado con el lente de mi

cámara y veía el agua salpicando detrás de él, pero no sirvió de nada; tuvo que detenerse en un punto para dejar pasar a la línea de barcos, y cuando lo hicieron, el otro hombre se había ido.

No se había ido, claro. Pero ya no era visible. No podía haber desaparecido, porque esta vez yo no era la única que lo había visto. David también lo había visto y esto me validaba tanto que, para cuando regresó con su pecho agitado, me sentí casi tranquila.

MADISON, WISCONSIN, 2004

Para octubre el aire se había enfriado en Madison y los árboles creaban colchas rojas, cafés y doradas. Una noche de jueves, al volver a casa después de ir al mercado, vi a Gabe y Janna hincados sobre un montón de tierra en nuestro jardín trasero. Estaban echando tierra en un gran jarrón de arcilla y aplastándola. Gabe juntaba grandes puños y Janna los presionaba con precisión y velocidad de experta.

Fui al porche trasero y dejé mis bolsas en el suelo. La leche exudaba, recargada contra mi pierna.

—Le estoy enseñando a tu esposo cómo cultivar un cerezo silvestre —dijo Janna.

Sonrió a su manera, breve y felina, antes de volver al montón de tierra; fue una sonrisa de un segundo, oro falso en el cedazo.

—Novio —dijo Gabe. Levantó la vista hacia mí y sonrió.

—Ah, sí. —Janna le dio un manotazo a un mosquito que había aterrizado silenciosamente en su brazo—. Se me olvida.

—Pensé que sería bueno tener un poco de flora por aquí —dijo Gabe, aún acuclillado—. Un poco de fauna, ¿qué dices de eso? —Se levantó, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Fauna son animales —dije.

—Cierto, pero con la flora llega la fauna: arañas y libélulas y catarinas —dijo Gabe.

—No te gustan las arañas. ¿Y has visto un enjambre de catarinas? —dije.

—Es grotesco —dijo Janna alegremente.

—Como sea. ¿No es un poco tarde para estar plantando árboles? ¿No se hace en verano? —comenté.

—Eso es lo que yo pensaba, pero resulta que el otoño es el tiempo perfecto para plantar —replicó Gabe.

—No es el único, pero realmente es el ideal —dijo Janna.

—Después de unas cuantas heladas, aún tendrás tierras que estarán suficientemente tibias en el verano para permitir que crezcan las raíces. Luego, cuando llega la primavera, las raíces se están muriendo por el agua y es mucho más

fácil trasplantarlas.

Janna se puso de pie y se limpió las manos en sus *shorts* de mezclilla, que colgaban de su cintura. Había enrollado las perneras hasta la parte alta de sus pantorrillas.

—Así que pueden seguir creciendo —dijo.

Pensé en las bolsas que tenía a mis pies, los doce huevos, los aguacates que a Gabe le gustaba comerse solo con una cuchara. Él los devoraba con tal entusiasmo infantil que encontrar los mejores era un placer secreto para mí. Podía pasar diez minutos en la sección de frutas y verduras, presionando suavemente sus pieles duras.

—Tengo que guardar esto —dije.

—Pero se está magnífico aquí afuera. —Janna estiró sus brazos delgados, pero llenos de pequeños músculos fibrosos—. ¿No quieres venir con nosotros?

—Quizá después.

—Como quieras —dijo Gabe.

Me molestaba la apariencia de labrador que tenía su cara, su sonrisa amplia.

—¿Estarás listo para irnos en media hora? —pregunté.

—Claro. Nunca llego tarde —contestó.

Era verdad. Gabe era muy riguroso en los asuntos del tiempo.

Esa noche estuvo en el carro quince minutos antes, con su bolsa llena con los papeles del laboratorio y la cena que llevaba en distintos moldes de *tupperware*, uno para la pasta cocida, uno para la salsa fría, uno para la ensalada y uno para el aderezo. Para entonces su proceso de empacado ya estaba tan memorizado, tan obsesivamente estandarizado, que casi parecía un acto de resistencia más que de sumisión.

El cielo se oscureció mientras manejábamos hacia el laboratorio. Guardábamos silencio en esos viajes. Mientras Gabe contemplaba el camino, yo leía las notas que Keller había mandado sobre el participante de esa noche.

—¿A quién tenemos hoy? —preguntó Gabe, mientras se estacionaba.

Salimos del carro y caminamos por la banqueta debajo de una fila de árboles. Sus hojas se recortaban oscuras contra el cielo azul rey.

—El niño —dije.

La quijada de Gabe se acomodó como siempre lo hacía cuando estaba pensando más de lo que quería admitir. Ambos nos sentíamos conflictuados por el uso de niños que hacía Keller. Aun así, Gabe estaba casi paranoico sobre criticarlo; definitivamente no lo haría cuando estábamos a tan poca distancia. Gabe y yo habíamos trabajado con pacientes desde los quince años, pero sabíamos que los niños habían sido parte de los primeros estudios de Keller en Fort Bragg. El participante de esta noche tenía siete años.

En las pesadas puertas de metal, nos formamos en una fila y sacamos nuestras identificaciones. Gabe puso la suya frente al lector cuadrado junto a las puertas, el cual emitió un breve y agudo bip. Las puertas se abrieron automáticamente para permitirle entrar antes de volverse a cerrar. Cuando se cerraron detrás de mí,

golpeándose con un sonido plástico de succión, comenzamos a caminar por el pasillo izquierdo.

—Noches —le dijo Gabe al investigador húngaro que empujaba a un joven en una silla de ruedas por el pasillo.

—Igualmente —dijo el investigador. Se detuvo y nos saludó con un movimiento de cabeza. El hombre en la silla de ruedas se revolvió, con la cabeza cayendo de un hombro a otro.

Tomamos la escalera hacia el sótano del edificio y pasamos tres de los cuartos de Keller, con las puertas cerradas, antes de llegar a su oficina. Era un búnker sin ventanas al final del pasillo. Adentro había gabinetes de metal meticulosamente organizados, una puerta cerrada que llevaba a un pequeño clóset y un tablón de anuncios con notas y horarios. Keller estaba sentado en un enorme escritorio metálico, sin mirar hacia nosotros.

—Un momento —dijo.

Estaba agachado, tomaba notas a mano en una libreta de papel amarillo; prefería esto a las *laptops* que Gabe y yo usábamos, asegurando que lo ayudaba a escribir más intuitivamente. Sostenía la tapa de su pluma entre sus dientes.

Esperamos. Después de un momento, tapó la pluma y se dio la vuelta para quedar frente a nosotros. Sus ojos fueron directo hacia la playera de Gabe.

—Estás sucio.

Gabe puso en el suelo la hielera con su cena y se recargó contra el marco de la puerta.

—Estuve plantando un árbol.

—Plantando un árbol —repitió Keller mientras me miraba.

Yo hice un gesto negativo con la cabeza.

—Esta fue su aventura.

—Conocí a alguien que hace jardinería —dijo Gabe.

—Bueno, puedes decirle a ese chico —dijo Keller con amabilidad— que si Rosemarie Sillman se queja de que mi asistente se ve como si acabara de enterrar a alguien, lo consideraré culpable.

—La culpable es una mujer. Sabe que es el siglo XXI, ¿verdad? Al rato estará asumiendo que todos los científicos son hombres y Sylvie tendrá que ponerlo en su lugar —dijo Gabe.

Gabe podía bromear así con Keller; en su relación, siempre había una línea a punto de ser traspasada. A lo largo de los años, se había vuelto casi familiar, algo que me ponía ligeramente celosa, aunque yo sabía que Gabe siempre había necesitado más un padre que yo.

—Anotado. Vayan y prepárense. Habitación 76 —dijo Keller secamente, aunque estaba sonriendo.

Eran las 7:30 y teníamos media hora antes de que llegara Jamie. Caminamos hacia el cuarto 76, el único con ventana, aunque era un pequeño cuadro cercano al

techo y con barrotes. Gabe rodó la cama al centro del cuarto. Era similar a una cama de hospital, con sábanas blancas y un control remoto que nos permitía levantarla o bajarla. Gabe salió del cuarto para ir al clóset en la oficina de Keller, luego volvió con correas que fijó a los ganchos a lo largo de cada lado de la cama. Yo fui al cuarto 74, levanté las persianas de la enorme ventana que me permitía ver hacia el 76; prendí el polisomnógrafo y el equipo de telemetría.

Me aseguré de que los amplificadores y las máquinas de CPAP estuvieran funcionando correctamente. Acomodé el montaje, la configuración de todos los canales que usaríamos y calibré el amplificador.

Finalmente rodé el carrito para sacarlo del clóset, asegurándome de que las llantas estuvieran funcionando suavemente. Era un viejo carrito quisquilloso, necesitábamos uno nuevo. Comencé a preparar la bandeja. De un pequeño gabinete saqué la pasta para EEG, es decir, para electroencefalogramas, y el antifaz para dormir, la cinta y el marcador negro. Acomodé los electrodos, sensores y cables conductores en la parte trasera de la bandeja y junto a ellos las torundas, almohadillas con alcohol, geles, pastas preparatorias y mis guantes. Los pasadores para el cabello los ponía en un bolso al frente de la bandeja; a veces eran necesarios diez o doce, si el paciente tenía cabello largo, pero no creía que necesitáramos más de cuatro para un niño pequeño. En el cuarto 76, Gabe movía la cámara y prendía el sistema de audio.

Le echábamos un ojo al otro a través de la ventana, asegurándonos de que estaba bien y no necesitaba ayuda. De vez en cuando, uno de nosotros ofrecía una sonrisa y el otro la devolvía antes de volver a su trabajo.

Para las 7:30 sabíamos que Keller había recogido a Jamie de la sala de espera y lo había llevado al cuarto 72, su oficina pública, donde tenía un sofá de piel y una canasta llena de juguetes para niños. Keller había estado trabajando independientemente con Jamie durante ocho semanas hasta entonces, enseñándole las mismas cosas que nos había enseñado a Gabe y a mí en Snake Hollow.

—Se puede aprender a tener sueños lúcidos —nos dijo Keller, de pie en la biblioteca.

El primer paso era mejorar los recuerdos de los sueños, los pacientes que desarrollaban esa habilidad casi siempre podían recordar sus sueños lúcidos después de despertar. Keller también nos mostró cómo reconocer las señales de que se trata de un sueño: fuentes de luz mal definidas, símbolos repetitivos, números o textos extraños y luces parpadeantes, que en nuestro estudio tomaron la forma de leds. Algunos investigadores usaban ligeras descargas eléctricas para indicarle el estado de sueño a sus sujetos, pero Keller evitaba este método. Prefería que nuestros pacientes pudieran reconocer sus sueños de forma cognitiva, no física.

A las ocho en punto caminé por el pasillo hacia el bebedero y llené mi botella. La puerta del 72 estaba entreabierta y oí a Keller con la voz juguetona que usaba con sus pacientes más jóvenes.

—¿Supongo que no has estado bebiendo alcohol?

Se escuchó la risa de una mujer, aunque no pude escuchar al niño.

—No. No ha habido nada de eso —dijo la mujer, una voz mayor con un tono áspero.

Estaba llegando al final del cuestionario.

Gabe asomó su cabeza desde el cuarto 76, donde estaba puesta la cama, y yo asentí levantando cinco dedos.

Después de varios minutos, Keller salió de la oficina, sosteniendo una tabla con el cuestionario terminado. Detrás de él iba una mujer de unos setenta años: tenía un montón de cabello áspero y gris hasta el hombro y ojos ágiles y rápidos. Gabe y yo nos quedamos en las entradas de los cuartos 74 y 76 como los mayordomos encargados de la puerta durante una fiesta elegante. La mujer sostenía la mano del pequeño niño, que estaba parcialmente escondido detrás del ancho espacio de sus caderas. Llevaba pantalones anchos con dibujos de criaturas marinas de colores brillantes y calcetines rojos. Keller debió de haber recogido sus zapatos.

—Tú debes de ser Jamie —dijo Gabe. Dio un paso adelante y se acuclilló frente a la mujer mayor, echándole un vistazo al niño entre sus piernas.

—Este es el pequeño Jamie. No seas tímido, corazón —dijo la mujer.

Pero yo notaba que ella estaba indecisa. La investigación de Keller era experimental y aún estaba en su primera etapa. La mayoría de nuestros pacientes habían agotado la gama de opciones de tratamientos tradicionales, pero aun así no era extraño que estuvieran escépticos ante nuestra metodología.

—Mis ayudantes de investigación, Gabriel y Sylvia. Esta es la abuela de Jamie, Rosemarie —dijo Keller.

—Sylvia, bonito nombre —dijo Rosemarie.

—Gracias —dije, aunque no lo sentía mío; Keller solo lo usaba cuando me presentaba a sus pacientes.

—Qué geniales pantalones tienes —dijo Gabe mientras Jamie se movía ligeramente al exterior—. ¿Qué es esa cosa aterradora con enormes colmillos? ¿Una piraña? No... ¿Un pez globo?

—Un pez globo —dijo el niño con solemnidad. Estaba recargado contra el costado de la pierna de su abuela.

—Ah, un pez globo. Tal como lo sospeché. También conocido como puercoespín o avestruz del mar —comentó Gabe.

Gabe llenó sus mejillas con aire y ensanchó sus fosas nasales. El niño ladeó ligeramente su cabeza y soltó un breve bufido, más un resoplido que una risa. No entendía por qué Gabe sabía sobre los peces globo, pero no estaba sorprendida. Siempre andaba tomando trozos de conocimiento extraño, volviendo de la biblioteca con libros sobre metalurgia y extraños primeros ministros británicos o la primera vía transcontinental, como si construyera una base de conocimiento que lo ayudaría si su trabajo con Keller llegara a su fin.

—Tienen un aspecto medio loco, ¿no? —preguntó Gabe, aún en cuclillas.

—No —dijo el niño, pero estaba sonriendo.

—Buen punto. Aspecto loco, esa no es la forma correcta de decirlo. Este amigo de aquí. —Señaló al pez globo en el tobillo del pantalón de Jamie—. Este amigo es muy guapo. Un monstruo encantador, eso es lo que es.

—Un monstruo encantador —dijo el niño.

Habíamos descubierto que un año antes iba con su familia en un tren de vapor miniatura en el zoológico de Lincon Park en Chicago cuando tomó una curva cerrada hacia los monos narigudos. Una súbita fuga en la caja de combustión lanzó una flama por la puerta y, aunque el tren fue evacuado en cuanto se detuvo, aquellos que estaban más cerca de la máquina, un padre del sur de Illinois junto con los padres de Jamie y su media hermana, una estudiante de la Universidad de Chicago, ya estaban muertos. Fue un accidente inverosímil. Más tarde, los investigadores descubrieron que un nuevo empleado del zoológico había llenado accidentalmente la caja de combustión con el triple del combustible normal.

Las personas que pasaban por ahí corrieron al tren para ayudar. Una mujer, un bombero que no estaba en servicio, recogió a Jamie. Se había sentado detrás de su hermana, donde estuvo protegido de lo peor de la flama; solo su mano izquierda se había quemado. Los doctores del hospital Memorial Northwestern pudieron salvarle los dedos, pero su piel estaba derretida y con cicatrices.

Ahora Jamie vivía con Rosemarie en su departamento de Sun Prairie, Wisconsin. Durante diez meses había sufrido de terrores nocturnos, que lo hacían gritar en sus sueños y salir corriendo de la cama. En la mañana no recordaba nada. Durante los dos meses anteriores, Keller había intentado mejorar la capacidad de Jamie para recordar sus sueños cuando se despertaba cada mañana; Rosemarie debía preguntarle amablemente qué recordaba y luego anotar su respuesta en una libreta, pero el niño era inconsciente y difícil de leer.

Aun así, parecía comprender el concepto de las señales de sueño y sabía cómo responder a nuestros leds, así que Keller pensaba que valía la pena intentar un estudio que abarcara toda la noche. Si podíamos hacer que comenzara a tener sueños lúcidos, su capacidad de recordar muy probablemente mejoraría.

El niño bostezó, con sus hombros temblorosos.

—Ya pasó la hora de acostarse, ¿verdad? —dijo Rosemarie, poniendo una mano sobre su cabeza—. Normalmente se acuesta a las ocho, pero esta es una noche especial.

—¿Hasta qué hora te puedes quedar despierto hoy, Jamie? —preguntó Gabe.

—Hasta las nueve —respondió el niño.

—Así es, hasta las nueve. Y ya son las 8:15. Creo que es hora de que vayamos mostrándote tu cama. Es más grande que la cama que tienes en casa, espero —dijo Gabe.

—¿Cuánto más grande? —preguntó Jamie. No se había movido de debajo de la mano de su abuela, pero sus ojos estaban puestos sobre Gabe.

—Bueno, eso depende de la que tengas en casa. Creo que tendrás que decirme qué tan grande es, ¿qué te parece? —dijo Gabe.

Extendió su enorme y desgastada mano.

—Okey —dijo Jamie, aunque mantuvo ambas manos detrás de su espalda.

—Denme un minuto —dijo Rosemarie. Pasó la vista de Keller a Gabe y de vuelta a Keller—. Entonces ¿aquí es donde... le deseo buenas noches?

—Todo parece pasar demasiado rápido —dijo Gabe.

Las muñecas de Rosemarie eran protuberantes y sus tobillos suaves y tubulares, recubiertos en pantimedias color *nude* que salían debajo de sus pantalones. Pero su mano estaba firme en la cabeza del niño.

—Me temo que sí —dijo Keller.

—Está en buenas manos —agregué yo.

—Sylvia la verá al final del pasillo —dijo Keller.

Rosemarie se inclinó para tomar al chico en sus brazos. Sus rodillas cayeron sobre el piso de linóleo con la gracia cansada de los animales envejecidos y la memoria frágil de los huesos viejos.

—Pórtate bien —dijo, y él se recargó contra la suave almohada de su pecho—. Recuerda lo que hemos practicado.

Gabe guió a Jamie al cuarto 76 y cerró la puerta suavemente. Yo acompañé a Rosemarie por las escaleras. Mientras subíamos, sus hombros comenzaron a temblar.

—Ha sido terriblemente aterrador —dijo. Hizo una pausa en el descanso, su espalda contra la pared—. He tenido tanto miedo.

Cuando regresé al sótano, estaba molesta. Había tomado casi diez minutos sacar a Rosemarie del edificio y tuve que consolarla todo el camino hasta la puerta. Cuando entré al cuarto 74 tomé la bandeja rodante, pero olvidé quitar los seguros a las llantas. Mi súbito empujón hizo que los pasadores para el cabello y algunos de los electrodos cayeran al piso. Para cuando los limpié, iba tarde al cuarto 76 y aturdida. Sabía que Gabe lo habría notado, pues ya eran las ocho treinta y se suponía que debíamos tener a Jamie completamente preparado a las nueve; pero no lo mostró. Cuando entré al cuarto estaban platicando sobre Calvin y Hobbes: Jamie contaba su tira favorita mientras Gabe estaba inclinado hacia la cama. Cuando la historia terminó, se dio la vuelta como si lo hubiera sorprendido.

—Ah, aquí está Sylvie. Ella viene a mostrarte todas las máquinas con las que podrás jugar y luego yo volveré antes de que te duermas.

Noté que Jamie no quería que Gabe se fuera, pero estaba adormilado y fue obediente mientras yo abría un frasco de alcohol para frotar. Él arrugó la nariz por el aroma ácido mientras yo daba golpecitos sobre los lugares donde le serían aplicados los electrodos.

—¿Cansado? —pregunté sonriente.

—No —dijo Jamie. Pero sus ojos se ponían vidriosos mientras pegaba cada uno de los ochos canales a su piel. De vez en cuando sostenía su cabello hacia atrás con

un pasador y esto lo hacía reír, el mismo resoplido breve.

—No soy una niña —dijo.

Noté una pequeña cicatriz hundida en su frente, dos semicírculos conectados, como el dibujo infantil de una gaviota.

—Los chicos pueden recogerse el cabello —dije y pegué un electrodo a la izquierda de la cicatriz, en su sien.

—Nunca he visto a ninguno —aseguró Jamie.

—Bueno, yo te veo a ti —le dije.

Aún sonreía, sus dos dientes frontales eran demasiado grandes y estaban ligeramente separados; dientes permanentes, pensé, mientras que los otros eran aún de leche. Miró a la cámara.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una cámara; graba videos y películas. —Respondí.

—¿Voy a estar en una película?

—Así es. —Acerqué la cámara hacia él—. Tu propia película. Mira.

Volteé la cámara hacia la pared, con su lente apuntando hacia la pequeña ventana, mostrándole la pantalla. La cámara ya estaba corriendo, Gabe la había activado en el cuarto 74, así que esto también sería filmado. Llevé la cámara de nuevo a su lugar y la volteé otra vez.

—¿Recuerdas tu mantra? —pregunté.

Sus ojos seguían clavados en la cámara.

—¿Qué es eso?

—Algo que repites una y otra vez para recordarte que estás dormido. Lo practicaste con tu abuela, ¿recuerdas?

Jamie asintió, pero yo notaba que tenía problemas para recordar.

—Cuando veo mi mano... —dije, ayudándolo.

—Cuando veo mi mano en mi sueño, sé que estoy soñando —dijo Jamie.

Era una técnica simple de estímulo-respuesta desarrollada por primera vez por Carlos Castaneda, un escritor y antropólogo.

Castaneda dedujo que el cuerpo del soñador era uno de los pocos elementos que no cambiaban del sueño a la vigilia y que, por tanto, podía ser usado para anclar al soñador en un mundo por lo demás cambiante, recordándoles a ambos de su identidad y su estado de consciencia.

Jamie mantenía su mano quemada escondida, con su codo doblado y los pequeños dedos guardados bajo su torso. Levantó su otra mano y me la mostró.

—Así es. Perfecto.

Di un paso atrás para revisar mi trabajo. Los electrodos estaban colocados y pegados con precisión. Era por eso que Keller siempre me dejaba esta parte a mí.

—¿Adónde...? —dijo Jamie. Hizo una pausa y miró hacia la puerta—. ¿Adónde fue?

—¿Gabe? Volverá en un momento. Solo tenemos que hacer unas cuantas pruebas

para asegurarnos de que todo está funcionando como debe y luego iré por él.

—¿Qué clase de pruebas?

—Pruebas divertidas como esta: cierra los ojos. Te voy a cronometrar y después de treinta segundos puedes abrirlos, pero ni más ni menos —dije.

Así lo hizo.

—Ahora ábrelos por treinta segundos. Puedes parpadear, pero intenta no moverte. Mantente tan quieto como un tablón de madera.

Jamie apretó la quijada con sus ojos fijos en el techo.

Comenzábamos cada sesión con esta serie de bio-calibraciones para asegurarnos de que las señales fueran exactas. Hice que mirara a la izquierda y a la derecha para imitar la actividad de los ojos en el sueño REM; que tosiera, lo que definía un estándar para los niveles de ronquidos; que contuviera el aliento, moviera los pies, mirara hacia arriba y hacia abajo. Cuando terminamos, miré por la ventana de cristal y asentí. No podía ver al otro lado, pero sabía que Gabe estaba ahí y me miraba.

—Lo conseguiste, estuviste genial. Ahora vamos a meterte bajo las cobijas —dije.

Con la preparación completa, Gabe volvió desde el otro cuarto, lo que significaba que Keller había tomado su lugar. Jamie estaba acostado sobre las sábanas blancas y la cobija de la cama con sus extremidades separadas mientras intentábamos cubrirlo con las sábanas.

—No quiero —dijo.

—¿No quieres? —preguntó Gabe—. Nunca había escuchado algo así, que alguien no duerma bajo las sábanas.

—No quiero hacerlo —dijo Jamie con más fuerza. Sus ojos iban y venían de Gabe a mí.

—Te va a dar frío —dije.

—No me dará.

—Es un edificio frío. Hace mucho frío aquí abajo —le aseguró Gabe.

—No tengo frío.

Gabe me echó una mirada y luego hacia la ventana que separaba el cuarto 76 del 74.

—Bueno, es tu decisión. Pero tendremos que ponerte tu cinturón así —dijo.

Empezamos por el final de la cama. Yo solté la correa de mi lado hacia Gabe y él la amarró.

—¿Qué son? —preguntó Jamie, moviendo sus tobillos debajo de la correa.

—Cinturones de seguridad para el cohete —explicó Gabe.

—¿El cohete?

—¿Qué? ¿Nadie te dijo que esta cama es un cohete? Por eso es tan grande. Y cuando te quedas dormido, despega.

Pensé que Gabe estaba llevando las cosas demasiado lejos. Incluso Jamie parecía escéptico. Pero se quedó en silencio mientras amarrábamos cada fila de correas.

—Y aquí está lo último que necesitas. Es una máscara con luces especiales

adentro para que puedas ver las estrellas. ¿Recuerdas qué debes hacer cuando te quedas dormido y veas las estrellas? —dije.

—Mover mis ojos —respondió Jamie.

—Exacto. ¿Puedes mostrarme cómo?

Movió los ojos cuatro veces en forma horizontal; izquierda-derecha, izquierda-derecha.

—Eres muy bueno —dijo Gabe.

—Cuando veo mi mano en mi sueño, sé que estoy soñando —masculló Jamie.

Ahora estaba adormilado, con su mano izquierda desprotegida. De cerca, la piel era gruesa y vetada, tenía los dedos blancos y rosas enrollados hacia su palma. La mano parecía tan delicada, tan dañada, que tuve el repentino impulso de sostenerla en la mía.

—Así es, pero tú sientes que son reales, ¿verdad? —dijo Gabe.

El niño lo contemplaba sin moverse. Miré con dureza a Gabe y luego hacia la ventana entre los cuartos.

—Pero son sueños, solo sueños —agregó Gabe.

Cuando salió del cuarto y entré al 74, Keller estaba sentado con rigidez frente a la ventana.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—No lo sé —dije y cerré la puerta detrás de mí.

—A ese chico le gusta llevar las cosas al extremo —dijo Keller con gravedad, tomando un vaso de unicel—. ¿Café?

—Estoy bien —dije y me senté junto a él—. Bueno, ¿de qué tipo?

—Mitad de cafeína. Toma.

Tomó un termo del piso y vació su contenido en otro vaso de unicel.

—Gracias —dije.

Keller asintió con la cabeza. Tenía unos cincuenta, nueve años más de los que tenía cuando llegué por primera vez a Mills, pero no se veía muy diferente: tenía la misma piel pálida, la misma nariz abundante y cejas oscuras y pobladas. Nunca lo había visto con otro tipo de vello facial, pero parecía demacrado. Sus facciones eran robustas y musculosas, la piel estaba marcada por vagas líneas de expresión, dos canales entre sus cejas y patas de gallo que se abrían desde cada ojo. Las pupilas eran de un deslumbrante azul acuático, casi cerúleo; los iris estaban bordeados de negro. A nuestros pacientes probablemente les parecía duro, pero yo pensaba que su dinamismo también lo hacía guapo.

No pasó mucho antes de que Jamie se quedara dormido, con Gabe sentado en la silla junto a su cama. Pasaba las páginas del *Istmo*, nuestro periódico local.

—Debieron cubrirlo con cobijas —dijo Keller, que acercaba su silla para estar más cerca de la ventana.

Permitimos que Jamie durmiera durante su primer ciclo REM.

Ocho minutos después de que el siguiente ciclo comenzó, Gabe puso el periódico

sobre el suelo y nos hizo una señal con el pulgar arriba. Yo disparé los estímulos de luz, ocho *flashes* en dos segundos, transmitidos por los leds en el antifaz para dormir de Jamie.

Esperamos; Keller y yo en el cuarto 74 y Gabe en el 76, tan quieto como podía quedarse.

No hubo respuesta. Keller golpeteó su vaso de unicel en la mesa.

—Lo volveré a intentar en dos minutos —dije.

Gabe se relajó, aunque se volvió a inclinar hacia adelante cuando pasaron los dos minutos. Disparé los *flashes* de luz. Jamie se movió ligeramente, sacudiendo la cabeza; sin embargo, no movió sus ojos.

—No está lúcido —masculló Keller, recargándose en su silla. Hubo un breve murmullo en el EEG. Jamie había movido sus ojos a la izquierda, luego a la derecha.

—Espera —dije—. Podría estarlo.

Keller estiró su cuello hacia la máquina.

—Solo pasó una vez —dijo—. Pudo ser una casualidad. No podemos contarlo como un LR2 a menos que tengamos ambos movimientos.

—Lo intentaremos en el siguiente ciclo —dije. Gabe miró a la ventana y levantó las cejas; luego salió del cuarto y vino al 74.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó.

—Como una hora, si tomamos su último ciclo como indicio.

—Bueno. Vuelvo en cincuenta minutos.

Se fue para cenar en la oficina de Keller. Keller y yo nos quedamos solos en el escritorio. En el otro cuarto, Jamie estaba sereno, su pecho se llenaba y se desinflaba. Keller y yo nos hundimos en un silencio cómodo, lo observábamos como si estuviéramos en una meditación. Después de un largo rato, Keller se reacomodó en su silla y se estiró hacia atrás con un crujido de su espalda.

—¿Te gusta la nueva casa? —preguntó.

—No está mal. Es un vecindario algo vacío, pero al menos es tranquilo —dije.

—¿No tienen un parque para perros por ahí?

—Brittingham, es bonito. Sería mejor si tuviera un perro.

—Sí tienes —dijo Keller—. Ahí es donde llevas a Gabriel. Déjalo correr.

Él se rio, así que yo también lo hice.

—¿Y usted? —pregunté—. Cottage Grove, ¿verdad?

Era su propio pequeño pueblo, cercano al aeropuerto del condado de Dane y al aeródromo Blackhawk. Keller nos había invitado a cenar cuando nos reunimos con él en Madison, en agosto, pero no habíamos regresado desde entonces; lo veíamos tan frecuentemente que a veces se sentía como si todos viviéramos juntos en el sótano del edificio de neurociencia.

—Oh, no me puedo quejar. Tengo más espacio del que tenía en Fort Bragg. Casi tanto como en Snake Hollow —dijo.

—Gabe me dijo que lo vendió —dije, aunque esperaba que no fuera verdad.

Keller dijo que sí con la cabeza.

—Hace falta mucho dinero para mantener un lugar así.

—Debió de ser un calvario empacarlo todo.

—Más que nada eran papeles. Tuve suerte. Es mucho más fácil traerlo todo contigo cuando tus posesiones más preciadas son bidimensionales.

—Supongo que sí.

Mi estómago gruñó. A diferencia de Gabe, yo generalmente comía antes de irnos al laboratorio, lo cual tenía sus desventajas.

—Nunca pensé que vendería ese lugar —dije.

—Lo sé —exhaló Keller y ladeó la cabeza—. Pero no podíamos quedarnos ahí para siempre. ¿Y quién hubiera vivido en la casa mientras nosotros estamos aquí?

—Inquilinos. Ahí hubieran vivido inquilinos —dije.

—Inquilinos —repitió Keller—. Hurgando en mi biblioteca.

Negué con la cabeza, sonriente.

—¿Debería ir por Gabe?

—Ya volvió —dijo Keller mientras hacía una señal con la cabeza hacia la ventana cuando Gabe entraba al cuarto 76 y tomaba su lugar junto a la cama de Jamie.

Observé el polisomnógrafo de cerca mientras Jamie entraba en su siguiente ciclo REM. Después de ocho minutos, disparé los leds.

Keller se inclinó hacia adelante con los codos sobre el escritorio. Otra señal LR apareció en el EEG, otra vez solo un movimiento izquierda-derecha; aún necesitábamos un segundo para tomarlo como una señal de lucidez.

—No está lúcido —dijo Keller.

—Espere —dije—. Está intentándolo.

Ahí, en el cuarto contiguo, la cabeza de Jamie giraba lentamente de izquierda a derecha, como si siguiera el avance de un avión. Daba la vuelta completa hacia un lado, y ponía la oreja sobre la almohada antes de ir al otro.

—Bueno, es una especie de señal izquierda-derecha —dije.

—Solo que no es la que estamos buscando —comentó Keller.

—Espere un poco más. Creo que podríamos tener algo.

Los movimientos de Jamie se aceleraron. Volteaba la cabeza de izquierda a derecha con más rapidez. Me paré junto al EEG convencida de que trabajaba para conseguir una señal ocular. Pero entonces comenzó a moverse más rápido, tan rápido que su cabeza se estrellaba contra la almohada antes de lanzarse al otro lado y sus piernas comenzaron a temblar.

—Adrian, creo que está convulsionando —dije.

Era demasiado movimiento para un cuerpo tan pequeño; las piernas de Jamie tensaron las correas, luego las caderas y los brazos; la respiración creció en estallidos superficiales. Gabe se había levantado de la silla y estaba de pie junto a la cama. Jamie había sacado el brazo quemado de la correa y arañó la cara de Gabe. Los últimos dos dedos apenas lo rozaron, pero el dedo índice le hizo una herida en el

párpado.

—No está convulsionando —dijo Keller y se alejó del escritorio—. Está intentando levantarse de la cama. Quédate aquí.

Keller salió con grandes pasos del cuarto y volvió a entrar al 76, donde corrió a la cama y sostuvo la cabeza del paciente. Me puse los audífonos que colgaban de un sistema de audio del 76 justo cuando se escuchó una voz.

—Dice que la ve —le dijo Gabe a Keller. Veía su boca moviéndose, pero el sonido venía con un segundo de retraso.

—Seguro lo hace. —Keller me daba la espalda, pero reconocía su voz—. Sostén las extremidades.

—Un poco de ayuda estaría bien —dijo Gabe cuando Jamie sacó la pierna izquierda de la correa y le lanzó una patada voladora al cuello.

—Tengo que mantener su cabeza quieta —dijo Keller.

Comencé a quitarme los audífonos, lista para ir, pero Keller miró a la ventana como si pudiera ver a través de ella.

—Sylvie —dijo—. Te necesito ahí.

—¿Por qué? —pregunté, aunque sabía que no tenía caso; él no podía escucharme en el otro cuarto. Me sentía inútil y enferma, vi por la ventana cómo Jamie gritaba y se retorció; era fuerte como lo son los niños, usaba cada músculo que podía. Pero me quedé donde estaba, temerosa de desobedecer las órdenes.

—¡Ma! —gritó Jamie.

La máscara aún estaba sobre su cara; estiró la mano izquierda para tocarla, pero Gabe fue muy rápido. Tomó el brazo y lo devolvió a la cama.

—Sylvie, lanza los estímulos visuales —dijo Keller con una mano sobre la parte alta de la cabeza de Jamie y la otra en el mentón—. Respóndele, Gabe. Intenta tranquilizarlo.

Disparé los leds y el cuerpo de Jamie se detuvo al notarlos.

—¿Dónde? —preguntó Gabe—. ¿Dónde está tu ma?

—Hay tantas estrellas —dijo Jamie; su cuerpo se tensó.

—Así es —dijo Gabe—. ¿Recuerdas qué hacer cuando ves las estrellas?

—En la ventana —dijo Jamie—. Las veo.

Gabe miró a la ventana del cuarto 76: estaba cerrada y con barrotes, como siempre.

—¿Qué está haciendo?

—Saliéndose. La perdí en el... supermercado —dijo Jamie.

El antifaz se había caído por la mitad de su cara y colgaba sobre un ojo. El ojo expuesto aún estaba cerrado.

—¿En el supermercado? —preguntó Gabe y miró a Keller.

—No. Íbamos... en... el tren... —dijo Jamie.

El temblor comenzó de nuevo, se movió con más violencia que antes y Jamie gritó. Su ritmo cardíaco estaba por los cielos y las axilas de su pijama estaban

empapadas de sudor. Keller luchó para mantener quieta la cabeza del chico. Miró a la ventana entre nuestros cuartos.

—Sylvie —dijo—. Necesitamos una corriente. Mándala por F3 y F4.

Eran electrodos conectados al lóbulo frontal de Jamie.

Negué con la cabeza, aunque sabía que él no podía verme. Una corriente al lóbulo frontal, una descarga eléctrica, resultaría en una convulsión real, breve, pero suficientemente fuerte como para que Jamie despertara. Me habían enseñado cómo hacerlo, pero nunca lo había intentado en un paciente.

—Sylvie —gritó Keller con los dientes apretados. Me paré junto a las máquinas. El papel del polisomnógrafo análogo se movía a la izquierda mientras la pluma hacía marcas delicadas; escribía la historia del cerebro de Jamie.

—Necesitamos que lo hagas, Syl —dijo Gabe, que sostenía los tobillos de Jamie y me miraba como lo hacía frecuentemente, con un encanto tan sincero que casi parecía amor.

Cuando mandé la descarga, Jamie se puso rígido en las manos de Gabe y Keller como si estuviera suspendido. Luego, casi imperceptiblemente, se metió en sí mismo. Levantó los hombros mientras su estómago bajaba; la espalda se curvó debajo de él. Keller le quitó el antifaz y el cuerpo del niño quedó relajado. No me veía, pero en la video cámara pude ver cómo se abrían sus ojos. Apenas eran las 10:30. Llamamos a Rosemarie para que se lo llevara a casa; el estudio había terminado, así que no podíamos quedarnos a Jamie en el laboratorio. Mientras guardaba el equipo en el cuarto 74, Keller los recibió en el pasillo.

Era imposible saber cuánto recordaba Jamie, pues estaba atontado y confundido, pero parecía contemplarnos a los tres con una nueva desconfianza. Hizo un gesto de dolor y se fue detrás de su abuela cuando Gabe y yo intentamos darle una palmada en la cabeza. Keller le dijo a Rosemarie que habíamos sido ligeramente prematuros: Jamie no estaba listo; sus habilidades de lucidez tendrían que ser trabajadas en casa y podríamos intentarlo de nuevo si progresaba. No estaba lejos de la verdad, de hecho; quizá esa era exactamente la verdad, pero aun así sentí una rabia largamente dormida que crecía dentro de mí.

—Serán bienvenidos dentro de seis meses —dijo Keller; su voz sonó amortiguada por la puerta. Por el pequeño espacio de abajo podía ver los zapatos ortopédicos de Rosemarie y los tenis con velcro de Jamie, con barras rojas en sus talones que se encendían conforme se alejaba.

Cuando ya no pude escuchar sus voces, llevé el carrito al cuarto 76 para recoger los electrodos. Mientras arrancaba la cinta blanca con la que había pegado uno de ellos a la cabeza de Jamie, el electrodo se cayó y golpeó el piso con un sonido metálico. Cuando volví a intentarlo, pasó lo mismo. Miré mis manos, que temblaban de una forma en la que nunca antes las había visto temblar; mis dedos estaban rígidos y huesudos como ramas. Las cerré y abrí, pero el temblor no se detuvo, no hasta que me recargué contra la pared con los ojos cerrados, los brazos caídos a mis costados y

respiré tan lento como pude.

Para cuando entré a la oficina de Keller, había pasado media hora. Esperaba que me preguntara por qué había tardado tanto, pero Keller estaba en su escritorio, terminando el reporte tan rápido como siempre. Gabe estaba en el piso, comía lo último de su sándwich.

—¿Vuelvan en seis meses? —pregunté.

Mi voz sonaba tranquila, pero había llamado su atención. Keller giró en su silla, con las llantas rechinando en el suelo.

—¿Eso es un problema? —preguntó.

—Acabamos de ver lo dañado que está —dije—. Lo vimos intentar salirse por cualquier medio de la cama, le dimos una descarga... ¿y ahora solo lo vamos a mandar a su casa?

Me sentía sin aliento. Nunca antes le había hablado a Keller de esa forma. Supongo que me preocupaba que me despidiera, pero una parte de mí sabía que eso era imposible para él y fue de ahí de donde saqué mi valor.

—Sylvie —dijo Keller— el procedimiento de hoy no fue diferente al de cualquier otra noche.

—Pero las otras noches usamos adultos, incluso adolescentes.

—No los usamos —dijo Keller—. Los aceptamos como participantes.

Inhalé con fuerza y me tragué mi error.

—Aceptamos adultos, no a niños. Jamie es muy vulnerable, sus sueños son horrorosos. ¿Y vamos a dejar que se vaya así? —cuestioné.

Keller me miró de cerca con las manos cruzadas sobre su regazo.

—La lucidez es la exigencia más básica de este estudio. Dejamos muy claro que cada paciente debe cumplir el mismo requisito. Si no tienen sueños lúcidos en ocho semanas, no pueden continuar. Sin excepciones. Jamie no calificaba —explicó.

—Pero eso significa que solo metimos una lanza a la herida y la dejamos abierta. Ayudamos a nuestros pacientes a recordar lo que sueñan, intensificamos su experiencia en esos sueños, y ¿luego los abandonamos si no pasan la prueba?

—No entiendo por qué te parece tan perturbador. —Keller hablaba con frialdad con las manos cruzadas sobre el regazo—. Me has visto dejar ir a varios pacientes antes. Ellos no te molestaron.

—Quizá es porque Jamie es un niño. —Me sentía cuestionada y a la defensiva—. Es muy impresionable y ha experimentado más trauma que muchos adultos. Además, está en peligro; si no hubiéramos estado ahí, pudo haberse salido de la cama y seguido a sus padres por la ventana, pudo haberse lastimado.

—No habría podido, la ventana tiene barrotes —dijo Gabe.

Lo miré herida; esperaba que estuviera de mi lado.

—Aquí sí, pero no en su casa —repliqué.

Keller nos miró brevemente, luego levantó la libreta sobre su escritorio y comenzó a leer en voz alta; Gabe transcribió las notas en su *laptop*.

—Paciente: 304; edad: 7; 127 centímetros de estatura; 21 kilos. Vino al laboratorio por su evaluación de lucidez, seguida de un diagnóstico de terrores nocturnos y/o sonambulismo. En un estudio de una sola noche, el paciente tres cero cuatro manifestó características de falta de parálisis, pero no alcanzó los parámetros de lucidez. Tras afirmar la presencia de una intrusa, el paciente tres cero cuatro presentó conducta violenta...

—Exacto —dije.

—... presentó conducta violenta —dijo Keller y continuó—: que incluía hablar, gritar, golpear, patear, voltear la cabeza rápidamente de un lado a otro, intentos de escapar de las correas...

—¿De verdad cree que no tenemos obligación de ayudarlo? —Mi cuerpo experimentó una ráfaga de calor—. Quién sabe qué pasará durante los próximos seis meses.

Keller suspiró, dejó la libreta sobre su regazo y me miró con la paciencia de un padre cansado.

—El enfoque de nuestra investigación es la lucidez. Nuestros estudios son a corto plazo. Nuestra meta es la resolución del comportamiento anormal durante el sueño. Sí, queremos promover la consciencia de uno mismo. Sí, esperamos que los sueños lúcidos finalmente lleven a un nivel de entendimiento más profundo y aminoren la ansiedad; pero no podemos garantizarlo. Nunca ha estado a nuestro alcance encontrarnos con esos extremos particulares, no tenemos los recursos para tener un psicoanalista a la mano y es exactamente por eso que siempre les sugiero a los pacientes darles seguimiento con un profesional de la salud mental cerca de sus hogares. Damos recomendaciones, eso es lo mejor que podemos hacer.

Se quitó los lentes y se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, eran más amables.

—Te da lástima. No es para sorprenderse, dado lo que ha vivido, y sí, es terrible, Sylvie, nadie lo niega, pero debes recordar que eres una investigadora. Nuestra lealtad es hacia la investigación, no hacia ningún participante en particular. Si dudamos de nuestro trabajo es solo porque es ocasionalmente desagradable; si lo detuviéramos cada que nos sentimos mal por alguien...

—Seríamos científicos de porquería —dijo Gabe.

Se rio y Keller sonrió de forma indulgente antes de volver a mirarme.

—Tiene razón. Nuestros pacientes no son personas felices. Todos han experimentado algún tipo de trauma y es justo por eso que vienen a nosotros. No siempre es un proceso lindo, pero no podemos jugar a ser Dios.

Sonaba correcto y no podía encontrarle fallas ni errores. ¿Qué era lo correcto, pensé, si no lo impenetrable?

—Sylvie —dijo Keller mientras yo iba hacia la puerta—. No debí haberte puesto a enviar las descargas; me equivoqué y me disculpo. Fue demasiada responsabilidad para ti, debí haberlo hecho yo mismo.

Iba callada en el camino de regreso a casa, comiendo las orillas del sándwich que Gabe me había guardado mientras la sangre volvía a mis venas. Cuando terminé, apoyé mi palma en la parte posterior del cuello de Gabe como tenía por costumbre, pero se sentía como si hubiera un largo pasillo entre nosotros. No le hablé sobre la sensación en mis manos ni la extraña ola de calor, algo que no había pasado desde la prepa. Nos arreglamos para acostarnos sin hablar y nos dormimos con desidia. Al iniciar la mañana —no serían más de las cuatro, pues el cielo aún estaba oscuro—, comencé a temblar.

—Sylvie —susurró Gabe y envolvió mi cuerpo con el suyo—. Sylvie, fue una noche difícil para ti, ¿verdad?

Me avergoncé de estar llorosa.

—Pensé que tú estarías de acuerdo conmigo —dije.

—Estaba de acuerdo contigo, lo estoy.

—Entonces ¿por qué no se lo dijiste a Keller?

—Porque también estoy de acuerdo con él. Estoy de acuerdo con los dos.

Alisó mi cabello y lo acomodó detrás de mis orejas.

—Jamie me recordó a Anne —dije.

Gabe se tensó y sus manos se detuvieron en mi cuello.

—¿Cómo?

—No sé. —Sentí como que había dicho algo malo, algo que no debería admitir—. Porque a los dos les fue mal.

Gabe lo pensó.

—Estás sudando —dijo.

—Quizá debería bañarme. —Todo mi cuerpo estaba pegajoso.

—No seas ridícula —dijo Gabe. Su voz se había vuelto tranquilizante de nuevo, un murmullo bajo y me hundí en ella—. Vuélvete a dormir que eso no me molesta.

Presionó su mejilla contra la mía y su oreja contra mi oreja.

—No lastimamos al niño, solo lo despertamos —aclaró.

Para cuando abrí los ojos, eran casi las nueve y el calor había abandonado mi cuerpo; mi ropa estaba seca y también mi piel. Gabe seguía dormido. Fue solo un pequeño rasguño en el párpado, pálido como un tatuaje blanco, el arañazo de un niño. La piel apenas estaba rasgada, lo que me convenció de que la noche anterior sí había ocurrido.

BERKELEY, CALIFORNIA, 2002

Cuando Gabe apareció en el café cercano a mi departamento, una semana después del incidente en la playa Stinson con David, casi lo estaba esperando. Se sentó en una mesa pequeña y angosta, comiendo un *biscotti* y mirando alrededor del café como si fuera solo otro universitario. Tenía una pequeña libreta amarilla sobre la mesa frente a él, pero no escribió nada en ella. En cierto momento se agachó para meter un paquete de azúcar debajo de la mesa tambaleante. Cuando se incorporó de nuevo, yo me levanté de la mesa y fui a la suya.

—Eres un grandísimo desgraciado, ¿lo sabías?

Había levantado su *biscotti* y ahora lo bajaba sorprendido.

El plato se tambaleó ligeramente sobre la mesa.

—Sylvie —dijo.

No me había dado cuenta de lo furiosa que estaba hasta que comencé a hablar.

—¿Venir a Berkeley, seguirme, esperarme en el farol de la calle? Específicamente ir a la playa, mi playa, solo para alejarte nadando, y ahora estás aquí, en el único café al que voy, fingiendo que comes un *biscotti*.

—¿Qué tiene de malo comer un *biscotti*?

—Nadie va a un café solo para comer un *biscotti* —dije.

La gente de las mesas vecinas había volteado a ver. Uno de ellos era un hombre con apariencia de catedrático en saco de pana. En su mesa había un *biscotti* en un pequeño plato. Gabe lo observó enfáticamente antes de regresar su vista hacia mí.

—Además, no es tu playa, Sylvie. Y no nadaba para alejarme de ti, lo hacía para huir de un tipo loco que parecía que quería ahogarme —dijo en su forma amable.

—Ese era mi novio.

—¿Era?

Definitivamente era Gabe. La misma insistencia testaruda, la misma sonrisa de lado.

—Es, pero ya lo sabías —dije.

—¿Qué te da esa impresión?

—Es solo un presentimiento.

Gabe me miró intrigado.

—¿Qué fue lo que dijiste sobre un farol?

—Hace dos noches te vi por la ventana y nos encontramos al final de la calle. Me preguntaste si sabía que estaba... —Pero me detuve ahí. La cara de Gabe estaba llena de intriga y confusión.

—Soñé contigo —dije fríamente.

—Ah, ¿sí?

Noté que se sintió halagado y de inmediato me arrepentí.

—Olvídalo.

—Siempre has sido intuitiva.

—No es nada.

Yo estaba inclinada hacia adelante, con mis manos sobre su mesa, y entonces me erguí. Necesitaba tiempo para pensar, para comprender qué había pasado ese verano y cuánto de ello había sido real. Así que Gabe había estado en la playa, pero yo de verdad había caminado dormida la noche en que salí del departamento para encontrarme con él. ¿Por qué me mentiría sobre una cosa y admitiría la otra?

—Sylvie.

Volteé de nuevo. La voz de Gabe estaba más calmada, sin su encanto.

—¿No quieres saber por qué estoy aquí?

No estaba segura de si quería. A pesar de lo mucho que lo extrañaba, sabía que había un precio para estar con Gabe, que otras cosas venían con él. Otras partes de mí se levantaban hacia la superficie, como el pescado en una caña. Lo que cubría otros bordes de la vida se levantaba. Pero estaba demasiado enojada para dejarlo en ese momento; lo había atrapado y quería que mis preguntas fueran respondidas antes.

Salimos del café y tomamos la calle que conducía al campus. Creo que yo estaba en *shock*. Físicamente se veía como cualquier otro estudiante, pero había algo en la forma en que estudiaba a los estudiantes que lo marcaba como un forastero. Me preguntó cómo era ir a la universidad, dónde vivía, en qué eran diferentes los dormitorios a los de Mills, qué estudiaba.

—¿Psicología? —preguntó—. Es perfecto.

—¿Perfecto?

—Perfecto para ti que siempre quisiste entender a la gente, y eres buena en eso, Syl.

Hice una mueca de dolor cuando usó mi apodo.

—No estoy segura de que eso sea verdad.

—Me entendiste a mí.

—No, no lo hice. Te fuiste antes de que pudiera hacerlo. Y nunca me dijiste por qué.

Entramos al campus por la puerta este y caminamos por University Drive. Estaba más vacía de lo normal en el verano, pero aún había grupos de estudiantes que leían echados sobre toallas o que lanzaban frisbis; sus sombras se movían sobre el pasto.

—Es una larga historia —dijo Gabe—. Y desastrosa. ¿Estás segura de que la quieres escuchar?

Estaba claro que había ido a contarme su historia, pero también que sentía que debía pedir permiso. Si era por cortesía o por culpa, no estaba segura. Pero esperó hasta que dije que sí con la cabeza para continuar.

—Fui a Mills en último año de secundaria, igual que tú. —Me echó una mirada mientras pasábamos por Hearst ante las elegantes puertas triples del edificio conmemorativo de la explotación minera—. Tenía una beca, quizá ya lo habías imaginado. En ese momento mi papá vivía en Florida, no pagaba la manutención y la salud de mi mamá estaba tan mal que creo que a la escuela le di lástima. Siempre me lo pregunté, al menos, pues no tenía excelentes calificaciones.

Mantenia sus ojos en el camino, pero yo lo observaba mientras hablaba. La sensación de tener su cuerpo tan cerca del mío era tan asombrosa que no podía evitarlo.

—Como sea, siempre estaba buscando formas de hacer un poco de dinero. Me encantaba Mills, lo consideraba mi hogar. Mi colegiatura estaba cubierta, pero imaginaba que le pagaría a la escuela algún día, haría una gran donación, cubriría la colegiatura de otro estudiante, quizá financiaría un nuevo laboratorio de cómputo. Ya sabes cómo era con las computadoras de la biblioteca, siempre había fila saliendo por la puerta.

»Así que comencé a tomar trabajos extraños. Hacía lo que cualquiera quisiera. Por un tiempo hice cortes de pelo en el salón común de Moberly. No les importaba mientras limpiara al terminar. Comencé un grupo que jugaba póquer los domingos por la tarde, pero me angustié demasiado de que nos descubrieran. También trabajaba turnos de noche en el comedor.

—Lo sé.

—Por favor, tenme paciencia. Sé que nada tiene sentido aún —dijo.

Había una súplica genuina en su cara. Seguimos derecho en vez de dar la vuelta en uno de los caminos transversales que nos hubieran llevado más adentro en la red de edificios.

—En nuestro penúltimo año, el señor Keller se acercó a mí. Había hablado de más en física ese día y él me pidió que me quedara después de clase. Pensé que me iba a meter en problemas, pero me sentó al otro lado de su escritorio y me dijo que mi problema era que tenía demasiada energía.

—Lo recuerdo. —Me detuve—. Habíamos estudiado desarrollo temprano en la infancia, ¿no? Todos nos imaginamos que te ibas a meter en problemas. Me detuve en la colina mientras íbamos de regreso a los dormitorios. Intenté ver por la ventana.

—Te vi y pensé: «Esa Sylvie, típico de ella». Siempre fuiste leal, incluso antes de que estuviéramos juntos —dijo Gabe.

Comenzó a caminar de nuevo y yo lo seguí.

—Nos dijiste que te habían despedido, que habías perdido el trabajo en el

comedor.

—Así fue. Pero esa no era la historia completa. Keller me echó un enorme discurso, dijo que le recordaba a él mismo a mi edad, que yo necesitaba algo en lo que vaciarme. Lo ignoré un poco hasta que mencionó la paga. Veinte dólares la hora por un trabajo tan insignificante como capturar datos, enviar correos, cosas que podría hacer mientras dormía. Pensé que bromeaba hasta que me hizo firmar un convenio de confidencialidad.

—Así que era verdad, lo de los asistentes de investigación de Keller —dije.

Gabe asintió.

—Dijo que escogía a uno o dos estudiantes cada semestre, estudiantes que mostraban potencial y parecían confiables, pero no quería que se supiera. Eso estaba bien por mí, ya que intentaba mantener mi beca lo más secreto posible y hubiera sido un blanco obvio si alguien lo hubiera sabido.

—¿Will Washburn fue su asistente? —pregunté. Recordé la vez que Keller se nos había acercado cuando estábamos parados en las escaleras de la biblioteca, cuando Will había sido excluido de la mayoría del grupo.

—El año antes que yo. —Gabe tomó una varita de la rama colgante de un árbol cercano y la lanzó—. Entonces fui a hablar con él, antes de darle a Keller mi respuesta. Le pregunté cómo era, cuánto dinero había ganado, si el acuerdo de confidencialidad lo tenía asqueado o no. Honestamente estaba un poco ofendido de pensar que me hubiera puesto en el mismo saco que a Will Washburn; ya sabes cómo era Will, siempre haciendo algún escándalo. Pero lo que noté ese día es que realmente se había tranquilizado. «Una experiencia plenamente útil», así fue como la describió Will; dijo que había hecho mucho dinero y que Keller ya le había escrito una recomendación personal a su nombre para alguien de un comité de admisión en Princeton.

—Will sí terminó por ir a Princeton.

—Exacto. Me imaginé que Keller haría lo mismo por mí. No había ninguna buena razón para no aceptar ese trabajo, así que comencé en enero. En enero de nuestro penúltimo año.

—Ese fue el mes del eclipse.

—Así es.

Gabe me miró con agradecimiento, como si me hubiera dado un acertijo y yo lo hubiera resuelto. Estábamos en el pasto debajo de la torre Sather, donde yo normalmente ponía mi cámara. Me senté y él se me unió. Toda la situación se sentía irreal: la nubosidad del cielo, la relativa ausencia de otros estudiantes y Gabe, macizo y tangible frente a mí.

—¿Qué querías al mostrarme esa flor? La flor con los dos centros.

—La flor del infinito —sonrió Gabe—. No sabía lo que era en ese momento, aunque después descubrí que tenía razón: era un experimento, una especie de juego con genética de jardín. Pero luego había visto a Stu Cappleman en la casa de Keller y

tuve nuevas sospechas.

—¿Stu Cappleman? ¿El tipo que trabajaba en el comedor?

Era un chico larguirucho de uno de los pueblos cercanos, que iba a la escuela pública y trabajaba en las noches en nuestro comedor. Su papá había hecho trabajos de plomería en los dormitorios y debió de ser así como Stu fue contratado. Era una especie de personaje en Mills, con su acné quístico y su jerga imprecisa y creativa. A veces jugaba basquetbol en el campus con otros de nuestros estudiantes, Gabe incluido. Técnicamente no debía estar ahí cuando no estaba trabajando, pero ninguno de los maestros le pidió nunca que se fuera.

—Ese —dijo Gabe—. Esto fue una noche en abril, en nuestro penúltimo año. Yo tenía que imprimir un montón de reportes y meterlos bajo la puerta de la oficina de Keller en Sellery Hall. Pero tenía que terminar una tarea de historia y no acabé hasta pasada la medianoche. Sellery estaba cerrado, así que pensé en ir a su casa y deslizarlos debajo de su puerta. Pensé que podía decirle que se me había olvidado que quería que los llevara a Sellery y nunca notaría la diferencia. No quería que me lo descontara de mi pago.

Arrancó un trozo de pasto y jugó con él; lo enrolló en un espiral, abrió un pequeño hueco en su centro.

—Cuando llegué a la puerta, me di cuenta de que salía luz debajo de ella. Ahí fue cuando escuché estos... sonidos. Llantos agudos, como la voz de una niña pequeña y luego mucho cuchicheo que no pude comprender. Pero finalmente me di cuenta de que era alguien que hablaba sobre sus manos. «Veo mis manos», decía la persona; «Aquí están mis manos», todo con la misma voz extraña. Keller le daba palabras de aliento: «Así se hace» o «Muy bien, Stuart» o «Claro que sí». Pero Stu no parecía escucharlo para nada, nunca respondía cuando Keller le hablaba y a veces lo hacía directamente sobre él.

—¿Estás seguro de que era Stu Cappleman?

Gabe asintió con la cabeza.

—Totalmente. Las persianas estaban cerradas, pero había una rendija a un lado. En un momento, Stu se acercó a la ventana y lo vi.

Una parte de mí estaba escéptica; la historia era demasiado fantasiosa. Pero otra parte de mí creía en Gabe como creía en mis sueños mientras ocurrían, con fe absurda e inconsciente.

—¿Y eso no te molestó? —le pregunté—. ¿No te pareció éticamente cuestionable que Keller tuviera a un empleado escolar encerrado en su casa después de la medianoche?

—Claro que me molestó. Me tomó algunos días, pero al fin reuní el valor para preguntarle. Keller escuchó muy tranquilamente, para nada alterado. Hubieras pensado que le preguntaba sobre el clima. Luego me miró de forma pacífica y dijo que Stu se había ofrecido como voluntario para ser parte de su investigación, la misma en la que yo ayudaba, como si yo lo hubiera sabido desde siempre.

—¿Lo sabías?

—No tenía ni idea —dijo Gabe—. Créeme, Sylvie. Todo lo que hacía era registrar datos que no entendía, largas cadenas de letras y números. Él me mantenía en la oscuridad y por una buena razón. Ahora que lo sabía, era como si tuviera un poder especial. Y tenía miedo. No sabía en qué me había metido. Así que fui con Keller y le pedí que me contara sobre qué era su investigación.

Al otro lado de los árboles, un grupo de estudiantes de secundaria, de visita por el campamento de verano, corrían y se reían. Yo temblé. La ola de calor había pasado hacía tiempo y solo llevaba una camiseta.

—Tienes frío —dijo Gabe.

Puso una mano en la parte baja de mi brazo y lo frotó hasta que los vellos se erizaron. Luego los acomodó de nuevo. Todo lo que él tocaba era un nervio. Quitó mi brazo y lo metí entre mis piernas cruzadas.

—¿Y qué dijo Keller?

—Dijo que tenía que ver con dormir y con soñar —respondió Gabe—. Conciencia, inconciencia, ciclos REM. Pero yo quería saber sobre Stu. Keller dijo que tenía un trastorno del sueño que hacía que no se quedara en cama cuando estaba dormido; se levantaba, se movía, representaba lo que estuviera pasando en sus sueños. Keller intentaba encontrar la manera de hacerlo descubrir qué soñaba; de otra forma, Stu podría hacerse daño, ya había ocurrido antes. Una vez, antes de que fuera con Keller, se tropezó mientras caminaba dormido y se cayó tan fuerte que su mentón se abrió. Necesitó como veinte puntadas.

—Así que eso era lo que hacías —dije—. Todas esas noches cuando te ibas de mi cuarto y te veía ir a su casa. ¿Lo ayudabas? ¿Los martes y jueves?

Gabe asintió de nuevo.

—¿Por qué? ¿Qué ganabas tú? —pregunté.

—Me subió la paga prácticamente al doble.

La primera vez fue ese día que lo había visto parecer apenado.

—Debía de estar intentando mantenerte con la boca cerrada.

—Sí, yo también lo pensé. Pero era investigación buena y honesta, Sylvie. Era limpia. Algunos de los maestros sabían sobre ella. No pensaba que hiciera nada malo. Y estaba emocionado, por primera vez, con la ciencia. Pensé que podría querer ser psicólogo o neurocientífico. Comencé a trabajar con más ganas en biología.

»Pero se volvió más complicado —agregó—. Entre más me metía, más me confundía. Era mucha responsabilidad trabajar con Keller. No dormía. No podía contarle a nadie lo que hacía. Me sentía como un fenómeno. Y una noche, hacia el final del otoño de nuestro último año, Keller y yo tuvimos una terrible pelea. Le dije que ya no quería ayudarlo, que quería ser un estudiante normal. Él dijo que reduciría mis horas, pero que no me podía soltar por completo. Firmé para ser su asistente hasta el final de ese año; estábamos hundidos hasta el cuello en proyectos, era demasiado tarde para entrenar a alguien nuevo.

—¿Por eso te fuiste? ¿En diciembre te expulsaron? —pregunté.

—Fue mi decisión. Pensé que ya había destruido mi relación con Keller y mis calificaciones empeoraban rápidamente. No hubiera podido entrar a una escuela decente sin su ayuda. Así que volví a Tracy, salté de trabajo en trabajo. Mi mamá murió el año siguiente, justo por el tiempo en que tú te graduaste, así que me fui a vivir con mi abuela.

—No lo sabía —dije. La cabeza de Gabe estaba inclinada hacia abajo, pero vi cómo las puntas de sus orejas se ponían rojas—. Lo siento.

Gabe negó con la cabeza.

—Pasé algunos años así, pero no podía sacarme de la cabeza a Keller. Siempre pensaba en él, me preguntaba si me había equivocado. Llamé a Mills, pero me dijeron que se había ido. No pude encontrar nada sobre él en internet. Fue el señor Cooke quien finalmente me contactó de nuevo con él. Tenía un viejo teléfono de la casa de Keller, un lugar en Fort Bragg donde pensaba que podría estar viviendo.

—Pero ¿por qué querías volver con él?

Gabe se recargó hacia atrás sobre los brazos. Dos abejas se habían acercado a nosotros y volaban en círculos a su alrededor. Pero estaba completamente tranquilo; ni siquiera intentó espantarlas con la mano.

—Keller me dio la oportunidad de hacer algo conmigo mismo. De otro modo, sabía que eso no iba a pasar. Me quedaría en Tracy, conseguiría un empleo como conductor de un camión o trabajado en una de las gasolineras. No iría a la universidad y no saldría. Él había visto potencial en mí, me había elegido. Y esa sensación de ser elegido fue como electricidad, cuando me aceptó de nuevo. Había condiciones, claro. Tenía que entrenarme mucho más. Me hizo tomar un montón de clases extra: neurociencia, cálculo, química. Y tuve que mudarme a Fort Bragg. Te gustaría ese lugar, Syl: enormes rocas escarpadas, playas con maderos y cristal, peñascos y clima frío. No está lejos de aquí.

Me puse de pie; una puerta dentro de mí se cerró de golpe. Tenía mucho frío y le había dicho a David que estaría en casa a las seis.

—¿Te puedo acompañar a alguna parte? —preguntó Gabe y se puso de pie también—. ¿Adónde vas?

—A mi departamento. Vivo con David.

—Sé que debes de estar enojada conmigo, Sylvie. Sé que debes de estar resentida.

—Te fuiste... —dije y comencé a caminar—... sin ni siquiera decir adiós. Estuvimos juntos, Gabe, y nunca volví a saber de ti. Todas esas noches en que me preocupé por ti, en que me quedé despierta para esperarte y preguntarte adónde habías ido... Me hiciste quedar como una idiota. ¿Y ahora qué? ¿Quieres decirme qué hacías durante ese tiempo? ¿O querías disculparte? Fue hace años. Ya no me importa. Ya no pienso en eso. Entonces ¿eso es todo?

—No, no es todo.

Se movía con rapidez para seguirme el paso. Pero yo me adelanté; caminaba tan

rápido que prácticamente corría.

—Dijiste que era tu persona —dije y me di la vuelta—. La noche antes de que te fueras, te acostaste en mi cama y me dijiste eso.

Me sentí humillada por recordarlo, humillada por haberlo dicho en voz alta. Gabe me alcanzó y se paró frente a mí para que no me pudiera alejar.

—Lo eras y lo eres —dijo.

—No. Eso no tiene sentido. No puedes ser la persona de alguien a menos que estés con ella.

—Eso es lo que intento hacer ahora —Gabe inhaló—. Vine a pedirte que vengas conmigo.

—¿Es broma? —No lo pude evitar, comencé a reírme, una respuesta tan involuntaria como las lágrimas.

—No es broma. —Había una fuerza tranquila en su voz—. Keller necesita un nuevo asistente, alguien que le ayude con los registros y la captura de información. El mismo trabajo que yo hago, pero ahora es demasiado solo para mí. Tú serías perfecta para eso.

—¡Mira a tu alrededor! —grité. Un grupo de pichones se levantó y se alejó del patio donde habían picado un sándwich viejo—. Vivo en Berkeley. Estoy por comenzar mi último año de universidad. Esta es mi vida ahora.

—Ya lo sé, pero podrías tener una diferente. Eres inteligente, Sylvie, más inteligente que cualquiera de nuestra clase. Tienes impulso y no te acobardas ante las cosas que no son normales. Y quieres más que esto. Yo sé que sí. —Hizo una seña hacia los dormitorios, los altos edificios con pilares.

Lo rodeé y comencé a caminar de nuevo. Él me siguió velozmente, pero yo fui más rápida.

—No sé de qué hablas —dije—. Soy feliz aquí. Tú ni siquiera has estado en la universidad, ¿tienes idea de cómo es mi vida? No puedo simplemente irme.

—Tienes razón —dijo—. No tengo idea, pero aun así creo que quieres involucrarte en algo más grande. Lo sé porque yo soy igual y por lo que me dijiste en la prepa. Me rogaste que te llevara conmigo.

—¿Qué quieres decir? No te pude haber rogado, no sabía nada de esto.

—Pero lo sabías. Siempre lo supiste, solo que no estabas consciente.

Tuve una terrible sensación zumbante en mi estómago. Gabe no me miraba.

—Una noche me levanté en la madrugada para ir con Keller. Estaba en tu cuarto, me puse los zapatos. Me preguntaste adónde iba. Te conté de la investigación y antes de darme cuenta te contaba todo. Al principio pensé que estabas despierta, pero había algo extraño; apenas podías abrir los ojos y solo parecías estar medio escuchando. Entonces me di cuenta que estabas dormida.

—Así que hablaba dormida. —Pasamos el círculo de minería de nuevo; la puerta este estaba a la vista—. Muy amable de tu parte ponerme al tanto, Gabe, pero no es lo mismo. Tú pudiste limpiar tu conciencia y yo no recuerdo nada de eso; fue una

jugada totalmente segura.

—Puedes verlo así, pero yo vi que era peligroso. Hablaba a una parte subconsciente de ti, una parte desinhibida, cuyos poderes eran un misterio absoluto para mí. No sabía qué harías con la información, subconscientemente o no, y yo no podía estar seguro de que no lo recordarías.

—Entonces ¿solo me escuchabas balbucear toda la noche? ¿Qué más dije? Intenté fingir que casi no me importaba, pero la verdad es que estaba aterrada.

—Dijiste que me amabas.

Bufé.

—No lo dije en serio, estaba dormida.

—Más de una vez.

—¿Y qué versión de mí crees que es más confiable? ¿Mi yo despierto o mi yo dormido totalmente inconsciente de lo que dice?

—Tu yo dormida —dijo Gabe—. Sin duda.

—Probablemente creí que eras otra persona.

—Ese es mi punto exactamente. Dijiste cosas en tu sueño, sentiste cosas que nunca podrías reconocer en la vigilia. Todos lo hacemos. Estamos demasiado asustados cuando las luces están encendidas, somos maricas. Pero la parte de ti que salió cuando hablaste en tus sueños te muestra como quien realmente eres.

—Te aprovechaste de mí —dijo—. Fisgoneaste.

Podía sentir cómo se calentaba mi cuerpo y mi boca comenzaba a temblar, pero no quería llorar frente a él.

—¿Por qué no confías en ti misma? —preguntó.

—Porque confié en ti.

Lo dije con más maldad de la que esperaba. Dejamos el campus y caminamos por la calle de nuevo. Él se acercó más a mí, las curvas de su rostro hacían sombras bajo la luz de una lámpara.

—Me elegiste —dijo—. No tenías que hacerlo, pero me elegiste. Me dijiste esas cosas por una razón, justo como yo elegí contarte lo que hacía con Keller.

Llegamos a un cruce. La luz estaba en rojo, pero no venía ningún carro y yo me eché a correr con el viento en mi cara. Justo en ese momento un coche dio la vuelta a la izquierda en la intersección y yo salté hacia adelante mientras pasaba a toda velocidad detrás de mí, haciendo sonar su claxon.

—¡Por Dios! —gritó Gabe, cruzó la calle y corrió para encontrarme—. ¿Quieres que te maten?

—Solo quiero ir a casa.

—Escucha —dijo más frenéticamente—. ¿Esto es lo que realmente quieres? ¿Charlar con las chicas en la fila del comedor, hacer tu tarea de física por las noches? ¿Sentarte en el lindo departamentito de tu novio y leer, no sé, leer poesía? ¿Eso te satisface?

—¿Qué tiene de malo leer poesía? ¿Qué tiene de débil?

—De acuerdo. Quizá sí te satisface, por ahora. ¿Pero qué tal después? ¿No crees que te preguntarás qué habría pasado si hubieras venido conmigo? —Señaló hacia las tiendas, los estudiantes por las calles en grupos, las ventanas encendidas de los departamentos altos—. Aquí tienes una vida perfectamente decente, puedo verlo. Te puedes casar con ese... David y quizá te conviertas en profesora. Puedo imaginar cómo será tu vida a partir de aquí y apuesto a que tú también.

Estaba callada mientras dábamos la vuelta en mi cuadra. Podía ver la ventana cuadrada de la cocineta encendida. David estaba ahí, hacía la cena y lo único que yo tenía que hacer era regresar con él.

—Hay otra cosa, Sylvie. Los pacientes de Keller no son como la mayoría de nosotros. Tienen desórdenes que los obligan a hacer cosas durante el sueño. Cosas peligrosas. Caminan y hablan...

—Yo hablo, aparentemente.

—Pero también hacen otras cosas. Pueden actuar sus sueños, como Stu. A veces lastiman a la gente, a personas que aman.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo decirte mucho más ahora. Pero sí que es un buen trabajo. Le damos a esta gente una manera de protegerse, de controlar a sus demonios. Keller los ayuda a convertir sus trastornos en algo útil, algo poderoso. Vamos, Sylvie. —Gabe sonrió—. Sé que estás intrigada.

—Pero ¿por qué yo? —Esa pregunta me había estado molestando—. No he estudiado neurología; debe de haber personas más preparadas para esto.

—Estudias psicología.

—Pero te acabas de enterar de eso, no puede ser la razón por la que viniste.

Gabe bajó la mirada. Estábamos a unos pasos de mi departamento, David pudo vernos si hubiera mirado por la ventana.

—Tienes razón —dijo—. Hay otras personas preparadas para el trabajo. No fue una tarea fácil convencer a Keller de intentarlo contigo, pero presioné, le dije que tú no nos fallarías. Te recordaba de la escuela. Le gusta usar gente de Mills, nos da una oportunidad en el mundo real. Sé que suena sentimentaloides, Syl, pero creo que siente que es una especie de padre para nosotros.

—Para ti —dije. Aún puedo recordar la imagen de Gabe en la sala de correos de Mills, cómo se subía al mostrador y preguntaba si había llegado algo para él desde Florida, con la voz baja para que nadie más en la fila lo escuchara. En las semanas cercanas a su cumpleaños nos hacía desviarnos a la sala de correos dos veces al día, después de la comida y después de la cena, y yo siempre supe de quién eran las cartas que esperaba.

La noche caía rápidamente y el cielo se cubría de azul oscuro. Ya era difícil ver los ojos de Gabe, pero con su cabello tan corto, la estructura de su quijada era más visible y eso me hizo recordar algo.

—Cuando te vi en el farol de la calle, en mi sueño, ¿cómo pude imaginarte con el

cabello corto si en realidad no estabas ahí? Si estaba soñando, ¿por qué no te veías como en Mills?

—Hmm —murmuró Gabe, con la cabeza ladeada—. Puedes haberme visto en la ciudad, incluso aunque no lo hayas notado. He andado por aquí desde hace algunas semanas, ¿sabes? Keller quería que me asegurara de que estuvieras lista antes de que me acercara a ti. Ver cómo estabas, qué hacías.

—Algunas personas llamarían a eso acoso. Probablemente podría hacer que te arrestaran.

—Ay, eso es un poco duro, ¿no crees? —sonrió Gabe—. Observaba, vine a ver a una vieja amiga.

Miré hacia la ventana con los ojos entornados. ¿Dónde estaba David? En el sofá, probablemente, donde extendía sus papeles y cartulinas cada noche. A veces me gustaba trabajar en la cama con las almohadas acomodadas detrás de mí, pero David siempre lo hacía en el sofá, nunca la cama. Solo usaba la cama para dormir.

—Tendría que dejar la escuela, ¿verdad? —pregunté.

Gabe asintió con la cabeza.

—Lo siento, Sylvie, pero ahora es cuando tenemos una vacante. Entenderé si no vale la pena para ti, y Keller también. Pero piénsalo así: ya tendrías un trabajo, uno real con sueldo, con prestaciones y un lugar donde quedarte. Keller me da hospedaje en Fort Bragg. No es una mala vida.

—¿Tienes amigos?

Sonó infantil, y Gabe se rio.

—¿Amigos? No, no muchos, pero no necesito muchos amigos, tengo mi investigación, que me satisface. Y Keller ha sido una especie de mentor. Me mantengo en contacto con mi abuela; ella sigue viva. Y si vinieras conmigo, te tendría a ti.

Era excitante escucharlo decir esas palabras. Aun así, le dije que necesitaba una semana para pensarlo y que no quería que me buscara en el ínterin. Mantuvo su promesa. Siempre que me sentaba en un café o entraba a una librería, lo buscaba. Pero nunca estaba ahí y para el final de la semana, casi extrañaba la sensación que me daba cuando presentía que estaba cerca. Quizá me sentía honrada, tenía curiosidad o aún seguía enamorada; quizá fue una combinación de las tres lo que predestinó mi decisión mucho antes de que llegara el momento de que la tomara.

Me sentí como cuando decidía si ir o no a Mills. En la secundaria me volví reticente, quería ir a la escuela pública donde irían mis amigos, pero de alguna forma sabía que mi reticencia era poco más que un espectáculo. Había usado la vieja sudadera de Mills de mi papá desde los ocho años y había escuchado hablar sobre la escuela desde mucho tiempo antes. Mis papás dijeron que la elección era mía, pero cuando decidí tomar el camino de mi padre, pareció una decisión que no había sido tomada por mi mente racional sino por el impulso colectivo de las experiencias pasadas. Después, en la clase de psicología de Keller en Mills, una materia que

definitivamente no hubiera podido tomar en una prepa pública que obedeciera a una currícula más limitada, aprendí que Carl Jung había visto la intuición como un proceso irracional, la percepción a través del inconsciente. La imaginé como una estrella polar interior, una que me guiaría lejos de los espacios más imparciales de la razón si decidía seguirla.

Haciendo un espectáculo de resistencia, entonces, ¿qué demostraba? Quizá quería ejercer lo que suponía que era mi voluntad, probar que estaba gobernada por fuerzas más lógicas, más solitarias que la gravedad o el magnetismo, los trucos de magia de la tierra. Mis amigos irían a la escuela pública; entonces yo sería feliz ahí. Era una ecuación simple, y como la mayoría de las ecuaciones simples probablemente hubiera sido cierta. Me hubiera sentido satisfecha, creo. Pero tomé la decisión de satisfacer algo más o la decisión me tomó a mí.

Cuando le dije a David que me iba, tanto de su lado como de la universidad, él me miró parpadeando no con tristeza o enojo, sino con absoluta sorpresa. Por un momento, me decepcionó que no reaccionara más enérgicamente. Quizá tenía planeado terminar conmigo también y se sorprendió cuando le gané. Pero si eso fuera verdad, ¿no hubiera parecido también aliviado? Había tanto asombro en su cara, tanta sorpresa; fue como si yo hubiera desaparecido y en mi lugar estuviera alguien que él nunca había visto antes.

MADISON, WISCONSIN, 2004

La mañana después de la sesión de Jamie desperté con una lluvia densa y agresiva. Eran las nueve en punto, pero parecía mucho más temprano. El cielo era de un azul oscuro mate y sabía que no había dormido lo suficiente. Gabe dormitaba con una paz que me molestaba, con sus brazos encogidos contra su pecho. Saqué unos pants viejos y fui abajo a trabajar en lo que había llamado mi oficina oval. No me podía concentrar; aún estaba perturbada por lo que había pasado la noche anterior y enojada porque Gabe no me había apoyado frente a Keller. Cuando despertara, quería volver a hablar de eso. Pero cuando fui a verlo a las once, aún seguía en cama. Decidí que lo despertaría a mediodía, y mientras tanto salí al porche.

La lluvia había parado, en su lugar había una niebla ligera, suspendida en el aire; hacía que el mundo se viera estático y granuloso, como una vieja fotografía. Me senté en el sillón que los antiguos habitantes habían dejado. El tiempo había suavizado la tela con protuberancias y su color café oscuro escondía cualquier mancha. Debí de cerrar los ojos, porque me sentía entrar y salir de la consciencia. De vez en cuando volvía y sentía el sofá debajo de mí y luego me volvía a ir.

—Sylvie, dormilona —dijo una voz demasiado aguda para ser la de Gabe. El sofá se materializó debajo de mí. Cuando abrí los ojos vi una figura entre sombras al otro lado del mosquitero del porche: Thom.

Aunque sabía que estaba despierta, la calidad de la luz lo hacía ver como un actor de una vieja película. Creí que me sonreía, pero no podía estar segura.

—Hola, tú. —Thom metió la cabeza por la puerta y sus rasgos se agudizaron—. No quería despertarte, disculpa. ¿Puedo pasar?

—Claro —dije y me impulsé para quedar sentada. Agachó su cabeza para pasar por el marco de la puerta y dejó dos bultos grandes sobre el piso de madera.

—Me atrapó la lluvia —dijo y se recargó contra el mosquitero—. Recogí la ropa de la lavandería; solo será un momento, mis brazos necesitan un descanso. ¿No trabajas hoy?

—Trabajamos en el laboratorio anoche, así que trabajo desde casa.

—Bien hecho.

Levantó la cabeza y sonrió. Sus ojos eran brillantes y parecían de búho detrás del grueso armazón de sus lentes; su fleco estaba apelmazado contra su frente.

—¿Y tú qué harás hoy, además de lavar la ropa? —pregunté.

—Doy un curso de redacción a alumnos de primer año por la tarde. Y trabajaré en mi tesis.

Levantó una de las bolsas de ropa sobre su espalda, se enderezó y movió la cabeza hacia la puerta.

—¿Por qué no vienes? Podrías ayudarme a cargar la ropa, comer algo en nuestra casa. Será más divertido que dormir, espero.

—Suenan como trabajo gratis —dijo sonriendo—. ¿Yo qué gano?

—El puro y duro placer de escuchar sobre mi tesis. Muchas personas compiten por escuchar más sobre este proyecto, ¿sabes? Seguro me hará un candidato laboral muy atractivo —dijo Thom.

Casi sentí pena por él.

—¿Qué hora es?

—Como mediodía. —Thom jaló su manga y revisó el reloj—. 12:15.

Estiré el cuello para echar un vistazo a la cocina, pero Gabe aún no había bajado. Me pregunté qué pensaría si despertaba mientras yo estaba en la casa de al lado, pero no haría nada malo. Además, sería agradable pasar tiempo con otra persona. Así que tomé uno de los bultos y seguí a Thom de mi porche al suyo, donde campanas colgantes hacían música frenética y aguda con el viento.

—¿Está Janna? —pregunté mientras cruzábamos la cocina. No había estado en otras partes de su casa antes, pero ahora veía que era la viva imagen de la que compartía con Gabe: los cuartos tenían la misma forma pero estaban en el orden opuesto. En la sala, también tenían dos mecedoras de madera, una mesita llena de libros y un tapete de forma oval, tejido en espirales de estambre color pastel. Frente a una chimenea tapiada, alguien había colocado una fila de velas sobre una bandeja. En las paredes había esténciles hechas con lápices de colores, enmarcadas detrás de un cristal. Las imágenes eran abstractas y parecían haber sido dibujadas con mano rápida y nerviosa; las delgadas líneas daban una idea de impulso y movimiento. Tuve la extraña sensación de que las paredes temblaban.

—Está en el trabajo —dijo Thom—. Tiene un nuevo par de clientes asquerosamente ricos, que fundaron una especie de colonia de artistas en la meseta. Janna se encarga de los jardines, así que yo me encargo de la ropa sucia.

Dejamos las bolsas de ropa, de ese tipo con cierre de cordón que quizá alguna vez alojaron una casa de campaña o un *sleeping bag*. Sus formas tubulares y suaves como muñecos se tambalearon antes de caer. Una pieza de ropa interior de Janna, sedosa y magenta, brotó de la boca de la bolsa que yo había cargado.

Me senté en la mecedora más pequeña y crucé las piernas sobre un cojín color salmón. En la pared más cercana a mí había una puerta que nuestra casa no tenía.

—¿Adónde lleva esa puerta?

—Al sótano —dijo Thom y se sentó.

—Qué curioso —dije—. Ustedes tienen sótano y nosotros tenemos ático.

Nuestro ático era un pequeño espacio con telarañas al que solo se accedía a través de una escalera destartada. Probablemente podría ser una especie de refugio ventilado, si nos diéramos tiempo de limpiarlo, pero optamos por usarlo como almacén. Había pilas de lienzos y pinturas, cajas llenas con ropa de invierno y adornos de navidad.

—Es donde voy a escribir —dijo Thom—. Estar bajo tierra aclara mi mente. No hay nada que ver, nada que escuchar.

—¿No es deprimente?

Thom extendió sus piernas y cruzó una sobre la otra. Llevaba un suéter desgastado sobre una camisa almidonada y un par de pantalones *beige*, que se levantaban sobre sus tobillos para revelar huesos tan grandes como delicados. Las piernas tenían la extraña gracia de una jirafa, una nobleza difícil de manejar, que me hacía querer detenerme en deferencia mientras se acomodaba.

—¿Deprimente? —preguntó—. Puede ser, pero también tiene el efecto opuesto. A veces tengo que ir a un lugar donde no hay nada que ver para lograr mirar con claridad. Entre más atractivo es el mundo exterior, más difícil es para mí retirarme a mi cabeza.

—¿Y qué haces ahí? ¿De qué es tu libro?

—Keats —dijo—. El poeta que escribié la pieza que cité el otro día, «sí, a pesar de todo, una sombra de belleza...». ¿Te acuerdas? Se murió a los veinticinco, pero hizo más en esos años de lo que la mayoría de nosotros podríamos esperar haber hecho para los ochenta. Keats estaba obsesionado con la belleza, pensaba que era la forma más alta de verdad; era un romántico, así que no podemos culparlo, y rechazaba el racionalismo que se imponía en esos tiempos. Otros artistas intentaban analizar el mundo, atraparlos como a una mariposa prendida a un tablón, pero el viejo Johnny solo quería contemplarlo. Se ponía nervioso cuando estaba con gente como Coleridge, que buscaba el conocimiento sobre la belleza; gente que era incapaz, como Keats lo expresó, de conformarse con la mitad del conocimiento. En 1817 le escribí a sus hermanos sobre eso y usé la noción de capacidad negativa.

—¿Capacidad negativa?

—«Cuando un hombre es capaz de existir en medio de incertidumbres, misterios, dudas, sin una búsqueda irritable del hecho y la razón»; son sus palabras, no las mías. Lo que quiero descubrir es cómo ese no saber puede ser productivo, cómo no es una capacidad puramente negativa después de todo.

—Pero ¿cuál es el punto? ¿Qué no es productivo?

—Ese es ciertamente el punto al que mucha gente está llegando —dijo Thom—. La mayor parte son economistas o científicos, algunos de ellos son educadores y muchos otros son gente ordinaria con mentes prácticas. Gente que persigue los hechos como si buscaran petróleo, que no cree en el valor de la poesía y que piensa

que el estudio de las humanidades es un lujo. Una parte de mí cree que tienen razón, pero aun así elijo seguir esta vida. Y ahora intento descubrir por qué. Si no puedo defenderme ni siquiera ante mí mismo, entonces no quiero terminar el grado. Quiero saber por qué nos molestamos con el misterio y qué nos ofrece dejarlo en paz.

Se inclinó hacia adelante y descansó los codos sobre las rodillas.

—Probablemente no le encuentres mucha utilidad, ¿verdad? Como estás en la ciencia —comentó—. Probablemente crees que es pura fanfarronería, la poesía.

—Yo leo ficción. Puedo comprender el valor de la evasión.

Pero no podía recordar la última vez que había leído una novela; debió de ser en la universidad. Más que nada, no quería confirmarle que cualquier teoría que tuviera sobre mí era correcta.

—Pero ese es justo mi punto —dijo Thom—. Leer, escribir, involucrarse en este tipo de capacidad negativa no creo que sea una evasión. Quiero argüir que el mundo real, nuestro mundo, es capacidad negativa. No defender que es la única realidad y nuestra evasión es la irrealidad del conocimiento.

—Entonces ¿estás diciendo que el mundo de la poesía es la única realidad y cualquier otra cosa que hagamos, además de leerla, como construir canales de irrigación o mejorar los sistemas eléctricos o, no sé, buscar la cura para el VIH, todo eso es solo evasión?

—Dice la científica.

—No me considero científica, soy investigadora. Y de acuerdo, es verdad, los investigadores persiguen los hechos, pero los hechos que investigo están mucho más cercanos a tu mundo de lo que quieres aceptar. Observamos la mente y lo que hay debajo de ella. Investigamos el misterio, ¿y no hace lo mismo la poesía?

Thom se reclinó en su silla y unió sus manos de manera que sus dedos estaban ligeramente doblados; las yemas se tocaban como si sostuviera una gran esfera de cristal.

—Es diferente —dijo—. Los poetas cuestionan los misterios, observan, los atestiguan, pero no necesariamente intentan resolverlos. Lo que tú haces es mucho más peligroso. Intentas ponerle rostro al subconsciente, algo que debería, en mi opinión, permanecer anónimo. Lo sacas a rastras de su cueva y lo deslumbras con una luz brillante en los ojos.

Me di cuenta de que Thom disfrutaba el debate, pero después de la sesión de Jamie, yo me retorció de incomodidad. Estaba molesta, además, por ser tan susceptible a la duda. Era como si hubiera descubierto que el elegante sistema lógico que había construido alrededor de nuestra investigación en realidad estaba hecho de cartas, como si hubiera visto lo poco que se necesitaba para derribarlo. No estaba segura de por qué le daba tanto valor a la opinión de Thom; quizá porque él era el único con quien había compartido tanto sobre nuestra investigación y su juicio era el único que podía recibir. Pero era demasiado orgullosa para decirle nada de eso. Levanté las cejas y me recliné en mi silla.

—En fin. Buena suerte con esa tesis que no responde ninguna pregunta.

—Gracias —dijo Thom sin rastro de ironía.

—Solo porque busquemos respuestas no significa que seamos invasivos o que volteemos piedras que sería mejor dejar en paz —dije y tomé impulso—. Creo que tu argumento es demasiado simplista. La ignorancia no siempre es tan noble, ¿sabes? Estamos hechos para hacer preguntas, eso es lo que nos hace humanos. Y las respuestas proceden naturalmente de las preguntas.

—¿Sí? ¿Naturalmente? —preguntó. Yo hice una pausa y él sonrió, más amablemente esta vez—. Míranos. Pon a dos académicos en un cuarto y de lo único que pueden hablar es de su trabajo. Cuéntame algo más sobre ti. ¿Tienes algún *hobby*?

—Solía pintar —dije—. Pero hace años que no lo hago.

—¿Por qué no?

—No tengo tiempo.

—¿No?

Negué con la cabeza, con mis ojos al nivel de los suyos. Me sentía expuesta, arrancada de mi hábitat normal. Aquí la tierra era plana, sin piedras para esconderse detrás de ellas y no había viento que ululara.

—¿Tú tienes un *hobby*? —pregunté.

—Sí —respondió—. Me gusta cocinar y hago unos sándwiches endemoniadamente buenos. La ensalada de pollo es mi especialidad y tengo una fresca en el refrigerador que hice ayer. ¿Quieres uno?

—Un sándwich estaría perfecto —dije.

Thom se puso de pie y se fue.

—Como sea —gritó desde la cocina—. No quise presionar demasiado con lo de tu investigación. Soy un académico de poesía, por Dios. ¿Yo qué sé? Tendré que preguntarle a Janna, ver cómo se siente de que volteen sus piedras. Por cierto, ¿está calificada?

—¿Calificada para qué?

—Para su investigación. Me dijo que había ido a su casa hace algunos días para preguntar cómo entrar en eso.

—¿Seguro?

Había visto a Janna en nuestra casa el día anterior, cuando ella y Gabe habían plantado árboles, pero él no me había comentado que ella estaba al corriente. Recordaba el comentario que había hecho de que quería que la conectaran a nuestras máquinas. Solo que nunca imaginé que intentaría seguir adelante con eso.

—Totalmente —dijo Thom—. Debe de haber sido hace como una semana. Hablé con Gabe, pero asumí que tú estabas en casa.

Volvió a la sala con un sándwich partido a la mitad sobre un plato amarillo. Cada mitad tenía una generosa ración de ensalada de pollo mezclada con densa mayonesa, trozos de uva y manzana picada.

—¿Tiene algún trastorno del sueño? —pregunté, di una mordida y lamí la mayonesa que se embarró a los lados de mi boca.

—No que yo sepa.

—Lo sabrías.

—¿Cómo?

—Confía en mí. —Metí otro bocado en mi boca y dos uvas cayeron sobre el plato —. Lo sabrías si fuera violenta, si gritara dormida o pateara y maldijera. Lo sabrías si intentara hacerte daño.

—Por Dios, Sylvie. —La diversión en la cara de Thom se había ido y se veía incómodo—. ¿Eso es lo que hacen tus pacientes?

—Como te dije, lo sabrías.

Thom se quedó en silencio mientras terminaba mi sándwich. Me limpié los lados de la boca con las manos y llevé el plato a la cocina. Mientras lo lavaba noté que las luces de la planta baja de nuestra casa estaban prendidas. Aún había neblina, pero cuando acerqué mi cara a la ventana, vi la silueta de Gabe que se movía de cuarto a cuarto. Puse mi plato en el escurridor y volví a la sala a decirle a Thom que tenía que irme, pero el cuarto estaba vacío.

—¿Thom?

¿Estaba arriba en el baño? Subí las escaleras y volví a llamarlo, pero no hubo respuesta. Decidí explicarle la próxima vez que lo viera; estaba ansiosa de ir a casa y preguntarle a Gabe sobre Janna. Cruzaba la cocina cuando escuché la voz de Thom detrás de mí.

—¿Te vas tan pronto?

Estaba parado en la puerta de la sala, la que llevaba al sótano. Sostenía un libro antiguo y maltrecho; sus cubiertas eran suaves y verdes como el musgo.

—Quería enseñarte esto —dijo.

Me extendió el libro. Tenía un olor dulce y embriagante, como madera pudriéndose. Me puse tensa, lista para decirle que me iba, pero algo en su cara me hizo tragarme las palabras. En ella veía la misma vulnerabilidad, el mismo deseo indeciso de compartir, que yo había sentido mientras discutíamos sobre mi investigación.

—¿Qué es? —pregunté.

—La obra poética de John Keats, edición original de 1884. Pensé en leerte el resto del poema que te gustó; «Endymion», se llama. Los griegos creían que era un pastor o un astrónomo que se enamoró de la diosa de la luna, algunos dicen que de la misma luna. Pero Endymion era solo un hombre; a diferencia de la luna podía envejecer, debilitarse y morir. Así que la diosa lanzó un hechizo sobre Endymion, uno que lo hacía dormir eternamente, inmortal. Así, pudieron estar juntos por siempre.

—Eso es increíblemente deprimente.

—No lo es. —Thom levantó la barbilla y se hizo hacia atrás, como si lo hubiera insultado.

—Lo es —dije riendo—. ¿El tipo renuncia a su humanidad solo para dormir por siempre? O sea, supongo, no la he conocido, pero no me da la impresión de que la luna sea una buena novia.

—Definitivamente lo es —dijo Thom—. Primero que nada, es ridículamente puntual.

—Sabe mantener su distancia —agregué.

—Tiene como cuatro billones de años, así que tiene un demonial de experiencia de vida.

—Su cara está un poco marcada, pero, hey, ¿la de quién no?

—De acuerdo al mito, también tuvieron cerca de cincuenta hijas.

—Santo Dios —dije—. Eso es una pesadilla.

Ahora ambos reíamos, el libro estaba casi olvidado.

Cuando nos quedamos de nuevo en silencio, Thom sonrió y lo miró antes de llevárselo tras la puerta abierta del sótano.

—Bueno. Quizá otro día —dijo.

Me fui por el porche, jalé la puerta de mosquitero para que se cerrara detrás de mí. El pasto mojado rechinaba debajo de mis pies mientras cruzaba hacia mi casa. Cuando entré, Gabe comía un sándwich de crema de cacahuete sobre el fregadero.

—Hey, ¿qué estabas haciendo en casa de Thom? —preguntó.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría parado ahí. Desde la ventana sobre el fregadero era posible ver la sala de Thom.

—Me invitó a comer —dije—. Tú aún estabas dormido.

—No, me fui hace horas. Keller llamó, dijo que faltaba personal en la clínica y necesitaba que reemplazara a una de las recepcionistas. Te iba a decir, pero entonces te vi en el porche, totalmente entretenida, así que dejé una nota.

Señaló con un gesto hacia la mesa, donde había un pequeño trozo de papel amarillo.

—Debiste haberme despertado. Pude haber ayudado —dije.

—Pero tuviste una noche muy pesada, quería dejarte dormir. Además, solo contesté los teléfonos. Pensé que te hacía un favor al dejarte tomar una siesta.

Era cierto, no había nada muy emocionante en contestar teléfonos en la clínica del sueño. Entonces ¿por qué me sentía traicionada?

—Thom me dijo que Janna vino hace unos días. Dijo que ella quería participar en uno de nuestros experimentos —comenté.

Gabe parpadeó.

—Sí. Fue el fin de semana. Tú te habías ido al banco, creo. Janna tocó la puerta. Nos sentamos en el porche. Platicamos unos minutos, más que nada sobre jardinería, y luego preguntó qué tenía que hacer para calificar para uno de nuestros estudios.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué querría siquiera calificar?

—Creo que le gustó el concepto. Dijo que llevaba un diario de sueños desde su adolescencia, es de ese tipo. —Gabe sonrió sinceramente—. Quería hablar sobre un

sueño recurrente en el que se le caen los dientes, dijo que a veces se le pudren o le crecen chuecos y que otras se le caen de uno en uno con un ligero golpe.

Tomó su dedo índice y le dio un golpecito a sus dientes frontales para mostrar cómo.

—¿Le diste la interpretación de Freud? —pregunté.

—¿Qué? —preguntó Gabe—. ¿Que la pérdida de los dientes es un símbolo de castración? ¿Un castigo por masturbarse? No, Syl, no le dije eso.

—De cualquier forma, no podemos usarla, la conocemos y no sería ético —dije.

—Pero ¿qué es más ético que ayudar a la gente que conoces? ¿Por qué el proceso tiene que estar tan en cuarentena, tan esterilizado? O sea, la ciencia debería ser aplicable a la vida real; entonces ¿por qué debemos separarla del amor?

Lo contemplé. Él lavó su plato y lo secó; luego secó el agua de su mano. Pequeñas gotas salpicaron mi pecho.

—¿Amor?

—Ay, por favor, quise decir la moral —dijo.

Así que Janna quería hacer exactamente lo que Thom había advertido que no se hiciera: responder sus preguntas, deslizarse por la madriguera de conejo interior. Thom creía que estaba mal y aun así no había intentado disuadirla. ¿Respetaba su libertad de hacer lo que quisiera o no le importaba? Quizá era que no creía que nuestra investigación funcionaría, aunque fuera peligrosa en teoría. Pensé en nuestros pacientes. ¿Era verdad que sus sueños se sentían más reales que cualquier otra cosa tangible, fueran lúcidos o no? ¿Que la gente con la que soñaban, pareja, hijos, incluso personas que ellos habían creado eran más vívidos para ellos que los que estaban vivos?

Pero pronto abandoné la idea. Si esos personajes oníricos eran más vívidos para nuestros pacientes era porque estaban enfermos. Por eso habían acudido a nosotros. Y era justo por eso por lo que yo estaba tan molesta de que Janna se hubiera acercado a Gabe. Ella no tenía un trastorno del sueño, solo quería atención y parecía que la quería de él.

• • •

Esa tarde Gabe se fue a trabajar a la biblioteca de la universidad; no estaba en casa a la hora de la cena, así que hice crema de champiñón de lata y me la comí mientras trabajaba en mi oficina. Pero pronto me puse inquieta y subí las escaleras hacia el ático. No había ido ahí desde los primeros días de nuestra mudanza. Era un espacio pequeño y sesgado; los pisos estaban astillados y cubiertos de una suave capa de polvo. Solo había una ventana, entreabierta; cada corriente de aire sacudía el cristal. Habíamos aventando nuestras cajas ahí sin ningún orden en agosto, felices de

habernos deshecho de ellas; cubrían la mayor parte del suelo. Un par extra de cortinas gruesas estaba hecho bola en una esquina. Había cacahuates regados por el suelo, que brillaban como nieve plástica. Mis lienzos estaban recargados contra la pared trasera y mis cajas de pintura estaban apiladas debajo de una vieja pelota de ejercicio.

Quizá solo buscaba algo que hacer con mis manos, pero comencé a limpiar. En poco tiempo, me hundí en un estado que se sentía como lo más cerca que había estado de la meditación. Comencé a meter las cajas más pequeñas en otras y acomodarlas en torres. Con el suelo parcialmente despejado, el cuarto creció al doble de su tamaño. Trapeé el piso y sacudí las molduras; las telarañas colgaban de mis manos como cabellos. Encontré una alfombra mediana en una de las cajas de Gabe y la puse frente a la ventana. Llevé una lámpara de pie de latón de la sala que nunca usábamos. Junté el hule y el plástico de burbujas en una bolsa de basura. Luego subí un trapo de la cocina y tallé el vidrio de la ventana hasta que brilló.

Mientras caía el crepúsculo me recargué contra el marco de la ventana. Podía ver la cerca que separaba nuestro patio del de Thomas y Janna. Los árboles de maple, color escarlata por el otoño, se estremecían como una flama. Un conejo corrió por nuestro porche y desapareció debajo de la cerca. No me había sentido tan en paz, tan oculta, en años. Antes de irme, acomodé mis artículos de pintura. Me complació ver los lienzos en filas ordenadas, las pinturas en cajas y organizadas por color. Llena de energía por el logro, volví a la oficina, donde trabajé más eficientemente de lo que lo había hecho en meses.

MARTHA'S VINEYARD, MASSACHUSETTS, 2002

En junio de 2002 abordé un avión en San Francisco con destino a Martha's Vineyard. Ahí era donde Keller tenía un recinto de investigación y entrenamiento, y Gabe y yo pasaríamos el verano allí para que yo pudiera ponerme al tanto antes de que nos fuéramos a Fort Bragg en el otoño. Aún tenía que aprender sobre la teoría de las potencialidades simultáneas de la mente subconsciente de Keller, pero Gabe me dijo que era suficientemente popular como para haberle ganado una cátedra permanente en la Universidad de San Francisco a mediados de los ochenta. Sus elementos periféricos también habían atraído seguidores, un grupo conformado por académicos experimentales que lo veían como un culto, teorías de la conspiración y miembros de la avanzada artística y política.

Mientras estuvo en la Universidad de San Francisco, Keller fundió un programa interdisciplinario de filosofía-neurociencia-psicología, comúnmente conocido como FNP. Pero en 1995 se fue para convertirse en el director de nuestro pequeño y privado internado, escondido entre la niebla, los negros nogales y los ríos revueltos del condado de Humboldt, California. En Mills, yo sabía que Keller era un psicólogo con algún grado de prestigio, pero no me había molestado en saber más. Gabe compartió lo demás conmigo en las semanas antes de que nos fuéramos de Berkeley. Cuando David no estaba en casa, él me ayudaba a empacar y llevar las cajas al correo. Durante los descansos del trabajo, nos extendíamos sobre el suelo vacío y comíamos *pizza* directo de la caja mientras él me contaba sobre Keller. Gabe pronto se rindió de intentar enseñarme sobre las potencialidades simultáneas, pero no era la única teoría que me confundía.

—Entonces Keller estaba totalmente instalado en la USF. ¿Un profesor titular, el fundador de este revolucionario programa de lucidez y lo dejó para ser director de una preparatoria? No tiene sentido. Es como si retrocediera —dije.

Para entonces, estábamos en el avión de San Francisco, sentados en los lugares que Keller nos había comprado. Esos eran los tiempos en los que en los aviones aún servían comidas, algo temible en ese momento, pero que luego fue recordado como

un lujo del pasado. Picamos la pechuga de pollo al limón, enclavada en un gelatinoso barniz amarillo. Desenvolvimos nuestros dos bollos de su empaque de aluminio y nos sorprendió descubrir que aún estaban calientes.

—Es raro, lo sé —dijo Gabe, que trinchó un trozo de pollo con su cuchara-tenedor de plástico y lo tragó, haciendo un gesto—. Es casi como que necesitaba vacaciones. Todo lo que sé es que llegó a Mills en el 95, igual que nosotros, y se quedó cinco años. Luego se mudó a Fort Bragg para hacer su propia investigación.

—¿Y no sabes por qué?

Gabe se encogió de hombros.

—Hay algunas cosas que puedo preguntarle y otras que no. Me imagino que comenzó dentro del sistema universitario porque tenía que hacerlo y con el tiempo quiso más libertad. Sé que aún está conectado con la universidad tangencialmente, es una especie de abuelo para el programa FNP, pero fuera de eso parece que lo dejan en paz.

Keller pasaba cada verano en Martha's Vineyard. La casa era una herencia, aunque Gabe no sabía de quién. Todo lo que sabía sobre la familia de Keller era que su madre había sido inmigrante alemana y el padre, un judío de Nueva York con raíces de Europa del este, vendía sombreros. Ninguno de los dos parecía haber tenido mucho dinero, así que yo no podía quitarme la sensación de que la casa le había sido dada por un tercero. Tomamos un taxi en el aeropuerto de Vineyard Haven y mientras Gabe le pagaba al conductor, un chico alto y sudoroso con una camiseta polo amplia, que no podía ser más grade que nosotros, yo observé la amplitud del recinto. Se veía como si lo que originalmente fueron tres casas, decrecientes en tamaño, hubieran sido aplastadas una contra otra y ahora estuvieron unidas. Gabe me dijo que habían sido construidas a finales de 1870. Como muchas de las casas de Vineyard Haven, que habían sido construidas en el mismo estilo neocolonial de cabo Cod, el recinto tenía una simetría y un imponente sentido de la proporción que a mí me parecía impenetrablemente masculino. Cada casa tenía a los lados tejas de cedro sin pintar, que originalmente habían sido color rosa tostado; con el tiempo, habían tomado la apariencia gris plateada de las alas de las mariposas nocturnas. Frente a las casas se extendía un curvo camino de conchas trituradas, suficientemente largo para alojar tres carros, aunque solo había uno estacionado.

Todo estaba rodeado de espesos árboles que daban sombra, que se tendían hacia la casa como si tuvieran la obligación de proteger lo que había adentro. El paisaje era nuevo para mí: las despiadadas olas de pulgones, las altas hojas de hierba que se mecían con la etérea holgura y el efecto de cuerpos fantasmales; casi nunca me animaba a salir sola. La niebla cubría como un telón el inicio y el fin de cada día, que era como una obra de teatro continua, y yo temía perderme afuera, desaparecer entre la densa capa de niebla como los árboles tupelo y el vasto y pálido mar. No ayudaba que no pude encontrar ningún Vineyard Haven en el mapa. Estaba al final de una

carretera sin salida y sin pavimentar llamada Snake Hollow. Cuando Gabe y yo hablamos sobre eso después, nos referíamos a las casas no como «el recinto de Keller» o «el lugar en Martha's Vineyard», sino como Snake Hollow.

El día de nuestra llegada estuvo húmedo y nublado. De vez en cuando el sol aparecía, breve y resplandeciente. Mientras el conductor de nuestro taxi avanzaba en reversa por el estrecho camino para recoger a otro grupo de turistas, una mujer joven salió de la casa y avanzó hacia el carro estacionado en la entrada. Llevaba unos *shorts* de mezclilla cortados, con sandalias y una playera suelta de mangas cortas. Cuando se acercó más, vi que era bonita: una afroamericana de ojos redondos, largas pestañas y cabello enroscado hacia arriba y hacia afuera; llevaba un bulto de ropa y una mochila de mezclilla gastada sobre un hombro, que aventó a la cajuela del carro.

—¿Qué hay? —le gritó a Gabe mientras caminábamos hacia la puerta principal. Gabe cargaba su equipaje sin esfuerzo, pero yo me había quedado atrás; arrastraba mi maleta con ruedas torpemente sobre las conchas—. ¿Esta es la nueva?

Gabe asintió.

—Ella es Cassidy —dijo cuando los alcancé.

—Cass, te presento a Sylvie..., tu reemplazo.

—Eres un imbécil —dijo la chica, pero se reía sacudiendo la cabeza; se inclinó hacia la puerta abierta del carro, con una rodilla doblada.

—Cuídate, ¿sí?

—Lo haré —dijo Gabe y la abrazó brevemente y le dio un golpe al techo del carro—. Me saludas a San Francisco.

—Sí, sí —dijo Cass mientras lanzaba su cuerpo sobre el asiento del conductor—. Tu antiguo territorio.

Lanzó otra sonrisa llena de los pequeños cuadrados blancos como chiclets que eran sus dientes, y se fue por el camino de entrada.

—¿Quién era ella? —pregunté mientras Gabe sacaba un aro lleno de llaves y metía una en la cerradura de la puerta principal.

—Asistente de verano, una de las chicas del programa FNP. Vienen con becas de investigación, se quedan unas cuantas semanas, un mes. —La cerradura cedió y él empujó la puerta para abrirla con su hombro—. Tú vas a tomar su lugar, pasa.

La casa estaba bañada por una luz tenue, como era habitual en el verano: el sol se filtraba por las persianas de la cocina en rayos amarillo brillante o llenaba la biblioteca mientras se ponía con el naranja pálido de la tarde. Las viejas lámparas de Keller emitían un resplandor tibio, con más calor que color. En la noche le daban a la casa una atmósfera de ensueño, una sensación de que las cosas no eran exactamente lo que parecían. Aunque la casa era de Keller, parecía que obedecían tanto como se resistían a su control. Como un agente doble, nos lanzaba pistas: una ventana abierta, paredes delgadas que permitían que pasara el sonido, un trozo de suave papel amarillo con letras azules, que caía de un libro abierto como una hoja de un árbol en otoño.

—Siéntete como en casa —dijo Gabe, que me guiaba a una pequeña cocina blanca desde donde podía verse el océano Atlántico—. Keller vuelve el lunes.

—¿No está aquí?

—Decidió ir a una conferencia en Boston, una cosa de último minuto. Así que le dije que pasarías el fin de semana conociendo el lugar. Y puedes comenzar tus lecturas.

Gabe tomó dos vasos del gabinete que había sobre el fregadero, los llenó de agua y me llevó uno. El agua estaba lechosa por las burbujas. Tragué saliva.

—Oye —dijo Gabe más suavemente—. Vamos a poner tus cosas en el cuarto.

Debió de notar mi desorientación. Asentí con un movimiento de cabeza y lo seguí por el pasillo, que desprendía el dulce y mohoso aroma de la madera vieja. Yo sabía, claro, que pasaría largos días de estudio ahí. Pero mis recuerdos de la vida en Berkeley aún estaban tan frescos que me preguntaba si había tomado la decisión correcta. Mi retiro de la universidad había sido desconcertantemente fácil: solo tuve que ir a la oficina de registros públicos y pedir un formato de cancelación. Me había imaginado que habría alguien que intentaría convencerme de que me quedara, una prueba final por pasar, como la entusiasta y saltarina criatura en el último nivel de un videojuego. Pero la persona del registro era una anciana que apenas levantó la vista antes de deslizar un formato en blanco por el escritorio.

—¿Esto es todo lo que necesito? —pregunté.

—Veremos —dijo la mujer mientras observaba la pantalla de su computadora—. ¿Eres atleta?

—No.

—¿Estudiante internacional?

—No.

—¿Te han llamado para hacer labor militar activa?

—Nop.

—¿Te retiras por razones médicas?

Negué con la cabeza.

Finalmente, la mujer me echó una mirada de evaluación rápida, como un experimentado doctor que puede hacer un diagnóstico después de un breve vistazo a una herida, una erupción o una rodilla hinchada.

—Entonces esto es lo único que necesitas —dijo y me pasó un segundo formato, una solicitud de readmisión, por la mesa.

Llevé la solicitud de readmisión a Snake Hollow como un talismán, un recordatorio de que no había ido demasiado lejos con mi decisión como para no poder dar marcha atrás. Ni siquiera le había dicho a mis padres que me había salido de la universidad. Solo dije que iba a tomarme el verano para «reconsiderar mis opciones», que me había surgido un trabajo y quería ver si podía quedarme antes de comprometerme con el semestre de otoño. Se alarmaron, como ya sabía que harían. Minutos después de haberles escrito por *e-mail*, recibí una llamada desde Nueva

Jersey con los dos en la línea.

—¿Has pensado qué harás si no funciona? —preguntó mi padre; su voz retumbaba por el auricular con más volumen del que nunca había tenido en persona—. Imagina de lo que hablamos. Tienes veintidós, veintitrés; te aburrirás o te despedirán.

—Es decir, Dios no lo quiera, podría ocurrir más tarde —dijo mi madre. Me imaginé su cara, que debía de haber adquirido la apariencia de valiente determinación que tomaba cuando peleaba una batalla perdida con uno de sus hijos: su frente arrugada, sus cejas acercándose una a la otra, cejas que, por su persistente y áspero crecimiento, siempre habían parecido demasiado largas para una mujer.

—Podrías tener veintiocho —dijo mi madre.

—Podrías tener treinta. Podrías tener treinta, Sylvie, sin trabajo ni educación universitaria; eso es un proyecto muy grande. Por Dios, yo no podría volver a la universidad ahora. Puedo dar clases en la universidad, pero no puedo volver a la universidad.

—Entonces quizá dé clases en la universidad —dije. Me sentía herida, sin fuerzas y en pánico.

—Escucha, cariño, nadie se ríe —dijo mi mamá.

—Pero tengo lo que todo graduado universitario quiere —dije—. Un lugar donde vivir, un ingreso fijo, un trabajo con uno de los mayores investigadores en mi área. Además, es el señor Keller. Ustedes adoran al señor Keller.

—No diría que lo adoramos —dijo mi padre—. Nos cae bien. Pero nos gusta mucho más la idea de que sigas en la escuela.

Cuando Gabe volvió, frotando vigorosamente su cabeza con una toalla, yo estaba sentada en la litera que sería mía durante el verano. El cuarto tenía ocho en total, así que lo llamábamos el cuarto de las literas. Había sido creado para albergar grandes grupos de investigadores visitantes, pero ahora Keller usaba el cuarto para recibir a unos pocos asistentes al mismo tiempo, lo que significaba que la mayoría de las camas se quedaban vacías. Los cuartos originales del recinto funcionaban como cuartos de visitas para la gente lo suficientemente adinerada como para ir a Vineyard para consultas y sesiones de entrenamiento. Keller no podía hacer las evaluaciones del sueño que después haría en Fort Bragg y Madison, pues el recinto no tenía el equipo, pero regularmente dirigía seminarios y retiros sobre sueños lúcidos.

La gente que iba a esos talleres no eran pacientes; su sueño era completamente normal. Llegaban en tropel los fines de semana atraídos por la novedad de los sueños lúcidos y las espectaculares promesas hechas por los materiales publicitarios de Keller. «SIMULACIÓN DEL MUNDO», decía en un panfleto; «Al igual que un simulador de vuelo te permite volar con seguridad, los sueños lúcidos pueden permitirte experimentar cualquier mundo imaginable». Encopetadas amas de casa de la Costa Este, pasantes de la Universidad de Massachusetts con sandalias Teva, excéntricas parejas mayores, incluso alguna celebridad ocasional. Todos estaban

deseosos de traspasar los límites de sus propias vidas, anhelaban probar nuevos mundos como si fueran playeras, deslizarse ágilmente dentro de sus fantasías y descartarlas antes del vuelo de regreso a casa.

¿Lo hacían? Era difícil saberlo. Siempre había unos cuantos que se iban insatisfechos, decía Gabe, pero mucha gente había ido durante años. Cada mes recibíamos testimonios: «Para mí, aprender la verdad sobre mis sentimientos, aunque doloroso, me ha abierto a mi corazón y a mi capacidad para conocer el amor» escribió Juanita Díaz, de cincuenta y seis años, desde Florida. Y el de John Simpson, treinta y cuarto, veterano de Afganistán en Colorado: «Sé que puedo transformar mi aterradora situación en un sueño lúcido, así que no entro en pánico ni me asusto. Y lo más extraño es que en la vigilia ya tampoco huyo. La gente cree que he cambiado con el paso de los años, pero la verdad es que esta es mi verdadera manifestación».

Más tarde, ese mismo verano observamos al grupo de un seminario dormir sobre tapetes azules acomodados por la sala. Gabe y yo estábamos parados en la playa, a cuarenta y cinco metros de la casa, pero podíamos ver a través de las puertas francesas de los cuartos. Adentro, doce adultos estaban tendidos y enroscados como fetos o como los camarones rosados que a veces llegaban a la playa. Keller usaba respiraciones de yoga y técnicas de meditación oriental para ayudar a sus invitados a dormir durante el día, pues era más fácil y menos caro que hacer un estudio de toda la noche, pero aun así me preguntaba si algunos de ellos fingían. El mismo Keller se sentaba junto a una pequeña mesa y tomaba notas a mano en uno de sus cuadernos amarillos mientras observaba a los durmientes. Junto a cada tapete había una minilibreta y una pluma; para mejorar el recuerdo de los sueños, el primer paso en los sueños lúcidos, a cada paciente le pedirían que escribiera lo que recordara en cuanto sonara la alarma.

—Entonces ¿sí crees en esto? —le pregunté a Gabe. El océano se deslizaba debajo de mis pies, blanco y espumoso como leche hervida, y yo enterré los dedos de mis pies en la arena.

—Claro.

Gabe levantó un trozo de madera y lo arrojó a la espuma. Yo miré hacia la sala con los ojos entornados. Los adultos se veían fantasmales, enrollados sobre ellos mismos y vulnerables por su fe mientras Keller los observaba desde su lugar en la esquina. ¿Qué tan comprometido podía estar con esos talleres, me preguntaba, con gente que quizá solo vería una vez? Esa noche, después de que todos los invitados se habían ido, estaba enrollando los tapetes azules en la sala cuando me encontré un paquete de recibos. Keller los había dejado en la mesa redonda donde había estado sentado y cada uno mostraba un cargo de cuatrocientos veinticinco dólares.

Era un taller de cuatro horas con un descanso para comer rollos de langosta local, que sabían más que nada a mayonesa y que Keller servía cerca del abrevadero. Hice la suma, poco más de cien dólares por hora. Aun así, los talleres de Keller no eran sesiones terapéuticas, no exactamente: durante al menos una de esas horas, él los veía

dormir. Algo no parecía correcto. Pero era verdad, me recordé a mi misma, que Keller necesitaba financiamiento y nadie esperaba que hiciera su investigación de forma gratuita.

No le pregunté al respecto. Con el paso del verano, borré de mi mente el nerviosismo que sentía cuando estaba cerca de Keller, un remanente de la prepa, pero era agudo al principio. Aunque no estaba el fin de semana de mi llegada, se sentía como si estuviera ahí con nosotros. Por toda la casa, discretos letreros mecanografiados colgaban de perillas o clavos delicados. Un «FAVOR DE NO TOCAR» estaba suspendido sobre un pañuelo enmarcado, la tela amarillenta tenía bordadas unas pequeñas letras, C. G. J, Carl Jung, me dijo Gabe, aunque no sabía cómo lo había conseguido Keller. «PUERTA CERRADA CUANDO HAY SESIÓN» pendía de las perillas por el pasillo. Sabíamos que no había sesión cuando Keller no estaba ahí, pero ninguno de nosotros intentó abrirlas nunca.

Lo que más me impactó esa primera semana fue lo mucho que trabajaba Gabe. Se despertaba después del alba y leía durante las primeras horas del día en una mecedora orientada hacia el porche trasero. Cuando salía torpemente de la cama, cerca de las ocho o nueve, lo encontraba completamente absorto: su espalda inclinada sobre las páginas, con una pluma en mano, sus lentes apretados contra el puente de la nariz. No podía hacer más que imitarlo. Keller me había dado una alta pila de libros gruesos, ocres, con las páginas amarillentas y suaves como pañuelos de papel. Ahí estaban los textos trascendentales de Freud y Jung, junto con otras investigaciones más recientes sobre una variedad de habilidades y desórdenes del sueño: *Sleep and Brain Plasticity*, de Robert Stickgold; *The Twenty-Four Hour Mind*, de Rosalind Cartwright; *Trauma and Dreams*, de Deirdre Barrett; y el catálogo completo de Stephen LaBerge sobre sueños lúcidos. Luego estaban los estudios, artículos académicos con letras diminutas y referencias tan oscuras que cada una me mandaba a buscar una aguja en el pajar de la información. De esta forma, lentamente me tejí una red de conocimiento, hilando meticulosamente una idea con la otra; ampliaba así el alcance de mi saber hebra a hebra.

Todo esto ni siquiera incluía los textos auxiliares. Keller también me había dejado una pila de fotocopias con canciones de cuna, cuentos de hadas y pasajes bíblicos. Una nota estaba detenida con un clip por encima: «Ten en cuenta el papel cultural que la noche ha tenido a través de la historia».

—Claro —mascullé y observé el bonche de cinco centímetros—. ¿Qué quiere? ¿Un ensayo?

Esperaba que Gabe lanzara un comentario mordaz, pero solo sonrió.

—Es interesante. Ya verás —dijo.

Tenía razón. Después de pasar una mañana con *The Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance*, era prácticamente un placer culpable, tan fascinante como desconcertante. La Biblia hablaba de la demencia que consumía a aquellos que adoraban a la luna sobre Dios. Pero lo que más me perturbó

fueron las canciones de cuna; el hecho de que esos poemas estuvieran escritos para niños contradecía sus vetas de tentación y oscuridad:

*Niños y niñas
salgan de sus camas
y únanse a la luna
que a ustedes llama.
Dejen su sueño
y atiendan la llamada
afuera de la puerta
y lejos de su almohada.
El viento espera,
el cielo resplandece:
vengan a jugar
la noche lo merece.*

También sentíamos la presencia de Keller en el cuarto de las literas. Gabe y yo dormíamos como huéspedes de un hostel, compartimentando educadamente el espacio común. No era que yo hubiera esperado que nos enamoráramos en cuanto tuviéramos un minuto a solas, pero esa distancia civilizada aún me lastimaba. ¿No había sugerido Gabe que me había reclutado en parte porque sentía algo por mí, algo más que amistad? ¿O estaba equivocada? Y si estaba equivocada, entonces ¿qué hacía ahí? Claro, también me había tentado la seguridad laboral y la increíble oportunidad, pero ya estaba claro para mí: había ido por Gabe. Era como si no hubiera pasado el tiempo, yo tuviera dieciséis años de nuevo y fuera dolorosamente consciente de nuestros cuerpos en el espacio. Cuando se iba del cuarto, mi corazón se relajaba como el músculo que es, y cuando se acercaba a mí, ambos picando vegetales junto al fregadero, con nuestros codos a pocos centímetros de distancia, el espacio entre nosotros parecía resplandecer. Cenábamos juntos pasta de sobre y ensaladas hechas en el fregadero, pero incluso entonces nuestros temas eran prudentes; cualquier túnel que se había abierto entre nosotros durante nuestra conversación en Berkeley parecía haberse vuelto a cerrar.

Quizá, pensé, Gabe se sentía responsable de mí y de mi proceso de aclimatación; quizá parecía mejor profesionalizar nuestras interacciones ahora que estábamos en el territorio de Keller y no en el suelo del departamento vacío de David. Era Gabe —el fornido, cabeza dura, conspiracionista Gabe, listillo incorregible, organizador de saqueos al comedor, que ahora se iba a la cama a las 9:30—, quien me llevaba al porche trasero y señalaba con velada solemnidad las oscuras y aceitosas hojas compuestas de la hiedra venenosa que se extendía por el viñedo. El Gabe que yo conocía hubiera pisoteado la hiedra con los pies descalzos y agrietados, como si las

consecuencias no aplicaran en él.

Para distraerme me sumergía en la investigación de Keller. Iba a volver el lunes, así que esa tarde tomé el más reciente volumen de *Health Psychology* y me acomodé en un rincón de la biblioteca, un cuarto antiguo y hermoso con pesados muebles de caoba y ventanas francesas separadas por pilares que permitían el paso de enormes rayos de luz. Repisas con viejos tomos se extendían del piso al techo en un lado del cuarto; contra la pared opuesta, un trío de sillones de cuero había sido acomodado en medio hexágono. El piso de madera estaba cubierto con un tapete tejido color rubí y varios taburetes de cuero desgastados estaban junto a las repisas más altas.

Me encantaba su claridad. Los otros cuartos estaban abarrotadas de chácharas folclóricas y de mal gusto: jarrones llenos de conchas, pescadores de porcelana, delgadas tazas de té floreadas que temblaban histéricamente en sus repisas cuando alguien pasaba por la cocina. Más de una vez me crucé con un par de binoculares oxidados. Y en el porche trasero había una trampa para langostas hecha de madera y red, que supuestamente enloquecía a los huéspedes del seminario. Keller pensaba que los artículos eran chatarra, pero aun así empleaba una política de vive y deja vivir, como si fueran una molestia heredada, lapas en el ancla de la casa o arañas nativas que, al final, lo sobrevivirían. No me sorprendí cuando descubrí que él prefería trabajar en la biblioteca.

Ese día, leía *Recuerdos, sueños, pensamientos* de Jung, un librito místico y apasionado, mientras Gabe iba a la tienda. «La vida siempre me ha parecido como una planta que vive de su rizoma», escribió Jung. Junto a la palabra «rizoma» alguien había escrito «portainjerto» en diminuta letra azul. «Su vida verdadera es invisible, se esconde en el rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura solo un verano. Luego se marchita. Es una aparición efímera. Cuando pensamos el infinito devenir y perecer de la vida y de las culturas, no podemos escapar de la sensación de absoluta nulidad. Pero yo nunca he perdido el presentimiento de algo que vive y permanece bajo el eterno cambio. Lo que se ve es la flor y esta muere. El rizoma permanece».

Le di la vuelta a la página y descubrí que el texto estaba borrado por una oscura mancha marrón, tal vez café, que se escurría por las siguientes diez páginas. Sostuve las páginas contra la luz, pero eso las hacía aún más indescifrables. Cerré el libro y caminé hacia los estantes, que estaban organizados por autor. Quizá, pensé, Keller tenía copias adicionales de algunas de sus obras más famosas; tenía razón, había otro *Recuerdos, sueños, pensamientos*, más antiguo, pero por lo demás idéntico al que había leído. El libro se abrió con dificultad, el pegamento crujía en su lomo. Mientras pasaba páginas para encontrar el lugar, tres pedazos de papel amarillo salieron y flotaron hacia el piso.

Me preocupó que fueran páginas del libro. Pero cuando las levanté vi que eran de una vieja libreta. Estaban frágiles y secas, cubiertas con tinta azul, y parecían ser parte de una carta; cada página tenía una inscripción en la esquina superior derecha que decía: «Zúrich, 1978», y una de las páginas, la última, supuse, estaba firmada con

el nombre de Keller. Eché un vistazo al camino de entrada; Gabe se había llevado el coche a la tienda, que estaba en el siguiente pueblo. Aún de pie junto a las repisas, comencé a leer la última página.

Siguen volviendo a la idea de que el subconsciente está hecho no solo de la conciencia de la experiencia real, sino también de la conciencia de cada experiencia que pudo haber ocurrido, potencialidades simultáneas que, aunque se esquivaron en la vida real, se cumplieron por completo en la vida del cerebro. Mi suposición es que el alma está hecha de la suma de esas potencialidades simultáneas, que el alma tiene, por tanto, una psicología de gradas o capas infinitas y que es solo a través de un viaje por esas capas, que se extienden no hacia arriba ni hacia abajo, sino hacia adentro, que el autoconocimiento puede ser alcanzado en profundidad.

Veo esta teoría en la intersección de la psicología junguiana y las teorías del multiverso de William James y Max Tegmark, junto con las más recientes de Alan Guth sobre los universos paralelos. No soy físico ni cosmólogo, claro, así que estoy menos interesado en la noción de los universos físicos paralelos que en las implicaciones que estas teorías tienen para el cerebro. Si aceptamos la idea de que aparte de las partículas originales de nuestro universo, fue creado un vasto número de universos idénticamente particulados, y que esos universos pueden haber evolucionado diferente pero todos poseen la misma materia original y, por tanto, un campo de potencial idéntico, ¿no puede decirse lo mismo sobre la mente?

La teoría de Jung sobre el subconsciente colectivo sugiere que además del subconsciente personal, cada miembro de la raza humana tiene un subconsciente de especie, un banco de memoria comunal, una bóveda infinita de instintos humanos y experiencias que se está expandiendo a cada momento, tal como el universo físico. Si esto es verdad, ¿podría la consciencia personal también tener una bóveda infinita, no solo de experiencias individuales vividas, sino de experiencia individual en potencia?

Sentí frío detrás de mí. Me di la vuelta; la puerta de la biblioteca estaba abierta y Keller estaba adentro. Llevaba una camisa de manga larga blanca y unos pantalones de vestir arrugados por el viaje; en una mano tenía una bolsa de papel doblada que soltaba el olor agrio y denso de comida dejada al sol.

—Sylvie —dijo.

—Lo siento. —Moví torpemente los papeles y los empujé para meterlos de nuevo al interior del libro—. La otra copia tenía una macha, no quería husmear.

Keller cruzó hacia el escritorio y dejó la bolsa café. Luego caminó hacia mí y me saludó estrechándome la mano.

—¿Y qué te pareció?

—¿Jung? Es fascinante. Apenas empecé la autobiografía, pero leí un poco más en la universidad y puedo entender por qué a usted le...

—No Jung. Mi carta.

Keller soltó mi mano y sonrió con la boca cerrada. Mi primera prueba. ¿Sería mejor fingir que no la había leído? ¿Admitirlo y elogiarlo? De cualquier forma, parecía peor mentir.

—Solo leí una parte, así que no tengo mucho sobre qué opinar.

—Bien jugado. —Alzaba las cejas con una especie de disfrute infantil—. Nuestra propia Pandora. Siempre abre la caja. ¿Y?

—Y quiero saber más —dije, titubeante—. Reconocí algunas partes, su teoría de las potencialidades simultáneas, pero no la entendí por completo.

—No me sorprende. No era mucho más grande que tú cuando escribí esa carta, en mi tercer año de posgrado. Supongo que la conservo por razones sentimentales. La teoría en sí misma estaba en su infancia y aún era más bien borrosa, como uno de esos enormes planetas gaseosos que solo toman forma si se los ve desde muy lejos.

Tuve la extraña sensación de que se menospreciaba como haciéndome un favor, ¿acaso dudaba de que yo fuera capaz de entenderlo y trataba de reconfortarme? Pero era más astuto que eso, lo más probable era que me estuviera retando. Yo estaba paralizada por verlo. Habían pasado años desde que habíamos coincidido por última vez, pero mis recuerdos de sus clases en Mills eran nítidos: presionaba para conseguir la respuesta mientras se quedaba quieto como una estatua frente a nosotros, con su expresión impenetrable como la de una esfinge y sus ojos brillantes con la luz de la tarde.

—¿Me la puede explicar? Su teoría —pregunté.

—¿No lo hizo ya Gabriel?

Keller volvió a su escritorio y buscó dentro de su bolsa de papel. Sacó una manzana pequeña, brillante y roja, con la que jugueteó con una mano sin notarlo.

—Pensó que sería mejor que lo supiera por usted —dije.

Una mentira inocente, pero no quería decirle a Keller que había sido absolutamente incapaz de descifrar la explicación de Gabe. Esperaba que no le diera seguimiento ni le preguntara a Gabe, y estaba pensando en eso, en si Keller descubriría o no lo perdida que estaba en realidad, cuando levantó su brazo y me lanzó la manzana directo hacia mi cabeza.

Hice un patético intento de ahogar un grito y me agaché a la derecha; la manzana se fue contra el piso, golpeó el suelo del pasillo con un ruido seco y se desplazó unos cuantos metros más antes de detenerse.

—¿Qué fue eso? —pregunté, volteando a ver la manzana y luego de nuevo a Keller, que me observaba con una total ausencia de sorpresa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Me siento..., ¿qué? —dije tartamudeando—. Me siento espantada.

—¿Tu pulso se aceleró?

—Claro.

—¿Estás sudando?

—Un poco.

—Y estás molesta conmigo.

—Casi me golpea.

—Pero no lo hice —dijo Keller amablemente—. Entonces ¿por qué te sientes como te sientes?

Lo observé.

—Porque pudo haberlo hecho, pudo haberme golpeado.

—Ah. Precisamente.

Salió de la habitación para recoger la manzana, luego la trajo adentro y la frotó contra su camisa; se había abollado de un lado.

—Perdóname. Sabía que te agacharías. Esperaba que lo hicieras, al menos, pero intentaba probar una cuestión. Cuando te lancé esta manzana, sabía que había varios resultados posibles. ¿Cuáles eran?

—Me golpearía o me agacharía antes de que pudiera hacerlo o la manzana no pasaría ni cerca —dije.

—Bien. Las posibilidades, claro, son infinitas. Pude haber girado mi brazo al lanzar, enviando la manzana directo a una de esas ventanas; Gabriel pudo haber elegido caminar por el pasillo en ese momento, en cuyo caso él habría recibido el golpe. Pero puse mi fe en la probabilidad. La manzana te golpearía o no. Me alegra decir que no lo hizo. Pero tú reaccionaste como si lo hubiera hecho, no porque te golpeará, sino porque pudo haberlo hecho.

—Claro —dije. Aún estaba recelosa, pero mi corazón había comenzado a tranquilizarse.

—Al momento de la decisión, al momento de la acción, una variedad de posibilidades son concebidas en la mente, universos psicológicos alternos pero paralelos, cada uno con sus propios grupos de resultados e implicaciones. Solo una de esas posibilidades se materializará. Pero ¿qué pasa con las demás? Si se replegaran en sumisión desaparecieran convirtiéndose en el polvo de donde vinieron, serías, por así decirlo, monomaniaca. No hubieras sentido residuos de ansiedad, ni miedo ni enojo, cuando la manzana ya no fuera una amenaza. Pero sí sentiste la amenaza de los resultados que no se cumplieron; de hecho, parecías sentir esa amenaza más intensamente que cualquier sensación de alivio por el hecho de que la manzana, como lo quiso la suerte, pasó sobre tu cabeza.

—¿Y esas son sus potencialidades simultáneas?

Una parte de mí pensó que tenía mucho sentido; la otra parte se preguntaba, con una fuerte sensación de alarma, en qué me había metido.

—Correcto. Creo que esas experiencias potenciales están almacenadas en el cerebro junto con la real, que la mente procesa las potencialidades y las realidades simultáneamente y que, por tanto, una mala experiencia que se ha imaginado, ser golpeada por mi manzana, digamos, tiene tanto poder cognitivo como el hecho real —dijo Keller.

—Pero ¿no serían demasiadas para que nuestros cerebros las manejen al mismo tiempo? Las posibilidades serían infinitas. ¿Cómo las procesaríamos todas? —pregunté.

—Tienes mucha razón. Por suerte, el cerebro es selectivo. Sabemos que ciertas memorias reales son codificadas y almacenadas a largo plazo, mientras que otras son descartadas. Esto es cierto también para los recuerdos potenciales.

—Pero para que los recuerdos se almacenen, tienen que ser procesados. ¿Cómo pueden ser procesados si nunca han sido experimentados? —dije.

—¿No lo han sido?

—Subconscientemente quizá, pero pensé que trabajaba con el sueño. ¿Qué tiene que ver todo esto con los sueños? —Negué con la cabeza.

—Espero que tenga mucho que ver con los sueños —dijo Keller con falsa solemnidad—. Estaríamos en un punto muy complicado si no fuera así. Ya sabemos que el sueño, en particular el REM, juega un importante papel en la formación de la memoria a largo plazo y la salud mental. Si las potencialidades simultáneas son suficientemente procesadas y resueltas en el sueño, nos descubriremos más capaces de concentrarnos en la realidad de la vigilia. Pero ¿qué pasa con los pacientes cuyo sueño no es estándar y cuyos procesos emocionales están, por tanto, afectados? Los pacientes como los que veo, que sufren desórdenes REM.

—No las pueden resolver. —Supuse—. Las potencialidades simultáneas no son procesadas, se repiten y los soñadores siguen representándolas; son cosas a las que temen, cosas que no han pasado o que pasaron hace mucho tiempo, que no son reales ahora, al menos no fuera de sus sueños.

Balbuceaba, lanzaba palabras hacia él de manera menos articulada de lo que lo habría podido hacer en la prepa.

—Es un inicio —dijo Keller.

Por las ventanas abiertas escuché el crujir de conchas, que señalaba la llegada de Gabe. Las dos esferas de sus faros se volvieron más brillantes derramándose por la biblioteca antes de que el carro se detuviera y el motor se apagara.

—Ese debe de ser Gabriel —dijo Keller y ladeó la cabeza al escuchar el ruido. Volteó de nuevo hacia mí y me sonrió, pero pude notar que estaba distraído; era como si se acabara de acordar de sus maletas sin desempacar, la cena por hacer, las cosas que tenía que organizar después de la partida de la anterior asistente.

—¿Señor Keller? —pregunté.

Él levantó las cejas.

—La carta. ¿A quién le estaba escribiendo? —dije.

Si había cruzado el límite, él no reaccionó ni con un parpadeo.

—A mi tutora de tesis, Meredith —dijo.

Cuando estuve en mi cama esa noche, echada con mi bóxer de la UC-Berkeley, sus ideas me parecieron atemorizantes y revolucionarias; y lo eran, según descubrí. Aunque el FNP era revolucionario, menos por su novedad que por su regreso a las supuestas nociones arcaicas de la mente como un terreno oscuro y espiritual, un terreno cuya geografía era mejor entendida por el folclore y la poesía de lo que lo era por la farmacología. En retrospectiva, puedo ver que el camino académico de Keller siempre fue un viaje contracorriente: la incorporación de la psicología moderna en la medicina y las ciencias exactas lo dejaron en su propio terreno oscuro, y aunque había aprovechado su marginación y parecía haber un flujo continuo de gente que nadaba a su roca, que se sacudía el agua de su espalda y trepaba para admirar la vista desde la isla, sabía que él siempre trabajaba con el temor de ser deslegitimado.

Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, quizá hubiera podido ver a Keller como lo que realmente era: un hombre avejentado, orgulloso y ansioso, inquebrantable en sus convicciones, persuasivo al hablar, pero propenso a la paranoia y el hermetismo. No debería ser una sorpresa que alguien tan convencido del misterio y la profundidad idiosincrática de la mente humana tendiera a aislarse. Pero no puedo evitar verlo, a través de los años, como una especie de mártir: brillante, exiliado y solitario como un dios.

MADISON, WISCONSIN, 2004

Cuando octubre les abrió paso a los cielos despejados de noviembre, con sus árboles sencillos y desnudos, me sorprendió descubrir un sobre color crema debajo de la puerta del porche de nuestra casa: un cuadrado perfecto, sellado, con unas G+S escritas en tinta negra. Lo abrí en la cocina mientras Gabe dormía tras el estudio que habíamos monitoreado la noche anterior.

Saludos, amigos:

A Janna y a mí nos encantaría contar con su presencia en la víspera del 25 de noviembre. Daremos gracias, beberemos copiosas cantidades de licor y, gracias a Janna, comeremos las apropiadas toneladas de comida, Americana y de otra. Vengan con sus galas alrededor de las cinco de la tarde y traigan algo para contribuir, méndigos flojonazos.

*Abrazos,
T.*

Leí la carta dos veces seguidas con una sensación creciente de placer. Habían pasado años desde la última vez que tuve una comida de Acción de Gracias formal, desde que vivía con mi familia. Gabe y yo teníamos la tradición poco entusiasta de cenar en un restaurante étnico, aunque nunca he estado segura de si lo hacíamos como protesta o por flojera. La carta de Thom no me hizo sentir nada especial. Éramos el tipo de gente joven que tenía vecinos, que tenía amigos; iríamos a su casa para Acción de Gracias, y nos quedaríamos dormidos, junto con el grueso del país, a la patética hora de las siete treinta u ocho, llenos y sellados como animales de peluche.

Decidí hacer un platillo de camote, algo asado en lo que estaba segura que no podía fallar. Después de conseguir los ingredientes en el pueblo, me detuve en la tienda de segunda mano en State Street. Keller nos pagaba razonablemente bien, y

mejor ahora que trabajábamos para la universidad, pero yo era como mi madre, y la mayor parte se iba a la cuenta de ahorro. Normalmente me sentía atraída por ropa en colores apagados, aunque quizá «atraída» no es la palabra correcta; sabía que estilo me quedaba mejor y me había resignado a usarlo. Pero ese día quería algo diferente. Llevé a casa una falda de ante de un anaranjado pálido pero brillante y lo combiné con una blusa negra con la espalda destapada; mientras cerraba la ventana del cuarto, el aire frío acarició mi espina dorsal. Cuando agregué las pequeñas arracadas de oro que Gabe me había dado en mi cumpleaños y un par de tacones color bronce, me sentía casi como si no fuera yo misma.

—Te ves muy bien —dijo Gabe, con un tono que intenté no tomar con sorpresa, mientras bajaba las escaleras hacia donde yo estaba. Él también se había arreglado: llevaba una camisa azul marino almidonada y una delgada corbata verde con sus Converse.

—Tú también —dije. ¿Se había cortado el cabello o la estructura de su rostro siempre era tan clara, con el mentón afilado y los ojos profundos y alegres?

Mientras cruzábamos el jardín hacia la casa de Thomas y Janna, con una botella de vino en la mano de Gabe y el platillo de camote en la mía, podíamos haber sido cualquier pareja joven. Tocamos el timbre y esperamos en el porche; los tenis de Gabe golpeaban los tablones.

Janna abrió. Su cabello estaba recién pintado con franjas púrpuras y recogido en un chongo, de manera que las franjas se unían con nitidez en su coronilla. Llevaba un vestido naranja también, pero el suyo era del color neón de los letreros de construcción. Terminaba en una falda con plumas sobre su cadera. Debajo llevaba medias transparentes cafés y no traía zapatos.

—¡Ay, mira! —dijo aplaudiendo—. ¡Traes el mismo color que tus camotes!

Bajé la vista; era verdad. Ella le dio dos besos a Gabe, uno en cada mejilla.

—Pasen, pasen —dijo—. Tengo que ir a poner la mesa, pero Thomas les traerá un trago.

Con esto se fue rápidamente hacia la cocina, y Thom llegó a paso lento desde la sala. El horno lanzaba pequeñas espirales de humo. Thom se detuvo frente a él y contempló confundido los botones antes de voltearse hacia nosotros.

—Hola, amigos —dijo—. ¿Qué les ofrezco? ¿Vino? ¿Martini? ¿*Gin and tonic*?

—*Gin and tonic*, por favor, caballero —dijo Gabe.

—Sylvie —comentó Thom sonriendo, poniendo una mano tibia sobre mi hombro—, combinas con tus camotes.

—Lo sé —dije—. Janna lo mencionó.

—¡Extra! —exclamó Janna, lanzándose de nuevo a la cocina, con un cuchillo de mantequilla en una mano—. Qué tonta, puse la mesa para cinco.

Olfateó y se dio la vuelta, con aguda precisión, hacia el horno.

—El horno, Thomas —dijo—. El horno está echando humo, querido.

Ella apagó el fuego, al mismo tiempo que abría el cajón de los cubiertos junto a la

estufa. Después de dejar ahí el cuchillo extra, deslizó su mano dentro de un guante de cocina azul brillante y sacó una bandeja de hermosas medias naranjas, con pequeños montículos de camote adentro.

—De haber sabido que harías camote, no los hubiera traído. Pero los tuyos están preciosos. ¿Cómo los hiciste? —pregunté.

—Fácil —dijo Janna, lamiendo un poco de camote de su dedo anular—. Corta las naranjas y llénalas con el camote hecho puré; tira la pulpa en la basura.

Se limpió las manos en una toalla y nos miró alegremente.

—¿Tienen hambre? —preguntó.



No recuerdo mucho de la cena, solo que al final estábamos atontados por la bebida: primero los *gin and tonics*, luego dos botellas de rico vino tinto, un expreso después de la cena con un toque de *bourbon*. La luna se elevaba clara en el cielo. Gabe se quitó un zapato y lo aventó detrás de su cabeza, quebrando un antiguo espejo en el que se dibujó una delicada telaraña; Janna dijo que se veía mejor que antes. En algún momento, nos desplomamos en el sofá de su sala en una maraña de piernas. Busqué el libro de Keats, el viejo y musgoso tomo que Thom me había enseñado semanas antes, pero ya no estaba. Thom estaba cantando algo: «Clementina, Clementina, Clementina de mi amor, tú te fuiste y me dejaste...». ¿Me imaginé que en algún punto la cabeza de Janna descansó sobre mi pecho? No sé cómo o por qué habría pasado, pero recuerdo el cálido esplendor de su cabeza, los mechones de cabello que se extendían por mis hombros como algas marinas moradas, sus dedos larguiruchos toqueteando la tela del sofá.

Debió de haber sido la una o dos de la mañana cuando salimos tambaleándonos por su puerta trasera, hacia el jardín. Era una noche hermosa, inesperadamente tibia. Aún puedo ver a Thom corriendo hacia nosotros como una gacela, todo piernas; había ido a alguna parte y regresó con cajas de pequeños explosivos. Los lanzamos al suelo y aullamos cuando explotaron demasiado cerca de nuestros pies. Gabe y yo nos besamos recargados en la cerca, intensamente y con urgencia, con sus manos debajo de mi blusa. Luego se fue. ¿Cuánto había pasado desde la última vez que me besó así? Yo estaba sentada con Thom detrás del árbol de enebro del patio trasero, un árbol con un tronco grueso y torcido como una toalla exprimida.

Si mis recuerdos hasta ese punto eran inventados e inciertos, aquí se agudizaban. Recuerdo no solo detalles sensoriales como las hojas curtidas y las afiladas ramitas debajo de mis piernas, sino también partes de la conversación. ¿Dónde estaban Gabe y Janna? No recuerdo que me haya importado; me recargué contra el enebro, su tronco amasaba mi espalda.

—... el primer hombre al que amé —dijo Thom, con su nariz protuberante y escarpada bajo la luz azul—. Platónicamente, claro, pero sí lo amé. Lo admiraba tanto que sentía su identidad permeándose en la mía, poco a poco. ¿Alguna vez has tenido un maestro así?

—No —dije, fuera o no verdad. Un búho ululó en la distancia.

—¿No? Ah —dijo Thom—. Bueno, él fue mi primer maestro de poesía. Mi primer profesor real. Y Janna era su consentida.

—¿Le gustaba la poesía de Janna?

—Le gustaba... bueno. —Thom se rio con fuerza y hasta quedarse sin aliento—. Eres adorable, Sylvie, lo sabes, ¿verdad? Eres una chica muy dulce. Pero en tu interior hay un centro ácido. Y por eso me agradas.

No sé por qué me sentí halagada. Fue el alcohol, creo, el aroma de las hojas enmohecidas, la voz de Thom, segura como una encarnación.

—No es que yo esté libre de pecado —dijo—. Soy tan sucio como el que más. Y ahora eso me asquea. Pero, ya sabes, era tan estúpidamente idealista entonces. ¡El arte! Eso es lo que pensaba que era lo más importante. Él era el escritor residente en nuestra universidad. Nunca había conocido a un hombre tan brillante de la manera en que él lo era. Y pensaba que podía acceder a él si estaba con ella.

—¿Solo empezaste a andar con Janna para acercarte a... tu maestro? —Me pareció gracioso; me reí y pronto Thom estaba carcajeándose conmigo, golpeando su cabeza contra la cerca. Pero como una tormenta de verano, la risa de Thom pasó tan súbitamente como había llegado, y una vez más era reservado y solemne.

—Sí —dijo—. Diría que sí. Quería llegar a él. Pero cuando dejé de pensar así y me enamoré de ella, solo de ella, y nada más, experimenté la más increíble pureza. ¿Crees en la pureza?

Sentí un cosquilleo en mi brazo. Dos hormigas estaban caminando hacia el interior de mi codo. Me las sacudí hacia un lado; cayeron en la pierna del pantalón de Thom, aunque él no lo notó.

—Soy un hombre nuevo, Sylvie. —Su mano, rápida y temblorosa, recorrió su cabello rojo y desacomodado—. Me he arrepentido, créeme. He cambiado. —Y ambos dimos un trago a nuestras bebidas bajo el oscuro cielo lleno de estrellas. Las copas se habían ensuciado y estábamos bebiendo en frascos de mermelada. Nunca había estado tan ebria. Mi mente daba vueltas y vueltas encima de mí, dentro de mi cabeza. Lo siguiente que recuerdo es despertar en mi cama, aún con mi vestido naranja y con el pesado muslo de Gabe sobre el mío; abrí las cortinas junto a nuestra cama; había un blanco sol de noviembre en lo alto del cielo.

La conversación fue tan peculiar que casi me pregunté si la estaba recordando mal. Pero desde la ventana pude ver el árbol de enebro, retorcido, y cuando miré al regazo de mi falda, había manchas de pasto y pequeñas líneas donde las ramitas habían rasgado la tela.

La noche siguiente soñé que estaba sola en una intersección abandonada de un pueblo pequeño y simple. A mi izquierda, los campos de trigo se extendían crespos y dorados; a la derecha había una heladería tapiada. El viento levantaba mi cabello, rubio con mechones negros. En una mano sostenía un rehilete que daba vueltas con el viento, girando con ligereza. El viento se detuvo como si esperara algo, y el rehilete dejó de moverse. Entonces una parvada de mirlos se levantó del campo, trazando un arco por el cielo con un denso sonido de aleteos, como las páginas de cien libros pasando rápidamente. Cuando se fueron, vi un globo aerostático.

Se movía por el cielo con imponente elegancia, sin prisa, como un alcalde en el desfile de un pueblo pequeño. Su avance era tan lento que no sabía si iba tripulado hasta que una figura no más grande que un insecto trepó al borde de la canasta y se cayó agitándose.

Era el primer sueño que recordaba por completo en años. Me desperté pegajosa por el sudor, tragando grandes bocanadas de aire, y busqué a Gabe. Estaba tendido sobre su espalda, con sus manos detrás de su cabeza y sus brazos parecían dos alas puntiagudas. El reloj en mi mesa de noche marcaba las 4:23, pero sabía que no podría volverme a dormir. Así que salí al pasillo, cerrando la puerta del cuarto silenciosamente detrás de mí.

Mi mente estaba aturdida, atrapada en el atontado purgatorio entre el sueño y la vigilia, y yo aún seguía medio borracha. Pero subí las escaleras hacia el ático y sacudí un lienzo limpio. Luego cargué mi caja de pinturas hasta el tapete frente a la ventana. Hincándome, comencé a mezclar blanco y negro hasta que encontré algo que imitaba el tono de ese pálido cielo gris.

El sueño comenzó a intensificarse conforme lo pintaba. Al darle la forma al enorme bulbo arcoíris del globo y su canasta café de paja, vi cómo la figura de su interior se había reclinado primero hacia afuera, mirando hacia abajo, como si estuviera calculando dónde aterrizar. ¿Por qué? Porque estaba atado a un paracaídas, y ahora lo recordaba: un suave arco lavanda que se veía acolchado flotaba hacia el suelo con el mismo ritmo pausado de aquel globo.

No le estaba poniendo atención a la forma en que se veía la pintura. Mi meta no era el producto terminado sino la precisión de mi recuerdo. Estaba pintando lo que recordaba como lo recordaba, y la única forma de hacerlo era volver a pintar directamente sobre lo que había hecho unos momentos antes. Y así, mientras el pasajero se acercaba más y más a la intersección donde yo esperaba con mi rehilete, lo pinté una y otra vez, porque ahora estaba segura de que era un él, que las piernas desgarradas colgaban de un torso pálido manchado por un vello áspero y dorado como el trigo; que de cerca olía a alcohol y enebro, y que si levantara la manga de su camisa, lo que haría en cuanto aterrizara, encontraría dos hormigas bajando por un

brazo en una lenta procesión.

Me alejé del lienzo y lo contemplé por primera vez como un todo. Estaba saturado, era caleidoscópico: el globo había sido trazado una y otra vez, las piernas del hombre-insecto se extendían hacia el suelo como una nave alienígena. Mi rostro estaba dibujado de manera poco precisa, estirado y cubierto de rehiltes.

No era algo que quisiera volver a ver. Tomé un tubo de pintura negra y lo exprimí sobre el lienzo. Con mi pincel más ancho, unté la pintura de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo. La luz comenzaba a subir lentamente hacia el cielo, la oscuridad se retiraba como un toldo, pero yo estaba exhausta. Cuando volví a la cama, Gabe estaba justo donde lo había dejado, como si no hubiera pasado el tiempo. Caí con sorprendente facilidad a un sueño sencillo y pasivo que debió de durar horas. Lo siguiente que recuerdo es un suave sonido de golpes secos en la puerta, la ancha nariz de Gabe asomándose y los sonidos nasales de su respiración.

—Sylvie —susurró—. Sylvie, por Dios, despierta. Ya es la una.



Pasé la siguiente semana haciendo boberías. Mi sueño era intermitente e irregular: demasiado o insuficiente. Durante el día, era lo único que podía hacer para mantenerme despierta. Le dije a Gabe y Keller que creía que me estaba dando un resfriado. Keller me hizo cubrir turnos en la clínica del sueño, donde todo lo que tenía que hacer era sentarme en el escritorio principal con cara de sueño. En la noche, me dormía inmediatamente y despertaba en blanco, como un bebé.

Pensé que había vuelto a mis viejos patrones de conducta hasta una mañana fría de jueves a inicios de diciembre. Soñé con Thom; esta vez era inconfundible. Estábamos en un espacio cerrado y con una iluminación tenue, con un escritorio y una silla, pero nos apretábamos el uno contra el otro en el suelo, como si estuviéramos en un búnker. Extendidas por el sueño frente a nosotros había viejas fotografías que Thom me mostraba una por una. Un foco sencillo y empolvado que colgaba del techo por una cadena, nos daba un tenue haz de luz. Un gato naranja se colaba entre nosotros, ronroneando.

Podía verme a mí misma, pero estaba separada de mí. Como un fantasma, observaba a mi yo del sueño sentada en el piso con Thom, mientras él levantaba la siguiente fotografía hacia la luz, la cual mostraba un enorme edificio de ladrillo en una colina. Debajo del edificio había un camino polvoso, flanqueado por troncos de árbol y lámparas redondas que brillaban blancas como la luna.

—La casa de exalumnos —dijo Thom—. Es un edificio elegante que le regalaron al colegio dos hermanas asquerosamente ricas, Rose y Blanche algo. Todos los exalumnos ricos podían dormir ahí cuando estuvieran en la ciudad, y el lugar tenía un

restaurante que albergaba toda clase de eventos de convivio y reencuentros. Él solía llevar a Janna ahí. Yo quería entrar con todas mis ganas. Solía pararme en la orilla de la colina, simplemente tomando fotografías de la maldita cosa.

Su rostro flotaba hacia mí con la transparencia tridimensional de un holograma. Acercó una mano hacia mi cara. Yo intenté esquivarlo, pero no fui lo suficientemente rápida, y él sacó algo de mi oreja. Sentí un pluck, un sonido hueco de succión, y él extendió su mano hacia arriba. Algo peludo, negro y con puntos amarillos se retorció en ella: una oruga. De pronto, la mano era la de Gabe, vi sus anchas y maltratadas manos, su larga línea de la vida. La oruga se movió lentamente hacia la muñeca y yo me sentí asqueada.

—¿Eso salió... de mí? —pregunté. Puse mi dedo en mi oreja. Vacía como el abismo.

—Lo lamento, Clementina —cantó Gabe.

Desperté a las cinco treinta; mi pecho estaba agitado y mi clavícula pegajosa por el sudor. Las ventanas se estremecían, nuestras cortinas se separaban por el aire frío que se colaba por una grieta en el vidrio. Miré a la ventana con mi cuerpo dándole la espalda a Gabe, mientras mi pulso se tranquilizaba. Copos de nieve se aferraban al cristal como diminutos esqueletos.

Cuando me di la vuelta, Gabe estaba apoyado en un codo, contemplándome. Nos miramos el uno al otro en silencio.

—Mal sueño —dije finalmente.

Gabe negó con la cabeza.

—Pero nunca recuerdas tus sueños.

—Lo sé —dije—. Es raro.

Gabe me estaba contemplando con una especie de cansancio, ¿o era resignación? Abrió la boca; luego pareció pensarlo mejor.

—Sylvie, dormilona —dijo, moviéndose lentamente por el espacio que había entre nosotros, recogiéndome en sus brazos.

PARTE DOS

Noche

MARTHA'S VINEYARD, MASSACHUSETTS, 2002

Cuando miro hacia atrás al resto de ese primer verano en Snake Hollow, me siento tentada a decir, por más que me resista a hacer este tipo de declaraciones, que fue la mejor parte de mi vida. Recordaba las cenas compartidas, Gabe picando calabacita y berenjena, Keller lanzando cristales de sal en una olla de agua burbujeante mientras volteaba tiras de tocino con la gracia de un dios hindú con muchos brazos; caminar entre el pasto de las dunas y el heno de los pantanos salados con un entusiasmo infantil. «¡Miren!», decía él, «sientan algo, por el amor de Dios, libérense». Me veía sentada con Gabe en el suelo de la biblioteca mientras Keller se paseaba entre nosotros, dando vueltas por la habitación; me parecía escucharlo decir, en mi sopor de las 3 a. m.: «¿Cuándo duerme?». Su voz rebotaba en las paredes, entre las luces tenues de la biblioteca.

—Vivimos en una cultura 24/7 —decía—. Los almacenes están abiertos a todas horas del día. Veinte por ciento de la población que trabaja en países desarrollados está en los turnos de noche. Los aviones despegan y aterrizan, las universidades dan clases, los hospitales tienen personal, y todo sucede durante las horas de la noche tradicionalmente reservadas para dormir. Los humanos son más productivos que nunca, pero también son más infelices. Se sienten oprimidos por los límites de sus vidas: el aburrimiento, la repetición, la fatiga. ¿Qué pasaría si pudieras usar tu sueño para hacer más, para recibir todos los beneficios regenerativos tradicionales mientras resuelves problemas, sanas e incluso experimentas mundos alternos?

Estaba tembloroso por el entusiasmo, caminando de un lado a otro por la biblioteca como un adolescente. Antes, ese mismo día, Gabe y yo habíamos viajado a Boston para ver a Keller dar una plática sobre sueños lúcidos. Era aún más enérgico de lo que había sido en Mills; su voz se extendía por el auditorio, sus extremidades se movían con energía. Era como si, al igual que Benjamin Button, estuviera creciendo en reversa.

—Esta libertad, difícil de imaginar dentro de los límites de la vigilia —dijo con fuerza—, es asombrosa, excitante e inspiradora. Las leyes de la ciencia y la sociedad son abolidas. Las posibilidades son infinitas, y las elecciones son suyas. ¿No serían

capaces de cosas extraordinarias?

Una estudiante de la universidad con un abundante cabello rojo levantó la mano. Se puso de pie cuando Keller la llamó.

—De acuerdo —dijo—, pero la gente también es capaz de cosas terribles. ¿Qué pasa si alguien quiere soñar con lastimar a otra persona o matarla?

—Tienes razón: la violencia es parte de la naturaleza humana —respondió Keller—. Pero si esos impulsos pueden ser experimentados y procesados de manera segura, dentro del constructo de un sueño, se puede acabar con ellos.

—¿Y si no se acaba con ellos? —gritó un hombre en primera fila—. ¿Qué pasa si no funciona?

—Siempre habrá personas a las que no podamos ayudar con nuestra investigación. Emparejar exitosamente a un paciente con un tratamiento es tan complejo como el matrimonio y sí, requiere ensayo y error. Pero la mayoría de los pacientes que yo veo son capaces, mientras sueñan, de ser su mejor versión: la más ingeniosa, la más creativa, la más intuitiva.

Gabe y yo teníamos conversaciones similares con Keller en Snake Hollow, sentados a la mesa o tumbados en los sofás de cuero de la biblioteca. En esos momentos, Snake Hollow se sentía casi como Mills, o una versión desnuda de Mills: como si la escuela hubiera sido despojada de sus paisajes y edificios y estudiantes hasta que todo lo que quedó éramos Gabe, Keller y yo. Keller nos enseñó su teoría de los sueños lúcidos interactivos, la misma teoría que después nos llevaría a Madison. Los participantes de su investigación eran lo que él había llamado, precisamente interactivos: personas que, debido a una mezcla de posibles trastornos, mostraban una actividad inusual al dormir.

Los criterios de Keller para participar eran tan específicos que sus candidatos eran pocos en número, pero generalmente ideales en demografía. Debían tener sueños vívidos que pudieran recordar al menos parcialmente; debían tener conocimiento de al menos dos episodios de actividad durante el sueño en los pasados seis meses, ya fuera por declaración propia o de una pareja; no podían estar tomando drogas farmacéuticas ni recreativas, y no podían haber sido diagnosticados con enfermedades psiquiátricas no relacionadas con el sueño. La mayoría de los pacientes que llegaban a nosotros habían luchado durante años para controlarse. Algunos habían recurrido a acostarse dentro de bolsas de dormir cerradas, otros se habían amarrado a sí mismos a sus camas y despejado el cuarto de objetos que se pudieran romper antes de dormir.

Nuestros pacientes regularmente están diagnosticados con uno o dos desórdenes: trastorno de la conducta REM, también conocido como RBD por sus siglas en inglés, y trastorno de parasomnia superpuesta, una disfunción que incorpora síntomas tanto de RBD como de sonambulismo. Ambos causan la pérdida de atonía muscular, la parálisis física que normalmente ocurre durante el sueño REM. Como resultado, estos pacientes, que normalmente padecen pesadillas relacionadas a un trauma, son capaces

de levantarse de la cama y representar sus sueños. Las diferencias entre los dos trastornos podrían parecerle pequeñas a un profano, pero eran significativas para nosotros. Los pacientes con RBD pocas veces abrían los ojos o salían de sus cuartos, pero tenían pesadillas que los hacían defenderse violenta y torpemente. Como resultado, eran propensos a lastimarse y a causar destrucción por accidente: un paciente con RBD podría voltear una mesa, estrellarse con un clóset o lastimar el cuerpo muy real de una pareja que estuviera acostada junto a él. Los sonámbulos son los más diestros, capaces de habilidades motoras complicadas, actividad sexual y conversación; muchos pueden incluso conducir. La mayor parte del tiempo, caminar dormido ocurre durante el sueño no REM, al margen de los sueños. Pero los pacientes con trastorno de parasomnia superpuesta, los que Keller estudiaba, caminaban dormidos durante el sueño REM, cuando ocurren los sueños.

¿Y cuáles eran los sueños que los pacientes de Keller estaban obligados a representar? Normalmente eran terribles, de procesamiento de trauma y autoprotección que salía muy mal. Keller lo veía como una evidencia de la obsesión de la mente con la seguridad y la defensa. Él creía que el sueño REM sin parálisis era el sitio donde los soñadores experimentaban las potencialidades simultáneas sin resolver de su vigilia, como cintas alternativas que se tocaban una y otra vez. Además, creía que un entrenamiento en los sueños lúcidos les daría a los pacientes un muy necesario autoconocimiento, y la capacidad de intervenir.

Pero investigaciones anteriores sobre sueños lúcidos habían probado que la técnica también ofrecía una miríada de beneficios a los soñadores normales: aventura y fantasía, resolución de pesadillas, solución de problemas, incluso sanación física. El término «sueños lúcidos» fue acuñado en 1913 por el psiquiatra holandés Frederik van Eeden, un conocido de Freud que descubrió que los soñadores lúcidos eran capaces de pensar con claridad, actuar intencionalmente y permanecer al tanto de las circunstancias de la vigilia, todo mientras experimentaban un mundo de ensueño que se sentía igualmente real. El interés en los sueños lúcidos se acentuó a finales de 1960, cuando el artículo de van Eeden fue reimpresso en libros por los estudiantes del sueño Celia Green y Charles Tart. En 1978, Stephen LaBerge, un psicólogo con una licenciatura en matemáticas, fundó el Instituto de la Lucidez. LaBerge hizo algo más que validar el estudio de la lucidez en la academia: creó la primera técnica para la inducción de la lucidez y desarrolló una serie de aparatos de emisión de luz, consiguiendo que un creciente público se interesara en los sueños lúcidos. Parte del financiamiento de Keller venía de los soñadores normales que iban a sus clases y retiros, gente que se preguntaba, como él, qué tenía la mente para ofrecer cuando se ejercitaba hasta alcanzar su máximo potencial.

Keller eligió el momento de manera impecable: su investigación también surgió en medio de una fascinación cultural con la mente inconsciente y su capacidad para la violencia. Ese verano, como parte de mis lecturas, debía familiarizarme con dos experimentos que fueron un parteaguas. En 1998, por primera vez, una persona fue

exonerada de cometer asesinato mientras caminaba dormido. Ken Parks, un desempleado a mitad de sus veintes que no terminó la prepa, se levantó mientras dormía y manejó veintidós kilómetros hacia la casa de sus suegros. Casi mató a su suegro, y acuchilló a su suegra hasta matarla. Despertó varias horas después y se encontró parado sobre el cuerpo de la mujer, sin recuerdo alguno del hecho y con una ligera sensación de dolor en sus manos. Fue exonerado, con base en el sonambulismo, en un juicio cuyo veredicto fue ratificado por la suprema corte canadiense, la cual declaró que sus acciones se debieron a un automatismo sin locura. La suprema corte creía que las acciones de Parks eran tan poco comunes, tan anómalas, que nunca se repetirían; pero resultó que el caso Parks sentaría un controvertido precedente.

En 1999, el año en que me fui a la universidad, Keller testificó como testigo experto en el juicio de Scott Falater, mormón y padre de dos hijos. Esa noche, Falater intentó arreglar la bomba que filtraba el agua de la alberca en su patio trasero, pero se fue a la cama cuando oscureció, alrededor de las nueve treinta. Aproximadamente media hora después, Falater se levantó, igual que Ken Parks, y regresó a la bomba. Lo que pasó después es el producto de conjeturas expertas y el testimonio de Greg Koons, vecino de Falater, quien lo vio arrastrar el cuerpo apuñalado de su esposa a la alberca para ahogarla. Después, Falater se puso su pijama, metió su cuchillo ensangrentado y su ropa de trabajo dentro de la salpicadera de su carro y volvió a la cama. Yarmila, su esposa, había sido apuñalada cuarenta y cuatro veces, y aunque la evidencia probaba con contundencia que Falater la había matado, él nunca recuperó ningún recuerdo del hecho.

La corte ordenó una variedad de exámenes psicológicos, pero el asesinato no podía ser achacado a un episodio psicótico, a un ataque ni a un desorden de disociación. El psiquiatra no lo pudo diagnosticar con ninguna enfermedad psiquiátrica, y los puntajes de Falater en el Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota mostraban que era casi idealmente normal, sin tendencias psicopáticas. Solo descubrieron que Falater había estado ansioso por un conflicto persistente en el trabajo que lo había llevado a sentirse inseguro y emasculado, y que su sueño se había visto afectado. Falater había comenzado a tomar pastillas de cafeína durante el día, y en la noche su descanso era difícil e irregular.

A diferencia de Ken Parks, Scott Falater fue declarado culpable. La parte acusadora argumentó que el asesinato de Yarmila había sido planeado y ejecutado a conciencia, y el jurado no estaba listo para creer en algo tan excéntrico como la idea de que Falater lo había hecho sonámbulo. Pero el caso se volvió un tema controvertido en un largo debate sobre el papel del sueño en la regulación emocional, y lo que pasa cuando el proceso de regulación se trastorna. Keller veía el sueño trastornado como una señal crítica de malestar en la vigilia del paciente, un lugar de emocionalidad desinhibida e instintiva, y por tanto, un sitio tanto de gran peligro como de gran sanación.

—Para que los soñadores regresen a un estado de salud mental —decía—, deben entender sus sueños, no borrarlos. Los pacientes que yo veo vuelven una y otra vez las mismas pesadillas por una razón. Y hasta que descubran cuál es, nunca estarán a salvo, y tampoco las personas con las que duermen.

Keller quería que Gabe y yo fuéramos capaces de tener sueños lúcidos antes de ayudarlo a entrenar a otros. Nos enseñó la técnica MILD o inducción mnemotécnica de sueños lúcidos, desarrollada por Stephen LaBerge. Era un proceso de cuatro pasos que Gabe siguió con relativa facilidad, pero yo realmente nunca fui capaz de adentrarme en ella, por más que la entendiera conceptualmente. El primer paso es recordar los sueños. Como los asistentes al taller de Keller, dormíamos con libretas junto a nosotros, escribiendo lo que podíamos recordar en cuanto sonaba la alarma. Luego seguían las revisiones de la realidad: para reconocer un estado de sueño, Keller les enseñaba a sus pacientes a buscar ciertas marcas comunes. Yo conocía las señales: dificultad para leer palabras, luces parpadeantes o fuentes de luz poco claras, problemas con objetos mecánicos y, claro, la muerte. Yo sabía que meditar antes de acostarme hacía que mi cuerpo estuviera suave y relajado hasta que los límites de la vigilia comenzaban a borrarse y disolverse, pero tan pronto como me hundía en el sueño, mi mente se ponía en negro hasta que despertaba, desorientada y con una frustración creciente. El paso tres era aún más imposible: afirmaciones lúcidas, órdenes programadas en la memoria y recordadas después, durante el sueño. Keller me hizo enfocarme en mi mano: «Cuando vea mi mano en mi sueño», debía repetirme a mí misma, «sabré que estoy soñando», pero viera mi mano en el sueño o no, nunca lo recordaba. El paso final era visualizar un sueño reciente estando despierto, pero como yo no podía recordar mis sueños, pasaba la mayor parte de estas sesiones tendida con enojo sobre mi tapete azul.

Finalmente, Keller me animó a despertarme del sueño REM con una alarma e inmediatamente escribir lo que pudiera recordar. Aun así, no podía asir historias completas, pero este método me permitió unir las partes de un sueño recurrente que ocupó mi mente ese verano. Quizá hubiera sido capaz de recordar aún más si no hubiera detenido la alarma. No quería saber más del sueño, y no quería que hubiera un documento que lo conservara. Destruí lo que tenía, metiéndolo a la trituradora cuando Gabe y Keller no estaban, y nunca volví a comentarlo con Keller.

En el sueño, estaba parada frente a un espejo en un viejo baño público que parecía parte de lo que fue un lujoso hotel que había caído en el deterioro. El baño tenía detalles hermosos: molduras en el techo, llaves doradas sin brillo, paredes con mosaico turquesa y negro. El espejo estaba tan empañado y manchado que no podía verme con claridad. Abrí la llave, pero no salió agua aunque podía escucharla corriendo en la tubería.

En algún punto una mujer mayor entró al baño. Era ordinaria, de complejión media, cabello blanco, vestida con un estilo serio y antiguo. Lo único exótico en ella era la bolsa que llevaba: grande y rectangular, como un viejo maletín de doctor, con

una enorme hebilla de metal. Estaba hecha de un material púrpura brillante que parecía, mirado más de cerca, ser piel de víbora. Observé la bolsa con interés pero por lo demás me sentía indiferente hacia la mujer. Ella entró en un compartimento; escuché el sonido ahogado cuando dejó la bolsa en el suelo. Intenté abrir la llave de nuevo, y esta vez, el agua salió con fuerza.

Observé el agua antes de cerrar de nuevo la llave. La mujer salió del compartimento. Estaba desnuda de la cintura para abajo. Aún llevaba una blusa de seda y un suéter, pero sus pantalones de vestir y sus tacones, incluso su ropa interior, ya no estaban. Entre sus piernas tenía una piel áspera y gris. No parecía darse cuenta de mi presencia; se lavó las manos bajo el agua, ya que no había jabón, y se echó un rápido vistazo en el espejo. Luego salió del baño de la misma forma indiferente con la que llegó.

La puerta del compartimento que había usado se abrió con un lento y oxidado rechinido. Estaba vacío salvo por la bolsa púrpura de piel de víbora. De afuera venían fuertes ruidos; yo sabía que otros entrarían pronto buscando la bolsa, situación en la que me vería implicada como su nueva dueña. Necesitaba mover la bolsa, pero primero tenía que ver qué había adentro. Fui al baño y presioné la hebilla. Se escuchó un clic como si quitara el seguro de una pistola. La tapa de la bolsa se abrió automáticamente, sin oponerse. Y entonces me desperté.

Le conté a Gabe sobre el sueño, muy de noche en el cuarto de las literas, cuando sabíamos que Keller ya se había ido a dormir. Escuchó con el gesto de interés de un psiquiatra, y aunque no había juicio en su rostro, no pudo desentrañar el sueño más que yo. Aún dormíamos en nuestras camas separadas, casi sin tocarnos fuera del breve roce de brazos cuando pasaba junto a mí en la cocina, pero habíamos comenzado a platicar hasta muy entrada la noche, Gabe inclinándose sobre la orilla de su litera de arriba y yo levantando la vista desde abajo. A veces hablábamos sobre nuestros sueños. Otras veces hablábamos sobre Keller.

—Simplemente no creo que él haya vivido aquí todos estos años, solo —dije una noche cálida y pegajosa en julio, con mis piernas sobre las sábanas—. ¿Nunca ha tenido familia propia?

—Tuvo una esposa —dijo Gabe.

Rodé hasta la orilla de la cama y estiré mi cuello para mirarlo.

—No es cierto. ¿Estuvo casado? ¿Cuándo?

—Hace años —dijo Gabe—. Antes de ir a Mills.

—¿Qué pasó con ella?

Gabe echó un vistazo a la puerta. El suelo era tan viejo que si Keller aún estuviera caminando por ahí, normalmente podíamos oírlo.

—Murió —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—Ni idea. Es todo lo que sé, y ni siquiera estoy seguro de cómo lo sé. Keller nunca me la mencionó, eso es definitivo. Creo que fue alguien en Mills quien me

dijo, quizá el señor Cooke.

Gabe arrugó la nariz como hacía cuando estaba intentando recordar algo. Luego negó con la cabeza.

—¿Crees que eso haya tenido algo que ver? —pregunté—. ¿Será al motivo por el que se fue de la USF y comenzó a dar clases en una prepa?

—Quién sabe. —Gabe se encogió de hombros; las curvas gemelas de la sombra de sus hombros se proyectaron en la pared de enfrente—. Como sea, hay una fotografía en el cuarto de Keller. Me metí ahí un día, pensando que era uno de los estudios. Está en su buró. Mírala si quieres, pero asegúrate de no hacerlo cuando él esté por aquí.

Fue mi primer avistamiento del viejo Gabe. Y aunque sabía que él no podía verme, yo estaba sonriendo en la oscuridad.

Estaba ansiosa por ver la foto, aunque fuera para satisfacer mi curiosidad sobre el tipo de mujer que le gustaba a Keller. Durante los siguientes días, echaba un vistazo hacia su cuarto siempre que caminaba por el pasillo, esperando que no tuviera que entrar para ver la foto. Pero la puerta solo estaba ligeramente abierta, si acaso, y pronto me di cuenta de que tendría que ser más valiente si realmente quería lograrlo.

Keller se apegaba a un horario estricto: iba a la tienda en Edgartown martes y viernes, cenaba siempre antes de las 6:30 p. m. y daba una caminata cada día de las 4:30 a las 5:15. Una tarde de jueves a finales de julio, Gabe había salido también; Keller lo había enviado a la biblioteca de Vineyard a buscar un libro sobre el misticismo judío. A las 5 p. m., impulsada por el miedo de que uno de los dos volviera a casa temprano, abrí la puerta del cuarto de Keller.

Revisé con la mirada el cuarto, que era pequeño y sobrio. La mayor parte estaba ocupada por una cama *queen* con una almohada, sábanas blancas acomodadas y alisadas con precisión. Una pintura de una canoa maltrecha colgaba sobre la cama. Debajo había una pequeña mesa de madera sobre la que se encontraba una pluma, unas cuantas hojas de papel desacomodadas y una fotografía cuadrada en un marco dorado.

Me acerqué, asegurándome de no tocar los libros acomodados en pilas en el suelo, y tomé el cuadro. La foto mostraba a una mujer de la cintura para arriba. Parecía tener al menos cuarenta años, mayor de lo que esperaba. Tenía un rostro pequeño y apasionado, sus rasgos eran angulosos y felinos, sostenidos por una apretada red de huesos. Había algo severo en su expresión: la pequeña nariz afilada, la barbilla en alto, los labios apretados en una contracción más que una sonrisa. Pero vi en sus ojos una profundidad interior y una vulnerabilidad que me impresionaron. Es posible que esté recordando mal la foto, que le haya atribuido la vulnerabilidad en retrospectiva. Pero recuerdo sentirme impactada por su inusual mezcla de desafío y profundo atractivo. Su rasgo más impresionante era un casco de brillante cabello rojo fresa, cortado hasta su barbilla y alisado en un bob.

Esa noche, en la cena, me di cuenta de que no había notado el ángulo en el que la

foto estaba acomodada antes de que yo la levantara. Mi cuerpo se calentó y mi corazón comenzó a latir rápidamente. Gabe estaba contando un chiste, con su boca llena de pasta; Keller miraba divertido. Pude haberme excusado de la mesa e ir a arreglar la foto, si tan solo hubiera sabido cómo había estado posicionada originalmente. No; era inútil. Solo podía rezar para que no la viera demasiado de cerca.

Años después, me encontraba en el área principal de la biblioteca pública de San Francisco, y decidí revisar los archivos del *Chronicle* con la esperanza de encontrar un artículo específico sobre el recinto de Keller en Snake Hollow. Después de algunas horas de búsqueda, lo encontré en la sección de estilo del periódico dominical del 18 de julio del 2000, el día del padre de ese año. «Espacio para soñar», se titulaba; «El padre pródigo de la psicología experimental del sueño en su refugio en el viñedo». El texto en sí mismo no era muy interesante; someros detalles sobre el enfoque de Keller, en algunos de los cuales el autor se había equivocado: «El señor Keller es más conocido por su polarizante teoría de las potencialidades simultáneas». Claramente estaba más interesado en la propiedad de Snake Hollow, y la mayor parte del artículo estaba ocupado por grandes fotos a todo color de su interior.

Junio de 2000 fue el verano después de mi primer año en la universidad, justo antes de que Gabe volviera a trabajar con Keller, pero la casa se veía igual que cuando nos quedamos ahí juntos. Ahí estaba la biblioteca, vasta y reservada; ahí estaba la cocina, con sus gabinetes blancos y su frágil porcelana. Pero algo de la foto del cuarto de Keller me hizo detenerme. La cama era la misma, incluso las cobijas no habían cambiado, y la pintura de la canoa aún colgaba sobre ella. Su buró estaba lleno de papeles y plumas que el fotógrafo no había movido, prefiriendo un efecto naturalista. Pero la fotografía de la esposa de Keller no estaba.

Hay explicaciones para esto, claro. Quizá Keller había movido la foto, no queriendo que un objeto tan personal se incluyera en el artículo; quizá simplemente la había puesto en su buró después de que el texto fue escrito. Pero por razones que aún no puedo articular por completo, la ausencia de la foto confirmó mi sospecha de que la colocó ahí para mí, poco después de mi llegada en junio de 2002. Nunca he podido probar que Keller quisiera que la viera, y dudo que alguna vez lo haga. Pero la pregunta se ha quedado conmigo, molesta como una telaraña, algo a lo que vuelvo en las noches cuando no puedo dormir o cuando voy manejando por lugares que no necesitan mucha atención. Si no hay otros carros o si el camino es largo y plano, con pasto seco y lleno de vacas con puntos blancos, negros y cafés, dejo que mi mente se aleje y vuelva al polvoso espacio en el ático que Keller aún ocupa dentro de mí, un lugar con pálidas formas y bienes hundidos como las ruinas de una vieja ciudad, un lugar que nunca he sido capaz de dejar atrás.

MADISON, WISCONSIN, 2004

Diciembre llegó arrastrándose, y tuve mi primera probada del invierno en Wisconsin; la nieve y la lluvia se alternaban como abogados en disputa en una batalla en la corte. Primero llegaron los suaves copos, recatados en su quietud, que se posaron con ligereza sobre los carros y los botes de basura hinchándolos como bombones; luego las bolas de granizo, grandes como ojos, que golpeaban ramas hasta dejarlas escuálidas y temblorosas. Un día particularmente helado a mitad de mes, Gabe y yo quitamos inexpertamente la nieve del carro y manejamos hacia el Walmart, en el condado de Waukesha, para comprar los abrigo que parecían *sleeping bags* que todos los demás tenían. Invertimos, también, en botas para la nieve de verdad: con pelaje en los bordes, enormes zapatos aislados que podían proteger los pies en temperaturas terribles de hasta cuatro grados bajo cero.

Si nos sentíamos aislados en el verano, esa húmeda niebla no era nada comparada con la rigurosa y helada cuarentena del invierno. No podría haberme detenido a saludar a algún conocido si hubiera querido; solo estaba concentrada en sobrevivir, tenía mi cara en carne viva por el frío, las manos congeladas cerrándose con *rigor mortis* alrededor de las bolsas de ropa o libros de la biblioteca. Cuando entraba a nuestra casa respirando con dificultad, tenía que sentarme aplastada contra las ventilas de la calefacción hasta que mi piel comenzaba a descongelarse. Una vez, Gabe y yo vimos a un hombre esperando el camión con un pasamontañas de asaltante de banco, con pequeños agujeros para sus ojos y nariz, y aunque nos reímos en ese momento, no puedo decir que no nos sentimos tentados a conseguir unos para nosotros.

Veíamos cada vez menos a Thom y Janna. De vez en cuando nos invitaban a jugar Scrabble o Adivínelo con señas, y aunque Gabe mostraba interés, yo estaba llena de una aversión que me confundía. «Ve tú, entonces», solté durante una granizada, acomodando la cobija más apretada sobre mí. Desde Acción de Gracias había soñado con Thom: sueños delirantes y desgastantes que me era imposible olvidar al día siguiente. Nunca pude recodar cómo comenzaban. Mi consciencia los alcanzaba en alguna parte a la mitad, en el cuarto subterráneo con la luz dorada. Me di cuenta de

que era el sótano de Thom. Un reloj colgaba de un cable en la pared detrás de su cabeza: eran las cuatro o las dos. Thom se recargaba contra la pared separando sus piernas en una ancha V, con un frasco de mermelada entre ellas. En el frasco había un líquido color miel sin hielos. Él jugaba con el vaso, mezclando el líquido con la punta de su dedo anular.

O estábamos sentados debajo del árbol de eneldo de su patio trasero y Thom escuchaba con atención, inclinado hacia adelante con todo su cuerpo, su pecho curvado hacia mí como una cueva hacia la cual podía hablar. Estábamos sobre el hielo, pero ninguno de los dos tenía frío.

—Estás mojada —decía él—. Tus manos están mojadas. —Y me tocaba el rostro con la punta de su nariz, y yo sentía el suave cosquilleo de su mentón en mi mejilla, su piel deliciosamente cálida, mientras un gato anaranjado ronroneaba su canturreo motorizado y la luna se cubría de luz como una segunda piel.

Siempre despertaba de estos sueños sudando, con las sábanas empapadas y enredadas y mis músculos punzantes por el esfuerzo. Nunca había recordado mucho de mis sueños. Ahora eran tan vívidos que estaba aterrada de haber hablado en voz alta, pero siempre que volteaba a ver a Gabe, estaba quieto y con los ojos cerrados.

Y así lo dejaba. Subía las escaleras al ático y prendía la lámpara junto a la ventana. Mis lienzos aparecían de pronto, como una televisión prendida en un cuarto oscuro. Pintaba mis sueños para deshacerme de ellos, para exorcizar la vergüenza y la traición que me generaban. Quería recordarlos y dejarlos ir, como si el acto de la memoria me fuera a dar control. Solo había llevado cinco lienzos a Madison, pero no compré más por miedo a que Gabe se preguntara qué estaba haciendo. En vez de eso, pinté una y otra vez en esos cinco lienzos, untándolos de negro cuando había terminado.

A veces, cuando Gabe y yo volvíamos a casa por la mañana, después de una sesión en el laboratorio, veíamos a Thom caminando hacia el garaje con sus pantalones de pana y zapatos de vestir, levantando un brazo sobre su cabeza para protegerse de la nieve. En esos momentos, Gabe levantaba una mano para saludarlo, pero yo agachaba mi cabeza y me metía al carro. El Thom de mis sueños se había vuelto tan vívido que ver al real me daba una rastrera sensación de culpa. Cuando Gabe cerraba la puerta del carro y volteaba hacia mí, diciéndome: «Era Thom, ¿lo viste?», yo siempre fingía sorpresa y decía que no lo había visto entre la nieve.

Además, teníamos cosas más importantes de qué preocuparnos ese invierno, y quizá es por eso que mi vida onírica enfrentó su propia amenaza. Cinco días antes de Navidad, Keller llamó y nos dijo que nos reuniéramos con él en el laboratorio. Un fusible había explotado en la caldera de la sala y estábamos molestos y adoloridos por el frío. Además, era domingo, el que se suponía era nuestro día libre. Pero Keller habló en el tono severo que indicaba no estar abierto para el debate, así que nos arrastramos pesarosamente hacia el exterior para descubrir el carro de nieve con nuestras botas nuevas puestas.

No logramos llegar al laboratorio. Una tormenta soltaba montones de asquerosa aguanieve sobre los caminos; el suelo estaba tan mojado que derrapamos dos veces antes de meternos en la entrada de una casa ajena y llamar a Keller para decirle que debíamos reunirnos con él en otro lugar. Terminamos en el Starbucks en State Street, el tipo de lugar que Keller aborrecía, pero era la cafetería más cercana a nuestro carro.

Era el último día de los exámenes finales en la universidad, y parecía que cada estudiante había huido de su dormitorio buscando el calor, la música empalagosa y las bebidas con crema batida de Starbucks. Las sillas estaban cubiertas con abrigo de plumas en tonos rosa, rojo y azul; regadas por el suelo había mochilas desparramadas como soldados caídos, botas Ugg aplastadas, sombreros con pompones, pequeños guantes regordetes. El disco navideño de Mariah Carey sonaba por las bocinas. Tomamos las escaleras hacia el segundo nivel, donde había más mesas y sillones de cuero. «Lo siento», dijo Gabe al rozar a una chica que dormía boquiabierta con su libro de química sobre su regazo.

Encontramos a Keller de pie en una esquina al fondo, con las manos unidas detrás de su espalda mientras nos buscaba por el lugar. Había apartado un trío de mesas, no porque necesitáramos el espacio sino porque necesitábamos la privacidad. No había comprado nada, y un apretado grupo de estudiantes en busca de un lugar para sentarse observaron fijamente sus tres mesas vacías sin disimular su molestia.

—Siéntense —dijo sin darse cuenta. Gabe y yo nos sentamos, cada uno en nuestra propia mesa, y nos quitamos nuestros sombreros. Un montoncito de nieve se había acomodado sobre nuestras pestañas y cabello; nos lo sacudimos, observando a Keller. Él metió la mano en su portafolio de piel negra, el mismo que había usado en Mills y que ahora lucía maltratado, y puso un grueso periódico frente a nosotros. Era una copia del *San Francisco Chronicle*, fechado ese mismo día.

—No sabía que aún recibía el *Chronicle* —dijo Gabe con las cejas levantadas—. ¿Nostálgico?

—Eso no tiene nada que ver —dijo Keller, golpeteando el periódico con su dedo. Lo había abierto en la sección de crimen de la página del «Área de la Bahía y el Estado». Debajo de su dedo estaba la fotografía policial de una mujer con ralo cabello rubio, amarillento en las puntas y café en las raíces, y ojos cetrinos y muy separados. De inmediato reconocí su barbilla partida y su pico de viuda, las cicatrices marcadas en sus sienes; remanentes de una mala experiencia infantil con la varicela, nos había dicho, aunque siempre sospeché que era otra cosa.

ARRESTO DE ASESINA DEL CASO OAKLAND

(20-12) 06:51 PDT Rockridge - Una sospechosa ha sido puesta en custodia en relación con las muertes de James, Leslie y Charlotte March, la familia de Rockridge encontrada muerta en septiembre, dijeron el sábado las

autoridades.

Anne March, de 26 años, originaria de San Francisco, fue arrestada por sospechas de asesinato después de una extensa búsqueda por todo el Estado. March, quien trabajaba como enfermera pediátrica en Kaiser Permanente, al inicio fue reportada como desaparecida a principios de octubre. El punto decisivo llegó el pasado jueves, cuando una denuncia anónima dirigió a la policía a una casa abandonada en San Francisco, donde la señorita March fue encontrada invadiendo el lugar. «Tenemos pruebas suficientes para creer que la señorita March cometió los asesinatos de James, Leslie y Charlotte March», dijo el sargento José Mendoza. Mendoza se negó a hacer más comentarios, diciendo que una conferencia de prensa estaba agendada para la mañana del lunes. Se espera la presencia de otros miembros de la familia March.

La sospechosa asistió a la Preparatoria de Oakland y a la Universidad del Estado de California-Long Beach. No tiene historial criminal, y la abogada de oficio, Linda Meyers, ha insinuado que el Estado podría considerar la defensa por demencia. Aunque el abogado acusador, Kevin van Dyke, consideró esto como «un disparate», citando los puntajes aprobatorios de la señorita March en los exámenes psicológicos necesarios para toda enfermera titulada. Meyers sostuvo que «la salud mental no puede reducirse a un puntaje numérico, una pregunta de cierto-o-falso, un aprobado o reprobado»; aludió a la participación de la señorita March en un estudio de investigación psicológica en 2002 como una posible evidencia de su inestabilidad en el pasado, aunque se negó a hacer más comentarios. Los esfuerzos de Chronicle para contactar al director del estudio han sido infructuosos.

March fue llevada al Centro Penitenciario Femenino de California Central, donde enfrenta una sentencia entre cincuenta años y cadena perpetua por los asesinatos de sus padres, James y Leslie, ambos de 52, y su hermana menor, Charlotte, de 11. El San Francisco Chronicle reportó el caso March por primera vez el 12 de septiembre, cuando el jefe de James March llamó a la policía de la ciudad para reportar su ausencia en el trabajo. Las tres víctimas fueron encontradas en la cama, muertas como resultado de dosis fatales de morfina administrada de forma intravenosa. El momento de su muerte se estimó dentro de los diez días previos al hallazgo.

El Centro Penitenciario es la correccional para mujeres más grande en Estados Unidos. Alberga el corredor de la muerte femenino del Estado de California.

—Santo Dios —dijo Gabe. Bajó el periódico y lo contempló por un momento antes de levantar la vista hacia Keller.

—Sabía que esto pasaría —dije—. Lo sabía.

Nos quedamos en silencio. Algo parecía elevarse y extenderse entre nosotros como gas tóxico. En el pasillo de atrás, se escuchó el sonido de un excusado al tirar la cadena, y dos chicas salieron del baño con los brazos entrelazados. El sabor de la bilis subió por mi garganta.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Gabe—. A ver, ¿qué carajo hacemos?

Me tomó un momento darme cuenta que le hablaba a Keller. Había visto a Gabe discutir ligeramente con Keller, molestarlo incluso, pero nunca lo había escuchado usar este tipo de lenguaje. Keller lo observó imparcialmente, con la cabeza ligeramente agachada.

—Sugiero —dijo en voz baja—, que no contestes el teléfono a menos que estés seguro de que la llamada es de uno de nosotros. Deja que todo lo demás se vaya al buzón. Si te contacta alguien que no conoces, un reportero, un extraño, quien sea, ven conmigo inmediatamente. No me importa qué tan inocuo parezca.

—Santo Dios —dijo Gabe. Pasó sus manos por su cabello—. Bueno, pensémoslo bien. Quizá no es tan malo. Es posible que ella no estuviera dormida, ¿verdad? E incluso si lo estaba, ¿cómo podrían probarlo?

—Definitivamente no estaba dormida —dijo Keller.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—No podía estarlo. Si recuerdas algo sobre el caso de Anne, sabrás que nunca fue sonámbula; su desorden se parecía sobre todo al RBD. Nunca salió de su cuarto. Sus ojos siempre estaban cerrados. Era violenta pero torpe. No tenía ninguna de las delicadas habilidades motoras que se necesitan para operar un carro o llenar una jeringa de morfina.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Gabe—. Que no estuviera durmiendo. O sea, si estaba despierta cuando cometió esos asesinatos, ¿cómo puede nuestro estudio tener algo que ver con ellos?

—No es algo bueno —dije—. Por Dios, ¿de verdad crees que no tenemos que ver en esto? Sabíamos exactamente lo violenta que era. Le dimos conocimiento de sus impulsos más profundos, y luego la dejamos ir. Confiamos en que ella sabría qué hacer con eso.

—Intentamos ayudar a los pacientes a resolver sus trastornos del sueño. Pero no somos responsables del conocimiento que reciben en el entrenamiento de lucidez, tampoco de las acciones que toman como resultado de ello —dijo Keller con severidad—. Lo sabes tan bien como yo... está en nuestro comunicado.

—Legalmente quizá, pero ¿qué tal moralmente? —pregunté—. Es decir, ¿no es por eso que estamos aquí, espantados? Ese aviso es bueno y bonito hasta que alguien es asesinado.

—Estamos trabajando dentro de los límites de la confidencialidad cliente-paciente —dijo Keller—. Además, RBD se caracteriza por arranques inconscientes de violencia y autodefensa. Casi cada paciente que vemos muestra estos síntomas.

—Sí, pero Anne era diferente —dijo Gabe—. Era cautelosa. Manipuladora. Todos lo sabíamos.

—Exacto —agregué—. Debimos haberle dicho a alguien. Debimos haberla entregado.

—¿Y qué habría pasado entonces? —preguntó Keller—. ¿Habría sido arrestada por soñar con homicidios? ¿Acusada? Imaginen, gente siendo rodeada y acusada, no por lo que han hecho, sino por lo que han soñado que hacen. Es crimen de pensamiento, y nosotros habríamos sido los policías.

—Está bien, pero eso no significa que no seamos culpables. Sostuvimos un espejo sobre su cabeza y le mostramos lo que había en su interior. —Sentí náuseas, la cabeza densa—. Le dimos la idea.

—Eso es imposible de probar —dijo Keller.

—Pero ¿usted lo está negando? —preguntó Gabe.

Una nueva y extraña dinámica se dio entre nosotros: Keller estaba ligeramente inclinado hacia atrás, Gabe y yo lo observábamos con atención. ¿Avidez de qué? ¿De que admitiera haber hecho algo mal? ¿De que se quebrara?

Keller estaba callado, contemplando un punto detrás de nuestras cabezas, perdido en sus pensamientos o ignorándonos por completo. Por un momento, pensé que no iba a responder; luego abrió la boca y exhaló, con un sonido agitado.

—No lo sé —dijo, articulando cada palabra con cuidado como si de alguna manera eso fuera peor, más humillante, que la negación.

Pensé en Jamie: su cabello sostenido con los pasadores, sus extremidades tensas bajo nuestras correas, las luces rojas de sus zapatos parpadeando mientras se alejaba de nosotros. Y recordé algo más: una noche tibia en septiembre, un relicario colgando de un dedo índice. Mi primera conversación con Thom.

«¿Lo que comienza como un ejercicio de autoconocimiento no podría revelar de hecho nuestros impulsos más oscuros?», había preguntado. «Una vez que no experimentamos nuestros sueños a través del recuerdo, sino justo ahí, en el momento, ¿cuánto falta para que comencemos a creer que esto es lo que somos realmente, lo que queremos realmente, cómo nos sentimos? Es decir, ¿cuándo nuestro sueño consciente se vuelve nuestra consciencia? Quizá los sueños no son peligrosos en sí. Quizá lo que es peligroso es poner a la gente en contacto con ellos».

—Dios mío —dije, recargándome en mi silla—. Thom tenía razón.

Gabe había estado contemplando la pared, aturdido, pero ahora sus ojos se entrecerraron.

—¿Thom tenía razón? —repitió—. ¿Hablaste con Thom sobre nuestra investigación?

—Pues tú hablaste con Janna.

—Ella me preguntó. Es diferente. No le dije cosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Keller—. ¿Quién es Thom? ¿Quién es Janna?

Ninguno de los dos respondió de inmediato. Pero Keller se veía afectado, como si

lo hubiéramos traicionado, y Gabe cedió primero.

—Nuestros vecinos —dijo.

—Les he dicho infinidad de veces... —recordó Keller.

—Sí, lo sabemos. —La voz de Gabe sonaba cansada, plana—. La primera regla del Club de la Pelea es no hablar del Club de la Pelea.

Keller estaba rígido.

—Este no es momento para bromas, Gabriel.

—¿Quién está bromeando? —preguntó Gabe—. Si reclaman nuestros archivos como pruebas... si descubren lo que sabíamos... estamos jodidos. Podríamos estar implicados.

Golpeó la parte baja de su palma sobre la mesa. Los estudiantes cercanos levantaron la vista, pero nadie puso mucha atención. Probablemente nos tomaron a Gabriel y a mí por hermanos, estudiantes, y a Keller por nuestro padre. Una riña familiar, deben de haber pensado; nuestro padre fue a recogerlos después de los finales, Gabe estaba nervioso por el examen de esa mañana.

—No reclamarán su archivo —dijo Keller.

—¿Por qué no? —preguntó Gabe.

—Porque me deshice de él.

Estaba muy tranquilo. Lo contemplamos.

—Eso es genial —dijo Gabe—. Eso es realmente genial, Adrian. ¿Y cuál es nuestra excusa?

—Un incendio en el laboratorio de Fort Bagg. Una sustancia combustible, queroseno, naftalina, uno de los pirofóricos. Una falta de cuidado, claro, pero un accidente ordinario.

Keller se quitó los lentes y los puso en la mesa sobre sus delicadas y delgadas patas. Se talló el puente de la nariz.

—Pero estoy abierto a otras ideas, si las tienen.

—¿Qué tal si tiene que testificar? —pregunté.

—Pues lo haré —dijo Keller—. La publicidad no es necesariamente el problema, es el tipo de publicidad. No tengo problema con hablar en nombre de nuestra investigación. Y si ustedes se encuentran en una situación similar, asegúrense de dejar claro que el caso March era completamente común. Incluso decepcionante. Trabajamos con ella durante ocho semanas, durante las cuales no pudo alcanzar un estado de sueño lúcido. Como era incapaz de cumplir las exigencias del estudio, la dejamos ir.

—¿Y qué pasa si ella les dice otra cosa? —pregunté—. Sí era lúcida.

—Un poco demasiado lúcida —masculló Gabe.

—Con una defensa por demencia —dijo Keller—, no veo que ese tipo de inconsistencia sea gran problema.

Nos quedamos en silencio mientras la música, una estimulante versión hip-hop de «God Bless Ye Merry Gentlemen», llegaba a un *crescendo*. Cuando comenzó la

siguiente canción, Keller negó con la cabeza.

—Es una tragedia —se lamentó—. Ella es exactamente la clase de paciente a la que pudimos haber ayudado.



En la víspera de Año Nuevo, soñé que estaba acostada con Thomas sobre el suelo del sótano. Nuestros cuerpos estaban aceitosos y estábamos apretados el uno contra el otro, llevando el ritmo contra los tablones de madera del suelo. Thom sostenía mis caderas, moviéndome de atrás hacia adelante. Después yo me subía a él, caliente y exaltada, y él ponía sus manos entre mis piernas. Cuando me vine, deslizándome sobre los tablones con mi cara presionada contra su cuello, la sensación fue más fuerte que cuando estaba despierta.

Una mujer delgada, con cabello rojo cortado en un bob, estaba en la silla del escritorio, observándonos. Era la esposa de Keller. Me llamó con una seña, y yo me levanté. Suavemente, jaló la cadena colgante del foco, pero antes de que la luz se encendiera, desperté.

Parpadeé en la oscuridad, con mi corazón latiendo con fuerza; Gabe estaba junto a mí. Dormir con Thom: eso es lo que había estado temiendo y también lo que parte de mí deseaba. Pero igual de inquietante era el hecho de que el foco, un foco de sueño, y por tanto, de acuerdo con las reglas de Keller, imposible de encenderse, casi había funcionado.

Eran las cinco de la mañana del día de Navidad. Gabe se estremeció fuertemente, suspiró, y se sentó; luego salió de la cama y se arrastró por el pasillo. Escuché la puerta del baño al cerrarse, la luz al encenderse y el chorro de orina de Gabe. Llena con el recuerdo de la expresión suave y abierta en el rostro de Thom, la forma en que las líneas de su frente se borraban mientras nos mecíamos juntos, deslicé mi mano en mi pijama. Adentro, estaba húmeda, la piel se apretaba contra mi dedo. Cuando Gabe dejó de orinar, se hizo el silencio y me detuve. Después de un momento, tiró de la cadena del baño y yo me saqué el pulgar; mi cuerpo comenzó a estremecerse.



El día de Navidad pareció un bostezo infinito: los regalos prácticos, el rígido aprecio, caminábamos por ahí en nuestros abrigos de *sleeping bag*, porque la caldera de la sala aún no había sido reparada. Cada media hora actualizábamos las principales páginas de noticias, recorriéndolas en busca de noticias del caso March. Hasta ese momento,

solo había aparecido un breve *addendum* sobre la conferencia de prensa en el *San Francisco Chronicle*, que le dio más espacio a los discursos de los parientes de Anne que a la defensa por demencia. Ninguno de los dos tenía mucha hambre, pero la idea de las latas de sopa de pollo que llevaba un año en la despensa me enfermaba, así que salí hacia el mercado con dos capas de pants debajo de mi abrigo. Llevé a casa un pollo rostizado para cenar, y como habíamos comido muy poco en todo el día, nuestro apetito emergió: lo picamos hasta dejar solo los huesos.

Esa noche me sentía demasiado culpable para dormir. Me quedé despierta en la cama hasta que el reloj en mi buró dio las dos y media, las tres treinta, luego las cuatro. A las cuatro treinta, cuando el cielo pasaba de negro a gris oscuro, salí de la cama y bajé por un vaso de agua. Abrí la llave y dejé que corriera hasta que el agua pasó de café rojizo a transparente. Afuera, nuestro carro era una gran bestia blanca, magnificado por la nieve. Después de beber, subí las escaleras hacia el ático.

Abrí la puerta lentamente para que no crujiera, y me dejé caer sobre mis rodillas frente a la ventana. La luna brillaba afuera como un policía en su turno de noche. Mientras el tapete marcaba mis rodillas con el diseño de pequeños puntos en relieve de su estambre, yo dibujaba mis trasgresiones: las caderas de Thom contra las mías, la mujer de cabello rojo observándonos. Ángel o guardia de prisión, la pinté en ángulos: las puntas angulosas de su bob, un trozo de nariz, las cejas arqueadas con expectativa. Ella era anaranjada, el suelo color caoba, y yo era roja como el placer.

Cuando llegó el momento de pintar nuevamente de negro el lienzo, me detuve. Esta vez, no estaba lista para volver a la cama, pero meforcé a abrir la tapa del tubo negro. Mientras lo hacía, el teléfono comenzó a timbrar.

Me congelé solo un segundo antes de correr por los dos tramos de escaleras. Teníamos dos teléfonos, uno al pie de la escalera en el primer piso y otro en el cuarto. Gabe estaba profundamente dormido, pero yo sabía que se despertaría si el teléfono seguía sonando. Contesté abajo, con el tubo de pintura blanca aún en mi mano.

—Hola, vecina —dijo la voz al otro lado.

Era Thom. Su característica cadencia me hizo entrar en calor.

—Thom —dije sorprendida. Se escuchó como un susurro, casi una pregunta.

—No lo gastes. —Thom también estaba susurrando; habíamos tomado un bajo tono de intimidad que era tan confuso como eléctrico.

—No deberías llamar a esta hora de la noche —dije.

—¿Por qué no?

—Porque estaba dormida.

—No lo estabas.

—¿Cómo lo sabes?

—Contestaste el teléfono. —Hizo una pausa—. Además, tu luz está encendida.

Me di la vuelta. Una luz tenue se derramaba por la escalera; era de una de las lámparas del cuarto. Mi estómago dio un vuelco. ¿Había prendido mi lámpara antes de salir de la cama sin darme cuenta o Gabe se había despertado?

—Como sea —dijo Thom—. Solo llamé para ver si te interesaría tomar una copa. Camaradas búhos y todo eso.

—Estaba dormida —dije, con más aspereza de la que quería. De pronto me sentí culpable. Él no podía saber por qué me hacía sentir tan incómoda—. Quizá en otro momento.

—Qué raro —dijo Thom—. Creí que te había visto bajar por un vaso de agua.

—¿Me estabas viendo? Eso es acoso.

—No quería hacerlo. —El tono juguetón de su voz se había ido; sonaba ofendido—. Estaba sentado en mi sala, no podía dormir, como dije, y vi una sombra en el fregadero de tu cocina; era delgada, así que me imaginé que eras tú. De cualquier manera, eran tus persianas las que estaban abiertas. No dejes tus persianas abiertas si no quieres ser vista.

Me había tensado, pero no por lo que Thom había dicho. Era porque había escuchado un ligerísimo clic, el sonido de una bocina siendo levantada.

—Por favor, no vuelvas a llamar —dije.

Colgué. El teléfono tembló en su lugar, una mancha de pintura roja quedó sobre su parte posterior. Arriba, escuché un clic más fuerte, una puerta siendo cerrada. Maldije, lamiendo mi dedo y tallando la pintura roja hasta que desapareció. Cuando subí las escaleras, había un destello de luz debajo de la puerta del baño. Caminé suavemente hacia el cuarto y me metí debajo de las cobijas, con el pulso acelerado. La lámpara del lado de Gabe estaba encendida. Yo estaba aterrada de que estuviera enojado conmigo, pero cuando volvió al cuarto, acomodándose el bóxer y con su cabello apelmazado en un lado, me vio con una sorpresa atontada.

—Hey —dijo—. Tenía que orinar. Prendí mi luz y no estabas aquí.

—Fui por un vaso de agua.

—Me imaginé.

Me miró por un momento, como si estuviera esperando para ver si yo decía algo más. Luego se subió a la cama, apretando su pecho contra mi espalda. Podía sentirlo creciendo y endureciéndose contra la parte posterior de mis pantalones de algodón.

—Hey —dijo de nuevo, con la voz más baja esta vez. Enterró su cara en la parte de atrás de mi cuello; afuera, un tren aulló ronco mientras avanzaba.

Era la primera vez en años que habíamos dormido juntos de la forma en que lo hacíamos en Mills. «Dormir juntos», una frase curiosa para el sexo, aunque quizá no es tan distinto a dormir después de todo: la fuerza mecánica, el tacto húmedo, la salvaje conciencia con la mirada perdida. Mis pantorrillas se frotaron hasta quemarse contra las sábanas. Gabe se levantaba y caía sobre mí con un rítmico balanceo de marea. Me había olvidado de cómo se sentía, esta cercanía. Floté con el alivio; el viejo amor volvería a mí como un perro.

Cuando despertamos al día siguiente ya eran las once; el frío y brillante sol del invierno bañaban el cuarto. Gabe bajó para poner el café y yo empecé a tender la cama, pero mientras quitaba la cobija, vi una mancha de pintura roja en el centro de

las sábanas blancas. La contemplé por un momento antes de quitarla, mi corazón golpeaba en su jaula.

Casi había logrado llegar a la lavadora cuando Gabe subió, con una taza de café en cada mano. Me miró con sorpresa.

—Lavamos las sábanas la semana pasada —dijo.

Las había recogido entre mis brazos, pero el rojo era demasiado escandaloso para esconderlo. Pude ver sus ojos encontrar el punto brillante.

—Sangré —dije bordeándolo para pasar y dejándolo solo al final de las escaleras.

Como un avión parpadeado en la noche, continúe mi avance para alejarme de Gabe. Quizá si le hubiera dicho la verdad esa mañana, podría haber cambiado el curso de esa máquina oscura, haberla retorcido por las alas. Pero la sangre ya se había vuelto menos amenazadora que la pintura, la realidad se había convertido en la hermana justa de la ilusión; y así, vertiendo cloro en la boca de la lavadora, seguí adelante.

FORT BRAGG, CALIFORNIA, 2002

Cuando agosto llegó a Snake Hollow, comenzamos a prepararnos para nuestra partida hacia Fort Bragg. Después de dejar Mills, Keller se había instalado en esta pequeña ciudad costera, una zona militar de la guerra civil a dos horas y media al sur de Eureka. En el verano, los turistas iban a visitar los restos del fuerte y a caminar por las playas de roca cubierta con cristal de Mendocino. Toda la ciudad olía a agua salada. Era lo suficientemente tranquila como para que Keller pudiera pagar una pequeña construcción de ladrillos rojos abandonada en la orilla de la ciudad que había convertido en un pequeño laboratorio y centro de investigación. Muchos de nuestros pacientes manejaban desde otras partes de California —Fort Bragg está a tres horas de San Francisco en carro—, pero a aquellos que iban en avión se les ofrecía hospedaje en un estudio sobre el laboratorio que Keller había renovado para estudiar el sueño durante la noche.

Podría haber sido pintoresco, pero era un lugar extraño para poner una instalación de investigación. Martha's Vineyard no era un fuerte académico, pero Fort Bragg estaba prácticamente desierto en ese aspecto. Estaba rodeado por los rugosos peñascos del condado de Mendocino, y sus principales industrias eran la tala controlada y la construcción. Las universidades más cercanas estaban a dos horas al norte y al sur. Pero Keller no hacía nada por accidente; era tan temeroso como astuto, y yo comencé a sospechar que lo aislado de Fort Bragg era parte de su encanto. Después de cinco años en Mills, después de dejar la educación superior por completo, escogió reconstruirse en relativo secreto.

La casa de Keller era pequeña y tejada, estaba a varias cuerdas del laboratorio. Cuando se menospreciaba, la llamaba su cabaña, pero era claro que lo enorgullecía: le dio los acabados a los pisos de madera, instaló nuevas ventanas y pintó el exterior él mismo con color azul celeste y blanco en las molduras. Gabe ofreció compartir su departamento en el sótano conmigo, dijo que él podía dormir en el sofá plegable de la sala ofreciéndome caballerosamente el cuarto; y yo acepté. La distancia entre nosotros me llenaba de una dolorosa y nostálgica añoranza por como solíamos ser, pero aún pensaba que sería más feliz viviendo con Gabe que sola. Además, su casa

estaba totalmente amueblada, así que no había nada que yo tuviera que llevar o comprar.

Vivíamos a una cuadra de Keller. Ese otoño pasamos la mayoría de nuestras cenas en su casa. Hicimos muchas de las comidas en Snake Hollow, pero la frenética electricidad del verano pronto fue reemplazada por una frecuencia más baja, como el murmullo de una abeja obrera. Aunque nuestro pequeño grupo no había decrecido, experimenté momentos de soledad. Sentía escalofríos mientras estábamos sentados a la mesa redonda de Keller con las ventanas abiertas; la lluvia golpeteaba el camino de entrada; el cielo acompañado de la luna se teñía de azul oscuro. Comíamos en un silencio nuevo, interrumpido solo por el tintineo de un cuchillo contra el plato de mantequilla o el seco golpe de un vaso de agua al ser puesto sobre la mesa. Solo podíamos hablar de algunas cosas, dado lo mucho que nos veíamos. Aun así, me recordaba a las cenas con mi familia en Nueva Jersey, cuando estábamos cansados de los temas típicos y la fatiga del día se instalaba; qué decepcionante era descubrir que incluso mis relaciones más cercanas no eran inmunes a la distancia.

Pero algunas veces nuestro chachareo era tan rápido y entretenido como aquel verano. A principios de septiembre, Keller nos puso al tanto de un caso que comenzaría a mitad del mes. Limpiamos la mesa redonda retirando los platos y reemplazándolos con una botella de vino y una pila de archivos. Yo estaba emocionada: de hecho era la primera vez que vería a un paciente, que tomaría parte en un experimento real.

Keller empujó sus lentes sobre su nariz y abrió la carpeta manila frente a él.

—Es más joven de lo que normalmente veo en los pacientes de RBD —dijo—. Pero muestra todos los signos.

Observamos las fotografías del inicio. Mostraban a una mujer con cabello rubio claro recogido en un hábil chongo y la piel pálida y empolvada; parecía del tipo de persona que nunca salía de la casa sin bloqueador solar, incluso en el invierno. Había dos medias lunas azulosas debajo de sus ojos, sombras del cansancio que había intentado disimular con corrector amarillo. Keller publicitaba su investigación por varios canales, incluyendo las universidades estatales en California, y esta mujer había visto un anuncio de su estudio en el tablón de anuncios del edificio de enfermería en el Estado de Humboldt. Su nombre era Anne March y tenía veinticuatro años. En nuestra investigación, sería llamada paciente 222.

Dos semanas después, me reuní por primera vez con Anne en el laboratorio. Ella dudaba antes de hablar, y cuando lo hacía, su voz era vacilante; apenas podía terminar una frase sin perder el aliento. Como era mi primer estudio, Keller me había pedido que observara su entrevista sin interferir. Le dijo a Anne que yo era una nueva aprendiz, una estudiante, pero aun así sus ojos pasaban rápidamente sobre mí con desconfianza.

Durante seis meses había vivido con perturbadoras pesadillas diarias, que describía como si tuvieran una cualidad alucinógena y que la impulsaban a salir de la

cama y protegerse. Cuando despertaba, se encontraba de pie en otra parte de la casa, una vez en la regadera sin abrir la llave, otra frente a la ventana de la sala, con sus manos contra el cristal. Su corazón siempre estaba acelerado, y se descubría tan empapada en sudor que tenía que bañarse o cambiarse de ropa. Dijo esto en una voz tan baja que Keller le pidió que hablara más alto. Los sueños, afirmó, eran horribles, pero no podía recordar detalles, solo la sensación persistente de miedo y asco que estaba presente cuando despertaba. Por eso había acudido a nosotros, para poder descubrir qué soñaba y por qué.

Además, estaba casi recién comprometida. Ella y su novio compartían departamento, pero ahora dormían solos. Tres meses antes, Anne había sido obligada a despertar por su prometido, quien abrió sus ojos para descubrir las manos de Anne alrededor de su cuello. Como estudiante de enfermería, Anne sabía de la importancia de la evidencia documentada. Lo llevó al cuarto de lavado de su edificio, donde las luces fluorescentes eran más brillantes, y tomó fotos de los rasguños a lo largo de su cuello, las marcas de media luna hechas por sus uñas.

Mientras nos mostraba las fotos, de las cuales ya habíamos visto copias en su archivo en Snake Hollow, Anne no se mostraba emotiva. De hecho, siempre que la veía despierta, estaba contenida, delicada quizá, pero con un comportamiento inescrutable que velaba lo que pasaba en su interior, el desastre del cuarto de un adolescente metido debajo de la cama; un mundo caótico, pero que hacía que los pisos se vieran temporalmente limpios.

Gabe me dijo que esto era normal.

—La mayoría de nuestros pacientes parecen cuerdos cuando están despiertos — dijo mientras empacábamos un día después de la sesión de entrenamiento de lucidez —. Son apacibles, algo apenados, y son mucho más agradables que ella, a decir verdad.

La noche anterior, Anne había dormido en el laboratorio durante su primer estudio de lucidez. Parecía nerviosa cuando llegó, y su ánimo empeoró mientras la preparábamos. Se quejaba de que en el laboratorio hacía demasiado frío y luego, cuando subimos la calefacción, demasiado calor; había olvidado su pasta Colgate de siempre y se negó a usar la Crest que teníamos en el laboratorio, así que manejé hasta la farmacia de veinticuatro horas más cercana. Como yo era nueva, Gabe tomó los signos vitales de Anne y acomodó la cámara de video mientras Keller alistaba el EEG. Yo engullí mi cena en la oficina de Keller. Minutos después, Gabe entró corriendo por la puerta.

—Mierda —gritó—. Es pura mierda. Dijo que la toqué... inapropiadamente, eso dijo. Solo estaba intentado tomar su maldito pulso.

—¿Qué? —Bajé mi tenedor—. ¿Sabe que es parte del procedimiento?

—Claro que lo sabe. Keller la puso al tanto de lo que pasaría, como siempre. Gracias a Dios ya había comenzado a grabar con la cámara de video.

La cinta era suficiente para exonerar a Gabe de cualquier mala acción, era obvio

que había apretado las correas justo como había sido entrenado para hacerlo. Pero la acusación de Anne fue suficiente pista de que pronto descubriría su verdadero ser. Era increíblemente rápida para aprender; los participantes necesitaban mostrar signos de lucidez en menos de ocho semanas si querían continuar en el estudio, pero Anne estaba teniendo sueños lúcidos en los primeros tres días. Respondía a nuestros leds con los movimientos izquierda-derecha necesarios, aunque pasaron días antes de que nos dijera qué había visto.

—Creo que una parte de mí siempre lo ha sabido —dijo—. Pero nunca me permito a mí misma pensar en ello.

Estábamos en la oficina de Keller. Anne se sentaba frente a él con la espalda rígida, como un gato vigilante, y sacudiendo una pierna cruzada. Yo estaba a la derecha, garabateando notas que después editaría con precisión, sentada en la cocina de la mesa con una grabadora, pausándola momento a momento. Cuando ese día, en Starbucks, Keller nos dijo que se había deshecho de los archivos, esto fue lo que vino a mi mente: ni Anne, ni sus padres ni su hermana, sino las horas de trabajo meticuloso debajo del foco tenue de la cocina. La investigación era de Keller, y Gabe lo asistía durante las pruebas. Pero mi trabajo era escribir las historias de nuestros pacientes, y ese trabajo me hacía sentir valiosa. Ni mis padres podían negar que la investigación de Keller fuera intrigantemente innovadora, y lentamente llegaron a ver mi decisión de dejar Berkeley como evidencia de mi habilidad. Era una mentira piadosa que me decía a mí misma, que había sido elegida por mi talento y no por algo más; me ayudaba a seguir adelante.

Era más fácil para mí hacer sola ese trabajo de transcripción. En la noche, después de que Gabe se iba a dormir, me sentaba en la destartada mesa de nuestra cocina con mis audífonos puestos y la grabadora de Keller sobre mi regazo. La voz de Anne llenaba el cuarto, fantasmal y delicada como una flor que se abre por las noches. Cuando las entrevistas comenzaban, su tono era plano, pero en el transcurso de la sesión se volvía tenue y titubeante. Aunque siempre había un trasfondo de reto, agudo y brillante como el acero.

—¿Crees que tu hermana esté en riesgo? —preguntó Keller una vez. Su voz sonó clínica, imparcial.

—Dígame, doctor —dijo Anne, pronunciando las consonantes con deleite especial—, ¿usted lo cree?

Los sueños no siempre eran los mismos, pero seguían un patrón confiable. Primero, estaba la imagen de la trasgresión: un perro con carrillos colgantes orinando en un pasto verde o una rata metiéndose al cuarto de un niño. Luego Anne se volvía consciente de su cuerpo en el espacio. A veces se acurrucaba entre las almohadas, con sus extremidades torcidas en figuras apretadas. Otras veces, se descubría en el jardín de su casa de la infancia, con la densa peste de la orina en el aire. Experimentaba una creciente sensación de profanación. Se levantaba, sus movimientos eran torpes pero determinados. Fue hasta después de Anne que comenzamos a atar a los pacientes a la

cama. En ese punto, solo faltaban unos momentos para que atacara. Una vez, golpeó la pared con tanta fuerza que la piel de sus nudillos se abrió antes de que Keller pudiera detenerla. Después de eso, hicimos que usara gruesos guantes acolchados. Aunque decía ver una rata o un perro mientras dormía, siempre reportaba, al despertar, que el animal era su padre. También declaraba que se había deshecho de él.

En semanas aprendimos a calcular el momento de su ataque y a lanzar los estímulos de luz justo antes de que sucediera. Si podíamos recordarle que estaba soñando y razonábamos, podíamos ayudarla a intervenir en su conducta antes de que se volviera violenta. Teníamos razón: Anne se detenía en el cuarto, aturdida, y respondía a los estímulos con la señal de movimiento del ojo que le habíamos enseñado. Luego volvía a la cama y despertaba de un sueño de onda lenta, alrededor de veinte minutos después.

Tomó meses que Anne revelara que había sufrido abuso sexual, que había sido a manos de su padre y que estaba preocupada por la vida de su hermana menor. Keller creía que nuestro estudio le estaba dando una oportunidad de expresar de forma segura su rabia y procesar sus impulsos. Él estaba alterado: Anne se volvió lúcida más rápido de lo que nunca antes habíamos visto, y su reacción a los estímulos de luz estaba perfectamente alineada con la teoría de Keller. Él la veía como un caso emblemático, uno que podría usar para presionar por una subvención económica y legitimar los sueños lúcidos interactivos.

Pero nunca volvimos a ver a Anne. Un día a finales de octubre, Gabe y yo llegamos al laboratorio y encontramos a Keller en su oficina, aturdido y parpadeando como si se acabara de despertar.

—Se fue —dijo. Hizo un gesto hacia el teléfono, la luz roja del botón de correo de voz brillaba—. Escuchen.

Anne daba rodeos. Apreciaba nuestro tiempo, sentía que había alcanzado su meta al haber visto lo que había estado soñando y, con eso dicho, no sentía necesidad de continuar en nuestro estudio. Dio vueltas por otro minuto más o menos: ya no podía pagar el viaje de tres horas en carro a Fort Bragg desde San Francisco, con el precio de la gasolina como estaba; nosotros lo entenderíamos, estaba segura, y eso sin contar el tráfico... hasta que Keller detuvo el mensaje.

Nunca lo había visto tan abatido; era como si alguien hubiera muerto. Gabe, con su característico descaro, comenzó a molestarlo.

—Anímese, viejo —dijo dándole unas palmadas sobre el hombro—. No es la indicada para usted. Hay más peces en el agua.

Gabe y yo también estábamos decepcionados, pero en el fondo agradecíamos habernos deshecho de Anne. Era astuta, impredecible, y nos hacía sentir intranquilos a ambos. Más tarde, cuando pensaba en ella, tenía una sensación de incomodidad en retrospectiva. Era como el recuerdo de haberse comido accidentalmente un insecto: una hormiga en un pan, una araña en la ensalada.

Esa noche, cuando volvimos al departamento, estábamos llenos de la salvaje y

desinhibida energía de los asistentes a un velorio nocturno. Nuestro nerviosismo estaba suspendido en el cuarto, chisporroteando como cable de electricidad. Gabe recorrió la alacena hasta que encontró una vieja botella de vino tinto. Bebimos, desparramados en el sofá, hasta que estábamos más mareados que ansiosos.

—Por Anne —dijo Gabe.

—Por Anne. Que duerma en paz.

Brindamos, luego nos quedamos en silencio. ¿Habíamos defraudado a Anne o ella nos había defraudado a nosotros? Se había escapado de nuestras manos, desapareciendo por una rendija en la pared. Aunque ella había sido la paciente, éramos nosotros quienes nos sentíamos expuestos.

Gabe dio otro trago de vino.

—No la extrañaré —dijo.

—No. Yo tampoco.

Gabe puso su vaso en el suelo. Luego colocó su mano sobre mi rodilla. La dejó ahí mientras lo observaba, luego comenzó a moverla por mi muslo. Desabrochó el botón de mis pantalones y deslizó el cierre hacia abajo, descansando su mano en la suave y tierna piel debajo de mi ombligo. Durante unos segundos, nos miramos el uno al otro.

Entonces uno de los dos se movió, y dejamos de pensar. Quizá esto era lo que habíamos querido y habíamos aplazado, dejar de pensar; era como si compartiéramos un par de pulmones, un pulso, un grueso y musculoso corazón. Su cuerpo, mayor ahora, solo era medio conocido. Se sentía más, yo podía notarlo; como mi cuerpo, el suyo era de alguna forma tanto más seguro como más vulnerable de lo que solía ser. Después, nos quedamos tendidos en el tapete de la sala, tibios y jadeantes. La lluvia entraba por la ventana abierta. Por lo demás, la cuadra estaba en silencio; parecía que nadie viviera en Fort Bugg además de nosotros. Pero yo ya no estaba sola.

—¿Por qué te tomó tanto tiempo? —susurré.

—¿A mí? —preguntó Gabe—. He estado esperándote todo este tiempo.



Pasamos dos años en Fort Bragg: esperando nuestro momento, construyendo nuestros argumentos, alimentando nuestra investigación hasta que se hizo fuerte como un organismo. Keller podía ser caprichoso, pero aun así estaba ansioso por la validación institucional. Después de que tuvimos suficiente material para armar un caso convincente, aplicó para una plaza como investigador visitante en la Universidad de Wisconsin-Madison. Gabe y yo estábamos en su casa, limpiando tras la cena, cuando la noticia de su aceptación llegó por *e-mail*. Keller se rio, por sorpresa o por venganza, con su cara a unos centímetros de la pantalla de la computadora; estaba

lleno de una alegría sin disimulo. Durante años había mantenido su investigación protegida, tallándola poco a poco. Ahora podía quitar la cubierta de la estatua, dejando el océano Pacífico, el aire salado y la pequeña cabaña azul como si nunca los hubiera amado realmente.

MADISON, WISCONSIN, 2005

Como todos los buenos mentirosos, me enorgullecía de mi habilidad para engañar y pensaba que era impecable. Pintaba mis lienzos de negro con una fervorosa atención al detalle, sin permitir que se viera ningún trazo de la pintura original. Esas pinturas cubiertas eran obras en sí mismas, tan sobrepuestas e intencionales como lo que tenían debajo. Solo había una pintura que me había olvidado de cubrir de negro: en la que había estado trabajando cuando Thom llamó, la noche de Navidad. La había metido detrás de otros cuatro lienzos oscuros y la había dejado ahí.

Una tarde de enero, después de quitar el hielo del porche, entraba con una vieja pala en la mano, cuando noté que Gabe no estaba en la cocina donde lo había dejado. Con la intuición especializada del paranoico, que me dijo que el único resultado posible era el que más temía, supe que estaba en el ático.

Subí corriendo las escaleras y abrí la puerta de golpe. Él estaba en la ventana, con la luz cayendo sobre sus pómulos. Las cuatro pinturas negras estaban regadas por el piso como soldados caídos. En las manos de Gabe estaba la pintura de Thom.

—No me dijiste que estabas haciendo esto —dijo sin mirarme.

—Es un proyecto nuevo.

—Ya veo.

Sostuvo la pintura hacia la luz. Mi estómago se revolvió, pues sabía lo que mostraba: Thom y yo en el piso del ático, nuestros cuerpos formando ángulos mientras nos mecíamos juntos. Pero lo había pintado de la forma en la que siempre lo hacía con mis sueños: narrativa sobre narrativa, la misma escena dibujada una y otra vez entre más llegaba a mí, y ahora las líneas eran vertiginosas, casi indescifrables. Gabe lo miró con los ojos entornados, luchando por desentrañar el significado de la pieza. Era una prueba: ¿qué tan bien lo había escondido?

—¿Qué es? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Solo estaba probando. Jugando con el color y las líneas.

Pero quizá había querido que descubriera la pintura; quizá era yo quien lo estaba probando. «¿Qué tanto sabes de mí, Gabe? ¿Qué tan lejos llegarías por saberlo?». Él no había bajado la pintura; estaba contemplando la esquina inferior izquierda, donde

había pintado los lentes que Thom se había quitado. Los pequeños y brillantes cristales, las oscuras patas dobladas.

—Esos lentes me parecen conocidos —dijo.

—¿Sí? —Parpadeé—. Mmm.

Dejó la pintura en el suelo y se limpió las palmas en los pantalones. Cuando levantó la vista de nuevo, su cara estaba compuesta.

—Son de Thom —dijo—. Curioso, ¿no?

Pensé que había ganado, pero entonces vi que estaba equivocada. Gabe estaba fingiendo desinterés, algo que solo se tomaba la molestia de hacer cuando estaba suprema y dolorosamente interesado. No se iría sin pelear.

—¿Por qué curioso?

Gabe lo ignoró. Me agaché y comencé a limpiar los cacahuates que se habían caído de una gran caja ladeada. Él estaba en silencio, observándome.

—¿Thom es realmente tan interesante para ti?

—Esa es una pregunta ridícula. Primero que nada, Thom no tiene el monopolio de los lentes con marco negro. Y segundo, son solo una pequeña parte de la pintura.

—Claro. Se me olvidó mencionar las líneas locas zigzagueando por todo el lugar. Y los dos cuerpos desnudos. —Soltó una risa falsa—. No estoy ciego.

—Gabe —dije soltando una larga exhalación—. Fue un sueño, ¿okey? Tuve un sueño raro con Thom y me asustó. Vine aquí para procesarlo.

—Un sueño. Así que sigues recordándolos.

—Supongo que sí. Partes, al menos. —Crucé los brazos—. Pensé que estarías contento de que estoy pintando de nuevo.

—Estás cambiando el tema. Y estás a la defensiva.

—Claro que estoy a la defensiva. Te estás portando como si hubiera hecho algo mal, como si te hubiera traicionado, pero no puedo controlar lo que sueño. ¿Y no tengo el derecho a... la libertad artística?

Estaba mintiendo; a decir verdad, me sentía tan culpable como Gabe pensaba. Pero él me creyó, o quiso hacerlo, podía verlo en su rostro. Su quijada se suavizó y exhaló.

—Lo siento. —Sacudió su cabeza y pasó una mano por su grueso cabello café—. No sé qué me pasa. Sé que no lo puedes controlar.

Salió del ático; su hombro rozó contra el mío cuando pasó junto a mí, y luego escuché sus pesados y rápidos pasos por las escaleras. Un momento después, la puerta del mosquitero se abrió con un sonido seco y se cerró con uno repiqueteante. Se había ido.

En mi primer año en Berkeley, tomé un curso de psicología que se enfocaba en el amor. Lo más interesante para mí era la sección sobre la comunicación en la pareja. Aprendí que incluso el más mínimo cambio en la expresión facial de un miembro de la pareja, una ceja levantada o un labio torcido, podía ser suficiente para detonar un incremento en el latido cardiaco y la adrenalina del otro. Aún más impactante era el

hecho de que las parejas comienzan a parecerse conforme envejecen: sus caras son literalmente moldeadas por la experiencia compartida. Es claro que las parejas hablan con sus cuerpos, no solo con sus voces; que el cuerpo se confunde en sus lealtades y que, a veces, el cuerpo traiciona la mente de su dueño para comunicarle algo a la pareja, como un insurgente corriendo entre las líneas enemigas con una carta en mano.

Debí haberme sentido aliviada cuando se terminó la conversación, pero no fue así. La incomodidad de Gabe había amplificado mi propia preocupación, pues ya no podía negar que mis sueños estaban comenzando a saltar hacia mis días. El tiempo ya no estaba atado a mi vida; se había descosido, una bastilla colgante, un hermano cuyos días alguna vez habían estado trenzados con los míos, pero que hacía tiempo se había ido. Avancé torpemente hacia la mañana sintiéndome desorientada e incongruente, como una criatura nocturna parpadeando ante la dura y equivocada luz del alba. A veces mi respiración estaba entrecortada y mis músculos adoloridos como si los hubiera contraído toda la noche. Otras veces, un ligero y menguante placer recorría mi cuerpo.

Mis sueños con Thom se habían vuelto más intensos y detallados, y tenían un peso físico y sensorial que se quedaba conmigo cuando despertaba: las piernas de Thom, tibias, largas y escasamente parchadas con vello, enredadas en mí; los bultos y huecos de su cara presionados contra mi cuerpo, las suaves cuencas de los ojos, el puente de la nariz, mientras me susurraba algo, una canción, «For there's a change in the weather, a change in the sea. My walk will be diff'rent, my talk and my name...». Era una vieja canción de orquesta de 1940, una canción de Benny Goodman, pero ¿dónde la había escuchado antes? Porque para que ocurriera en mi sueño, yo lo sabía, tenía que haberla escuchado en alguna parte. Pero cuando escuché la canción en línea, en la oficina, con la puerta cerrada, me recordó a Thom y solo a Thom.

Hasta ese momento, me había sentido desamparada, resignada a los sueños como vinieran. Hacía unos años había renunciado a los ejercicios de lucidez que Keller nos enseñó en Snake Hollow. Pero ¿y si los intentaba de nuevo? Si podía entrenarme para ser lúcida quizá los sueños perderían su poder; podría ver la vieja maquinaria de mi subconsciente cobrar vida entre rechinidos, mientras me paraba lejos de ella. Si podía nombrarlos, podría ser capaz de desarmarlos. Tal vez incluso podría controlarlos.

Esa noche, tendida en la cama, hice un inventario de las cosas a mi alrededor: la puerta del cuarto, ligeramente entreabierta; afuera de mi ventana, un trozo de luna; colgando de mi cómoda, la falda de algodón a la que le había tallado una mancha la noche anterior. «Cuando vea mi mano en mi sueño, sabré que estoy soñando», pensé mientras Gabe roncaba ligeramente junto a mí. Me recordé las señales del sueño: aparatos eléctricos descompuestos, proezas imposibles de la física, la muerte. Y cuando emergí en un sueño, minutos u horas después, las busqué.

Nunca sabía cómo comenzaban los sueños. En vez de eso, me volvía consciente como a la mitad y era casi como despertar; lentamente mis ojos parecerían abrirse y

ese mohoso mundo subterráneo se materializaría de nuevo, siempre en el sótano, con sus suelos de madera agrietada y su foco polvoso. Las luces no se encendían en los sueños, así que era la luz lo primero con lo que empezaría. Pero cuando me estiré para tomar la cadena colgante del foco una noche, Thom me detuvo.

—¿Estás loca? —dijo y alejó mi mano de un golpe, como si fuera una mosca—. Gabe podría vernos.

La amenaza fue suficiente para congelarme en mi lugar. También estaba distraída, porque la esposa de Keller había aparecido. Nunca hablaba, pero nos observaba. Llevaba un traje rojo de saco y falda, su expresión era impasiblemente apreciativa: estaba o fascinada con nosotros o muy, muy aburrida. A veces se sentaba en una silla frente a mí y cortaba su cabello, mirando hacia mi cara como si fuera un espejo. Otras veces, nos ignoraba por completo: inspeccionaba el cuarto y se recargaba contra la pared, tarareando como un adolescente y esperando la llegada de un tren. Otra vez, el gato anaranjado de Keller pasaba entre nosotros antes de sentarse en el regazo de la mujer.

Thom siguió mi mirada.

—¿Qué estás viendo? —preguntó en voz baja.

La mujer llamó mi atención, con una ceja levantada en una elegante S de lado.

—No lo sé —mentí.

—Claro que sí —dijo Thom, mimándome.

Pensar se sentía como nadar en lodo. Había dominado una tarea, al menos: sabía que estaba soñando. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora?

—No sé cómo —dije—. No sé cómo despertarme.

—Entonces ni te molestes.

—No ayudas.

—Tú no necesitas mi ayuda. —Thom se recorrió hacia mí y acomodó su cabeza sobre mi regazo, cruzando una pierna sobre la otra. Sus pies eran largos y anchos, los huesos salían como abanicos—. Te despertarás en la mañana.

—Pero ¿qué hago hasta entonces?

El gato pasó por ahí contoneándose y Thom lo agarró. Lo sostuvo sobre su cabeza, colgando hacia el suelo, se retorció y luego aflojó su cuerpo.

—Miles de cosas —dijo—. Podríamos tener un concurso de miradas. Un *round* de lucha. Jugar *black jack*. Escapar. Aunque hay varias cosas divertidas que podemos hacer aquí.

Subió y bajó sus cejas rápida y repetidamente.

—No seas asqueroso —dije, como si estuviera viendo una película y no pudiera parar, y lo besé. Sabía a humedad y sudor, y lo hice de nuevo.

—Quédate un poco más —murmuró Thom.

Con su mano detrás de mi cuello, me acercó a él antes de alejarse de nuevo. ¿Por qué se sentía tan bien besarlo? No tenía nada del impulso contundente de Gabe, ni su carisma franco; Thom era tímido y lánguido. Su cuerpo carecía de la tensa densidad

del de Gabe, de su pecho duro o sus gruesos y musculosos brazos. Cuando presionaba mis dedos contra la piel de Thom, la notaba receptiva, pero a través de ella podía sentir sus huesos.

Él encendió una vela. Hacía que su rostro brillara en dorado, luego rojo. La luz hacía otras gracias en mí, también. A veces, trepaba las escaleras para ver por la pequeña ventana en el sótano. El cielo era de un negro profundo, extrañamente mate, como pintura seca. No podía ver nada más, ni formas, ni jardines, ni estrellas.

—¿Por qué no puedo ver las estrellas? —le pregunté una vez a Thom. Lo sacudí por los hombros y su cabeza se tambaleó, moviéndose de hombro a hombro como la de un espantapájaros.

Y luego estaba en la cama con Gabe, y eran sus hombros los que estaba sacudiendo, aunque su cabeza seguía puesta en su lugar y su fuerte cuello de rottweiler permanecía inmóvil. Sus ojos estaban abiertos de par en par y enfocados.

—Porque vivimos en una ciudad —dijo—. Hay lámparas. Contaminación de luz. Ya no estamos a mitad de la nada.

¿Podía ser el invierno, la contaminación de luz, la densidad atmosférica lo que había borrado las estrellas? Una noche me quedé despierta para ver. Me senté en la orilla de nuestra cama con un vaso de agua. Habíamos regresado a las 3 p. m. después de una larga sesión en el laboratorio, y ahora era la tarde. Estaba exhausta y la urgencia de dormir me jalaba como agua revoltosa; era el impulso más fuerte que tenemos, solía pensar, más grande que el hambre o el sexo. Pero esperé hasta que el reloj digital junto a la cama diera las seis treinta, luego las siete, luego las ocho.

Eran las ocho treinta cuando comenzaron a aparecer. Como invitados en una fiesta de lujo, algunas llegaron temprano, otras elegantemente tarde, pero una por una llenaron el cielo. Hiades, Cygnus, Pléyades. Las «Siete Hermanas», con sus asientos reservados en la mesa. Segura de que había estado soñando, me dormí como si tomara mi legítimo lugar debajo de ellas; Gabe y yo nos apiñamos en la cama, con nuestros papeles asignados: en la mente como en la tierra, en la tierra como en el cielo.



Una puerta se cerró entre Gabe y yo, y nos veíamos con los ojos entornados a través de la mirilla. No podía decirle que tenía miedo de los sueños que aún me embargaban por la noche, o lo mucho que me había perturbado el regreso de Anne a nuestras vidas. Era difícil decir dónde estaban sus lealtades, y pasábamos menos tiempo solos. Keller, una presencia tan poco común en nuestra casa, había comenzado a aparecer sin previo aviso; o al menos a mí me parecía sin previo aviso, ya que yo nunca estaba cuando él llegaba. Entraba empujando la puerta con bolsas de víveres o libros de la

biblioteca, con mi cara ruborizada y los músculos rígidos por el frío, y ahí estaba él, sentado con Gabe en la mesa de nuestra cocina o lavando un vaso en el fregadero.

«Sylvie», diría Keller asintiendo, y Gabe agregaría de golpe: «Adrian estaba en el vecindario». O señalando con un gesto hacia el periódico abierto sobre la encimera: «Otro artículo sobre el caso de Anne. Míralo. ¿Dónde estabas, por cierto?».

Keller no vivía cerca, y no tenía razón para estar ahí a menos que fuera a visitarnos. Sospechaba que quería hacernos sentir que estaba ahí durante un periodo obviamente perturbador, aunque no estaba segura de si lo hacía para reconfortarnos o para vigilarnos.

Gabe pensaba que se sentía solo.

—Ya sabes lo que Anne significaba para él —dijo después de que Keller se había quedado a cenar y a tomar dos bebidas antes de dirigirse a la puerta finalmente alrededor de las once.

Lo vi de reojo desde el fregadero, secando mis manos en una toalla para platos.

—Para su trabajo, querrás decir —dije.

—Ya conoces a Adrian. Para él, no hay mucha diferencia entre los dos. —Gabe suspiró y se reclinó en su silla, haciendo un gesto de dolor hasta que su espalda tronó—. Nunca ha dicho que es perfecto, Sylvie. Está pasando por muchas cosas, y lo menos que podemos hacer es estar ahí para él.

—¿Por qué estás siendo tan amable con él? —recordaba la furia de Gabe ese día en Starbucks, lo bien que se sintió estar del mismo lado—. Lo arruinó, ¿recuerdas?

—Quizá. —Gabe suspiró—. Quizá no. Es una situación de mierda por donde se mire, pero creo que nos precipitamos al culparlo. Si es culpa de alguien, es de Anne.

Su desertión me hizo sentir apabullada y abandonada. Y me llevó de nuevo a esa brumosa noche en octubre de 2002, poco después de que nos mudamos a Fort Bragg. Gabe y yo estábamos limpiando la cocina después de cenar pollo rostizado; abríamos las ventanas para dejar que el humo saliera cuando saqué el hecho de que Anne solo seguía instrucciones de Keller. Esa mañana, habíamos terminado otra frustrante sesión en la que ella se negó a dejar que Gabe o yo la preparáramos; solamente confiaba en Keller, era la única persona que permitía que estuviera cerca de ella.

—Está reforzando su mala conducta —dije—. Está mimándola. Si ella va a ser parte de nuestra investigación, tiene que aceptar el hecho de que también tiene que lidiar con los subordinados.

—Aún es pronto. —Gabe limpió el plato que yo acababa de lavar con una toalla y se colgó la toalla de nuevo en su hombro—. Claramente está muy lastimada. Y simplemente así es Keller.

—¿Un facilitador? —pregunté. Era más valiente entonces; aún no era demasiado tarde para que me reinscribiera en Berkeley para el semestre de primavera.

—Si quieres ponerlo de esa manera. —Gabe se encogió de hombros—. Pero no hay razón para convertirlo en el villano. Keller siempre ha querido ayudar a la gente que más lo necesita. No creo que haya nada malo en eso.

—Quizá es él quien debería estar en terapia.

—Lo ha estado.

Me reí sorprendida.

—¿Cómo sabes?

—Él lo ha mencionado —dijo Gabe—. No sé sobre qué... quizá Meredith.

—¿Meredith?

—Su esposa. Murió, por Dios, y joven. ¿Cómo se supone que superas eso?

Esa noche me quedé despierta durante horas en la cama que Gabe y yo tímidamente habíamos comenzado a compartir. Meredith: el nombre me sonaba conocido, pero no podía ubicar de dónde. Gabe estaba roncando junto a mí; era como una montaña en paz. Salí de la cama y prendí la computadora, esperando mientras chisporroteaba y rugía. Abrí Google y busqué alguna combinación de Meredith y Keller. No estaba segura de por qué sentía la necesidad de hacerlo de forma tan privada; solo sabía que estaba traicionado a Keller y, de alguna manera, también a Gabe.

Lo que salió fue la página de obituarios de la *Vineyard Gazette* de 1993. Antes de encontrar su nombre tuve que desplazarme hacia abajo por una larga lista: «Mary Lu Jensen, 78 años, cuidó amorosamente a personas y plantas»; «Kenneth Bryors, 94 años, disfrutó la isla de la vida, visitas familiares».

RECONOCIDA CIENTÍFICA Y PROFESORA MEREDITH KELLER MUERE A LOS 43 AÑOS

Un servicio al pie de la sepultura en el Cementerio de Crossways se llevará a cabo el sábado, 4 de diciembre, en honor a la vida de Meredith Keller, Meredith White de nacimiento. Hija de Mary y Lewis White, nacida en 1950 en Oak Bluffs, Meredith recibió su maestría en psicología de la Universidad de Tennessee y su doctorado en neurobiología de la Escuela de Medicina de Yale. Poco después de graduarse, Meredith se convirtió en maestra en el sistema escolar del ejército estadounidense, educando a niños en Vietnam, Alemania y Japón, antes de aceptar una cátedra en la Universidad de San Francisco en 1979. Fue ahí donde conoció a su esposo, el investigador Adrian Keller, un estudiante de doctorado que más tarde se unió a Meredith en la facultad. Se casaron en 1985.

Meredith se quitó la vida el 26 de noviembre de 1993. Le sobreviven su viudo, Adrian Keller, y su madre, Mary White. No tuvo hijos.

Las donaciones en su honor pueden hacerse a la Fundación Meredith Keller para el sueño lúcido interactivo, a través del programa de filosofía-neurociencia-psicología de la Universidad de San Francisco.

—¿No te parece un poco antiético? —le pregunté a Gabe la mañana siguiente. Tan secretamente como había encontrado la información, no podía quedarme callada ahora que la tenía—. Por Dios ¿la esposa de Keller se suicida y él canaliza todas las donaciones a su propia investigación?

—La investigación era de los dos —dijo Gabe. Su cara estaba endurecida con un gesto defensivo que me sorprendió—. Eran socios.

—Pensé que habías dicho que no sabías nada de ella —comenté—. Nada más que el hecho de su muerte.

—Sabía que eran colegas.

—No realmente. Él era alumno de ella.

Gabe hizo una pausa, sorprendido.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

Lo había entendido esa mañana, tendida en la cama mientras los bordes de nuestras gruesas cortinas brillaban con luz color melocotón: la carta metida en *Recuerdos, sueños, pensamientos* de Jung, los tres delicados trozos de papel, cayendo al piso como una invitación. «¿A quién le escribía?», había preguntado. «A mi tutora de tesis», dijo él; «Meredith».

—Él me lo dijo.

—¿Por qué? —preguntó Gabe—. ¿En qué contexto?

Estaba parado frente a mí en el cuarto, tenía su pecho elevado en una especie de orgulloso pesar.

—Encontré una carta que le escribió. Me crucé con ella en la biblioteca en Snake Hollow, y le pregunté para quién era.

—Eso fue un poco invasivo, ¿no crees?

—Quizá él quería que la viera.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se veía genuinamente desconcertado.

—Nada —dije.

Me sentía apenada; me había pasado mucho de la raya. ¿Qué sabía yo de la vida de Keller, de su matrimonio? Yo nunca había perdido a alguien a quien amara. Pero el entendimiento de que había descubierto algo de Keller que Gabe no sabía me inquietaba. Aún tenía la molesta sensación de que no había descubierto la carta para Meredith, y los detalles de su muerte, solo por mi propia cuenta. Incluso noté que la fotografía del obituario era la misma que había encontrado en el cuarto de Keller, lo cual pudo haber sido una coincidencia, pero de cualquier modo me daba la escalofriante sensación de que yo había conectado dos puntos sin querer. Y aunque me parecía imposible de probar, ¿cómo podía saber Keller que yo buscaría una segunda copia del libro de Jung, o que me importaría lo suficiente como para averiguar más sobre su esposa? Aún me sentía como si estuviera siguiendo un camino que alguien más había trazado antes.

Quizá por eso me salí de ese camino por completo, o quizá me di la vuelta y comencé a caminar en la dirección contraria. Ya fuera por miedo o rebelión, no quería

saber más del asunto. Quería creer que podía elegir no saber más sobre Meredith. Aceptaría la tierra sobre la que estaba parada; no siempre tenía que buscar las grietas. Si el conocimiento era un ofrecimiento, de Keller o de alguien más, todo lo que tenía que hacer era rechazarlo.

MADISON, WISCONSIN, 2005

Hubo momentos, claro, en los que era imposible evitar a Janna y Thom. Nos cruzábamos con ellos en la tienda donde rentábamos películas; veíamos a Thom en el campus, donde Gabe y yo comíamos durante el turno matutino en el laboratorio del sueño; o lo encontrábamos corriendo por la calle con sus piernas de gacela, justo cuando la luz del semáforo se ponía en rojo. Cada vez, mi reacción hacia Thom era más visceral, en parte por el magnetismo y en parte por la repulsión que me producía la situación. Gabe me observaba; ¿cómo podía no hacerlo? Intentaba parecer despreocupada. Pero ese cambio era sísmico, gobernado por leyes fuera de mi control, con un atractivo tan poderoso y apabullante como un *déjà vu*.

Una mañana soleada y tranquila, a principios de febrero, el teléfono sonó mientras Gabe y yo desayunábamos huevos duros con una pieza de fruta al lado. Gabe me hizo una señal negativa con su cabeza, tenía medio huevo en la boca.

—¿Vas a contestar?

—No hay que hacerlo —dije.

Había una naranja sanguina partida a la mitad en cada uno de nuestros platos. Varios días antes, volvimos del mercado con una bolsa de la fruta hinchada y de piel gruesa. Cada una era tan jugosa que teñía nuestras servilletas de morado.

¿Cómo era posible que el teléfono siguiera sonando? Gabe detuvo su tenedor en el aire.

—Podría ser Keller —dijo.

—Dejaría un mensaje.

Gabe empujó su silla hacia atrás y se limpió las manos en sus pantalones, manchándolos.

—No hay necesidad de andarse con juegos —masculló, cruzando la habitación—. Lo mejor será averiguar qué quiere.

Pero antes de que pudiera levantar la bocina, dejó de sonar, y hubo un fuerte sonido de golpeteo en la puerta.

—Por Dios. No nos puede dejar en paz ni una mañana, ¿verdad?

Le eché sal a mi último huevo mientras Gabe avanzaba hacia la puerta. Yo ya

estaba harta de las claras carnosas con su textura de gelatina.

—Thom —dijo Gabe.

El sonido de su nombre me hizo querer correr. Estaba avergonzada de mí misma; había hecho cosas más difíciles que esto. Pero esperé en la mesa de la cocina mientras Gabe y Thom discutían afuera, esperando que Thom solo hubiera venido con una breve pregunta sobre cierres de carreteras.

Se escuchó una escarpada sonrisa aguda, la de Janna.

—Suenan divertido —dijo Gabe.

La puerta se abrió lentamente. Thom y Janna estaban ahí con sus galas invernales: él vestía un largo abrigo con un patrón blanco y negro; ella, un saco turquesa satinado. Su exagerado cuello levantado se erguía tan alto como su nariz.

—Bochas —dijo Gabe—. ¿Quieres jugar?

Su voz era alegre, aparentemente transparente, pero con un disimulado toque afilado, un tono que me recordaba a Janna. Parecía un reto.

—No estoy vestida —dije. No era exactamente verdad; llevaba una triste combinación de pants, pero ver a Janna me hizo sentir como si hubiera estado en pijama.

—Es un día tan lindo —dijo Janna—. Tibio bajo el sol.

—Un poco tibio —dijo Thom.

—Un poco tibio —repitió Janna.

—Ven así —dijo Thom.

Estaba mirándome de una forma peculiar, perpleja, dudosa, como si lo hubiera lastimado. Su nariz estaba rosa por el frío, sus ojos buscaban mi cara. Sería una victoria de mi vida onírica sobre mi vida real si dijera que no, pensé, pero me puse mis botas y me reuní con ellos en el porche, donde Janna balanceaba una bolsa roja y azul, con formas grumosas en su interior que se movían como un gato molesto.

Caminamos por una extensión de tierra detrás del río Yahara e instalamos un campamento cerca de un grupo de mesas de pícnic. Era el primer día del año con una temperatura que no estaba bajo cero. Pequeños charcos de aguanieve se formaban en el pasto.

—No sé nada sobre bochas —dije, sosteniendo una mano sobre mis ojos mientras Janna abría su enorme bolsa. Yo me mantenía cerca de Gabe, y mis dedos entrelazaba con los suyos; me sentía desesperada como una adolescente con su primer novio.

—Pertenece a la familia de los deportes de pelota —dijo Janna—. Relacionado directamente con la petanca y el boliche, con un ancestro común que data desde los antiguos juegos del Imperio romano.

Volteó la bolsa y un grupo de pelotas de colores brillantes y aparentemente pesadas salió de golpe. La observé sin hablar.

—Todo lo que necesitan saber —dijo Thom, tomando una—, es cómo lanzar.

Thom sugirió equipos de damas y caballeros, no parejas, así que terminé parada junto a Janna mientras Gabe lanzaba el bochín por el campo. Me sentí aliviada de no

haber sido emparejada con Thom, pero Janna me hizo sentir nerviosa de la forma en que algunas personas se sienten ante los perros grandes; parecía que si ella estaba de malas, podía arrastrarme por el cabello. Los chicos eran azules y nosotras rojo. Tomamos turnos para lanzar nuestras bochas hacia el bochín. Pensé que tendría problemas para lanzar la mía a más de unos metros, pero resultó que Janna y yo estábamos bastante parejas. Para el final de la tarde, cada equipo había boleado cinco veces, y nosotras estábamos a un punto por encima de los chicos. Si hubieran estado más concentrados, podrían haber jugado mejor, pero Thom y Gabe estaban forcejeando de una forma que me recordaba a los chicos en Mills. Era en parte juego, en parte agresividad: Gabe interponiéndose ante Thom con una rápida patada en la espinilla o correteándolo hasta el árbol más lejano, con sus pantalones salpicados de fango.

Janna se recargó sobre su cadera mientras esperábamos que volvieran. Sus delgadas piernas estaban envueltas en gruesas medias cafés y empequeñecidas por un par de acolchadas botas para la nieve.

—A veces —dijo Janna— creo que Thomas tiene tendencias homosexuales.

Thom y Gabe vinieron corriendo hacia nosotros. Parecían estar compitiendo, pero luego Gabe se detuvo detrás de Thom. Con un rápido y sutil movimiento que solo yo vi, encajó su tobillo debajo de la pierna derecha de Thom. Thom se resbaló hacia adelante, con las piernas separadas, antes de caer como res contra el suelo.

—Carajo —dijo Thom, sin heridas pero molesto. Se incorporó hasta levantarse, con una mancha de lodo en su barbilla, mientras Gabe avanzaba—. ¿Qué fue eso?

—Pues por nada —respondió Janna.

¿Por qué me era imposible verla por lo que realmente era? Siempre que me acercaba a Janna, parecía cambiar de forma con la facilidad de una ilusión óptica. Incluso ahora, la veo en las chicas que van a la escuela privada cerca de mi departamento, en el brillo de Cheshire de sus sonrisas o las piernas que comienzan en sus cinturas. ¿Janna fue niña alguna vez? ¿De qué tipo? Asumí que había sido el tipo que siempre temí: escurridiza, astuta, alguien que ataría tus agujetas una con otra si tú no estabas atenta o te pellizcaría con pinzas y pasadores para el cabello. Pero ¿qué tal si había sido una chica que se sentaba recargada contra la lavadora, en el sótano de sus padres, leyendo libros sobre plantas? Si la hubiera conocido de niña, quizá no habría podido hacer lo que hice. Entre más convertía a Janna en un holograma, más parecía obsesionarme, y parecía menos posible que las cosas pudieran ser de otro modo.

Cuando íbamos de regreso a casa, Janna le preguntó a Gabe sobre el estado de los cerezos silvestres que habían plantado. Los troncos se habían puesto débiles y raquíticos, y ninguno de los dos sabíamos si sobrevivirían al invierno. Thom desaceleró el paso, empatándose conmigo. Había más o menos tres metros entre nosotros y ellos.

—Buen juego —dijo mirando al frente.

Asentí. Algo revoloteó en mi pecho con la delirante impotencia de un volante atrapado debajo del limpiabrisas. Él se acercó a mí, y nuestros brazos se rozaron. Me pregunté si había estado bebiendo: su aliento tenía el olor metálico característico del alcohol.

—Terminé la siguiente sección de mi tesis —dijo Thom—. El segundo capítulo. Te diré que se siente bien estar agarrando tracción. Como si estuviera usando tenis de fútbol y ya no pantuflas. Las grandes preguntas comienzan a acallarse, y las dificultades son más de procedimiento. Dónde insertar este trozo de evidencia, esa cita. Qué te convencerá. Aunque quizá no debería estar tan seguro. Solo voy a medio camino.

Se rio entre dientes, con un sonido metálico. Su pequeño monólogo había durado la mayor parte de la cuadra, y yo estaba tanto agradecida como estupefacta. La repentina introducción, su suposición de mi interés, parecían sugerir que habíamos hablado sobre esto antes.

—¿Así que no estamos hablando?

Me detuve. Lo que dijo había llevado mi memoria a nuestra conversación telefónica en Navidad. Había llamado a medianoche, y yo le había pedido que no volviera a llamar.

Janna y Gabe habían llegado al camino de entrada entre nuestras casas. Se dieron la vuelta y esperaron, Janna apoyada sobre una de sus delgadas piernas, Gabe observándonos con fingido desinterés.

—Bien —dijo Thom. Se adelantó, cojeando ligeramente por su caída. Yo estaba en pánico, con la quijada trabada. La cara de Thom estaba ofendida, pero su espalda estaba arqueada con una cansada y casi femenina nobleza, como la de un caballo viejo.

Esa noche me desperté sobresaltada después de soñar de nuevo con él. Pero esta vez no había podido asirlo; recordaba solo la cara de Thom, dorada y separada del cuerpo, su frente cruzada por la misma inseguridad herida que había visto esa mañana. Colgué mis piernas en el borde de la cama y caminé hacia el baño. La luz sobre el lavabo titubeaba mientras yo salpicaba agua fría sobre mi pecho y lo secaba con una toalla. Cuando volví a la cama, Gabe estaba volteado hacia un lado, esperándome.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué crees? —Estaba acalorada e irritable—. Un mal sueño. ¿Por qué? ¿Te desperté?

Gabe no respondió. Estaba mirándome con una expresión extraña, su cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Viste tu mano? —preguntó.

—¿Qué?

—Ya sabes. ¿Viste tu mano? —Adoptó el tono gutural de barítono de Keller—. «Cuando vea mi mano en mi sueño, sabré...».

—Basta, Gabe. No soy una paciente.

—Los hace sentir menos reales, eso es todo.

Estaba sonriendo, pero sus ojos eran fríos y evaluadores. Era una mirada que había visto muchas veces en Keller. Rodé sobre la cama para alejarme de él. Durante algunos minutos, no hubo movimiento en su lado de la cama. Finalmente, suspiró y se acomodó, los viejos resortes de la cama rechinaron debajo de él, y yo pude cerrar los ojos.

• • •

A la mañana siguiente me desperté con el sonido de suaves voces abajo, apagadas por la puerta del cuarto. Cuando fui a la cocina, vi a Keller y Gabe en nuestra mesa redonda, con sus cabezas inclinadas hacia el otro.

—Syl —dijo Gabe y se puso de pie.

Crucé hacia la cafetera. Había una taza recién hecha esperándome.

—¿Se le acabó el cereal? —le pregunté a Keller.

Se rio, lo cual era una sorpresa. Normalmente habría intentado callarme. Llevaba un suéter desgastado, deshilachado de los puños, y unos *jeans*. Nunca antes lo había visto en *jeans*.

—Te hice café —dijo Gabe.

—Gracias. Ya vi.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Keller.

—Bien. ¿Por qué?

—Gabriel mencionó que has estado teniendo pesadillas.

El rostro de Keller estaba relajado, pero su cuerpo estaba tenso: tenía la espalda rígida, asía su taza de café con fuerza.

—Estoy bien. —Serví mi café y puse la jarra de nuevo en la hornilla, donde siseó—. Gracias por preguntar.

Mientras me estiraba para alcanzar la azucarera, el teléfono comenzó a timbrar.

—Ese maldito teléfono —dije—. Timbra y timbra y nunca responde nadie.

—Ah, ¿sí? —preguntó Keller, frunciendo el ceño.

Caminé a pasos rápidos hacia el teléfono y levanté el auricular. Ni un sonido. Lo coloqué de nuevo. Había pasado tres veces en la última semana.

—¿Cree que deberíamos preocuparnos? —pregunté; luego me senté entre ellos con los brazos cruzados—. O sea, si es alguien que llama por lo del caso, ¿por qué colgaría? ¿No preguntarían lo que quieren saber cuando contestamos?

—Quizá eso es lo que querían —dijo Gabe.

—¿Solo saber que estamos en casa? ¿Por qué?

Miré a Keller, pero estaba impasible.

—Estoy harta de las teorías de la conspiración. Vivir con esta clase de ansiedad no vale la pena. ¿Por qué no salimos y decimos que Anne estaba trabajando con nosotros? ¿Qué es lo peor que puede pasar? Podríamos ayudar al seguimiento del caso, quizá ganar un poco de publicidad. Eso es lo que cree, ¿no? ¿Qué no hay publicidad mala?

—No dije eso. No exactamente. —Keller frotó la parte de atrás de su cuello. Tenía ojos de cansancio y la piel en sus mejillas parecía colgar—. Tenemos que pensarlo bien.

—No puedes decirlo en serio —agregó Gabe—. Eso sería equivalente a entregarnos. La universidad quiere una historia de éxito. Nuestro dinero ya está bastante limitado, y después del desastre de Jamie, no podemos arriesgarnos a decirles que uno de nuestros participantes se fue y mató a alguien.

—Bueno, quizá necesitamos aceptar el hecho de que no tenemos una historia de éxito —dije.

Gabe me echó una mirada furiosa. Sabía que estaba intentando decirme: «No frente a Keller».

—Aún podemos —dijo Gabe.

—Esperemos que así sea —señaló Keller—, por su bien tanto como por el mío. No puedo pagarles de mi bolsa.

—No puedo creer que las cosas ya estén tan extremas —dije—. No es que tenga un equipo de veinte investigadores. Solo nos tiene a nosotros dos.

No me di cuenta de lo que había dicho hasta que vi la reacción de Keller. Para un observador externo, él se habría visto igual. Pero yo vi la forma en que su nariz se retorció, un movimiento rápido de conejito, como si hubiera olido algo amargo. Miró por la ventana, donde se había limpiado la nieve de la banqueta y se había cubierto de sal.

—Tienes razón en eso —dijo. Luego se puso de pie, tomó su abrigo y salió hacia su carro.

Las puntas de los dedos de Gabe se veían blancas sobre la mesa.

—¿Qué carajo crees que estás haciendo al sacar eso a tema? —preguntó—. El hombre perdió a su esposa.

Yo estaba demasiado sorprendida para indignarme.

—No quise decir eso.

—Bueno, quizá deberías pensar un poco más antes de abrir la boca. Pensar en todas las implicaciones de lo que estás diciendo. No puedes hablarle así.

—Le hablo como a un igual.

—Ese es mi punto. Es nuestro jefe.

—Es mucho más que eso y lo sabes.

—Entonces háblale como si fuera más que eso —dijo Gabe—. No como si fuera una especie de fracaso.

—No es tu padre, Gabe. No es tu terapeuta. Puedes decir lo que quieras sobre ti,

pero no tienes derecho a contarle sobre mis sueños.

Me levanté de la mesa y lavé mi taza. Ya estaba al límite, mi rabia crecía.

—Estoy preocupada por ti —dijo Gabe—. Le cuento cosas porque confío en él. ¿Es un crimen?

—Por el amor de Dios, Gabe. —Solté mi taza sobre el escurridor, donde se testereó contra un tazón—. ¿Cuánto te está pagando?

—Lo mismo que a ti.

—Entonces estás trabajando horas extras.

Gabe aún estaba sentado, pero sus hombros estaban encogidos sobre su cuello como un boxeador listo para atacar.

—¿No tienes ni un poco de fe? —preguntó.

—No fe ciega. No ciega.

Me di la vuelta hacia el fregadero y me sequé las manos, pero podía sentir a Gabe contemplando mi espalda. Cuando volteé, su quijada estaba apretada, pero sus ojos estaban llenos de dudas.

—¿Qué te pasó, Sylvie?

Quería arañarlo. Verlo tan dolido, y lo peor, ser culpada por ello era más de lo que podía soportar.

—¿Qué me pasó? —pregunté—. ¿Qué te pasó a ti? Solías ser un insurrecto, Gabe. Un renegado.

—¿Y ahora? ¿Ahora qué soy?

Sus puños estaban sobre la mesa. Debajo, tenía sus piernas cruzadas por los tobillos, con sus pies cubiertos por los calcetines de lana que Keller le había dado una Navidad.

—Un perro faldero —dije.

Caminé hacia la puerta de mosquitero que daba al porche trasero; se abrió con un silbido y se cerró con una especie de tos. El viento frío rozó mi cara. Mi respiración estaba agitada, mis mejillas calientes. Cuando parpadeé, vi pequeños fuegos artificiales. Fui a la cerca, donde sabía que Gabe no podría verme, y pasé mis palmas sobre la rugosa superficie. Se escuchó un fuerte olisqueo detrás de mí, y me alejé de un salto, esperando ver uno de los astutos y colmilludos mapaches que hurgaban en nuestros botes de basura por la noche. Pero no había nada; el sonido tuvo que haber salido del jardín de Thom y Janna. Me aproximé a la cerca de nuevo y me asomé por el pequeño espacio entre dos tablones.

Thom estaba recargado contra el eneldo como habíamos estado en Acción de Gracias. Había un libro abierto sobre su regazo; su cabeza estaba agachada e inmóvil. El sonido de olisqueo se escuchó de nuevo, seguido por un silbido. La cabeza de Thom se levantó con un movimiento irregular, como si estuviera siendo jalada por cuerdas, antes de caer de nuevo inmóvil. Estaba roncando. El patrón se repitió con una diferencia de segundos, conocido como una canción que me sabía de memoria.

—¿Gabe? —grité. Mi pecho apretado como un puño, la tensión subiendo hacia

mi garganta y quijada. Me quedé donde estaba hasta que mi visión se aclaró, las formas de nuestro patio retomando sus posiciones como actores después del intermedio. Ahí estaba el arbusto de la azalea, con sus pétalos alegres y aterciopelados como trozos de tela brillante; los cerezos silvestres, con sus ramas creciendo horizontalmente, como si quisieran alcanzarse uno al otro.

Hubo un rápido movimiento en la ventana de nuestro cuarto, un relámpago café cuando la cabeza de alguien se retiró.

Gabe había estado observándome. La ventana del cuarto estaba abierta, nuestras gruesas cortinas recorridas a un lado.

Volví a la casa. Saqué mi abrigo del clóset y tomé mis llaves de su lugar junto a la puerta. Tras pensarlo bien, tomé las de Gabe también, metiéndolas hasta lo más profundo de mi bolsillo para que no pudiera seguirme.



El estacionamiento estaba vacío cuando llegué al laboratorio. El investigador húngaro estaba con su familia en Europa del este; no sabía nada sobre la otra investigadora. Pasé mi tarjeta de identificación y entré cuando las puertas se abrieron ante mí. Mis pasos hacían un constante sonido de golpes secos mientras tomaba las escaleras hacia el sótano, donde las luces fluorescentes se encendían automáticamente. «Una migraña en flor», así era como Keller llamaba a este edificio. Sabía que él había padecido de dolores de cabeza por años, aunque casi nunca los mencionaba. Durante algunos meses, lo veía meter la mano en su bolsillo para sacar una pequeña caja metálica llena de pastillas blancas y planas. Si no hubiera sabido de qué se trataba, habría pensado que eran mentas.

La cerradura en la oficina de Keller se atascó por un momento antes de ceder. Adentro estaba silencioso: el aire estancado y sin corriente, la computadora esperando paciente a ser despertada.

Me senté en la silla de Keller y giré lentamente. Ya que estaba ahí, no sabía qué hacer. Buscaba algo, pero no sabía qué era, todo lo que sabía era que tenía una terrible sensación de inquietud que me calaba hasta los huesos, tenía el presentimiento «Madeline» de que algo no estaba bien. La nueva presencia de Keller en nuestra casa. Sus conversaciones en voz baja con Gabe. Era como si hubiera un punto oscuro danzando enfrente de mí, un frijol saltarín, perdiéndose de vista cuando lo miraba directamente.

Me detuve frente a los archiveros. Keller me había pedido que reorganizara todas las copias en papel de nuestros archivos. En ese momento estaban acomodados en orden alfabético por apellido, pero él los quería ordenados cronológicamente por número de caso. No era un trabajo difícil, pero llevaría tiempo: Keller había revisado

a más de trescientos participantes. Yo había estado presente en cerca de cuarenta y ocho de ellos, Gabe en ciento doce. El proyecto me daba acceso ilimitado a los archivos en papel de Keller.

El archivero principal era de casi dos metros; tuve que pararme sobre la silla giratoria, sosteniéndome del mueble para no moverme, a fin de alcanzar los compartimentos más altos. Ahí estaba nuestro trabajo: cada paciente reducido a una limpia pila de papeles en un sobre pálido, a excepción de Anne. Decidí comenzar por el presente y trabajar hacia atrás. Conocía al 304, era Jamie. Puse un marcador adhesivo rojo en la orilla del archivo con el año y escribí el mes en el espacio blanco de un sobre transparente. Luego lo puse de nuevo en el primer cajón, presionado hacia el fondo.

Era el tipo de trabajo rítmico que Keller podía confiarme. «Eres una máquina, Sylvie», eso fue lo que Keller me dijo una vez mientras me observaba capturando números. Era fácil, le dije: solo hay que evitar que se enganche. Cada paciente un número, cada número una captura, cada captura guardada en la automatizada profundidad de la computadora. Una arquitectura tan elegante, ¡y yo la arquitecta! Chip a chip construía ciudades mecánicas completas, mapas de la disfunción humana, con cada nódulo parpadeando en su lugar: 298, Maura Sánchez, empleada en una cafetería que vino a nosotros después de despertar y encontrarse parada en la orilla del séptimo piso en una escalera de emergencia; 296, el conductor de autobús Daryl Evans, quien había gritado en la noche con el agudo y duradero *vibrato* de un soprano.

Para el comienzo de la noche había avanzado hasta el participante 212. Había archivado un cajón entero con carpetas con marcadores rojos, pero no había encontrado nada fuera de lo común. Abrí el cajón de hasta abajo y saqué los archivos de su interior, cinco al mismo tiempo. Cuando terminé, quedaba una carpeta, ya fuera porque se hubiera caído de mis manos o porque hubiera estado acomodado en horizontal debajo de los otros.

Estaba sin rotular: sin nombre, sin número. Adentro había un montón de viejos artículos de periódico. Un obituario del *San Francisco Chronicle* del 21 de marzo de 1985. Una entrevista con un reconocido neurólogo, Alec Ivanov, ya fallecido, en *Time*. Un artículo del *Chicago Tribune* del 23 de noviembre del 86: «La caída de la defensa por sexomnia: repartidor encarcelado por abuso sexual, durante el cual aseguró que estaba dormido...».

Debajo de esos artículos había un grupo de notas más pequeñas escritas a mano en papel *beige* de rayas, con las orillas mal cortadas, como si hubieran sido arrancadas de un diario.

16 SEPT '91

Otro reporte similar. Doce treinta, el segundo ciclo REM, hasta donde hemos podido distinguir. Me di la vuelta de la espalda al estómago, me estiré hacia

él. Los testículos, como antes. Qué humillante es escribir esto. He pensado en instalar una cámara pero no tengo deseos de verme así. Pegajosa por la mañana, de nuevo, como antes. Pero no debo culparlo. Mañana tenemos una cita con Alec, el único al que veré. Adrian cree que es mejor ver a alguien que no me conozca, pero yo no estuve de acuerdo, y él lo comprendió. Alguien que sepa cómo era, y no solo cómo soy ahora, implicaría la verdadera imparcialidad.

4 NOV '91

De nuevo desperté a las cuatro esta mañana después de otra noche con el nuevo sistema. Podría decirse que lo he reducido a una ciencia: cuarenta y cinco minutos de sueño, luego la alarma. Me levanto de la cama, me distraigo. Luego otros cuarenta y cinco minutos, luego la alarma, y de esta forma me pongo a salvo de cada ciclo REM como un atleta saliéndose de una competencia. Es mi elección, aunque sé que a él lo lastima. Quizá yo le gustaba más como era antes: toda animal, instinto bruto. Pero prefiero que esté controlado. El dispositivo lo mantengo debajo del elástico de mis pants, junto a la piel. Ingenioso, ahora que he descubierto cómo detener el ruido. Solo vibra, y con eso me despierta a mí mientras él duerme.

1 ENE '92

P 50.802

A 1.67 m

T 37

PA 90/60

6 a. m. Exhausta. Feliz Año Nuevo. Dormí los dos ciclos esta mañana y tengo miedo de preguntar qué pasó. Él aún dormirá otra hora, y luego lo haré. ¡Cuánta fe tenía en ese pequeño juguete! Pero dejó de hacer su trabajo, al igual que yo. Quizá tenga que usar ruido de nuevo, aunque la sola idea es terrible, una regresión. ¿Y quién seré si sigo retrocediendo?

21 FEB '92

P 48.081

A 1.67m

T 37.056

PA 80/50

Todas las cosas nocturnas se han puesto del lado de sus alternos del otro mundo. La luna, las estrellas, la oscuridad y sus sombras, todas son

amenazadoras por lo que preceden. Mis percepciones deben ser nombradas como parte de uno de dos campos. Estoy dormida o estoy despierta. Soy yo misma o no lo soy. Cada mañana me tomo los signos vitales para ver si mi ser ha cambiado, en sentido mecánico. Altura estable en 1.67. El peso ha bajado y fluctúa semanalmente dependiendo de mi ciclo, el cual he logrado retener. Adrian dice que no debería preocuparme tanto por el control, pero es fácil para él decirlo, pues lo tiene. Es eternamente paciente conmigo. Para qué me pregunto por qué. Cada mañana escribimos nuestras notas, las comparamos para encontrar huecos y procurar la exactitud, y compilamos un reporte cruzado. Debo tener fe en lo que estamos haciendo, será útil para alguien más si no lo es para mí.

Las entradas continuaban hasta el 5 de octubre de 1993, con espacios huecos considerables entre ellas. Detrás estaba el reporte de recepción de un paciente, una versión anterior de la que usábamos nosotros. Las cajas debían ser llenadas por el paciente, pero reconocí la diminuta e inclinada letra negra de Keller.

PACIENTE: Keller, Meredith

FDN: 4 Enero, 1950

MÉDICO SOLICITANTE: Ivanov, Alec

*RAZÓN PARA LA PRUEBA: A) APNEA DEL SUEÑO B) HIPERSOMNIA
C) RONQUIDOS D) SACUDIDAS DE PIERNAS (PLMS) E) INSOMNIO F)
ATAQUES G) NARCOLEPSIA H) OTRO: RIB*

DOCTOR RECEPTOR: Keller, Adrian

La parte baja de la solicitud debía llenarse por el equipo de investigación, entonces como ahora. En la línea junto al número de paciente, Keller había escrito con su diminuta y conocida letra: 1.

• • •

Cuando volví a casa la puerta estaba sin seguro y Gabe se había ido. Quizá iba en camino al laboratorio; incluso podría haber pasado junto a mí en el autobús mientras yo conducía por el carril contrario.

Caminé de un lado a otro mientras lo esperaba. ¿Qué significaba que la esposa de Keller fuera su primera paciente? Quizá no significaba nada. Claramente, ella misma se había hecho participante. Entonces ¿por qué sentía el amargo retortijón de la náusea?

Podía hacer una de tres cosas. Podía decirle a Keller, pero tendría que admitir que había husmeado. Podía no decirle a nadie, claro, pero este conocimiento era más de lo que podía sobrellevar sola. A pesar de mi pelea con Gabe —se estaba volviendo claro para mí que él no veía en Keller sino una versión caleidoscópica de sí mismo, un Keller cuyas brillantes partículas podían cambiar, proteicas, y reacomodarse para caber dentro de la forma de cualquier respuesta—, Gabe seguía siendo la persona en la que yo más confiaba, la única persona que tenía.

Desde la mesa junto a las escaleras, el teléfono comenzó a timbrar. Levanté la bocina y la colgué de nuevo con un golpe. Junto al teléfono había una lista de números que yo había laminado con cinta para empacar. Los números de celular de Gabe, Keller y el mío, los teléfonos fijos de mis padres y de la abuela de Gabe. Del laboratorio. Del centro del sueño de la universidad. Estos eran los teléfonos que marcábamos más a menudo..., en realidad, los únicos números que marcábamos.

Levanté el teléfono y comencé a llamar a Gabe antes de darme cuenta de que no había tono. Colgué y levanté la bocina de nuevo. Nada.

Bajé la bocina y comencé a seguir el cable hacia la pared. Yo no había instalado la línea, pero asumía que se conectaba con el enchufe a menos de un metro debajo de la mesa. Pero era raro; el cable transparente del teléfono, casi invisible contra la pared blanca, daba la vuelta hacia las escaleras. Luego comenzaba a subir, sostenido con grapas de plástico.

Al final, viraba a la izquierda y continuaba por el pasillo hacia nuestro cuarto. Otra vuelta a la izquierda. Adentro de la habitación, se metía por la parte baja de la pared junto al lado de Gabe de la cama y luego desaparecía debajo de su mesa de noche.

Me agaché e intenté jalar la mesa, pero estaba demasiado pesada para moverla. ¿Qué podía guardar en esos cajones? Los abrí: enciclopedias científicas, un grueso libro de pasta dura sobre la transportación ferroviaria en Estados Unidos. Un gran y protuberante fósil que había encontrado en Martha's Vineyard y había insistido en traer a casa, arrastrándolo por Boston Logan en su equipaje de mano. Puse cada cosa cuidadosamente sobre la cama. Luego levanté la mesa y me hiqué junto a la pared, donde el enchufe finalmente encontraba su entrada.

El cable había sido cortado. Como a cinco centímetros de la mesa había una pequeña caja rectangular, aproximadamente de la mitad del tamaño de un mazo de cartas. Dos salidas negras se extendían desde un lado de la caja, pegadas en las puntas al cable cortado.

Sacudí la cabeza. ¿Dónde había visto algo así antes? ¿En una película? ¿En un programa de televisión? El brillante y pequeño micrófono con broches de puntas tan afiladas como dientes incisivos. La inocua caja negra, inexpresiva, impasible. Abajo, la puerta se abrió y se cerró de golpe.

—¿Syl?

Me quedé frente al micrófono como si hubiera echado raíces mientras Gabe subía

las escaleras. La puerta se abrió de par en par, estábamos acostumbrados a entrar con el descuidado derecho de los compañeros de cuarto en la universidad. Se detuvo en la puerta, jadeando, abrazando el marco.

—Solo quería. —Inhaló—. ... quería decirte que lo siento. Por gritarte. No debí hacerlo. No necesitas que te diga cómo hablarle a Keller. Puedes hablar con él como... como mejor te parezca.

Fue entonces cuando vio detrás de mí hacia la pared. Contempló el micrófono.

—¿Gabe? —Tragué, un nudo rasposo y duro—. ¿Qué es esto?

Se acuclilló junto a mí y lo tomó con una mano. Lo sacudió levemente, como para sopesarlo.

—¿Cuándo lo encontraste? —preguntó.

—Apenas ahora.

El sol estaba hundiendo su pequeño montículo detrás del horizonte de la ciudad. La luz rosa se posó suave y brevemente sobre la mejilla de Gabe.

—Sylvie. —Su voz era baja, tranquila—. No aventuremos conclusiones.

—¿Cuántas conclusiones puede haber? Alguien ha estado escuchando nuestras llamadas, y la única persona que ha estado aquí es Keller. Keller, tú y yo.

El cabello de Gabe estaba despeinado, su respiración era pesada. Me miró largamente.

—Ay, Gabe —dije—. No puedes pensar que yo tuve algo que ver con esto.

—No dije eso.

—¿Por qué no puedes admitir que algo increíblemente turbio podría estar pasando?

—¿Qué quieres decir con «algo turbio»?

Aún seguía acuclillado, y una de sus piernas crujió. Yo me levanté, dejando el micrófono junto a la pared, y bajé las escaleras con pasos enormes para tomar mi mochila. La llevé al cuarto, la lancé en la cama y busqué con desesperación la carpeta manila que había tomado del laboratorio.

—Encontré esto hoy —dije, pasándosela—. Estaba en el archivero, guardada debajo de las otras.

Gabe lo abrió con cuidado y revisó con rapidez las hojas de su interior.

—Mira. —Me incliné hacia él, señalando—. Es la esposa de Keller, su registro de ingreso. Tenía una especie de RBD, sexomnia, parece, si eso existe. Estaba examinándose a sí misma, llevando una especie de diario. Mira la letra. La reconoces, ¿verdad?

Gabe estaba callado. Su cuerpo estaba perfectamente quieto, pero sus ojos recorrían cada página con una velocidad increíble.

—No confío en él —dije—. Nunca nos ha contado de esto, nunca lo ha insinuado siquiera.

—Pero ¿por qué debería habernos contado? Era personal.

—Ese es mi punto —dije—. La ciencia debe ser imparcial. Se supone que es

objetiva. Y estoy empezando a sentir que la misión de Keller no es profesional, es personal. Es como si estuviera buscando venganza, Gabe, como si estuviera intentando vengarla curando a otras personas con la misma enfermedad.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Recordé algo que Gabe dijo meses antes, el otoño pasado, ambos parados en la cocina al anochecer, con la neblinosa luz dorada de la tarde colándose por la ventana. «Pero ¿qué es más ético que ayudar a la gente que conoces? ¿Por qué el proceso tiene que estar tan en cuarentena, tan esterilizado? O sea, la ciencia debería ser aplicable a la vida real, entonces ¿por qué debemos separarla del amor?».

Afuera de la ventana un cuervo se detuvo en la cerca. Posó sobre nosotros un ojo negro, redondo y brillante antes de irse volando.

—¿Qué tanto sabes de esto? —le pregunté.

—Nada —dijo Gabe—. Nada.

—Entonces ¿por qué intentas protegerlo?

—Intento ver lo bueno.

—Pero ¿y si te equivocas?

Mi fe en Keller había comenzado a erosionarse hacía años, creo. Pero mi fe en Gabe estaba, hasta ese momento, mayormente intacta. ¿A quién más tenía sino a él?

—Todo lo que hago —dijo—, lo hago por ti. Por nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

¿Eso era romance? No había conocido más amor que el suyo. Rodando por el pasto como lobos, miembro a miembro, buscando desesperadamente atención, el hambre bruta, la fuerza desesperada, y luego, días en los que cazábamos solos, olfateando caminos entre la maleza y levantando piedras, días en los que nuestras huellas eran paralelas pero estaban muy distantes. Esa Navidad mi madre había llamado, su voz se quebraba por la estática, y me preguntó si pensaba que podía casarme con él. Miré a Gabe, quien estaba haciendo avena en la estufa, sosteniendo una copia del *San Francisco Chronicle* en la mano con la que no estaba revolviendo el cereal. ¿Qué podía decirle, que estábamos atrapados en el purgatorio del juicio de Anne, un juicio que definiría su destino pero parecía igual de probable que decidiría el nuestro?

Conocía a Gabe lo suficiente como para saber que estaba mintiendo. Aun así, la verdad parecía evasiva, tan tenue y lejana como las estrellas medio escondidas. Yo tenía miedo de levantar la vista. Debí de preguntarme por qué Gabe no sugirió que desmanteláramos el micrófono. Mientras él iba a bañarse, yo me agaché en el suelo y desarmé sus piezas dentadas.

• • •

En la jerarquía de necesidades del psicólogo Abraham Maslow se enlistan las

necesidades físicas de respirar y comer, de sexo y sueño, como los más básicos de todos los impulsos. Luego está la necesidad de seguridad, seguida de la necesidad de pertenecer. Pero ¿dónde quedaba la necesidad de perdonar? No hay forma de pertenecer sin ello; no hay seguridad, no hay amor. Y así me encontré metiéndome a la cama con Gabe esa noche. Comencé a leer mi novela, pero Gabe estaba inquieto: pasó las páginas de *Istmo*, lo dejó, perdió el tiempo con su radio con alarma y reloj. La música comenzó con un crujido hasta formarse por completo: Jaz Z, un *crescendo* clásico, un mariachi.

—¿Puedes apagar eso? —dije y bajé mi libro—. Estoy intentando leer.

—Espera.

Jugueteó con los botones y «Ain't Nobody's Business If I Do», de Diana Ross, se escuchó animada, clara y con toques de *jazz*. Gabe comenzó a bailar en su lugar. Una almohada rebotó y se cayó de la cama. Él se puso de pie, aún sobre el colchón, y extendió su mano.

—¿Bailas conmigo? —preguntó.

—Gabe...

—Vamos, Syl. Necesitamos un poco de música.

La voz de Diana se desvaneció, y The Jackson 5 tomaron su lugar. «I want you back», canturreaban. ¿Qué podía hacer si no tomar su mano? Bailoteamos por el colchón, saltamos y rebotamos; giramos, caímos y nos levantamos. Gabe se hincó, tocando una guitarra de aire, sacudiendo su cabeza hasta que sus ojos estuvieron cubiertos por cabello. Durante unos segundos fue posible olvidar todo lo que nos habíamos hecho el uno al otro. Histéricos por la necesidad, cerramos las cortinas de un tirón. Mientras la caldera exhalaba calor, nos quitamos la ropa y volvimos a entrar a la cama.

Pero algo no estaba bien, algo se había perdido, y lo buscamos por todas partes con pánico creciente. Buscamos, tímidamente al principio, acomodar un brazo, un reajuste de la cadera; luego lo intentamos con rapidez, furiosos por nuestro desconcierto y tan meticulosamente que todo deseo se volvió agotamiento, aunque no podíamos parar. No lo hicimos. Lo intentamos con Gabe posicionándose a detrás de mí y sobre mí, con mis tobillos sobre sus hombros o angulados hacia la izquierda. Me acosté de espaldas, sobre mi estómago, de lado; encogí mis rodillas entre mis brazos, dirigidas hacia una almohada y con mi frente golpeando la cabecera. Nos pusimos de pie, con mis piernas enredadas en la cintura de Gabe, y nos mecimos. La música del radio se desvaneció; llegó un comercial. Gabe se apoyó en nuestro edredón, hundiendo sus puños, y empujó con más fuerza de la que nunca antes había sentido. No sirvió de nada: se le estaba bajando, su cara estaba retorcida por la humillación.

—Lo siento —dijo Gabe.

Se acostó pesadamente sobre su espalda, y nuestros cuerpos se separaron.

—Está bien —dije, desenredando mis piernas de su cintura. Mis rodillas tronaron; mi piel en esa zona estaba raspada de color rosa.

Debió de tomarnos varios minutos darnos cuenta de que el timbre estaba sonando. Para cuando nos pusimos apresuradamente la ropa y apagamos el radio, alguien estaba golpeando la puerta. ¿Quién podría ser sino Keller? Bajamos las escaleras en pijama y calcetines. Ninguno de los dos se molestó en asomarse por la mirilla antes de que Gabe abriera la puerta.

Dos policías estaban en el porche. Uno era un hombre joven, robusto, con la piel rojiza y un bigote café limpiamente recortado; la otra era una mujer alta y delgada, con ojos muy separados y un chongo apretado, que jalaba su frente.

—Policía del condado de Dane —dijo el hombre.

Ambos sacaron sus placas de identificación y abrieron las carteras de piel antes de guardarlas de nuevo. La mujer tomó una pequeña libreta de su cinturón y levantó la tapa.

—¿Estoy viendo a Gabe y Sylvie Lennox?

—Soy Patterson —dije—. Sylvie Patterson.

—Gabe Lennox y Sylvie Patterson —repitió la mujer entrecerrando los ojos hacia su libreta, escribiendo con rapidez—. ¿Hace mucho tiempo que viven aquí?

—Desde agosto —dijo Gabe—. ¿De qué se trata esto?

La mujer levantó la vista hacia nosotros.

—¿Es su carro el que está en la entrada?

—No tenemos que responder estas preguntas —dijo Gabe.

Yo apreté su brazo.

—Es nuestro carro —dije.

—¿Hay alguien más en la casa?

Gabe y yo no nos inmutamos, pero una corriente pasó entre nosotros.

—¿Esto es por Anne? —pregunté antes de tener el juicio de detenerme.

—¿Anne? —preguntó el hombre, dando un paso adelante. Era ancho de pecho, y se veía como apretado en su chamarra cerrada. Él y su colega intercambiaron miradas, y ella escribió de nuevo en la pequeña libreta—. ¿Está Anne en la casa?

—No hay nadie en la casa —dijo Gabe—. No hay nadie más en la casa.

—¿Les molesta si lo confirmamos? —preguntó la mujer, entornando las cejas.

—Sí, sí me molesta si lo confirma. —La cara de Gabe estaba dura por la tensión—. Conozco mis derechos. Dígame de qué se trata y ya veremos.

Los dos policías intercambiaron otra mirada. Luego el hombre suspiró, y la mujer cerró su libreta.

—Escuchen. —El hombre inclinó la cabeza con un gesto de confidencialidad—. ¿Nos quieren decir qué estaban pensando al hacer tanto ruido a las doce treinta un jueves por la noche?

—¿Eso es todo? —dijo Gabe, tartamudeando—. ¿Una... una queja por el ruido?

—Oye, oye, amigo. Nos tomamos muy en serio las quejas por ruido en esta ciudad —respondió el policía, al tiempo que bajó las manos.

—Ya lo creo. Y apuesto a que crees que eres muy chistosito. —La voz de Gabe se

estaba elevando, su cuello mostraba algunas venas—. Apuesto a que piensa que es divertido asustarnos así. ¿Sabes qué creo yo? Los policías no hacen su trabajo. Vienen a mi puerta, molestándome por una jodida queja por ruido, cuando hay gente matándose allá afuera...

—No te estás ayudando, muchacho —dijo el policía, dando otro paso hacia adelante.

—Basta, Gabe. —Tomé sus manos en las mías, encajando mis uñas en la delgada piel de las palmas—. Déjalo ir.

Gabe había dejado de gritar, pero su cara se estremecía. Una gota de sudor tembló en la punta de su nariz.

—Nos callaremos, lo prometo —dije, aún deteniéndolo—. Ya habíamos apagado la música. Nos estábamos divirtiendo, eso es todo. Fue una estupidez.

—Comprendan que están así de cerca de un delito menor —afirmó el oficial y entrecerró los ojos—. Si recibimos otra llamada, las cosas se pondrán más serias.

Asentí con la cabeza. Gabe se zafó de mis manos y observó desde el porche mientras los policías caminaban de regreso a su carro.

—Oigan —gritó, justo antes de que abrieran las puertas—. ¿Quién nos reportó?

El hombre abrió la puerta del conductor y se metió sin responder. La mujer se cubrió los ojos con una mano, como si intentara vernos a través del brillo de los faroles de la calle.

No notamos que la luz en el cuarto de Thom y Janna también estaba prendida hasta que se apagó, dejando el rostro de la policía en penumbra. Hizo un ligero movimiento afirmativo. Luego se subió al carro y cerró la puerta de un jalón. El carro comenzó a moverse, parpadeando en la noche.

Cerré la puerta con seguro. Gabe se dio la vuelta y fue hacia las escaleras. Pero antes de que llegara, giró abruptamente y golpeó la pared de la sala con la palma de su mano.

—Gabe —dije, ahogando un grito.

—¿Por qué jodida razón nos reportarían?

—Quizá de verdad estábamos haciendo mucho ruido.

—Eso es una mierda. Eran nuestros amigos.

Su frente estaba arrugada por la ira, los pliegues alrededor de sus ojos se veían tan profundos que un centavo podría balancearse en ellos. Me miró con furia, esperando una respuesta. Pero yo quería volver a nuestro cuarto, saltar en la cama con el radio encendido y el estómago en la garganta. Quería ver a Gabe tocando su guitarra invisible con energía, sacudiendo su cabello en el aire como cualquier otro chico de veinticuatro años. Quería que se moviera de nuevo.

PARTE TRES

Mañana

MARTHA'S VINEYARD, MASSACHUSETTS, 2010

Este verano he tenido mucho tiempo para pensar en mis años con Keller y lo que significaron para mí. Podría haber tomado un avión a Vineyard, pero Hannah insistió en que manejara, viera el país y me tomara mi tiempo. Había ahorrado algo de dinero, lo suficiente para un cuarto de motel en Cheyenne y otro en las afueras de la ciudad de Iowa. Lo primero que hago al llegar a un cuarto nuevo es pararme frente al aire acondicionado y abrir mis brazos como si fueran alas de avión. Ha sido un verano caluroso, y me han dado pena los animales que he visto en el camino: las ovejas con piel gruesa, los caballos moviendo sus colas como ventiladores.

No es tan terrible estar sola, no cuando estás acostumbrada a eso. Cada decisión es mía. Cuando quiero puedo detenerme en una gasolinera para comprar café barato o Peperami. Si hay un puesto de fruta, me orillo en la carretera y llevo las bolsas en el asiento del pasajero, amarradas para evitar que se metan las moscas; o me salgo para visitar algún lugar atractivo a la orilla del camino: el Museo del Ángel en Beloit, Wisconsin, o el Rancho Cadillac de Amarillo. Pero principalmente intento pasarla bien. De ese modo, cuando hago base en la noche, lo siento merecido.

En cada motel, después de que me paro frente al aire acondicionado o, en los más baratos, al ventilador, saco mi viejo traje de baño Speedo de una pieza y voy a la alberca. Incluso los moteles sin aire tienen piscina; el color del agua siempre es el mismo: un brillante azul de enjuague bucal. Las albercas de esos lugares son pequeñas y rectangulares, bordeadas por una plataforma curvada de concreto y filas de sillas de playa en distintos estados de deterioro; esas piscinas brillan como faros en medio de la mediocridad que las rodea. Suelo entrar al agua con suavidad del lado más profundo, ya que soy demasiado alta o demasiado vieja para lanzarme como los niños con salvavidas.

Se siente bien estar rodeada de familias, incluso si no son la mía: los niños juegan a derribar a su contrincante sobre el agua con una agresividad reservada para los hermanos, mientras sus gruesas madres gritan pidiendo paz. Después de nadar, me acomodo en una de las sillas plegables con una toalla del hotel y repaso los veinticuatro libros que cargué en mi lector electrónico antes del viaje. Cuando estaba

estudiando para mis exámenes preliminares, eran más, alrededor de ciento sesenta, pero ahora estoy a mitad de mi tesis, y mi lectura se ha vuelto más especializada.

¡Qué diferente si los lectores electrónicos hubieran sido accesibles cuando trabajaba con Keller! Nada de los fragantes y pesados libros, con sus páginas desgastadas como viejos billetes. El Kindle era demasiado práctico para resistirse, una elegante maquinita ligera como un libro de bolsillo, aunque extraño los días en que podías tocar y pesar los libros. Si todo sale de acuerdo al plan, me graduaré en un año y aplicaré para trabajos este otoño. Había esperado que este viaje me diera tiempo para leer el resto de mis textos, y pensar que voy por buen camino. Si soy honesta, me ayuda tener con qué distraerme, creer que mi misión este verano es terminar mis lecturas y nada más.

Llevo dos días en Vineyard. Estoy hospedada en un pequeño motel junto al agua, el más caro que he visitado, pero he sido lo suficientemente frugal en los últimos seis años como para poder con esto. Está ubicado en la isla, al otro lado de nuestros viejos territorios. Quise mantener mi distancia, al menos hasta estar lista. En la mañana desayuné en el muelle: una fruta y una de las cajas de cereal que me robé del desayuno continental en Iowa. Cuando sentía calor, leía en mi cuarto, desde donde podía ver el océano por la ventana.

No sé qué estoy esperando exactamente. Supongo que entrar en un estado diferente, en uno en el que me sienta contemplativa e imperturbable. Me frustró cuando surge un inconveniente: el color plateado del revestimiento del motel, por ejemplo; la niebla y su descenso conocido.

Planeé mi ruta para manejar por Madison; quería demostrarme a mí misma que podía hacerlo. Crucé la línea estatal de Wisconsin la tarde del 4 de julio. Había planeado conducir por la capital, pero en la tarde el tráfico por la festividad se había vuelto insoportable. Mis músculos estaban rígidos y el aire acondicionado en el carro era menos efectivo conforme la temperatura se elevaba afuera. A las nueve en punto me metí en un callejón en Rutledge y me estacioné. Estaba a diez minutos caminando del antiguo departamento en Atwood, a dos minutos en carro. Por la ventana escuchaba los agudos chillidos de los niños que se habían reunido, con sus padres, a ver los fuegos artificiales.

Abrí el carro. Solo quería estirar mis piernas, pero pronto estaba bajando las escaleras entre dos casas, en la ribera que llevaban a un área verde a la orilla del lago. Las familias estaban sentadas sobre el pasto y en las bancas junto a la escalera, esperando.

Estábamos unidos por una agradable sensación de expectación compartida. Uno de los niños comenzó a trepar la barda; su padre lo bajó, pero no antes de que él señalara sobre la cerca y aullara para dar aviso de la primera explosión. Fue un baño de luces verdes, como que estrellas explotaban a nuestra derecha. Luego hubo chispas rojas, que vibraban y se disolvían desde la dirección opuesta. El terreno era tan plano que podíamos ver la pirotecnia de muchos otros pueblos. Explotaban uno tras otro en

todas partes del cielo. Las explosiones más grandes debían de venir de pueblos más cercanos, como Sun Prairie. Las más pequeñas las seguían como ecos.

Esperamos hasta que el último pueblo lanzó los últimos fuegos artificiales; el cierre fue una cara feliz, accidentalmente al revés. Ver las luces sobre esos pueblos de Wisconsin, por muchos de los cuales había manejado, me dejó con un doloroso sentimiento de vacío. Mientras los padres recogían a sus hijos y las parejas avanzaban hacia la carretera, me descubrí esperando junto a la cerca, como si otro espectáculo fuera a comenzar pronto o alguien fuera a reunirse conmigo. Podría haber sido cualquier otra mujer de treinta años, con un departamento bien iluminado al final de la calle y una pareja en la puerta. Estaba casi igual a como me veía cuando vivía en Madison: la misma estructura delgada y compacta, la piel *beige* punteada por pecas en el verano. Dos años antes cambié mi corte de cabello, agregando fleco, por el suave capricho de un estilista de Berkeley. Había esperado estar transformada, pero cuando me dio la vuelta para quedar de frente al espejo, solo me tomó unos segundos reconocermé. Como un niño despertando en un cuarto al principio borroso y extraño, los detalles pronto hicieron familiar el lunar debajo de mi ojo izquierdo, las cejas claras saliendo de la esponjosa cortina de cabello.

Después de haber pasado varios minutos sola y tener claro que los fuegos artificiales habían acabado, subí las escaleras y caminé de regreso al carro. Ya estaba pensando en la logística. Acostumbrada como estaba a trabajar de noche, comencé a manejar de nuevo. Para cuando el amanecer estaba retirando a la oscuridad del paisaje, devolviéndole el color a los pastizales y las riberas, yo había llegado a Ohio.

MADISON, WISCONSIN, 2005

En marzo Madison se sacudió su cubierta de nieve. Las ramas de los árboles y las hojas de hierba se estremecían desnudas con el primer aire de la primavera; los estudiantes más aventureros comenzaban a usar *shorts*, exponiendo sus piernas desafiantemente y con la piel chinita. Yo vivía en un constante estado de alerta. Después de ver el micrófono en nuestra línea telefónica y encontrar el archivo de Meredith, estaba decidida a descubrir más. Y si Gabe no me ayudaba, lo haría sola.

Estaba distante con él, como si me estuviera preparando, como si ya supiera cómo terminaría nuestra historia. Él estaba a cargo de reclutar a los nuevos participantes, recorriendo el Estado en carro para pegar volantes en los campos satelitales de la universidad, y yo seguía con el proyecto de reorganización de archivos. Necesitábamos un éxito, y pronto: nuestro financiamiento para el año siguiente no estaba garantizado. Pero no tuvimos más que dos nuevos pacientes esa primavera, y yo creí que una parte de nosotros se había rendido. Cada mañana, en computadoras distintas, leíamos el *San Francisco Chronicle* en línea, y en la noche nos quedábamos dormidos con la ropa puesta.

Para el fin de mes yo había terminado de organizar los archivos de Keller por número de caso. Pero faltaba uno: no importó qué tanto busqué, no pude encontrar el número 111. Revisé cada archivo, asegurándome de que no estuviera metido dentro de una carpeta distinta. Al no encontrar nada, encendí la computadora de Keller, pero todo en la vetusta máquina Dell estaba protegido. ¿Cuál sería la contraseña de Keller? Intenté «mills», «meredith», «fortbragg», «sanfrancisco». Nada. Luego, intenté «snakehollow», pero el recuadro de la contraseña se estremeció, como si estuviera negando con la cabeza, y se puso en blanco de nuevo.

—Vamos, Keller. Ríndete —dije. Me imaginé a un Keller fantasma parado inescrutablemente junto a mí, un Keller holograma, con sus manos entrelazadas delicadamente y su ligera sonrisa imperturbable.

Girando mi cuello, volví al teclado y escribí «hollowsnake». La computadora hizo un sonido y el recuadro de contraseña se fue hacia un lado. Me reí: ¿de verdad fue tan fácil? Cada *e-mail* se podía leer, cada link se podía consultar. Pero dos horas después,

estaba mucho más alarmada: en la carpeta de documentos de Keller encontré copias de todos los archivos menos del 111.

Pude sentir un dolor de cabeza aproximándose mientras las luces fluorescentes titilaban en el techo. Eran las tres de la tarde, aunque nadie podría saberlo desde el interior de la oficina sin ventanas. Había atorado la puerta de la oficina con un pisapapeles para poder escuchar si alguien venía, pero el pasillo estaba en silencio. Sería fácil enloquecer ahí, pensé; quizá a tres de nosotros ya nos había pasado. El escritorio de Keller no tenía artículos personales. Solo había un par de *post-its*, un pequeño plato con clips y una taza de Martha's Vineyard («¡CHICO FELIZ!») llena de plumas idénticas.

Giré en su silla, tallándome los ojos con las palmas. Si Keller quisiera esconder algo, ¿dónde lo pondría? En su computadora era demasiado riesgoso, demasiado obvio. Lo mismo pasaba con sus archivos impresos: nunca dejaría un rastro en papel. Mientras la silla giraba, pasé los archiveros, la puerta abierta con el pisapapeles, el minirefrigerador donde Gabe y yo guardábamos nuestras cenas. Encima del refrigerador había una *laptop* delgada, cerrada como una boca, la luz de la batería parpadeaba en verde. Era de Gabe. Frecuentemente la dejaba ahí por las noches, especialmente si había decidido caminar a casa desde el laboratorio. Era pesada, una antigua Dell que había cubierto con calcomanías de bandas, Led Zeppelin y Radiohead, y que estaba remendada tras el paso de los años con cinta de embalaje.

La abrí alegremente. Gabe también tenía contraseña, pero esa me la supe sin pensarla: 33173, el código postal de su papá en Florida. Había sido la combinación de su casillero de deportes en Mills. En los documentos de Gabe, encontré archivos electrónicos que retrocedían hasta el paciente 110: Stuart Cappleman, el empleado del comedor de Mills.

Me sentí rara; no recuerdo que mi cuerpo entrara en calor ni que mi pulso se acelerara, las marcas de mis antiguos ataques de pánico, aunque no fueron diagnosticados como tales hasta el siguiente año, cuando finalmente encontré el archivo 111. En el ojo de la tormenta, todo el entrenamiento que había hecho salió en mi defensa: mi practicada y tranquila inclinación, mi habilidad para mantenerme en calma al lidiar con los pacientes más histéricos. No leí los documentos en ese momento. Quería que Gabe estuviera conmigo. Así que metí la *laptop* en mi mochila, cerré la puerta de la oficina y me fui en el carro a casa.

Era un día limpio y frío de finales de marzo. Las hojas más pequeñas habían brotado con la precaución de todas las plantas que nacen al inicio de la primavera. La calefacción estaba prendida cuando crucé la puerta y me quité mis capas de ropa. Un clavel que Gabe me había dado en San Valentín estaba en un estrecho florero junto al fregadero, con su cuello elegantemente inclinado. Colgué mi abrigo de *sleeping bag* en el perchero, donde se quedaría, intacto, hasta que lo empacara descuidadamente tres semanas después. Gabe estaba en la cocina, junto a la encimera, con un vaso de leche. De pronto, la calefacción se apagó. Las motas de polvo y las pelusas que

habían estado girando frente a ella se deslizaron al suelo.

—Dejaste tu *laptop* en el laboratorio —dije.

Una confusión vacía cubrió sus ojos como una nube viajera. Luego se aclararon de nuevo.

—¿Y? —preguntó, pero su voz era demasiado plana y sus hombros estaban demasiado quietos.

—Encontré algo en ella —dije—. Es un archivo, el número 111. No lo tenemos impreso, Keller debió haberlo destruido, y no está en su computadora tampoco. Pero lo encontré en la tuya. No sé de quién es, Gabe, pero sé que algo anda mal.

Las palabras salieron de mí derramándose con alivio. Incluso cuando caminé hacia él, sosteniendo su computadora en mis manos, estaba irracionalmente convencida de su inocencia. Quería creer que Keller había guardado el archivo, que Gabe nunca lo había visto. Después de todo, si Keller quería esconderme algo, no había un lugar más brillante para hacerlo que en la computadora de Gabe, la persona que amaba, la persona de la que menos desconfiaría. Finalmente podría demostrarle que Keller tenía grandes secretos que no nos contaba, que no confiaba lo suficiente en nosotros y que no teníamos razón para confiar en él. Sería difícil para Gabe aceptarlo, pero yo lo ayudaría. Podríamos ir a cualquier parte del país: encontrar trabajos diferentes, renovarnos. Nos imaginé en los hendididos y lunares desiertos de Utah o en un pueblo junto al mar en Maine, comiendo pan tostado con mermelada en la iluminada mesa de la cocina. Habría humedad en el aire. Pero era puro optimismo.

Gabe se había quedado congelado. Pero no parecía estar en *shock*; me escuchaba con el compromiso estoico de alguien que obedece órdenes. Abrí la computadora e hice doble clic en el archivo.

No necesité más que echar un vistazo al formato para darme cuenta de lo que era. Había visto cientos de ellos antes. Ahora mi corazón comenzaba a golpear contra mis costillas. «Debí haber visto el archivo sola en el laboratorio. ¿Cómo pude no hacerlo?», pensé.

—¿Lo sabías? —pregunté.

—Sylvie —dijo Gabe. Sus manos encontraron la forma de llegar a mis hombros—. Déjame explicarte.

Las palabras en la página eran impactantemente claras. ¿No debían volverse borrosas, cambiar de forma y alejarse de mí en un momento como este? Afuera de la cocina se escucharon movimientos de pies y una corriente de aire. Un grupo de mirlos se levantó de un árbol y se dispersó como canicas.

Mis hombros se movieron debajo de sus manos; fue un movimiento apenas perceptible, como de un animal preparándose para atacar.

—Léemelo —dije.

Gabe quitó sus manos.

—Sylvie.

—Léelo.

Se sentó junto a mí y tomó la *laptop* en sus manos. Los ruidos ordinarios se amplificaron: el débil rechinar de las tablas del suelo debajo de sus calcetines, el crujido de su quijada al abrirla y cerrarla.

—Nombre de la paciente —leyó, con su voz baja y amortiguada—. Sylvia Patterson. Mujer. Paciente número... 111.

Nunca antes lo había visto llorar, no así. Estaba en silencio, con su rostro rígido, y cada gota se detenía en la esquina de su párpado inferior antes de comenzar su lenta y serpenteante trayectoria por su mejilla.

—Fecha de nacimiento: 5 de junio, 1980. Médico solicitante, Adrian Keller. Estado civil, soltera. Queja: problemas para dormir en la noche. Conductas indeseadas durante el sueño.

¿Cuántas veces había visto este formato? ¿Cuántas lo había llenado yo misma? Sabía cuál era la siguiente pregunta.

—¿Durante cuántos meses o años? —pregunté. Estaba apretando los dientes con tanta fuerza que me temblaron.

Gabe hizo un ruido apenas audible. Sonaba más como su voz quebrándose que como una palabra.

—Siete años.

—No entiendo. ¿Siete?

Aún tenía alguna esperanza de que esto fuera un error, de que Gabe no supiera nada de lo que estaba leyendo. Pero me sostuvo la mirada.

—Siete —dijo.

Mi voz salió como si fuera la de alguien más.

—¿Cantidad normal de tiempo tarda en quedarse dormida? —dije.

—Veinte minutos.

—¿Número normal de veces en que despierta en la noche?

—Ninguno.

—¿Episodios de sonambulismo? ¿Cuántos?

—Sí. Uno o dos por noche.

—¿Representación de sueños?

—Sí.

—Tiempo normal en que la paciente se levanta de la cama.

—Entre las 12:30 y las 2 a. m.

Algo se había atascado en mi pecho como un hueso. Apenas podía respirar superficialmente.

—Hábitos de sueño —dije.

Incluso en las primeras semanas de trabajo con Keller pude haber repetido la lista que seguía si me lo hubieran pedido. Su extensión era casi de una página completa. Había sido mi trabajo palomear las celdas que aplicarían para cada participante.

—La paciente tiene pesadillas como adulto —leyó Gabe—. La paciente suda durante el sueño. La paciente pateo y agita brazos y piernas durante el sueño. La

paciente bebe alcohol durante la noche. La paciente se levanta temprano por la mañana, incapaz de volverse a dormir. La paciente rechina los dientes durante el sueño.

—No hago eso —dije—. Nunca he rechinado los dientes.

Gabe me miró. Luego sus ojos volvieron al formato.

—La paciente rechina los dientes durante el sueño —repitió—. La paciente camina dormida. La paciente habla dormida.

Su cabeza cayó hacia delante. La detuvo con su palma derecha, con el codo sobre la mesa.

—Sylvie. Por favor.

Me había levantado de mi lugar. No podía estar sentada junto a él; necesitaba un poco de espacio, una visión más amplia.

—Sigue —dije.

—La paciente ha tenido desmayos o periodos en los que es incapaz de recordar lo que pasó. La paciente se ha quedado dormida en situaciones sedentarias. La paciente tiene heridas resultantes del sueño. La paciente ha tenido alucinaciones o imágenes de sueño cuando se está quedando dormida o despertando.

Sabía que habíamos llegado al final de la sección.

—Evaluaciones de sueño y tratamientos anteriores —susurré.

—La paciente se ha sometido a evaluaciones de desórdenes del sueño anteriormente. La paciente ha tenido estudios de sueño durante la noche. La paciente ha tenido estudios de sueño durante el día. La paciente ha sido tratada anteriormente por un trastorno del sueño.

—Historia social.

—La paciente comparte cama con alguien —dijo Gabe—. La paciente tiene pareja.

—Es suficiente.

No era sangre lo que había en mis venas, era algo más rápido, más caliente y más resbaloso, una sustancia violenta que me daba poderes que no tenía normalmente.

—Por favor, Sylvie —dijo. Su voz era suplicante y se volvía más aguda—. Te lo suplico. Déjame explicarte.

Estábamos a menos de un metro de distancia. Esperé hasta que sentí la confianza de hablar con firmeza.

—Me has estado vigilando —dije.

Él estaba callado. Contemplaba la mesa con los ojos abiertos de par en par. Dos pequeñas hormigas rojas cruzaron el tablón del centro, junto a la sal y la pimienta. Luego se deslizaron en la ranura entre dos tablonos y desaparecieron.

—¿Cómo te sentirías si descubrieras que te he estado vigilando? —pregunté.

—Me sentiría agradecido.

Habló lentamente, con cuidado, como si hubiera ensayado antes esa línea.

—¿De qué?

—De que me hayas amado lo suficiente —dijo—, lo suficiente para ayudarme.

—Si me amaras no habrías hecho esto. No podrías haberlo hecho.

Se estiró hacia mí, pero yo me alejé de golpe. Giré mi brazo derecho hacia atrás y lo golpeé; la palma de mi mano se estrelló con el duro puente de su nariz. Escuché un suave poc y luego sentí sus huesos nasales aflojarse.

Gabe abrió la boca por el dolor, sus labios se replegaron en sus encías. Como la mía, su sangre parecía demasiado brillante para serlo, demasiado ligera; le salía de ambas fosas y corría hacia su boca como pintura. Movi6 su cabeza hacia atrás, de manera que colgara sobre la silla, y gimió.

—Ese no es el documento completo, ¿verdad? —pregunté—. ¿Qué tan largo es?

Gabe negó con la cabeza. Hacía pequeños sonidos con la nariz, sus mocos fluían y eran rojos.

—¿Qué tan largo, Gabe?

—No lo sé. —Su voz era nasal, suplicante; sus ojos estaban cerrados con fuerza.

—Un estimado.

—Ciento cuarenta y cinco páginas —dijo—. Ciento cincuenta.

Los números eran demasiado grandes. Necesitaba hacer algo con mis manos. Avancé hacia el fregadero y empapé una toalla con agua.

Volví hacia él y limpié la sangre alrededor de su boca, de sus dientes. Más tarde encontraría esta toalla en una caja con ropa de invierno. De alguna manera, en mi apuro, me la había llevado conmigo.

—No tienes que cuidarme —dijo Gabe.

—Solamente lo hago para que estés lo suficientemente bien para hablar —dije—. Para comenzar desde el principio.

Con su nariz tapada, Gabe sonaba más joven de lo que realmente era. Lo recordé a los diecisiete, en la noche del eclipse, compitiendo en carreras con los otros chicos colina arriba. Tenía palmas fuertes y húmedas, anchas curvas en sus hombros. Lo vi moviéndose como un delfín en el agua de la alberca de Will Washburn, emergiendo a la superficie cada cierto tiempo, con su cabeza girando salvajemente, el cabello mojado salpicando a los otros, hasta que me encontró. La mirada era de puro y duro placer y sorpresa, como si no pudiera creer que aún estaba ahí, viéndolo.

—Ya debes de haber notado que comenzó en Mills —dijo. Tenía sus ojos cerrados mientras yo presionaba la tela contra su nariz—. Sabes que hablaba contigo mientras dormías, que te conté lo que estaba haciendo con Keller. Fuiste tan jodidamente útil. Tenías ideas buenas, y ni siquiera estabas despierta. No estabas lúcida; yo solo sabía eso. No recordabas nada al día siguiente, te hacía preguntas para saberlo, pero cuando te volvías a dormir, lo recordabas todo. Era como si te metieras en otra vida por la noche, y tu cerebro llevara un registro separado de ella. Era escalofriante. Impresionante. Pero yo te tenía miedo.

—Así que me llevaste con Keller.

Gabe asintió. Levantó la cabeza, hizo un gesto de dolor mientras lo limpiaba

alrededor de las comisuras de sus fosas.

—No lo podía creer. Nunca había visto a nadie como tú, ni siquiera comparándote con otros sonámbulos. Podías hablar con nosotros. Tenías un control impecable de tus funciones motoras. Eras tú, es decir, una versión alterna de ti misma, una doble.

—¿Me estabas entrenando? —pregunté—. ¿Intentando que fuera lúcida?

—En ese momento, no. Todo lo que hacía era llevarte a su casa. Dejarte caminar, tres veces, quizá cuatro. Pero no te gustaba estar ahí. Estabas asustada. Y cuando te vi así, me pregunté si me había equivocado.

—El día que te seguí —dije—. Fue la última noche de nuestro descanso por Acción de Gracias, en nuestro último año. Yo estaba despierta. Saliste de la casa de Keller. Él te castigó, te quitó tus privilegios nocturnos. Te hizo escribir un ensayo.

—Fue planeado. Habíamos estado trabajando. Me había dicho qué aducir si pasaba.

Salté de un año a otro. Mi último otoño en Mills, despertar con heridas y cortadas que pensé que eran por el sexo. La extraña sensación de paisajes ajenos, árboles, cuartos nuevos, entrar y salir de mi cuerpo. El roce de una pequeña criatura con una cola rígida y brillante.

—El gato.

Gabe se me quedó viendo.

—El gato de Keller. —Repetí—. Naranja, con cola larga. Siempre me sentí asqueada ante él, y nunca supe por qué.

Aún se veía apenado. Pero ¿es posible que viera algo más en él? ¿Curiosidad, un poco de emoción, y en alguna parte de ligero orgullo, como si lo hubiera impresionado?

—Nunca te gustó ese gato —dijo—. Te asustabas cuando te tocaba, como una niña pequeña. No puedo creer que lo recuerdes.

Me senté frente a él dejando el trapo sobre la mesa.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Era horrible, Sylvie. Parecía incorrecto, y yo lo sabía. Así que me fui de la escuela.

—¿Sin avisarme? ¿Sin decirme lo que podía pasarme cuando no estuvieras?

—No entiendes. No irías a la casa de Keller sin mí. Él apenas podía ir a los dormitorios a recogerte. Yo tenía autorización para ayudarlo, y si nos detenía un vigilante de pasillo, no había problema mientras estuvieras conmigo. Yo era el enlace. Y si me retiraba por completo de la ecuación, pensé que podía liberarte.

—¿Cómo pudo pasar esto? —pregunté—. ¿Legalmente?

—Eso era parte del problema. Pero hicimos que firmaras un documento, solo para estar seguros.

—Debí de hacerlo dormida. Puedo demandarlos.

—Pero ¿cómo puedes probar que no estabas consciente?

—Porque estaba dormida.

—El sueño y la consciencia no se excluyen mutuamente, Sylvie. Lo sabes.

Mi cerebro se estaba moviendo a una velocidad impresionante. Yo intentaba pensar en cada pregunta posible, como si supiera, incluso entonces, que repasaría las respuestas de Gabe una y otra vez a lo largo de los años.

—¿Los otros maestros sabían?

—Unos sabían más que otros. El señor Cooke se fue por eso.

Hubiera sido mucho más fácil si el cuarto estuviera moviéndose, como había escuchado que hacían los cuartos en momentos como ese. Pero estaba claro como el día: las formas de la cocina estáticas y angulosas, el reloj haciendo un tictac parejo, como si todo dentro del cuarto hubiera conspirado para quedarse lo suficientemente quieto para que yo lo recordara.

—Sé que querrás saber por qué volví —dijo Gabe—. Por Keller, y por ti.

—Estaba en la universidad —dije, para recordármelo a mí misma—. Casi me había graduado. Y seguía viéndote. Pensé que estaba soñando. Pero sí estabas ahí, ¿verdad?

Gabe asintió.

—Era yo. Cuando vi a tu novio, salí corriendo. Recorrí la cuadra y me escondí detrás de un carro. Ahí supe que tenía que ser más cuidadoso.

—Pero también supiste que seguía caminando dormida —dije—. ¿No es por eso que te me acercaste? ¿Para ver si podías convertirme en una rata de laboratorio de nuevo?

—Nunca pensé en ti de esa manera. —Gabe cerró los ojos con fuerza—. Eres especial, Sylvie. No quería que te hicieras daño. Cuando dejé a Keller y dejé Mills, solo podía pensar en ti. Y en qué te pasaría si caías en las manos equivocadas.

—¿Y no crees que eso pasó justo?

Estaba furiosa. Pero una parte de mí aún quería desesperadamente ser convencida.

—Sé que eso parece —dijo Gabe—. Pero teníamos otros motivos para reclutarte. Todo lo que te dije ese día en la cafetería era verdad. Eras inteligente e ingeniosa, la mejor estudiante de psicología. Nos conocías a Keller y a mí. Y entenderías a nuestros pacientes, aunque fuera subconscientemente. El hecho de que fueras sonámbula era solo una ventaja adicional.

—Una ventaja adicional. —Las palabras se sentían secas en mi boca—. ¿Y qué hacía?

Aún me imagino cómo hubiera sido si no hubiera preguntado. ¿Tendría una imagen distinta de mí misma? ¿O aun así lo hubiera sabido, en alguna parte en la profundidad de los huecos de mi consciente, como Keller y Gabe creían?

—En Fort Bragg —dijo Gabe—, hacías cosas pequeñas. Me despertaba en medio de la noche y te encontraba en el cuarto de la computadora, buscando algo en Google, o sentada en la mesa de la cocina haciendo tus transcripciones. A veces incluso subías a caminar por el pasto. Nunca fuiste muy lejos. Parecía que solo querías un poco de aire.

—¿Y aquí? —pregunté—. ¿Qué tan lejos fui aquí?

—¿Lo sabes?

Su cara tenía la misma expresión extraña, una mezcla de pena y curiosidad, de dolor y hambre.

—Tú dime.

Gabe inhaló, su respiración era entrecortada. Se impulsó para levantarse. La sangre alrededor de su nariz aún estaba húmeda, y pude notar que estaba débil. Pero caminó lentamente a la puerta trasera que llevaba al jardín.

—Saliste —dijo—. Por esta puerta de aquí. Tomaste las escaleras hacia el jardín. Ven.

Lo seguí hacia el pasto. Afuera estaba cegadoramente brillante, el cielo con el severo blanco grisáceo típico de marzo. Nos paramos entre los cerezos silvestres, que habían logrado sobrevivir al invierno; a algunos incluso les habían brotado pequeñas hojas carnosas, brillantes y con líneas como palmas. Gabe me condujo a la esquina trasera de la cerca que separaba nuestro jardín del de Thom y Janna. Tres tablones habían sido quitados, dejando un agujero irregular por el cual podía pasar un animal o una persona pequeña. El agujero estaba mayormente escondido de la vista por un arbusto de maleza. No recordaba haberlo visto antes.

—¿Yo hice esto? —pregunté.

—Tú o él —dijo Gabe—. No estoy seguro.

Thom. Sus llamadas nocturnas, la extraña familiaridad con la que me habló después del partido de bochas.

—Tú me alentaste —dije. Recordé la noche del partido, cómo había despertado con Gabe mirándome—. Me preguntaste si pude ver mi mano, dijiste que hacía los sueños menos reales. Estabas intentando hacerme lúcida.

—Habíamos estado intentando por años. Keller pensó que sería mejor si yo trabajaba contigo; él obviamente no tenía acceso a ti en las noches y no queríamos que sospecharas. En Fort Bragg hablaba contigo mientras dormías, pero no tuviste mucho avance hasta que vinimos a Madison. Los meses pasados te acercaste mucho. Podía notar que estabas recordando más, te estabas volviendo lúcida, Sylvie. No podía evitar darte un empujón cuando estabas consciente. Sentía que estaba ayudándote a hacer algo extraordinario.

—¿Por qué no me lo dijiste simplemente?

—¿Realmente crees que te hubieras quedado? Debimos decírtelo al principio, en Mills, pero no lo hicimos. No podíamos decírtelo ahora. —Los ojos de Gabe estaban hinchados, su nariz ya era de color morado—. No quería perderte, Syl. No quiero.

—Pero me estabas perdiendo. Eso es exactamente lo que estabas haciendo, te quedabas ahí y me veías irme. ¿No te molestaba? ¿No te lastimaba cuando me veías entrar a su casa?

—Claro que sí. Era terriblemente doloroso. —Gabe le echó un vistazo a la casa de al lado y bajó la voz, aunque los cuartos estaban oscuros y las persianas cerradas

—. Pero estábamos haciendo algo que nunca antes se había hecho: observar la mente subconsciente en un estado totalmente desinhibido a lo largo de casi siete años. Nos diste la oportunidad de observar la evolución de un trastorno del sueño en tiempo real, ver cómo lo afectaba la lucidez. Keller estaba convencido de que cambiarías la manera de entender las parasomnias. Si hubiera sido del otro modo, si hubiera sido yo, ¿habrías sido capaz de resistirte?

Gabe había recobrado energía. Se veía suplicante y cuidadosamente optimista, como si estuviera convencido de una verdad que yo llegaría a ver por mí misma.

—Estás enfermo —dije—. Estás jodida y claramente loco. Me obligaste a esto, me quitaste la libertad de elegir que pude tener.

Iba caminando de vuelta a la casa, tropezándome entre piedras y plantas enredadas, rodeando los cerezos salvajes.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Gabe detrás de mí—. Tú lo sabías. Estoy seguro de eso, en algún nivel, aun si no era consciente, tenías que saberlo.

—No me digas qué sabía. No sé ni un carajo.

Pero me pregunté si era verdad. ¿Yo había querido esto? ¿Había sido cómplice? Y, de alguna forma, ¿ya lo había descubierto por mí misma?

Entramos de nuevo a la cocina y jalé la puerta de cristal para cerrarla. Todos los ruidos del exterior fueron extraídos del cuarto. El murmullo del refrigerador se oía ahora, el tic tac del reloj. El ligero zumbido de la luz sobre nuestras cabezas.

Gabe extendió sus manos como un campista intentando tranquilizar a un oso.

—Si eso es lo que crees, está bien. Pero creo que, con el tiempo, llegarás a ver una imagen que es mucho más complicada.

—¿Tú pusiste el micrófono en el teléfono, o fue Keller?

—Lo hicimos juntos.

—Para escuchar mis conversaciones con Thom.

—En parte, sí. No teníamos manera de saber qué pasaba de otro modo. No teníamos nada instalado en su casa. Y luego surgió el asunto de Anne.

—Así que Anne March está en juicio.

—Claro que está en juicio.

—Mató a sus padres, y a su hermana también.

—Lo sabes, Sylvie.

Me miraba confundido, frunciendo el entrecejo. Sentí que la realidad se alejaba de mí como una ola gigante. Pero tenía que reconstruirla a mano, verificar los detalles más simples.

—No es justo. —Me sentía débil y con frío—. Viste partes de mí que yo misma no veía.

—Pero ¿no te parece increíble? —Sus ojos brillaban—. Nos conocemos, Sylvie, en formas que otras parejas no pueden ni soñar.

—La gente no debe conocerse tanto. Me viste comportarme como un animal.

—No —dijo Gabe más enérgicamente, negando con la cabeza—. Eso no es

verdad. Te vi comportándote honestamente. No tienes nada de qué avergonzarte.

—Tú me conoces, pero yo no te conozco.

—Sé que así parece. Pero lo harás, te lo prometo. Ahora que sabes todo esto, y créeme, por Dios, tenía tantas ganas de decírtelo, ya no tenemos más secretos. Podemos ser totalmente honestos.

—¿Y Thom?

—No me importa Thom. Fue mi culpa.

—Pero ¿él qué sabe?

—No tengo idea. No he hablado con él.

—¿No? ¿No lo has puesto al tanto?

—Ya te lo dije. No teníamos manera de saber qué pasaba cuando entrabas ahí. No pudimos sacar mucho con el micrófono del teléfono; siempre que contestabas, parecía que no querías saber nada de él. Lo único que yo podía hacer era anotar la hora en que te ibas a la cama. Luego verte cruzando la cerca.

—Estabas fingiendo que dormías —pregunté.

Asintió.

—No entiendo —dije—. No entiendo de qué lado estás.

—No hay lados —dijo Gabe—. Todos estamos en el mismo lado.

Tomó mi antebrazo e intentó jalarme hacia él. Pero me alejé, moviéndome hasta que su brazo se torció detrás de su espalda. Me soltó con un tenso sonido de angustia. Jadeando, se inclinó hacia adelante, con sus manos sobre sus rodillas.

—Por Dios, Sylvie —dijo—. Solo quería...

Pero apenas lo escuché. Estaba corriendo hacia la puerta, y luego estaba afuera, bajando aprisa los escalones del porche hacia la banqueta. Al otro lado de la calle, una pareja joven paseaba a dos golden retrievers, dorados y astutos; la mujer hablaba enérgicamente mientras ellos jalaban sus correas. La náusea me asaltó, súbita y ardiente. Me di la vuelta y recibí las primeras arcadas sobre un drenaje, el vómito colorido rebotaba en las tablas. Uno de los perros ladró y la mujer chasqueó la lengua, viéndome con desconcierto mientras azuzaba a los perros para avanzar. Cuando dieron la vuelta hacia Atwood, la cuadra quedó vacía. Me tambaleé.

Aunque había escuchado muchos trenes en Madison, pocas veces vi uno; en casa, el oscuro encaje de los árboles tapaba los trenes. La electricidad latigueó en el aire. Conforme se acercaba el tren, todo mi cuerpo se estremeció, y apreté las manos con más fuerza contra la cerca. Me imaginé el brillo de un reflector, una estruendosa corriente de aire, mi cuerpo sacudiéndose como una hoja. Sería tan fácil, tan rápido. Las vías estaban rechinando, el suelo temblaba enérgicamente. El miedo rugió dentro de mí, e intenté soltar mis manos. Pero mis nudillos estaban hinchados y el agudo impulso no hizo nada. El primer carro apareció ante mi vista, con su nariz redonda y brillante, y grité.

En un movimiento brutal, arranqué mis manos de la cerca y salté al otro lado de las vías. El primer vagón pasó disparado junto a mí, y la fuerza de su trayectoria me

tiró sobre mis rodillas. Me agaché en el suelo empedrado, donde había envolturas de dulces, latas de refresco y botellas de cerveza que rodaban por el viento, mientras los otros vagones aparecían.

Me había imaginado la majestuosa ferocidad de los antiguos trenes de carga, la máquina ennegrecida de carbón y la columna de humo blanco. Pero este tren estaba destartado y cansado, parecía el diseño primitivo de un niño: llantas sin filo, vagones en cetrinos tonos de naranja, amarillo y café. Los costados estaban manchados con grafiti. El tren mismo parecía aullar como protesta, condenado a cargar estas historias, pero ¿cómo limpiar un tren? ¿Con una lavadora a presión, un dispositivo abrasivo? Y ¿qué caso tendría, si la noche siguiente alguien vendría, lata de pintura en mano, para encontrar el lienzo del tren limpio y listo?

Tosí polvo mientras pasaba el último vagón. Este no era un cabús rojo ladrillo: esos habían quedado obsoletos en los años ochenta y noventa para recortar costos, según me había dicho una vez Gabe; era uno de sus datos que ya no me sorprendía que supiera. El cabús y su tripulación fueron declarados innecesarios, dijo, siendo los rieles lo suficientemente seguros. El conductor del cabús fue reemplazado por un dispositivo para el final del tren: una pequeña unidad electrónica con un farol posterior rojo.

Pero alguien iba en la parte trasera de este vagón, veía sus pies sobre la pequeña plataforma de aluminio, tenía sus manos aferradas al pasamanos. Tenía capas de ropa negra y botas con estoperoles, un sombrero tejido muy hundido sobre su cabeza, y una barba densa colgaba hasta sus hombros; un polizón. Había escuchado que viajaban en vagones abiertos o en los espacios traseros de los contenedores de carga. Con la noche cayendo, el hombre se mimetizaba con el vagón color carbón y el cielo negruzco. Quizá esto lo había envalentonado, o quizá solo quería aire. Cada ciertos segundos, la parpadeante luz roja iluminaba sus pómulos de cisne y el tubo que llevaba en una mano, ¿tal vez un mapa? ¿Un periódico? No podía definirlo.

Mientras la máquina lo alejaba, nuestros ojos se encontraron y por mi espina corrieron chispas. Él levantó una mano para saludarme y yo hice lo mismo. Luego el tren se hundió en la oscuridad, se lo tragó como una piedra en el agua, y tan inesperadamente como había aparecido, el hombre se fue.

MARTHA'S VINEYARD, MASSACHUSETTS, 2010

Vineyard se siente mucho más benigno de lo que solía ser. Está más soleado que en el verano del 2002, producto de un mundo torcido por el calor. Este año, los días de veintiún grados han sido reemplazados por ardientes periodos de sequía, y las plantas fértiles del medioeste son incapaces de dar fruto. La niebla es un alivio. ¿Alguna vez fue tan ominosa, tan reservada como alguna vez creí que era? Ahora tengo ocho años más de los que tenía ese verano, en agosto cumpliré treinta; mi ansiedad respecto a la niebla, sus poderes de encubrimiento, se han alejado de mí. Es mejor así, aunque supongo que el mundo ha perdido algo de su brillo: como si le hubiera despegado una capa holográfica y se viera severo, cruel. La noche se acomoda obedientemente en su pequeña caja. Y, quizá, yo me acomodo obedientemente dentro de la mía.

Han pasado años desde la última vez que soñé como lo hacía en Madison. Ya no camino en mis sueños; dos medicamentos por la noche y cuatro años de cuidadosos ajustes se han encargado de eso. Es raro; de hecho, las medicinas hacen que sea más fácil recordar mis sueños. Puse una cámara de video al pie de la cama y cada mañana revisaba la grabación de la noche anterior; una medida extrema, lo sé, que me hacía sentir a la vez protegida y ligeramente loca. Fuera de una sacudida ocasional, estaba tan inmóvil como un costal de harina. Esto me tranquilizó, y pronto llegué a disfrutar mis sueños. Otras personas caen en un estado vacío e inactivo como una computadora hibernando. Pero cada noche yo voy al cine, mi única concesión con la forma en que solía ser.

O quizá eso es solo lo que me digo. Hay una grieta en ese sueño, y me mantengo lo más lejos posible de ella. La verdad es que siempre habrá una falla geológica en mí, y esas fallas nunca son una fractura única y limpia; cuando la superficie de tu mundo se desplaza, las placas subterráneas se mueven y se quiebran como porcelana, y nunca puedes caminar tan despreocupadamente como solías hacerlo. Los medicamentos me mantienen dormida; buscar algún placer en mis sueños me ayuda a no odiar esas imágenes o el lugar de donde vienen. ¿Cómo puedo explicar lo que se siente estar constantemente en guardia, con miedo no de lo que alguien más puede hacerte, sino de lo que tú podrías hacerte a ti mismo? Es como tener una rottweiler:

no importa qué tan dulce sea en casa, será autónoma una vez que esté libre de la correa en el parque para perros, y no habrá nada que puedas hacer para controlar la manera en que rasga el pasto, la forma en la que aúlla como el demonio; solo puedes ofrecerle una apenada sonrisa de disculpa a los otros dueños y mascullar delicadamente: «Cree que es un lobo».

Una vez que llegué a Vineyard, no pude resistir la tentación de pasar por el recinto de Snake Hollow, aunque sabía que no se parecería en nada a lo que solía ser. En el otoño de 2008, un constructor compró el recinto, destruyó el interior de los edificios y comenzó a trabajar en un proyecto de dos años que convertiría el lugar en un grupo de condominios vacacionales. Conservó el nombre, Snake Hollow, seguro de que atraería parejas en busca de una escapada de cuento en una isla, pero a mí me parecía algo terriblemente incorrecto. Me metí suavemente al camino de entrada, que había sido cavado y pavimentado, y ahí estaban: las tres estructuras originales, con las tejas que coloreaban los revestimientos impecablemente blancos.

Cada edificio era más o menos de la misma forma y tamaño, pero había nuevos apéndices aquí y allá: otro porche, un ala extra. Cada condominio tenía su propia entrada, así que los senderos salían del edificio en varias direcciones, llenos de huéspedes. Una familia de cinco integrantes emergió de lo que alguna vez fue el cuarto de literas, sosteniendo cajas de fideos, deslizadores y un gigante flotador amarillo con forma de gusano; un niño estaba detrás de una de las ventanas de la antigua biblioteca, probando el aire con su pie antes de ser succionado hacia el cuarto por un padre invisible. Frente al camino de entrada, en una extensión de pasto verde recién plantada, una pareja joven con las piernas separadas y lentes de sol compartía un durazno. Ambos me miraron con interés casual mientras me echaba en reversa.

Al lado de la carretera, los tallos de las hierbas se mecían como un saludo o una despedida. A dieciocho metros estaba la playa, donde un grupo de adolescentes estaba de pie con cañas de pescar. Bajé la velocidad para observarlos: sus delgados y ansiosos cuerpos, el arqueado latiguelo de las cañas. De vez en cuando un grito solitario señalaba un jalón desde el agua. Aún recuerdo la noche en que Keller volvió al recinto de una de sus caminatas de la tarde, con el cuerpo jadeante y brillante de una lubina. Su quijada se abría y cerraba, sus labios eran lo suficientemente anchos para contener una uva. Ni siquiera sangraba. El pez era de color verde plata, con la barriga redonda, tan fuerte que era difícil creer que pronto estaría abierto, con su piel siendo retirada como un vestido, y reencarnado en la vajilla de porcelana floral de Keller, con la carne untada en mantequilla y frita hasta quedar crujiente.

La puesta de sol de ese día fue como un impactante neón, naranja ardiente y rosa marcatextos. Keller se detuvo frente a las puertas francesas y el pescado se quedó quieto. Me pregunté por qué no había luchado. Había escuchado historias sobre el poder de las lubinas. Pesaban hasta veintisiete kilos; en su madurez tenían pocos enemigos. Pero la que Keller tenía en las manos era dócil, resignada. Sus ojos, aún más grandes que los de un humano, con los iris negros como pozos dentro de una

alberca de amarillo, parecía que miraban hacia el cuarto con atención, como si Keller no le estuviera ofreciendo la muerte sino un privilegio. Aquí, parecía decir, estaba la vida en la tierra.

MADISON, WISCONSIN, 2005

Mi mente quería perdonar a Gabe. Pero mi cuerpo no podía. Seguía esperando volver a la cama con él, pero conforme pasaban los días, la carga de ese cuarto solo se hacía más fuerte. Subía para tomar ropa o un libro cuando él no estaba, y cuando volvía abajo me sentía contaminada. Solo una cosa me hacía sentir mejor: que Gabe no supiera, o no estuviera seguro, de qué había pasado en casa de Thom. En ese tiempo era mi único y escaso punto de poder. Esa información, el conocimiento de qué tan lejos había llegado, era lo que Keller y Gabe querían más desesperadamente. Era lo que habían estado pescando por años, a lo que estaban apostando sus carreras. Y en las terribles semanas siguientes, semanas que pasé en un nebuloso estado de limbo, lo guardé con todo lo que me quedaba.

Dormía en el sofá y usaba el método de Meredith Keller de intervención, despertándome con la alarma de un celular antes de poder hundirme en el sueño REM. Nunca había sido tan difícil negarme el instinto más básico. Me sentía atraída hacia la profundidad del sueño y lo que me aguardaba ahí. ¿Thom me estaba esperando? Dos veces sonó el teléfono, una cuando Gabe estaba en el laboratorio y otra cuando estaba en casa, pero nunca contesté y dejé de sonar después del primer timbre.

Mis recuerdos de esas semanas finales son pocos, pero imágenes estáticas, como postales, surgen de vez en cuando. Tendida en el sofá antes del alba, medio dormida y envuelta en mi abrigo. De pie frente al espejo del baño en la oscuridad de una madrugada, prendiendo y apagando las luces fluorescentes para que la brillante descarga me mantuviera despierta. Sentada a la mesa de la cocina con un tazón de cereal y Gabe en la silla de enfrente, con sus ojos nublados pero enfocados en mí.

—Di algo, Sylvie. Lo que sea.

No respondí. Por lo general sabía que lo mejor era dejarme en paz. Convertí la sala en un refugio, porque tenía miedo de ir demasiado lejos en el exterior; la idea de ver a Thom era aún peor que la de ver a Gabe. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el exterior viniera a mí.

Era el inicio de abril, una semana después de descubrir mi archivo en el laboratorio, siete días que había pasado en casa. Le había mandado a Keller un breve

e-mail diciendo que me había enfermado de gripe; necesitaba conseguir tiempo en lo que pensaba bien qué hacer: si debía confrontarlo y cómo, si debía irme y cómo. Pero mi cerebro estaba nublado, y pasaba menos y menos tiempo consciente. Mientras Gabe estaba en el laboratorio, dormitaba con mi abrigo en el sofá de la sala. Mi sueño nunca era lo suficientemente profundo para ser satisfactorio, lo que me facilitaba entrar y salir de él. Así que cuando escuché un fuerte golpeteo en la puerta, me levanté.

Esperaba ver a Keller, pero era Janna. Estaba descalza en el porche con la blusa de una pijama de seda rosa y lo que parecían ser los *jeans* de Thom, pues se arrugaban alrededor de sus rodillas y tobillos. Se había pintado todo el cabello de un rojo antinatural. Estaba contemplándome con expectativa, como si fuera yo quien estuviera en su porche y no al revés.

—¿Puedo pasar? —preguntó finalmente.

Asentí. Cruzó la puerta delicadamente. Me hice consciente de la sala y su aire de agorafobia: las ventanas estaban cubiertas con sábanas negras, había abrigos tirados sobre el sofá y el suelo. En el aire estaba el húmedo e íntimo aroma de los cuerpos. Vio la cámara de video que yo había puesto al pie del sofá y desvió la mirada.

—¿Te ofrezco algo de tomar? —pregunté.

—Cualquier cosa con alcohol.

Su tono era casi coqueto. Pero debajo de él había un rancio tono afectado, de tentativa.

—Bien —dije. Caminé hacia el refrigerador y lo abrí: huevos, una revoltura de sobras, viejos fiambres para la comida del laboratorio. Al fondo había una botella a la mitad de viejo vino blanco. Lo olí y serví un vaso.

—De hecho —dijo Janna—. No te molestes.

Se había sentado sin invitación a la mesa de la cocina. Su blusa de seda, tallas más grande, caía sobre la silla.

Sin saber qué más hacer con el vino, conservé la copa para mí. Me senté frente a Janna. Estaba callada. Meses antes, yo hubiera intentado hacer conversación, pero ahora estaba exhausta. Observé mi copa y la toqué con los dedos. Lentamente, mi sistema nervioso estaba despertando, saliendo con esfuerzo del atontamiento de la tarde. Pasaron minutos antes de que me diera cuenta que Janna me estaba mirando fijamente.

—No te ves bien —dijo.

Hubiera sido menos doloroso haber detectado un tono de insulto. Pero su voz no tenía su filigrana juguetona, su cadencia musical. Incluso el toque nasal de su acento finés se había suavizado.

No estoy segura de cuánto tiempo nos quedamos así. A mí me parecieron horas, pero en realidad no debieron de ser más de unos minutos.

De pronto, Janna se puso de pie.

—Aquí apesta.

Cuando viene a mí ese recuerdo, la veo con su amplia blusa, su nariz henchida y su estómago ya presionando contra la cintura de los *jeans* de Thom. Pero creo que agregué ese detalle en retrospectiva; en ese momento, después lo supe, ella no llevaba embarazada más que cuatro meses.

Seguí a Janna hacia la puerta y al porche. Ella comenzó a inclinarse hacia mí, como si fuera a poner su mano sobre mi hombro. Su mejilla rozó la mía. No sé por qué no me alejé.

—Si vuelves a entrar a mi casa —siseó—, llamaré a la policía.

Sin verme a los ojos, se dio la vuelta hacia la puerta del mosquitero. Hubo una breve corriente de aire mientras la abría y cerraba, y luego se fue.



En ese momento, podía contar con una mano a las personas cuyos números telefónicos me sabía y con las que hablaba con profundidad. Hacía mucho que había perdido el contacto con todos mis amigos de la universidad. Llamé a mi madre.

Aún me maravilla la rapidez y eficiencia con la que me rescató de la vida en Madison. No le dije nada sobre mi participación en los experimentos de Keller, y fueran cuales fueran sus sospechas, aceptó lo que le dije: que solo era una separación dura. Como la mayoría de la gente joven, me había convencido de que su vida romántica había comenzado y terminaría con mi padre. Pero mientras volábamos de Madison a Cleveland y luego de Cleveland a Newark, ella resucitó un animado desfile de novios pasados. Durante la escala, mi madre, tan frugal que usaba los mismos *jeans* deslavados y los mismos zuecos desde que nací, con su gamuza original pelada en la punta, me invitó un épico banquete de aeropuerto: bistec con papas fritas del más caro y elegante grill del lugar, coronado por un sundae de brownie que probablemente era ilegal en algunos Estados. Estuvo a punto de cargar mi equipaje; se lo pedí en el área de recepción, quejándome del cansancio, y ella me echó una mirada equivalente a una intensa patada. En casa, me chiqueó durante unas semanas, lavando mi ropa, haciendo mi sopa minestrone favorita, antes de decirme que era hora de que decidiera qué haría, y más me valía no pensar en vivir sola.

—¿Qué otra opción tengo? —pregunté—. No conozco a nadie.

Estaba sentada en el sofá con los viejos pants de mi papá, comiendo botanas directo de la bolsa, y no podía decir si estaba encantada o asqueada de mí misma.

—Busca una compañera de cuarto en Craigslist —dijo—. La gente lo hace todos los días. O llama a Hannah, la de la prepa.

—¿Cómo? No teníamos celulares en ese tiempo, ni siquiera sabría cómo localizarla.

Mi madre suspiró y salió del cuarto. Cuando escuché el rápido golpeteo de sus

pisadas en las escaleras, me imaginé que se estaba rindiendo. Pero menos de un minuto después, reapareció en la puerta de la sala y me lanzó un pesado libro con espiral que cayó a mis pies con un golpe.

Levanté aquel libro: era el viejo directorio de Mills, con un impresionante grosor de más de tres centímetros, que incluía una densa sección con las reglas de la escuela y su historia antes de llegar a lo bueno. Tener las direcciones y teléfonos de todos parecía deliciosamente valioso en ese momento, tan insignificante como suena en el mundo obsesivamente público e interconectado de hoy; recuerdo recorrer el mapa de San Francisco con Hannah, buscar la dirección de su *crush* y repetir el número telefónico de Gabe en mi cabeza hasta sabérmelo de memoria. Pero el directorio tenía casi una década. Marqué el teléfono de Hannah y timbró durante tanto tiempo que estaba por colgar, convencida de que sus padres habían vendido la granja, pero de pronto se escuchó un repiqueteo plástico y el melódico saludo de su madre. Aún podía imaginar su suave y pálida trenza, sus manos oscuras y callosas, la forma en la que se inclinaba sobre los romeros del jardín, como si estuviera vigilando a niños dormidos.

Hannah no estaba ahí; estaba en Berkeley, dijo su madre, con más que un poco de orgullo, tras haber terminado una carrera culinaria en Nueva York. Pasó un año trabajando en una granja orgánica en Canadá y ahora era chef asistente en un restaurante vegetariano. Ingrid me preguntó cómo estaba, le dije que bien, y me dio el número de celular de Hannah. Temía que no supiéramos qué decirnos, pero Hannah estaba tan entusiasmada con Stevie Wonder sonando al fondo, que mis nervios se disolvieron. «Dame un minuto —dijo—, déjame apagar eso. Tenía mi música animada, sabes que no puedo despertar sin ella... ¡Sylvie! No es posible, ¡hace siglos que no sé de ti!».

Estaba viviendo en un edificio achaparrado de los sesenta en el Ghetto Gourmet. «Horroroso... te estoy hablando de paredes de madera y alfombras naranja —exclamó—, ¿pero qué le vamos a hacer?». Vivía con su exnovio, un chef del mismo restaurante. «No preguntes, es tan terrible como suena —aceptó—, pero es solo por otras nueve semanas, no es que esté contando, y lo bueno es que es obsesivamente limpio y lava todos mis platos». Su contrato se acababa a finales de julio y necesitaba otra compañera de casa.

—Me encantaría tenerte aquí, obvio —dijo. Eran las nueve de la mañana en California, y podía escucharla yendo y viniendo en la cocina: el sonido metálico de un cuchillo, los platos traqueteándose, el rápido silbido de una ventana abriéndose hacia arriba—. ¿Pero qué harías aquí?

—He estado pensando en volver a la escuela, de hecho —le comenté. Y era verdad, aún tenía esa maldita solicitud para reinscribirme, y se estaba volviendo más claro que esa era mi mejor opción. Sabía que si vivía con mis papás por mucho más tiempo me deprimiría y autocompadecería, y además necesitaba un título universitario—. Podría ir en agosto; conseguiré un trabajo de mesera mientras trabajo

en mi solicitud. Quizá pueda comenzar en el semestre de primavera.

Y así fue como pasó. Pasé el inicio del verano atando los cabos sueltos en Newark, aunque no es que tuviera muchos: hice mis maletas, tiré mis recuerdos de Snake Hollow y mis fotos de Gabe. Cené más días consecutivos con mis padres de lo que nunca hice cuando niña. En junio, Rodney vino a casa desde la universidad, donde estaba estudiando escritura creativa; en las tardes jugábamos a patear una pelota tejida mientras la luz dorada del sol teñía el patio trasero. Después de semanas de buscar departamento, Hannah encontró un pequeño espacio victoriano con torretas a unas cuadras de su restaurante. Me mandó fotos por *e-mail*: dos recámaras, un baño con azulejos turquesa, espacio para un jardín.

Podía sacar a Gabe de mi cabeza durante el día, pero en la noche su recuerdo latía debajo de mi piel. Soñaba con su sonrisa descentrada, el tono particular de su voz; me despertaba sudorosa y sin aliento. No contestaba sus llamadas, aunque cada una era un pinchazo fresco, seguido de un leve dolor que duraba por días. Si me pedía que volviera, si me decía de nuevo que me amaba, no podía confiar en que me mudaría a California. Hubiera sido tan fácil deslizarme de vuelta a nuestra vida juntos antes de que supiera siquiera lo que estaba haciendo, cruzar silenciosamente la puerta como una adolescente que vuelve después de una larga noche fuera, subir las escaleras y tomar mi viejo y suave espacio junto a él en la cama. Él se despertaría y me encontraría ahí, doblaría su cuerpo sobre el mío por costumbre, antes de sorprenderse por ello. Pero tendría que volver con Keller también, a los pasillos desnudos del laboratorio, al cansancio perpetuo, al estancado aire intramuros. Me sentía como si hubiera pasado años dentro de los compartimentos de cristal y la vida cíclica de una puerta giratoria. Al salir estaba tan mareada que probablemente podría desmayarme, pero al menos había aire.

Gabe no era el único que me llamaba. Mi celular timbraba constantemente con códigos desde Madison hasta Massachusetts, y todos los mensajes de voz eran de Keller. Al principio eran secos: «Sylvia, soy Adrian; necesito que me llames»; pero con el paso de los días su voz se volvió cansada, con un trasfondo de pánico imposible de disimular. Me llamó del número privado del laboratorio, de su celular de Boston y finalmente de teléfonos públicos. Ignorarlo me hacía sentir enferma y sacrílega, pero nunca contesté.

En vez de eso, escribí una carta. Lo bueno del juicio de Anne March es que me dio una excusa ya preparada. Aún puedo recordar, con ligera vergüenza, la circunvolución del primer párrafo: «Aunque los últimos años de mi vida han estado dedicados a mi trabajo, como usted he creído en esa labor tan fervorosamente como mi conciencia me permitió, pero ciertos eventos recientes me han forzado a ver nuestra investigación, y sus terribles complicaciones, bajo una nueva luz. Con gran tristeza me retiro de un esfuerzo con el cual he estado profundamente comprometida, pero ya no puedo ignorar la evidencia de que nuestro trabajo ha traído, principalmente, consecuencias negativas a las vidas de nuestros participantes y sus

seres queridos».

Escribí que no compartiría los detalles de nuestro trabajo con los medios ni con la policía, y he mantenido esa promesa, aunque nunca he podido definir si era por su bien o por el mío. A cambio, le pedí a Gabe que no le dijera a Keller lo que yo sabía. No tengo idea de si ha cumplido su parte del pacto; de cualquier forma, cuando el caso de Anne se cerró repentinamente a finales de ese verano, pues ella cambió su declaración a culpable y fue sentenciada, sin juicio, a veintiséis años en una prisión federal para mujeres, las llamadas de Keller se redujeron hasta detenerse.

Quizá incluso él sabía que una era se acercaba a su fin. Cuando estuve en Berkeley los seguí a él y a Gabe de lejos. Continuaron otros dos años, viajando como vagabundos de universidad en universidad. Pasaron en Ann Arbor el otoño después de que me fui, la primavera en Bloomington. A partir de ahí, las universidades se volvieron más y más oscuras. Después del año académico 2005-2006, que pasaron en una pequeña universidad de Nueva York, tan arriba que casi bordeaba con Canadá, su trabajo ya no estaba atado a ninguna escuela.

Regularmente me preguntaba cómo se sintieron en esos meses finales, cuando la costa este estaba comenzando a despertar apenas después de un invierno de hibernación. ¿Estaban llenos de desesperanza, tan incongruentes ante el florecer del mundo exterior? ¿O se rindieron tranquilamente? Debieron de saber que su tiempo ya había pasado. Conforme avanzaba el siglo XXI, nadie quería aprender a vivir en sus sueños, solo querían quedarse dormidos. La intimidad y autocontemplación de los ochenta y noventa eran obsoletas; cuando los precios de la gasolina se elevaban, las capas de hielo se derretían y los recursos se adelgazaban, un seguro era lo mejor que el dinero podía comprar. «Dormirás como un bebé», prometía un anuncio de colchones, y ¿qué era más atractivo, más escurridizo que esa especie de ignorancia, más difícil de ganar en la adultez, pero no menos maravillosa?

Debí tener una sensación de redención cuando Sueños Lúcidos Interactivos al fin se disolvió, pero todo lo que sentí fue duelo. Hasta ese momento, la investigación misma se mantenía como testigo de mi vida, tanto personal como profesionalmente. Cuando Keller salió del paisaje académico, con su trabajo tan breve y brillante como las especies extintas, fue como si nada de eso hubiera pasado jamás.

BERKELEY, CALIFORNIA, 2005

Cinco meses después de mi partida de Madison, en octubre de 2005, mi madre llamó al Nokia medio descompuesto que me había llevado a Berkeley. A su casa había llegado una carta dirigida a mí. Al menos, parecía ser una carta: era un sobre grueso y largo, sellado con cinta sobre el broche. Tres timbres estaban pegados en la esquina superior izquierda. La dirección del remitente era la de Gabe. Ella me la envió por correo.

—No la leas —dijo Hannah—. Solo te torturará. ¿A quién le importa lo que él tenga que decir?

Hannah era, y aún es, la única persona que conoce la historia con todos sus detalles humillantes. Ya le había contado cómo me reencontré con Gabe y dejé la escuela para irme con él, pero no sabía nada sobre mi trabajo con Keller hasta mi primera noche en California. Estábamos sentadas en el sillón de la sala, comiendo lo que pedimos a domicilio del lugar vegano de la esquina, cuya absoluta ausencia de queso y carne dejaba claro que ya no estaba en Wisconsin. El cuarto estaba abarrotado de cajas; apenas reconocía a Hannah: la delgada y huesuda chica que conocí en Mills se había vuelto alta y femenina, con piel humectada color mantequilla, su cabello era rizado y lo tenía recogido en un chongo y sostenido con palillos chinos. Había subido de peso, pero le iba bien: con sus fuertes y redondos muslos y sus mejillas ruborizadas, se veía como si hubiera crecido para formar el cuerpo que siempre debió tener. No pude evitarlo. Comencé a llorar.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando su seitán en el suelo.

Antes de poder contenerme, ya le estaba contando todo. Me escuchó con silenciosa concentración, con sus ojos azules muy abiertos y apenas parpadeando. La amable atención de una vieja amiga, de alguien que no quería nada de mí, fue suficiente para hacerme llorar con más fuerza. Me soné la nariz tan fuerte que Hannah se hizo hacia atrás, riéndose hasta que soltó un ronquido.

Cuando llegó la carta de Gabe, se paró frente a mí para bloquearme el paso hacia la mesa donde estaba, como un padre separando a dos niños peleoneros. Durante los primeros días, la curiosidad me carcomía con tal fuerza que metimos el sobre en una

caja de zapatos de su clóset. Pero pronto me di cuenta que tenía más poder si no sabía lo que había adentro. ¿Y si Gabe revelaba algo nuevo? ¿Qué pasaría si me pedía que volviera o me soltara para siempre? No quería que ninguna de esas cosas fuera verdad. Y por primera vez en mi vida, aprendí el valor de la ignorancia. Manejamos hacia la pasarela en playa Santa Cruz y bebimos cerveza barata y tibia, sentadas en el muelle observando el surf y gritando cuando el Giant Dipper descendía. Nos amontonamos en bares sencillos con sus compañeros de trabajo hasta la mañana siguiente; horas después, crucé a pie el campus para reunir firmas para mis solicitudes de reinscripción y preferencias de clases, tan desvelada y llena de café como cualquier otra estudiante.

Tenía veinticinco y me faltaba poco para terminar la universidad, pero no me sentía así. Había sido tan seria en la escuela la primera vez, que incluso mi relación con David había parecido una especie de beca de trabajo. Ahora, si eso podía sacar a Gabe de mi cabeza, estaba decidida divertirme. Los fines de semana, Hannah y yo tomábamos el tren BART hacia San Francisco e íbamos a bailar al centro. Nunca había estado tan cerca de tantos cuerpos al mismo tiempo, moviéndose y gritando en masa; con la música retronando y las mareadoras bebidas dulces corriendo por mis venas, casi podía olvidarme de todo. Fue una tradición nuestra incluso años después, cuando terminé mi maestría y comencé el doctorado; hacíamos un peregrinaje mensual a nuestro lugar favorito. Una de esas noches, Hannah vio a un hombre de cabello rizado con un saco sobre su hombro parado junto a la barra y mirándonos divertido.

—Ve —dijo—, te está sonriendo.

Así que me armé de valor, fui hacia la barra por vodka y coqueteé con él tan abiertamente que me pidió mi teléfono antes de jalarme a la pista de baile.

Con la carta de Gabe guardada en un lugar seguro, me convencí de que podía controlar las noticias suyas que llegaban a mi vida. De hecho, después de nuestros años en Berkeley, prácticamente me había olvidado de la carta misma. Pero una tarde de mayo, cuando acababa de llegar a casa después de dar una parte de la clase de Psicología anormal, pues todos los estudiantes de postgrado debían ser maestros asistentes a cambio del indulto de la tesis, Hannah cruzó la puerta de un salto. Respiraba con dificultad, aún tenía una mano en la perilla.

—Ni te imaginas a quién vi en el tren —dijo.

—¿Al chico del bar? —Mi pareja de baile de cabello rizado aún no me había llamado, aunque no lo culpaba. Yo apenas podía recordar de qué habíamos hablado, aunque sí recordaba pisarlo tantas veces que preguntó si siempre bailaba así.

Hannah negó con la cabeza.

—A Michael Fritz.

El nombre me golpeó como una ráfaga de aire frío. Michael Fritz, uno de los mejores amigos de Gabe en Mills. Con cabello del color de una flama y una risita disimulada.

—¿Sí? —le pregunté, fingiendo naturalidad. Estaba revolviendo el agua de la

pasta, y mi mano ya se había endurecido alrededor de la cuchara de madera—. ¿Qué hace aquí?

—Está trabajando en una pequeña empresa. Algo de tecnología. —Hannah cerró la puerta y, quitándose sus zuecos, caminó hacia el sofá—. Siéntate conmigo un momento, ¿sí?

A la pasta le faltaban dos minutos, pero apague la estufa y escurrí el agua; la puse en un tazón con un paquete naranja de queso en polvo. Me senté junto a ella y comí un poco. La respiración de Hannah era superficial, sus mejillas estaban sonrojadas.

—Gabe tiene un hijo.

La pasta estaba aún cruda; crujía entre mis dientes, tesa y chiclosa como el plástico. La escupí con mi corazón tamborileando.

—¿Qué?

—Ya sé, Sylvie —dijo Hannah, poniendo una mano sobre mi rodilla—. No estaba segura de si debía decirte, pero pensé que, a la larga, ya sabes... pensé que te ayudaría a seguir adelante.

—¿Quién es la chica?

—Es un niño.

—La madre —dije.

—Ah. —Hannah asintió con la cabeza, inhalando—. Aparentemente la conoció en el norte de Nueva York, cuando él y Keller estaban trabajando en esa universidad, la que está cerca de Canadá.

—¿Era investigadora? ¿O estudiante?

—No, no. Creo que trabajaba en la ciudad. ¿Sarah algo? Trabaja como recepcionista en un consultorio dental, o quizá en un quiropráctico, no lo recuerdo. Como sea, la conoció ahí y se quedó. Mike los visitó en un viaje de negocios el año pasado, manejó desde Albany. Ella es amable, dijo él. Se ríe mucho. Gabe parece feliz.

Asentí y caminé hacia la ventana. No podía soportar el peso de su mirada. Cuando se fue al restaurante esa tarde, esperé solo unos minutos antes de ir a su clóset. Encontré la caja de zapatos debajo de un montón de suéteres de invierno, con el sobre de Gabe al fondo. No podía esperar para llevarlo a mi cuarto; me senté recargada contra la pared del clóset, con la falda blanca de trabajo de Hannah rozando mis rodillas, y abrí el sobre con un tirón. No lo admitiría, pero esperaba encontrar una súplica, Gabe rogándome que volviera con él, siguiendo adelante solo después de recibir mi silencio como respuesta.

Arranqué un lado del sobre. Adentro había dos pinceles. Los mangos de madera estaban embarrados de colores, pero las cerdas acaban de ser limpiadas. Eran mis favoritos, los que había tenido desde Mills. Gabe los había envuelto en papel rayado, y cuando desdoblé la página, vi que había escrito algo adentro.

Espero que sigas pintando, Syl, y que ya no lo cubras. Nunca quise que lo

hicieras.

Con amor,
Gabe

P. D. Lo siento

La puse en el suelo del clóset de Hannah con los pinceles encima; mi garganta se estaba estrechando. Estaba por tirar el sobre cuando noté algo más arrugado al fondo. Era un brillante trozo de papel, doblado y desdoblado tantas veces que ya estaba suave como una tela. Cuando lo alisé, vi que había sido arrancado de un boletín de exalumnos de Mills, en 1999. Gabe había encerrado en un círculo una foto que ocupaba la mitad de la página. «Grandes alturas», decía el pie; «La clase del 99 observa un eclipse».

Y ahí estábamos: David Horikawa haciendo una desafortunada torre de manzanas, Michael Fritz balanceando una bandera sobre su cabeza, Hannah apuntando hacia la luna con la nuca hacia atrás. Yo estaba hincada junto a ella, siguiendo su mano. Solo Gabe estaba lejos del grupo. Estaba recargado hacia atrás sobre sus brazos, varios metros detrás de nosotros, y no estaba mirando el cielo. Me estaba mirando a mí.

En la boca del estómago sentí un ligero remolino. Si pudiera regresar en el tiempo y comenzar de nuevo, retrocediendo a esa colina y la vacía oscuridad del cielo, si pudiera cambiar lo que dije cuando Gabe me pidió que lo acompañara, ¿qué haría? Visualicé la puerta del jardín de Keller, el brillo de la flor doble, toda el ansia de la posibilidad. Y supe que aun así lo hubiera seguido.

• • •

Para mi sorpresa, el chico del bar llamó ese fin de semana. Se llamaba Jesse. Vivía en Polk Street y quería invitarme a cenar. Tomé prestado uno de los vestidos florales de Hannah y me lo puse; San Francisco estaba en medio de una ola de calor, así que tomé el tren hacia la ciudad con veinticinco grados. Como una oruga de hierro, se abrió camino hacia el mundo iluminado del Castro: pasando los anuncios brillantes y coloridos de hombres vestidos de cuero, los anuncios de neón de tiendas con nombres como «¿Lo sabe tu mamá?», y colina arriba, hacia las silenciosas e impactantes calles junto a Randall Park. Me bajé en Alamo Square y caminé al restaurante de mariscos que él había elegido, las luces se colaban por los árboles y percibí el aroma de sudor y carne a las brasas. Ya estaba ahí, con un menú abierto sobre su plato, con su barbilla descansando sobre una mano.

Jesse tenía un cabello rizado de querubín cortado casi al ras y un pequeño espacio

entre sus dos dientes frontales. Cuando sonreía, la piel de alrededor de sus ojos se arrugaba como celofán. Creció en el Valle de Hudson, hijo único de padres que tenían una compañía de teatro al aire libre; huyó tan lejos como pudo hasta la escuela de leyes en California, donde nunca tuvo que barrer otro escenario ni interpretar a Semilla de Mostaza, «Cinco líneas, mallas amarillas», cuando no había otros niños actores disponibles. Me preocupé de que fuera demasiado normal para mí, pero cuando le conté que pasé la mayor parte de mis veintes haciendo investigación experimental sobre los sueños, levantó la vista de sus mejillones y sonrió.

—Hace unas semanas —dijo—, tuve un sueño en el que vivía en una granja sexual dirigida por Carol Burnett.

—¿Una granja sexual?

—Y yo pensando que te ibas a burlar por Carol Burnett.

—Ya llegaremos ahí —dije; mi risa me hizo sentir mejor: no me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba—. Pero en serio, ¿qué es una granja sexual?

—No tengo idea. En el sueño, claro, estaba tan claro como el agua, lo siento, no me pude resistir. Pero ¿cuándo desperté? Ni idea.

Regresó conmigo en el tren BART, aunque le dije que no dejaría que se quedara a dormir. «Te di una impresión equivocada, esa noche en el bar», dije mientras íbamos a toda velocidad por el área subterránea absolutamente oscura, con nuestras manos sobre nuestros propios regazos. «Normalmente no estoy con un chico al menos hasta la tercera cita». Pero cuando nos metimos a la cama, nuestros cuerpos rozando las sábanas, fue él quien volvió a abrochar el vestido de Hannah y sugirió que solo durmiéramos.

«Gabe tiene un niño», dije para mí misma. «Gabe tiene un hijo». Junto a mí, la respiración de Jesse era lenta y profunda, su cuerpo deliciosamente desconocido. Me imaginé la quijada de bulldog de Gabe, sus manos anchas, en miniatura, visualicé un bebé con la nariz de alguien más y un mechón de cabello de troll sobre los hombros de Gabe, estirándose para tocar el techo mientras caminaban. Los dos construyendo una casa de troncos de plástico para amar o salpicando agua en la tina, rodeados de criaturas de plástico y espuma de jabón. Yo sabía que atendería al niño con la misma dedicación que ponía en nuestra investigación. Se quedaría despierto hasta tarde leyendo libros sobre paternidad; le enseñaría al chico a reconocer la hiedra venenosa, a atrapar insectos en frascos, a levantar piedras. Le señalaría los mundos atareados y agitados debajo de ellos: las hormigas uniendo el lodo, las obstinadas flores silvestres, un tritón. Tomaría el suave cuerpo verde con ambas manos y lo sostendría contra la luz, sin importar cuánto tiempo se quedara ahí.

MARTHA'S VINEYARD, MASSACHUSETTS, 2010

Al este de Martha's Vineyard está la pequeña isla incorporada de Chappaquiddick, accesible solo a través de un *ferry* de tres plazas. Técnicamente es una parte de Edgartown, pero Chappaquiddick se siente separada; es más salvaje y menos transitada que su contraparte en tierra firme. Los caminos, en su mayoría, están sin pavimentar, y las casas, muy separadas. Hierbas de arena y hiedra venenosa se trezan a lo largo de su costa. En la relativa ausencia de vida humana, las playas han florecido: están plagadas de cangrejos ermitaños y garrapatas, el agua llena de enormes e iridiscentes peces azules. Quizá la gente tenía miedo del incidente ocurrido ahí el 18 de julio de 1969, cuando el senador Ted Kennedy cayó en su coche por el puente Dike hacia el agua pedregosa de abajo, y su acompañante, una maestra llamada Mary Jo Kopechne, se ahogó.

Los medios digitales de rastreo y detección habían hecho más difícil para alguien como Keller vivir fuera del mapa. Lo encontré en Instant Checkmate, una página que le da a sus suscriptores de paga acceso al número telefónico y dirección de cualquier persona en Estados Unidos. Con los deseos de Keller tanto de intriga como de soledad, no me sorprendió encontrarlo en esta isla. Su casa está en la esquina noroeste de una loma larga y verde. Una mujer pasa en bicicleta por el camino mientras yo estoy en el carro, con el motor detenido. Cuando la mujer pasa, la calle se queda vacía.

Pongo el carro en neutral y enciendo el motor. Son las cuatro treinta de la tarde, el sol es vago y difuso. Dejé el motel de Edgartaw. Después de esto, daré la vuelta y comenzaré el largo viaje de regreso al oeste. Justo cuando estoy por abrir la puerta, una ola de calor recorre mi cuerpo, y mi visión se nubla. Solo dura un segundo, pero es suficiente para dejarme sin aliento. Cuento hasta diez, inhalando lentamente, y luego saco mi celular. Hannah contesta al primer timbrado.

—No puedo hacerlo —digo—. Estoy aterrada. Acabo de tener otro jodido ataque de calor.

—Ay, Syl, ¿qué pasa con esos ataques de calor? Más te vale que no te me vuelvas menopáusica. —Pero hay dulzura en su voz y prácticamente puedo ver los hoyuelos

en sus mejillas, marcados como dedos enterrados en masa—. Puedes hacerlo. Estoy segura. No habrías llegado hasta su jodida casa si hubiera una pizca de duda en tu mente. Recuerda por qué estás ahí.

—¿Por qué estoy aquí?

—Para el cierre —dice—. Para mostrarle que eres diferente ahora, que eres fuerte. Que no te estás escondiendo ni estás apenada.

Asiento con un movimiento de cabeza, aunque sé que no puede verme, y miro la casa. Es más pequeña que la mayoría en este área, mansiones de playa convertidas en hogares modestos de Nueva Inglaterra por su falta de distinción, pero tiene las mismas molduras blancas y las tejas de cedro. Aún no se han vuelto plateadas, lo que significa que la casa no puede ser muy vieja. Me pregunto si se habrá mudado aquí hace poco. ¿Él mismo construyó la casa? Para tranquilizarme, me imagino a Hannah sentada en el sofá de cachemir que encontramos en la venta de botadero de la iglesia con un tazón de cerezas sobre su regazo, mirando hacia lo que solía ser una librería en Shattuck. Hannah con una pierna doblada debajo de ella y una bandana roja sosteniendo su cabello. Un poco de harina en su nariz, y sus viejos *shorts* de mezclilla recortados.

—¿Sylvie?

—Aquí estoy.

—Bien. Estaba preocupada de que te me hubieras quedado dormida.

—Jódete —digo riéndome, y algo en mi pecho se desplaza con gratitud. Pienso en monedas al ser retiradas de una máquina expendedora, su resplandor cabe en la palma de la mano. Algo para llevar conmigo—. Bueno. Voy a entrar.

—Esa es mi chica —dice Hannah—. Ah, y una cosa más. Si es apropiado, dale a Keller una patada en las bolas de mi parte.

—Puedo asegurarte que eso no será apropiado.

Quito el seguro de la puerta y salgo, oliendo la sal en el aire, la dulzura del pasto tibio.

—Cosas más raras han pasado —dice Hannah.

Cuando cuelgo, no me permito dudar. Con el sol ardiendo sobre mis brazos, camino junto a la cerca de madera que separa la colina de la carretera. Aunque fácilmente podría treparla, decido cruzar por una puerta baja, con cerrojo pero sin candado. El pasto en la colina está sin cortar, meciéndose tan alto como una rodilla con la brisa, y no hay camino hacia la casa. ¿Keller quiere disuadir a la gente de venir? ¿O él mismo casi nunca sale de casa? Hay una pequeña puerta gris con una cabeza de león como aldaba. Pero antes de que pueda alcanzarlo, se escuchan sonidos de movimiento desde el interior de la casa: lentos y rechinantes, al principio, luego más rápidos y profundos, como si la construcción estuviera despertando tras una larga hibernación. La aldaba comienza a temblar, tosiendo óxido, y luego la orilla se abre hacia la casa.

Y ahí está. Calculé en el *ferry* que debe de tener cincuenta y siete. Ha cambiado,

ahora lo veo, en formas que solo alguien cercano a él notaría: un adelgazamiento de la cara, una ligera caída en la piel alrededor de sus ojos.

—Ah —dice. Se quita los lentes y entrecierra los ojos; sus iris, de un claro y acuoso azul, parecen expandirse conforme los párpados se contraen—. Sylvia.

Sonríe. De golpe siento una ráfaga de cariño hacia él. Lleva un par de pantalones de cirujano y una camisa con cuello, un mandil de lona amarrado alrededor de su cintura. Esto es, en parte, por lo que vine: una prueba de que ha envejecido, de que ya no es todopoderoso.

Entonces se vuelve a poner sus lentes, y los viejos sentimientos regresan: el resentimiento, el terror, la sensación de que él me ha visitado y no al revés. Todos los sentimientos de los que vine a deshacerme.

—Me encontraste —dice—, qué astuto de tu parte.

Y ahora está abriendo la puerta por completo, azuzándome a pasar hacia un pasillo frontal lleno de la tenue luz natural de la tarde y el frío y húmedo aroma de la tierra.

—Debí haberle avisado.

—No, no, está bien. Tienes todo el derecho a sorprenderme. —Pero no se ve sorprendido. Está, lo sé, en uno de sus momentos alegres. Esperaba que estuviera desconcertado, que me preguntara a qué había venido. En vez de eso, hace su papel de anfitrión, como si yo fuera simplemente una vieja amiga que se ha detenido en su camino a otro lado.

—Sylvia —dice de nuevo, guiándome hacia la sala—. Qué gusto. ¿Te ofrezco algo de tomar? ¿Agua? ¿U otra cosa?

—Agua está bien.

Este lado de la casa está mayormente en penumbra. Él camina por una entrada baja hacia la cocina, y desde ahí escucho que prende una luz que ilumina la sala. Hay un pequeño sillón café, un reclinable y una vieja mesa llena de libros. En el resto de los espacios hay plantas: árboles plantados en macetas en las orillas, suculentas colgando del techo, flores trepando las paredes. Sus hojas son ásperas y carnosas, grotescamente fétidas. Por todos lados está el íntimo y húmedo aroma del crecimiento. No lo puedo evitar; cubro mi nariz con mi manga.

Keller vuelve a la habitación y me da un vaso de agua.

—Así que encontraste mis plantas perennes. Hermosas, ¿no? Reciben suficiente sol. Nunca he sido bueno con las plantas. Pero lo maravilloso de las suculentas... —Toma asiento en el reclinable, señalando hacia el cielo—, es que prefieren el maltrato. De verdad: crecen con él.

Su actitud sigue siendo de tranquilidad. Pero habla demasiado, muy rápido. Ahora me percató que lo que pensé que era el contorno de una silla es de hecho la impresión de su cuerpo. Cabe perfectamente en ella, como plástico en un molde.

—No puedo quedarme mucho tiempo —digo—. Pero hay algunas cosas que quisiera decir primero.

¿Me lo estoy imaginando o un súbito vacío cubre su cara, una ausencia instintiva, como un pizarrón cuando se limpia?

—Primero —digo—, no quiero hablar de Gabe.

—Muy bien. Me dijo que intentó localizarte, ya debe de haber sido hace años.

—Escribió una nota.

—Y no le respondiste.

No es una acusación, pero tampoco es una pregunta, solo la costumbre de un científico de llenar los espacios en blanco y hacer estimados.

—No, no lo hice.

Espera a que yo siga hablando. Me reacomodo en el sofá, acalorada. A pesar del clima, usé pantalones.

—Pasé manejando por Snake Hollow ayer —digo.

—Lamento escuchar eso. —Sonríe—. Está horrorosamente cambiado, claro. Preferiría que pudieras recordarlo como era.

—Lamento que lo haya vendido. Era de Meredith, ¿no? ¿De su esposa?

—Le pertenecía a su familia, luego a ella. Y cuando ella murió, me perteneció a mí.

—¿No se enojaron cuando usted lo dejó ir?

Él levanta una ceja.

—Me temo que fue su sugerencia. Demasiados malos recuerdos relacionados con esa casa, y peor, quizá demasiados buenos. Estaban a favor de venderla desde que ella murió. Yo aguanté un poco más. Pero todo, lo bueno y lo malo, debe terminar.

Keller ladea la cabeza. Sus lentes brillan bajo la luz.

—¿Eso lo hace menos atractivo para ti? —pregunta—. ¿Sin drama familiar y sin una lucha amarga?

De nuevo, la voz clínica, la pesada curiosidad de un profesor, imbuida justo con la cantidad exacta de amabilidad. Aun así, me quedo callada tras el sobresalto. Él se levanta y camina hacia la cocina. Cuando vuelve, sostiene una regadera de plantas verde con una panza en relieve y un delgado y largo pico.

—Se parecía mucho a ti, a decir verdad. —Riega la tierra alrededor de un ficus, con la tierra salpicando sus manos—. Muy inquisitiva, especialmente cuando se trataba de su propia mente. Un poco obsesiva, aunque después, claro, más que un poco. Y con una gran capacidad para la autodestrucción.

—Todos tienen esa capacidad.

—Tienes razón. Pero en algunos de nosotros no se realiza. —Endereza la regadera y limpia su pico con su mandil—. Como sea, no me refería a tu trastorno. Más bien, yo diría, a tu incapacidad para soltar las cosas.

—¿Y no cree que eso fue lo que hizo Meredith?

—Mi esposa no se mató para soltar. Lo hizo para aferrarse a la vida como la conocía, a ella misma como era.

La sorpresa se está destiñendo y me empiezo a sentir ansiosa. Él me lo permite,

aunque yo habría deseado una pelea.

—¿Es por eso que se fue de San Francisco? ¿Se escondió en un pequeño pueblo al norte de California y comenzó a enseñar a alumnos de prepa? ¿O fue porque eran más fáciles de controlar?

—Es verdad que dejé la universidad cuando mi esposa murió. —Su voz suena entrecortada, y puedo saber que le he dado una estocada—. Pensé que podía vivir una vida más tranquila en un lugar como Mills. Pero comenzó a sentirse como una cobardía, una mentira obvia, así que volví a mi investigación. Intenté hacerlo en su honor. Sabes, Sylvie; avanzar al mismo tiempo que se respeta el pasado es un balance delicado, y no digo que yo lo haya dominado.

—En su honor —digo—. ¿O fue eso lo que lo inspiró de nuevo? En Mills, tenía un grupo completo de nuevos sujetos. Stu Cappleman. Yo. No sería nada sin sus pacientes, pero lo más triste es que no nos ha ayudado a ninguno. ¿Quiere saber qué tenemos en común Meredith y yo, Adrian? A usted. Usted nos retorció hasta abrimos y usó sus herramientas para hurgar en nuestras mentes mientras todo ahí adentro se revolvía y se volvía confuso. Eso es exactamente como lo que le pasó a Anne March. Usted nos dejó peor de como empezamos.

—Ay, Sylvie. —Keller hace un gesto de decepción, como si hubiera fallado un examen sencillo—. Eso es muy simplista. Pensé que al menos te había enseñado que la vida nunca es solo blanco y negro. Además, mírate. Tienes... ¿Cuántos? ¿Treinta años? Volviste a la escuela. Pareces estar prosperando.

—Lo cual no tiene nada que ver con usted. Esos son mis logros. —Hago una pausa—. ¿Y cómo lo sabe?

—He seguido tu éxito. Hablaste en la ceremonia, ¿no?

El año en que terminé mi maestría, me pidieron, junto a otros dos estudiantes no tradicionales, que diera un discurso al inicio de la ceremonia. La universidad quería que la presentáramos como una institución progresista, que abraza las diferencias y los caminos alternativos. El hecho de que Keller aún pudiera seguirme, aunque sea insignificante, dispara la paranoia que está debajo de mi piel como un implante.

—No te preocupes —dice—. No hay micrófonos. Vi un artículo en el *Chronicle*. De hecho, quise escribirle a Mills. Pensé que tu historia podría ser de interés para el boletín de exalumnos.

—Me alegro de que no lo haya hecho. Mi historia no es suya para contarla.

Keller abre la boca como si fuera a hablar y luego vuelve a cerrarla. Mira su regazo, con los labios apretados en lo que es o un gesto de contemplación o una pequeña sonrisa. Me pregunto, de pronto, si está envejeciendo, si su mente se deshilacha por la edad. En ese caso, podría ser difícil sacar algo de esta visita.

—Sylvie —dice en voz baja. Luego se pone de pie, se limpia las manos en el mandil y camina hacia la cocina—. ¿Puedo ofrecerte algo más? ¿Algo de comer? ¿Una fruta?

—No me quedará mucho tiempo. —Él espera en la entrada de la cocina.

—Está bien. Una fruta.

Vuelve con una manzana y la pone en la mesa frente a mí. Luego se acomoda en su reclinable de nuevo.

—He temido esto —dice—. Temía que vinieras a mí. No por mí; puedes preguntarme lo que quieras y te responderé. Pero dudo que haya algo que pueda decir para darte el cierre que quieres.

—Deje que sea yo quien juzgue eso —digo. Pero ya siento el viento deteniéndose dentro de mí, las velas comenzando a doblarse en derrota.

Un leve tictac viene de la cocina. A través de la puerta abierta, puedo ver un reloj octagonal de madera. Las manecillas señalan las cinco en punto, pero los números están encimados y revueltos al fondo de la cara del reloj. Encima, en letras gruesas, están las palabras «¿QUÉ MÁS DA?».

—Quiero entender cómo pasó —digo—. Quiero entender cómo hice lo que hice.

—Dudo que pueda decirte algo que no sepas ya. —Se quita los lentes y frota su nariz, ese viejo y conocido gesto—. Eras inusual; tenías tanto las delicadas habilidades motoras de un sonámbulo como los sueños vívidos de un paciente de RBD.

—Trastorno de parasomnias superpuestas.

Keller asiente.

—Un caso fascinante. Como sonámbula, eras impresionantemente hábil; tu movilidad y habla eran lo más avanzado que he visto. Un observador, no informado, claro, podría pensar que estabas despierta.

—Intenté descubrir si estaba soñando. Pensé que debía estarlo, porque seguía viendo a Meredith. ¿Cómo es posible?

Keller alzó las cejas.

—Los sonámbulos pueden interactuar con el mundo real, pero las alucinaciones visuales son frecuentes. Eras diestra y ágil, claramente capaz de comunicarte, pero seguías dormida. Tiene sentido que tu mente incorporara algunas cosas que eran reales y otras que no. Esa es parte de la razón por la que el trastorno puede ser tan peligroso —suspiró—. Pero tú estabas al borde de la lucidez. Si tan solo te hubieras quedado con nosotros hasta el final del semestre, incluso otro mes, creo que lo hubieras logrado.

—¿Sí? ¿Y qué hubiera pasado entonces?

Los ojos de Keller estaban muy lejos. Acarició la piel debajo de su barbilla.

—Supongo que se habría creado una oportunidad, espacio para que tus mentes consciente y subconsciente se reconciliaran. Una vez que te volvieras consciente de tu actividad subconsciente, tu trastorno del sueño se pudo haber resuelto... y sobre la arena elevada de la consciencia, tus deseos reprimidos pudieron haberlo imitado. La lucidez pudo haberte hecho consciente del momento en que salías de tu cama a la casa del vecino, por ejemplo; idealmente, habrías sido capaz de detenerte. Pero si lo supiera con seguridad, dudo que estuviéramos sentados aquí ahora.

—No. Usted sería el director del departamento de neurociencia en una cómoda universidad, ¿no? Sentado en la oficina de su elección con una espectacular vista del campus. ¿Y yo dónde estaría?

Keller no parpadea.

—En la oficina al final del pasillo.

—Eso es absurdo. ¿De verdad cree que hubiera ido a la universidad, lanzado un comunicado de prensa, diciendo que su experimento más exitoso giró en torno a su asistente? La comunidad científica se habría reído en su cara. Y hay algo más que no entiendo.

Keller está callado. Observa con interés mientras yo inspiro y vuelvo a exhalar.

—Había demasiadas pistas. Eso es en lo que sigo pensando, cómo no me di cuenta antes. Usted sabía que yo estaba asignada al proyecto de reorganización de los archivos, pero no escondió la carpeta de Meredith. Me preguntó por mis pesadillas, y hacía que Gabe soltara pistas, preguntándome si estaba lúcida o no, o si veía mi mano.

El pasillo se ensombrece mientras una nube pasa sobre el sol. Keller se acomoda recargado en su sillón.

—Así que tengo esta teoría —digo—. Creo que usted quería que me enterara. Creo que su tiempo se acababa y se estaba impacientando. Así que me dio un empujón. Lanzó pistas por aquí y por allá. Intentó hacer que me diera cuenta de algo que no notaría por mí misma.

—Estábamos experimentando —comenta Keller—, con la metodología.

—¡Metodología! Debería estar en la cárcel.

Su cara sigue sin cambiar. Pero cruza las piernas y junta sus manos, llevando sus codos hacia el sillón, como si se estuviera replegando hacia sí mismo.

—Tiene suerte —le digo—. Tiene suerte de que aún le tenga una pizca de lealtad. No sé por qué.

—Sylvie. ¿Qué querías con esta visita? ¿Querías verme desposeído, desplazado, un anciano viviendo solo?

—Quería comprobar que usted había aprendido —siseo—. Su esposa se suicidó, manipuló a su propia investigadora, es prácticamente cómplice de asesinato, y además se fugó a Martha's Vineyard. Entonces ¿qué aprendió, Adrian? ¿Adónde lo ha llevado toda esta noble investigación? ¿Valió la pena?

Me pongo de pie con mi quijada trabada por algo como desesperanza. Había fantaseado tantas veces con decirle estas cosas, decirle que se acabó, despedirlo, ver su cara cambiar y su apariencia quebrarse. Pero en la vida real no se siente tan bien. Se siente humillante para cada uno individualmente y para los dos juntos. Pienso en mi segundo año en la universidad cuando, en casa durante las vacaciones, abrí la puerta y encontré a mi padre saliendo de la regadera. Él gritó, jalando la cortina del baño para cubrirse con ella, pero fue demasiado tarde. La cortina era transparente. Nunca volvimos a hablar de eso.

Keller se levanta, también, impulsándose con esfuerzo para salir del reclinable.

—Debo creer que lo valió —dice.

El suelo es de un color cálido: el sol oxidado y borroso, el horizonte un listón inyectado de sangre roja. Cuando iba manejando de Berkeley a Martha's Vineyard, debajo de los cables naranjas del puente Golden Gate, por las febriles luces de Nevada y atravesando las planicies al norte de Missouri, imaginé cómo me iría de la casa de Keller: una puerta azotada, una palabra final, una mirada que me aseguraría que recordara.

Pero la realidad nunca es tan satisfactoria. Él me encamina hacia la puerta y la abre. Luego se detiene, con una mano sobre la perilla.

—Lo siento mucho —dice.

Quizá es un acto de generosidad: el regalo del cierre, aunque tardío. Quizá impulsado por el yugo de la conciencia, él también quiere cumplirlo. Pero detecto también el mal humor de un niño empujado hacia el frente por su padre, forzándolo a disculparse.

Lo miro sin responder. Luego salgo a la salvaje y verde hoja de arena y me subo al carro. Estoy lista para ir a casa.

SEATTLE, WASHINGTON, 2009

Un año antes, visité a Rodney en Seattle, donde trabaja para una pequeña empresa que desarrolla juegos para teléfonos inteligentes. Todos los juegos deben ofrecer beneficios mentales y psicológicos. Él había pasado el año anterior desarrollando PastoreZZZ, un juego que literalmente se supone que debe dormirte: el objetivo es pastorear una hiperoveja perdida para que vuelva a su rebaño a través de un grupo de vertiginosos obstáculos, tan sobreestimulantes que la mayoría de los usuarios están exhaustos en menos de quince minutos.

Rodney me recogió en el aeropuerto en un Zipcar. Había heredado la altura de nuestro padre y los ágiles ojos miel de nuestra madre; llevaba el cabello al hombro, atado en una pequeña coleta. Se veía más maduro que antes y al mismo tiempo, de alguna extraña manera, imposiblemente joven.

—Es básicamente el trabajo soñado —dijo, entrando en la autopista—. Al principio había como cuatro empleados y ahora somos treinta, corriendo de un lado a otro como ratoncitos. Pero lo realmente genial es que es muy innovador. Es como un Google bebé. Apple bebé. Es decir, tenemos tiempo de creatividad. ¡Y permiso para ausentarnos por paternidad!

—¿Qué es tiempo de creatividad?

—Ya sabes —dijo, agitando una mano—. ¿Tiempo de creatividad? Varias compañías lo están haciendo. Es básicamente media hora al día en la que podemos jugar *ping-pong* o leer por placer o andar por ahí, perdidos en pensamientos creativos. Se supone que es muy generativo. Nos pagan por ello.

La semana antes, Rodney me había enviado por correo la liga para PastoreZZZ, junto con un código de descarga solo para empleados.

—Te ahorrará cinco dólares —dijo—. Lo necesitas.

—¿El juego o el dinero? —pregunté.

—Ambos, probablemente —respondió alegremente—. Con el posgrado y todo eso...

Rodney fue contratado en cuanto salió de la universidad. Ahora vivía con su novio, Peter, en un *loft* en Belltown. Abajo, Peter tenía una moderna compañía de

helados que vendía sabores contraintuitivos y deliciosos: arúgula dulce, jamón serrano e higo, costillas con aceite de oliva y setas rojas de vinagre balsámico. Recientemente había recibido un comentario positivo en el *Seattle Times*, y ahora, en días calurosos, la fila para comprar se extendía dos cuadras.

—Prueba la arúgula dulce con la de aceite de oliva y vinagre —dijo Peter cuando llegamos; de inmediato abrió la puerta de un refrigerador industrial—. ¡Es lo más popular del menú! Yo lo llamo la ensalada asquerosa.

Mientras Rodney estaba en el trabajo, yo me escondía en un *deli* gigantesco en el centro de Seattle, donde los clientes eran tan anticuados como yo me sentía. Tan grande como una cafetería escolar y tercamente carente de cualquier identidad cultural, el *deli* albergaba un desconcertante bufet: había *bagels*, *sushi*, una barra de fideos chinos, un puesto de sándwiches, ocho bandejas humeantes de comida india. Era barato y popular, sencillamente seguro, el tipo de lugar adonde la gente iba solo a desaparecer.

Me sentaba en una barra larga frente a la ventana con un plato de pollo tandoori y un postre chino traslúcido y con forma de saco de los que se cierran con un cordón. Afuera, estaba sombrío y lluvioso; los dos botes de paraguas de la entrada estaban llenos a tope, y una pila de paraguas adicionales estaba a un lado. Acababa de terminar de comer cuando una figura alta entró por la puerta y se detuvo.

Llevaba un brillante impermeable negro y unos zapatos que se veían caros e italianos, del color dorado café del *whiskey* y con pompones de cuero sobre los dedos. La parte baja de sus delgados pantalones estaba empapada, y su cabello color fresa se estaba adelgazando; en la coronilla tenía un rosado punto calvo, salpicado de gotas de lluvia. Se agachaba como si el techo del *deli* fuera demasiado bajo.

Hubo un momento en el que los dos sopesamos los costos y beneficios de fingir que no nos habíamos visto el uno al otro. Luego él suspiró y me ofreció una pequeña y triste sonrisa.

—Sylvie Patterson —dijo—. Pensé que eras tú.

Yo estaba paralizada por la sorpresa. Como en el segundo en que un dedo del pie es golpeado o aplastado: sentí el impacto, pero aún no el dolor. Miré a las mesas cercanas, pero a la gente de nuestro alrededor no le interesábamos, sumergida en una conversación, en una revista o en el complicado acto de desenredar el chow mein.

—Nunca supe tu apellido —dije—. Qué raro, ¿no?

—Perkins.

—Perkins. Thom Perkins.

—Así es —agregó—. Nunca pensé que te volvería a ver.

Su voz tenía la misma inflexión juguetona que yo recordaba, pero ahora salía con esfuerzo; su sonrisa estaba tensa, como la de un actor forzado a representar un papel que hace mucho había dejado atrás.

Nos observamos. Me pregunté si me veía tan mayor, tan cambiada como yo lo veía a él. Sus ojos tenían pocas pestañas y eran de un frío azul ártico. La piel de sus

mejillas se veía traslúcida y expuesta.

—Supongo que hay unas cuantas maneras en las que esto puede resultar —dijo.

Yo no tenía idea de qué pensaba de mí, si estaba resentido o confundido, si me había juzgado como una loca. A través de los años, había recordado fragmentos de mi historia con Thom, reconstruyéndola con retazos: mientras me rascaba un piquete de mosquito, veía mi cabeza contra sus tobillos cruzados, nuestros cuerpos haciendo una forma de L en el suelo, nos retorcíamos de risa. Al pasar por un torniquete en la estación del BART, recordaba arrastrarme por el espacio sin tablonés de la cerca, mientras Thom me jalaba para ayudarme a pasar. Corríamos por el jardín y cerrábamos la puerta del sótano, la luna hundida como un nudo en la garganta.

Un tren subterráneo chilló anunciando que se acercaba, y escuché a Louis Armstrong con el volumen bajo mientras nos aferrábamos al otro y girábamos juntos. Thom tarareaba tranquilamente. «La forma en la que sostienes tu cuchillo; la forma en la que bailamos hasta las diez...». Una lluviosa mañana de jueves en octubre, mientras servía agua caliente en un paquete de avena, dijo: «Prometiste que serías mi sombra, lo prometiste»; estábamos luchando, nuestras rodillas se raspaban contra el suelo de concreto, hasta que lo dejé abrir mis dedos por completo y cayó una fotografía amarillenta en un marco de plástico. Mirada solemne, dedos de cátsup, el fleco que mi madre cortaba debajo de su casco de bicicleta: la única foto de mi infancia que tenía.

Y esto: un tintineo de campanas navideñas. Nuestras manos sobre una puerta de cristal, la respiración cayendo por el aire como paracaídas. Adentro, nos quitamos los guantes y pasamos nuestros dedos fríos y rojos por el pasillo de los dulces. Era la gasolinera veinticuatro horas en Williamson, a unas cuadas de nuestras casas. Estábamos unidos por el cuello, la gruesa bufanda negra de Thom se enrollaba alrededor de ambos. Saqué una barba de mi boca con un soplido. Él escogió un Twix. «¿Por qué siempre eliges tú?», pregunté. «La última vez fueron los...».

Arrebatos. Recuerdos a medias: cosas patéticas y escasas. Muchas veces se iban así, a mitad de una oración. Pero realmente no importaba cómo terminara. Lo que importaba es que ahora podía recordarlo y decirlo. En ese momento pensé que nunca le había dicho adiós.

—¿Te quieres sentar? —pregunté.

Thom se detuvo. Luego puso su portafolio en el suelo y se quitó el abrigo; lo colgó en el respaldo de la silla junto a mí.

—Solo tengo unos minutos. Tengo una cita —dijo al sentarse.

—¿Dónde das clases?

Me miró confundido.

—¿Clases?

—Solo... supuse que eras maestro.

—Ah. —Se rio brevemente—. No, no doy clases. Tuve que renunciar al viejo romanticismo cuando Jan nació. Los estudiantes de grado no ganan mucho dinero.

Tampoco los maestros, en realidad, no a menos que tengas suerte. Yo no la tuve.

—Lo siento.

—No lo sientas. Nunca iba a terminar esa tesis de cualquier manera.

Nos quedamos lado a lado, mirando hacia la calle. Hombres con trajes y mujeres con afilados tacones pasaban indistintamente frente a nosotros. Debía de haber más o menos un metro de espacio entre nuestras sillas.

—Jan, ¿es tu hijo?

—Eso espero. —Hubo un destello de su antigua picardía, meciéndose en la oscuridad—. Es el más grande. Luego siguen las gemelas.

Buscó en su bolsillo y sacó una deshinchada cartera de piel; la abrió. Adentro había una funda transparente con una foto familiar, tomada en un fondo marmoleado de estudio. Thom estaba sentado en una silla de respaldo rígido con un niño en su regazo. El chico parecía tener cuatro o cinco, con fiero cabello rojo y una mirada solemne que combinaba con la de su papá. Janna estaba junto a ellos, usando un vestido floral con mangas abombadas y un sombrero amarillo canario. Su cabello era corto, de un pálido rubio diluido que debía de ser su color natural. A sus pies estaban unos gemelos: un niño y una niña, ambos con *shorts* y tirantes. Su cabello era rubio platinado, tenían sonrisas conocidas: felinas y llenas de dientes, los incisivos chuecos y afilados.

—Henrik e Inger —dijo Thom, señalándolos—. Unos *hooligans*.

No pregunté por Janna, pero él tampoco preguntó por Gabe. Guardó la foto.

—¿Cómo terminaste aquí? —pregunté; no pude evitarlo—. Nunca pensé verte en un lugar como este.

—¿Un lugar cómo? —dijo enarcando una ceja.

—No sé, un lugar así. —Moví una mano, miré alrededor hacia la gente que estaba leyendo periódicos en mesas de una sola persona o comiendo pepinillos miniatura que venían gratis con cada sándwich—. Es tan... corporativo.

—Snob. ¿Has probado el pollo tandoori?

—Sí —dije, señalando mi plato de papel vacío en el que el aceite naranja se había derretido en charcos psicodélicos.

Pero la rutina se había desgastado. Tomaba una extraordinaria cantidad de esfuerzo hacer que nuestra conversación fluyera, esconder la lucha que requería ignorar los temas que estaban persistentemente entre nosotros.

—No —dijo Thom—. La historia no es muy emocionante, me temo. Cuando Janna se embarazó, ambos decidimos que sería mejor dejar la universidad. Mi primo me encontró un trabajo de escritor de textos publicitarios aquí. He estado en *farmas* desde entonces; eso es farmacéuticas para ustedes, los forasteros. Básicamente, escribo las pequeñas letras negras al final de los comerciales y los anuncios en revistas, las cosas que te recuerdan que no tomes antidepresivos cuando estás operando maquinaria pesada o bebiendo como Dylan Thomas. Es una profesión extraña, requiere años de aprendizaje. Quizá hayas visto mi trabajo en el número de

este mes de *Cosmopolitan*.

—Lamento que hayas tenido que dejar tu doctorado —dije de nuevo. Me sentía apenada y culpable, como si hubiera sido por mí.

—Afrontémoslo. No sabía lo que estaba haciendo. —Volteó hacia mí, con sus ojos al nivel de los míos—. ¿Tú sí?

—¿Que si sabía qué estaba haciendo?

Asintió. La puerta se abrió, una corriente de aire fría pasó entre nosotros, sacudiendo el cabello en la frente de Thom.

—Conmigo —dijo.

Era demasiado tarde para retirarme. En diez minutos, Thom se iría del *deli* y probablemente nunca lo volvería a ver. Si quería preguntarle algo, sabía que tenía que hacerlo en ese momento.

—En un sentido —dije—. ¿Sabías que estaba dormida?

Thom hizo un gesto de dolor. Bajó la vista y, con ambas manos, comenzó a alisar una arruga en su pantalón.

—Estabas atontada, a veces. Te confundías. Atarantada. Pero yo también... eran las tres de la mañana. No esperaba que te comportaras como lo hacías durante el día. Encontraba en los horarios la justificación a nuestro comportamiento.

—¿Cómo éramos?

—No lo sé. Desinhibidos. A veces nos quedábamos dormidos juntos. Otras veces solo nos reíamos.

Sus orejas estaban rosas, sus ojos se movían de un lado a otro.

—Sabías. Lo sabías.

Una vez que las palabras salieron, supe que tenía razón. Un rubor subió por su garganta. Aún no me miraba.

—No quiero hacer esto ahora —dijo en voz baja.

—Sé honesto. Por favor..., solo dime la verdad.

—¿Por qué? —Su voz era dura, y había algo en su rostro que no reconocí, miedo, vergüenza o pánico ligeramente velado—. ¿De verdad quieres saber? ¿En qué te ayudaría? ¿En qué nos ayudaría? La verdad es una desgraciada, Sylvie. Siempre lo ha sido.

—¿Mejor para quién? Ya está hecho. Sé que no me debes nada, y quizá estás enojado conmigo. Lo jodimos, Thom, pero lo jodimos juntos. Si aún queda algo..., si hay una última cosa que harías por mí...

Mi rostro estaba caliente. Era humillante este servilismo. E incluso mientras le preguntaba, sabía que él podía tener razón. ¿Cuál era el punto del conocimiento, obtenido tan tarde y dado de tan mala gana? ¿Qué podía hacer yo con él? Estaba por decirle que se fuera cuando hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, por intriga o resignación.

—Está bien. De acuerdo.

Pasó una mano sobre su cabello, alisándolo de donde había volado hacia un lado.

—Hubo una noche —dijo—, creo que fue en noviembre. Unos días después de Acción de Gracias, pasada la medianoche, yo estaba trabajando en la sala. Era doloroso. La tesis no iba por buen camino y me sentía un maldito fraude. No podía respirar. Salí a sentir aire fresco en mis pulmones. Ahí fue cuando te vi.

—Estabas caminando por tu patio trasero. Sin zapatos, con unos pequeños y curiosos *shorts*, una playera vieja a pesar del frío. Te pregunté si estabas bien. Te me acercaste como un holograma; estabas meciéndote, tus ojos parpadeaban ligera y rápidamente. Pero de vez en cuando, se enfocaban, y me veías como si realmente me estuvieras mirando. No sabía qué pensar. Creí que estabas drogada, lo cual fue gracioso al principio, pensé: «Imposible, ¿tú, Sylvie?». Parecías tan franca. Pero me estabas poniendo nervioso. Te dije que entraras, que volvieras a la cama, pero no querías. Fuiste tan condenadamente terca que finalmente te llevé a la puerta con mis brazos rodeando tus hombros. Me preocupaba que Gabe nos viera, o Janna, que alguien me preguntara qué diablos estábamos haciendo. Pero nadie nos vio. Nadie preguntó.

Era la una treinta y el furor del almuerzo comenzaba a disminuir. Varios empleados del *deli* estaban tomando su descanso, reunidos en un gabinete cercano con platillos del bufet. Se reían escandalosamente; uno de ellos lanzó una uva en la boca del otro.

—Te volví a ver unas cuantas noches después. Tus brazos estaban colgando sobre la cerca, y estabas observando hacia mi jardín como si me estuvieras esperando. Salí y pregunté qué hacías. «Vamos», dijiste. «Huyamos». Creo que comencé a reírme, pero me detuve cuando me di cuenta de que hablabas muy en serio. Para entonces ya me había dado cuenta que algo no estaba bien. No me puedes culpar, ¿verdad? Sabía que estabas investigando sobre los sueños, los sonámbulos, las condiciones extrañas. Me habías contado todo sobre eso, era como si quisieras que supiera. Aun así, te ayudé a pasar por un agujero en la cerca. Eran los primeros días de diciembre, y tú me besaste. No te estoy culpando, yo no me resistí, pero tú querías los hechos, ¿no? Era la primera nevada del año. Estaba helando afuera. Tenías pequeños cristales en tus pestañas y en tu nariz.

Thom sacudió la cabeza con brusquedad.

—Como sea, estaba demasiado expuesto ahí afuera. No te parecía importar, pero yo estaba paranoico de que nos verían. Así que te llevé al sótano. Desde ese momento, ahí era donde nos veíamos. Sabía que debía hacer que volvieras a casa, pero no podía. Eras magnética. Contabas cosas largas y fascinantes, historias. Decías los chistes más sucios que jamás había escuchado. No dejabas de sorprenderme. Sabía que me estaba aprovechando de algo, pero no sabía de qué. En cierto sentido, sentía que tú lo hacías conmigo.

—Esa es una lectura conveniente. —La culpa que había sentido antes se había ido, sustituida por una fea mezcla de rabia y vergüenza—. Ya te habías dado cuenta de que estaba caminando dormida. Obviamente no era yo. ¿Cómo pude haberme

aprovechado de ti?

—¿No entiendes? Yo estaba hipnotizado por ti. Hubiera hecho cualquier cosa que quisieras. ¿Y quién era yo para decir que no eras tú misma? ¿Cómo iba a saber cómo se veía eso?

No pude responder. Estaba llena de vergüenza. Aun así, estaba impresionada de mí misma. Ahí estaba: la verdad de lo que había hecho, toda frente a mis ojos. Si elegía creerle.

Thom revisó su reloj, grueso y plateado con grandes cadenas, ligeramente suelto. Sacudió su muñeca hasta que la cara fue visible.

—Debo irme —dijo.

—De acuerdo.

—¿Vas a estar bien?

—Lo estaré. Lo estoy. He desarrollado una tolerancia bastante alta a la sorpresa.

Thom sonrió, aunque ligeramente. Se levantó y se puso su impermeable.

—A pesar de todo... todo lo que dije... —Hizo una pausa—. Realmente me gustabas. Creí que nos entendíamos.

—Probablemente sí, de alguna manera. Aunque no estoy segura de qué dice eso de nosotros.

—Probablemente nada bueno.

—Probablemente no.

La tensión entre nosotros se derrumbó. Quizá era solo momentáneo; posiblemente la sensación de arrepentimiento volvería pronto. Pero por ahora, estábamos sin dirección. Flotábamos. Dejamos nuestra pena atrás, como ropa tendida en la arena. Atrapados en el páramo entre ser jóvenes adultos y personas de mediana edad, solo estábamos aprendiendo a perdonarnos.

Thom movió la cabeza con un gesto afirmativo hacia mí, brevemente pero no sin genuino reconocimiento. Luego tomó su portafolio y se fue del *deli*; el viento soplaba hacia mí mientras las puertas se cerraban detrás de él.

• • •

Incluso ahora, hay noches en las que me paseo por la superficie del sueño como una piedra lisa en el agua, noches en las que me siento jalada en dos direcciones. Como polillas y mosquitos; como pájaros migrantes y peces microscópicos, una parte de mí siempre estará atraída hacia el sol. Pero me llama, también, la profundidad de los sueños, la zambullida en un océano donde, a cientos de metros hacia abajo, las criaturas generan su propia luz. Quizá es por esto que la teoría de las potencialidades simultáneas de Keller aún no tiene sentido para mí, pues no soy alguien de una sola mente. En momentos de decidir, parece que cientos de versiones de mí misma se

separaran como un mazo de cartas. Seleccione una de ellas. Luego las guardo de nuevo, bocabajo, y yo las pongo en su caja para esperar el siguiente cambio.

En noches particularmente malas, cuando no puedo evitar mirar hacia atrás, un recuerdo me calma. Durante mis últimos días en Madison dormía en el sofá, con cajas a medio empacar a mi alrededor. Una noche sentí a Gabe tomándome entre en brazos. Sus manos sobre mí eran a la vez fuertes y amables, de la forma en que un padre debe despertar a su hijo pequeño.

—Sylvie —susurró—. Syl...

Me incorporé, retorciéndome para alejarme de él mientras mis ojos se ajustaban a la oscuridad. Setenta y dos horas después, me pararía en el porche con mis maletas y vería su rostro por última vez.

—Me dijiste que querías ver las estrellas —dijo.

Lentamente, su cara se materializó frente a mí. Era el rostro de un Gabe más joven, el chico que tenía algo que mostrarme, el chico al que le decíamos Napoleón a sus espaldas, pero que marchaba hacia adelante de todos modos.

—Entonces ¿eso fue real? —Tenía un recuerdo borroso de sacudir a Gabe en la cama, ¿o era Thom?, y preguntarle adónde se habían ido las estrellas.

Gabe asintió. Y aunque no puedo decir exactamente por qué, decidí ir con él. Era la una de la madrugada. Manejamos a través de la noche, más allá de Middleton, más allá de Janesville, a un pequeño parque público con una colina inclinada.

No estoy segura de qué hicimos cuando llegamos ahí. Gabe desenrolló una manta, quizá, o se quitó el abrigo y lo extendió sobre el pasto. No había nada que señalarle al otro. Conocíamos las constelaciones, la Osa Mayor, las piernas gemelas de Géminis, Lyra y su harpa, y podíamos verlas claramente. Quizá él recargó su cabeza en mi regazo como solía hacerlo en Mills cuando nos escapábamos hacia la colina del observatorio por la tarde. Quizá no nos tocamos para nada. Sus ojos estaban posados sobre los míos en su forma intensa y entretenida o parpadeaban como un foco fundiéndose; o los había cerrado, y se había dormido detrás de la capa de cielo oscuro y su tienda de luces de estrellas.

Probablemente he elegido no recordarlo. Después de un rato, Gabe sugirió que volviéramos al carro a dormir las últimas horas antes de que cayera la mañana. Pronto, estaba dormitando en el asiento del pasajero, pero yo no podía dormir, así que me salí al campo y puse mi cabeza sobre el pasto.

Lo que recuerdo es que en algún momento al despuntar la mañana desperté, y mi mente estaba totalmente en blanco. Por primera vez en meses no podía recordar mis sueños ni el sentimiento remanente; la sensación era tan extraña que si no fuera por el cambio en la luz, no podría haber estado segura de que me había quedado dormida. Me sentía como recién nacida, o vuelta a nacer; las trasgresiones de la noche me habían limpiado, mi ignorancia era la más pura bendición.

En el brillo rosado de la mañana, pude ver las primeras margaritas de la primavera punteando la colina, con sus pétalos frágiles abiertos y relucientes. Cuando

era más joven, los tejía en coronas usando mis dedos para separar cada tallo por su fibroso y húmedo centro. Y aunque me recuerdo como una niña práctica, me imaginaba que era diferente cuando usaba las coronas de flores: más santa, o sobrenaturalmente poderosa, como si pudiera convertirme en alguien nuevo solo por quererlo.

Pero esta vez no las toqué; dejé sus raíces en el sueño. Tendí mi cabeza sobre el pasto y volví al mismo sueño profundo y vacío. Sabía que nadie me estaba mirando.

AGRADECIMIENTOS

Hay mucha gente a la que tengo el honor de darle gracias. Primero, a mi maravillosa agente, Margaret Riley King de WME, cuya habilidad y apoyo constante me ayudó a sobrellevar múltiples borradores de este libro y momentos de leve pánico. Todos los autores primerizos necesitan alguien que se arriesgue con ellos, y soy afortunada de que tú lo hayas hecho.

A Daniella Wexler, un sueño de editora: tu fe, apoyo y brillantes comentarios editoriales hicieron que este libro se hiciera realidad, y siempre estaré agradecida.

A Judith Curr: tú le diste una casa a este libro, y por eso mi gratitud no dice todo lo que quisiera expresar.

Al resto del increíble equipo de Atria: gracias por todo el trabajo fenomenal que han hecho por mí. En WME, gracias también a Britton Schey, por ser el primero en apoyar mi trabajo; Ashley Fox, excelente agente fílmica, y Tracy Fisher y Cathryn Summerhayes en derechos extranjeros, entre otros. Tanto en Atria como con WME, me siento inmensamente afortunada de estar en tan buenas manos.

A los mentores que he tenido a lo largo de mi vida de escritora: Kiese Laymon y Paul Russell de Vassar, y Lorrie Moore, Jesse Lee Kercheval, Amy Quan Barry, y Ron Kuka de UW-Madison. Gracias especiales a la extraordinaria Judy Mitchell, mi consejera MFA y mentora, quien ha estado a mi lado en cada paso de este proceso. Hay escritores y hay maestros. Es un privilegio para mí haber aprendido de ustedes, que son ambas cosas.

A los pioneros cuya investigación informo a mi libro: Sigmund Freud, Carl Jung, Stephen LaBerge y el Instituto de la Lucidez, Rosalind Cartwright, Robert Stickgold, Deirdre Barrett, y otros. Este libro no hubiera sido posible sin sus contribuciones al campo.

A mis brillantes y amorosos amigos del MFA y más allá: Bri Cavallaro, Alexandra Demet, Alexandra Goldstein, Andrew Kay, Nick Jandl, Angela Voras-Hills, mi cohorte UW, y muchos más.

A mi familia: ¿cómo podría agradecerles lo suficiente? Mamá y papá, Ellen y Molly, Jordan y Ty, Abuela y Papa, Bob y Kate, y a todo el resto; saben quizá mejor que nadie lo mucho que esto significa para mí. Su amor y apoyo incondicional, su fe en mí y en el valor de las artes son los grandes regalos de mi vida. Comparto este

logro con ustedes.

Y a Nathan: por tu pasión, tu amor, tu sabiduría y tu compañía, eso sin mencionar tus excelentes dotes de edición y tu voluntad de escuchar pacientemente mientras hablo y hablo sobre mis sueños cada mañana. Eres una persona especial y eso me emociona cada día.



Chloe Benjamin. Nacida en San Francisco, recibió una licenciatura en Vassar College y en M. F. A. en ficción de la Universidad de Wisconsin-Madison. Su primera novela, *The Anatomy of Dreams* (2014) recibió el premio Edna Ferber Fiction Book Award.

Ha enseñado ficción, poesía y composición inglesa en la Universidad de Wisconsin-Madison y Edgewood Colegio. Actualmente, vive en Madison, WI con su marido, fotógrafo y escritor Nathan Jandl.